

PARA TODOS

M. R.



N.º 87

(3 de febrero)

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO

\$ 1. 20



EN TODO TIEMPO LA
CREMA DEL HAREM
HA SIDO LA FAVORITA
DE LAS DAMAS

M. R.



PARA TODOS M.R.

REVISTA QUINCENAL

AÑO IV

Santiago de Chile, 3 de febrero de 1931

NUM. 87

Es propiedad de la Empresa «Zig-Zag», perteneciente
a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo.



Cuando Carol, no era sino Príncipe

Désiré, adelantándose un poco al rendez-vous, encontró a César, sentado ya en la terraza del Café de la Paix, en París. El joven fué recibido con aquella cordialidad condescendiente que es el tono habitual de los confidentes de los grandes personajes.

—Muy bien — dijo César. — He telefoneado temprano al príncipe, quien nos espera. Partiremos inmediatamente para Bellême.

—¿Cuáles serán mis obligaciones?

—Las corrientes para el secretario de un príncipe. Deberéis atender a la correspondencia, contestar las invitaciones y recibir a los importunos. Pero no olvidéis que tal vez seréis llamado a conocer secretos de Estado. No os presentéis a él sino con el ánimo tranquilo y resuelto.

Désiré, pálido de emoción, preocupado, saboreaba lentamente su copa de vermouth.

El auto rodaba por la campiña normanda.

—¿Verdaderamente confías? — preguntó Désiré.

Sonriose César.

—Ya os he dicho. Nosotros los familiares del príncipe estamos organizando su regreso triunfal a Rumania desde hace varios meses. Sondeamos allá la opinión. Todo marcha bien. En el momento fijado, el príncipe Carol entrará triunfalmente a su capital, tomando la corona de su hijo.

—¿Y qué dicen las damas? — interrogó timidamente Désiré.

—Las damas?

—Zizi Lambrino? — Madame Lambrino no es para el futuro rey sino un recuerdo. Se mantienen ella con la sombra del recuerdo de haber sido su mujer.

—Madame Lupescu?

—La actual compañera del príncipe es demasiado patriota, de un corazón demasiado noble para no comprender su deber. Es ella quien guía y controla nuestros esfuerzos, a veces aún sin conocimiento de Su Alteza. Es ella quien sabrá decir a Carol en la hora del destino: "Partid; tu pueblo te llama".

César convertiese en poeta lírico. Désiré se sentía magnífico.

—Entonces se conspira en Bellême?

—Todos conspiran en Bellême, hasta los jardineros, hasta los habitantes de la aldea, hasta la guardia campestre.

El auto penetraba bulliciosamente a un gran parque, se detenia frente a una portada. Criados se precipitaron. César y Désiré descendieron. En ese momento un vallet haciéndose a un lado, reveló a un joven rubio, sentado sobre una de las gradas, con un gran perro entre sus rodillas. Désiré observó con cierta severidad a este desconocido que no se molestaba por tan

importantes recién llegados. César siguió la dirección de su mirada, y bruscamente se precipitó.

—Bayans — dijo Carol, extendiendo cariñosamente su mano.

Désiré fué presentado a Madame Lupescu, sintiéndose feliz al encontrarla un poquito gorda para su gusto, puesto que le habría sido desagradable enamorarse de la amiga de su patrón. Todos se reunieron para la comida en la que se conversó mucho de cacerías de liebres. Después de los licores y de una bastante larga conversación sobre los music-halls, Madame Lupescu y sus tres hermanas se retiraron. Carol se levantó. César y un oficial de ordenanza le imitaron. Todos estaban serios. El corazón de Désiré latía con violencia.

—Si jugásemos una partida de póker? — dijo el príncipe.

Al siguiente día se conversó abundantemente durante el almuerzo, de literatura comparada, en la comida, de un gran match de box, que debería realizarse en esos mismos momentos en New Jersey. En la tarde, Désiré había jugado tennis con Madame y con las señoritas Lupescu, mientras que el príncipe jugaba billar con César. Pero a la caída de la noche todo el mundo había sido convocado para el croquet. En la noche Carol, al retirarse, tomó amistosamente las espaldas de su nuevo secretario:

—Sois simpático — le dijo. — Creo que nos entenderemos bien.

—Estoy a las órdenes de Vuestra Majestad, — murmuró Désiré emocionado. Esa noche, Désiré tomó por el brazo a César, al entrar éste a su dormitorio.

—El príncipe no parece preocuparse mucho de su corona — dijole.

Sonriose César, misteriosamente.

—Paciencia, chico. Observad.

Durante los días que siguieron, Désiré, observó, de consiguiente. Vió, en efecto, a César preocupado, aislarse a veces con Madame Lupescu, entregándole cartas y proyectos, y a las tres pequeñas cuñadas del pretendiente celebrar consejos de guerra al fondo del jardín con el boticario de Bellême. Carol, por su parte, continuaba entretenido con su perro y jugando póker. Había, además, encargado a Désiré el cálculo matemático de una "martingale" para la ruleta.

Un día, inmediatamente después del almuerzo, entró al salón a prevenir al príncipe que dos señores deseaban verle.

—Periodistas? — preguntó Carol.

—No, Alteza.

—Tal vez alguna delegación de establecimientos de beneficencia.

Que se les dé algo.

—No Alteza. Son rumanos.

—Que vayan a verse con Nicolás.

—No, Alteza. Dicen que vienen de parte de M. Maniú.



Antes de las preocupaciones de la corona, los placeres del paseo de incognito.



Madame Lambrino, o más corrientemente, Zizi Lambrino.

LOCURAS DE

—El mundo está lleno de locos, dijo Barry y mientras habla encendió un cigarrillo y tiró el fósforo lejos.

Iris lo miró asustada aun. De todo el grupo de gente que la rodeaba en el malecón, la cara de Barry era la única que significaba algo para ella. Le parecía el heraldo de la vida.

Iris era una de esas locas de vacaciones. Se compró un traje de baño color verde manzana y empezó a tomar clases de natación. Apenas avanzó un poquito creyó que podía jugar con el agua y solo se dió cuenta de su error cuando se lanzó al mar, un día, sola, desde el tablón, y se encontró que en lugar de quedar su cuerpo tendido sobre el agua, caía derecho. Entonces comprendió que no había cable, ni profesor, ni nada; quiso gritar y se hundió.

Agua en las narices, en la garganta, en los pulmones; un velo de agua verde sobre los ojos, un estruendo de olas en sus oídos... agua... Fué entonces cuando Barry le salvó la vida.

Debia haber resultado un idilio romántico porque la atracción mutua era bien fuerte. Ella la hija única de un hombre muy rico, pasaba la temporada en el hotel "Océano" en mitad de la colina; él, en una pensión barata a la orilla del mar.

El viejo papá Porter quería probar su gratitud y hacer comprender al muchacho que no importaba nada su situación, pues él se dió cuenta inmediatamente que su hija quería casarse con Barry y sabía que ella era porfiada y decidida.

Pero sus planes fracasaron porque Barry evitaba al padre y a la hija. Aceptaba sus invitaciones a duras penas y no admittía agradecimientos como si eso fuera un insulto.

Las vacaciones de Barry llegaban al final y esa tarde, la última, Iris, de paseo con el joven, detuvo su auto diciendo:

—Dejamos el coche aquí y subimos esas rocas hasta el mar. Así lo hicieron; para él era una orden la mirada de esos ojos divinamente bellos.

El mar allí formaba una herradura y el estrecho pasaje para llegar al otro lado estaba cubierto de fango; pero el mar los tentó se veían las rocas bajo el agua.

Iris titubeó un poco pues desde el susto cuando casi se ahogó, tenía miedo.

—Es una costa salvaje, dijo, quisiera que fuéramos al otro lado, es tan bonito. Barry la miró como se lanzaba por la pasada estrecha. Al momento gritó alarmada; el pasto era engañoso, aquello era un pantano. Iris se hundió hasta más arriba de los tobillos; pero ya Barry había corrido a auxiliarla.

—Gracias, dijo ella, parece que usted nació para salvarme la vida.

—No me recuerde eso.

—¿Por qué?

—Porque lo he olvidado y quiero olvidarlo.

—¿Por qué?

—Porque la quiero mucho es por qué.

—Ud. es un misterio, siguió Iris, cada vez que le recuerdo la gran deuda que yo tengo con usted parece que me odia. Generalmente es lo contrario.

—Quizás usted me comprendiera, dijo Barry si supiera algo de mi vida... ¿Le interesaría oír?

—Me encantaría.

Pasaron por el agua y se sentaron sobre las rocas más altas con las piernas colgando. Los dos felices, olvidados de todo y la única pasada que ellos dejaron atrás se iba hundiéndose, hundiéndose en el mar cada rato más y más.

—Empieza ordenó Iris.

Barry titubeó y decidiendo contar una historia inventada en lugar de la suya propia, comenzó:

—Mi nombre es Juan Barry Dock. Edad, 29 años. Ocupación, empleado. Salario; apenas. Proyectos, ninguno. Casado.

—Casado?

Iris sintió un frío de repente como si la hubiera tocado una mano helada. Ese era el secreto de Barry; había otra mujer...



porque ella, mi mujer y mis niños quedaron abandonados, por la vida de una niña loca; otra vida se perdía y tres víctimas inocentes, fueron sacrificadas... Ahora ¿comprende?...

Iris se dio vuelta. — No lo entiendo, dijo, usted no está perdido.

—En un sentido no... pero ¿no comprende que esto es una cosa imaginaria? Sin embargo, año tras año se repite la tragedia sin asunto de una vida que se sacrifica a la completa ignorancia de los veraneantes, los que a veces no son dignos de tales sacrificios.

—Comprendo, dijo Iris, lo dice porque usted se vió obligado a salvarme la vida.

—En este caso no tengo nada contra usted. Me fastidia al ver que son tantos. Todos los años hay algunos que se lanzan al mar sin preguntar nada, jóvenes que comienzan a nadar

a pesar de que somos pobres; seríamos capaces de mendigar antes de que ellos sufrián hambre. Casita en los suburbios; un pedacito de jardín que yo mismo trabajo; ni un penique para diversiones. ¿Comprende?...

Sus ojos se detuvieron en el maravilloso zafiro de un anillo de la muchacha. Iris sintió pena y escondió la mano.

—Bueno, las vacaciones de fin de año son un problema; a veces son unos días de campo; este año pudimos llegar a la costa; pero traté de imaginar las esperanzas, los planes, trate... Iris trató de imaginar la

mujer. —Su señora es muy bonita? —Preciosa, ¿quiere que se la describa?

No, cualquier cosa mejor que saber, pensó Iris.

—Para abreviar, continuó Barry, llegamos a la costa. Lo primero que hice fué darme un baño; el mar muy tranquilo. De repente sentí un grito de mujer; una bañista que se hundía. Soy un pobre nadador; pero no había nadie más; la salvé; pero mis fuerzas llegaron al final; estaba perdido.

Iris lo miró asombrada; era su propia historia.

—La niña que salvé era una taquígrafa. Su padre le mandó a mi mujer 20 libras. Eso fué todo lo que tuvieron de mí,

VACACIONES

Por ETHEL LINA WHITE

y se tiran del tablón, otros que se van en los botecitos mar adentro.

—Si su historia es inventada, preguntó Iris de repente, ¿qué detalles son ciertos?

—Todos...

—¡Oh!... así que usted es casado?

—Esa parte no, sin embargo, le contaré algo que nunca le he contado a nadie. La historia esa es la de mi padre. Yo era una guagua cuando sucedió. Después me sacaron del colegio y me pusieron en un Banco a trabajar para que ayudara a mi familia. Y ahora, ¿qué puedo hacer? El mes pasado mi madre volvió a casarse, así que, en mi modo de hablar, era cierto yo estaba perdido, ahogado, cuando mi madre salvó a esa niña. ¿Qué será de ella?

—No se enoje así, olvide, dijo Iris. Cuando le pregunté sobre su mujer me dijo que podía describirla, hágalo ahora.

Barry la miró intensamente.

—Como de 20 años, alta, delgada, ojos pardos, pestanas gruesas, labios muy rojos, un hoyuelo que se ahuca en distintos sitios, nunca en el mismo; cabellos negros con reflejos castaños.



—Párece, no necesito más; esa descripción en la mía.

—Es cierto, dijo él, no tengo imaginación; ¿pero no se

enoja?

—No, me gustó lo del hoyuelo, mire, ahora a ver si puede decir dónde está.

Y mientras le sonreía, comprendió Iris que tenía en su mano la llave de la felicidad.

En ese momento enormes llamas que venían de la zanja al otro lado de ellos, se levantaban como una muralla de fuego. Nada podría extinguirlas.

Iris ni siquiera se inmutó; una sola cosa le importaba, sabía que amaba a Barry; estaban separados nada más que por la barrera de su pobreza y ella decidió que su padre era rico nada más que para ese objeto.

El humo del incendio los envolvía. Barry saltó.

—Fuego, dijo; pero ya pasará.

Mentía, puesto que él sabía bien que esa hierba de la zanja era sumamente inflamable y no se apagaría así no

más, y que el humo los ahogaría antes que las llamas. Y allí estaban prisioneros, el fuego de un lado y al otro el mar o el pantano.

—Alguien verá el fuego, dijo Iris, y nos tirará una cuerda desde el cerro.

—Naturalmente.

No quiso él desilusionarla; nadie podría hacer eso, además, el fuego estaba demasiado cerca. ¿Cómo comenzaría ese incendio? Y Barry se recordó que al llegar a la zanja, encendió un cigarrillo y tal vez no apagó el fósforo... no se recordaba... no, no podía haber hecho eso... él... otro veraneante loco...

Iris se sentó y pidió un cigarrillo; botó el fósforo al mar.

—¿Trae un cordel?

—Si tengo, ¿para qué?

—Porque no hay situación por terrible que parezca que no se solucione con un cordelito. Si yo fuera poeta, escribiría un soneto sobre el cordel. Bueno, ahora veamos con seriedad qué podemos hacer para es-

capar.

—Atravesar el fuego?

—Imposible, demasiado tarde.

—Esas rocas serán tan inaccesibles, ¿no podríamos subirlas?

—Si acaso fuéramos moscas, dijo Barry, de todos modos, si logramos hacerlo, nos sostábamos arriba, con el fuego abajo.

—Entonces, es locura; pero no queda más que esa miserable pasada por el pantano, veamos eso.

Iris tiró un palo, quedó un momento flotando en el fango, luego se hundió completamente.

—Barro con mostaza, dijo ella, con mi experiencia, ¿no se le ocurre nada?

—Absolutamente nada.

—Si nos lanzamos al pantano, quizás no sea muy hondo.

—Por Dios, exclamó él, voy a tirar esta piedra grande a ver qué pasa.

La piedra desapareció.

—Sentémonos de nuevo y pensemos. Yo he dicho muchas cosas y usted ninguna.

—No he dicho nada porque solo hay una cosa que hacer; lanzarse al agua y tratar de llegar al otro lado.

Iris contempló las olas desde las rocas.

—Pero si yo soy de las que apenas comienzan a nadar y se lanzan a la corriente.

—Yo la cuidaré.

—Luego todo va a concluir, dijo Iris, viendo el fuego que avanzaba. ¿Me perdonará que haya tenido que salvarme la vida?

—No siga...

—Estoy contenta, hemos gozado esta tarde de juntos... Yo no me olvidaré de usted...

—Usted sabe... usted sabe... —gritó Barry.

—Sé ¿qué cosa?...

—¿Que te quiero!...

Iris sonrió triunfante.

—Ahora, dijo, quiero contarte una historia sobre mi vida. Me llamo Carolina Iris Porter. Edad, 20 años. Soy ayudante en una tienda. Salario, muy poco y tengo que sostener a mi madre inválida. Estoy en el departamento de las medias, vendo medias de seda artificial, las mismas que yo uso.

Barry comprendió.

—Si, dijo, la misma clase que usaba mi mujer.

—¿Sabes tú? —Iris volvió a reírse— que estaba terriblemente celosa de tu señora?

—Y, ¿cómo tienes para veranear, chiquilla vendedora?

—Hago mis economías y este verano es el más feliz de mi vida porque... encontré un hombre... y quiero a ese hombre, al que he estado esperando toda mi vida: siento que puedo confiarle en él y me confío; pero resulta que era un veraneante loco; tiró un fósforo encendido en una zanja de maíz y por culpa de su pobreza y ella decidió que su padre era rico nada más que para ese objeto.

El humo del incendio los envolvía. Barry saltó.

—Fuego, dijo; pero ya pasará.

Mentía, puesto que él sabía bien que esa hierba de la zanja era sumamente inflamable y no se apagaría así no

LA DOCTORA

por José Baeza

Terminó la carrera brillantemente. Tenía mucho talento aquella muchacha de bello rostro y nombre evocador: Agustina. Cuando pronunció su última palabra en las pruebas teóricas, el tribunal hizo coro en una exclamación que hubiera estremecido de placer a otro corazón menos hermético que el de Agustina: "¡Admirable, admirable!"

Era su característica principal una entereza de ánimo, una frialdad sentimental, un silencioso espíritu de sacrificio, que hacían pensar, unas veces, en las heroínas del claustro que llegaron a santas; otras, en las que en los campos de batalla alcanzaron honores de caudillo.

Una enfermedad contagiosa y fulminante se llevó a sus padres en el intervalo de una semana. Y ella los veló, los amortajó, organizó el entierro, sin que el sueño venciese un instante sus párpados, sin que una lágrima delatará la tormenta que se desencadenaba en su interior.

Fué entonces cuando, viéndose huérfana, pobre, a merced de los parientes, pensó: "Seré doctora".

Y lo fué en el plazo y en la forma que se había propuesto. Las determinaciones de Agustina no podían tener más que un obstáculo: la muerte.

Al concluir la carrera fue víctima de la primera inquietud, de lo que podríamos llamar el primer problema sentimental. Su título de doctora, unido a la entereza de su temperamento, le crearon cierta fama que necesitaba a toda costa desmentir. Ella se sentía mujer, muy mujer. Era este un oscuro, pero potente sentimiento que palpataba en el fondo de su alma. Y estaba muy orgullosa de él.

Por eso aceptó sin vacilar al primer hombre honrado que le habló de amor. Se casó y tuvo una niña.

Cuando esto aconteció, era ya Agustina una eminencia médica cuya imagen ilustraba con frecuencia los periódicos.

Había montado una magnífica clínica, donde no faltaba el más insignificante detalle de modernidad y en la que dos doctores a sueldo compartían con ella la tarea de atender a los centenares de niños enfermos que diariamente desfilaban por los gabinetes de consulta.

Conjurada la única preocupación, la única inquietud espiritual de su existencia, las raras características temperamentales de la doctora se acentuaron y consolidaron.

Estaba muy por encima de lo que ella llamaba la gazmonería y la inutilidad de la señorita española. De no haber sido por evitar la injuriosa murmuración de la gente, no se habría casado; habría demostrado a las pobres señoritas de su país que una mujer puede crearse una posición y ser algo en la vida sin tener que renunciar a la propia personalidad mediante el matrimonio.

En cuanto a la niña, abrigaba muy distintas ideas y sentimientos. Como madre, se diferenciaba muy poco de las demás mujeres españolas. La idea de tener en sus brazos un retón que fuera ser de su ser, carne de su carne, la conmovió, la fascinó siempre. Pero no por eso se dejaba llevar de ese ridículo arrebato, de esa sensiblería tan generalizada entre las

madres de su pueblo. Dos años tenía Trinidad, y podían constar con los dedos los besos que le había dado. Sana crianza, seria educación. Así haría de ella una mujer y no una muñeca.

Entre tanto, el esposo se obscurciera cada vez más en sus menudos negocios. El fue siempre un buen oficinista, un excelente funcionario administrativo. Y realizaba con gusto este trabajo. Pero comenzó su mujer a ser rica, a ser eminente, y hubo de trocar sus queridos legajos por otra tarea más en consonancia con la situación de su hogar.

Era un hombre manso y sumiso, a quien no inquietaba ni hería la superioridad de su esposa. Tal vez la eligió precisamente por eso. Todos sabemos el estimulo que para el amor representa el contraste.

En estas circunstancias, la paz del hogar no podía menos de ser perfecta. Ni una estridencia, ni una discrepancia. Silencio, cortesía... etiqueta, en fin.

Sólo por las tardes, después del almuerzo, cuando la madre se iba a cumplir con sus deberes profesionales, Eduardo, el marido, el padre, miraba a un lado y a otro para cerciorarse de su libertad, como el niño que va a cometer una travesura, se dirigía al cuarto, a la cuna de la niña, tomaba a ésta en brazos y gritaba, llorando de gozo y de emoción:

—¡Nita, hijita mía! ¿Quién te quiere a ti? ¿Quién te va a comer a becos?

Y la besaba, la besaba en la frente, en las mejillas, en los ojitos azules, en la menuda naricilla, en el catelló claro y rubio.

Después se le veía salir del cuarto de puntillas y con un pueril terror reflejado en el rostro. ¿Se le habría antojado subir? ¿Le habría sorprendido?

¿Qué ocurriría si le sorprendiera? Le parecía estar viendo fijos en él los ojos por primera vez hostiles de su esposa. Le parecía estar oyendo sus palabras: "A eso llámalo querer! ¡Muy propio de una cabeza de familia! ¡Ejemplar proceder!" Ya estuvo a punto ocurrir la catástrofe cierto día en que se le escapó el diminutivo que daba a la niña cuando se hallaba a solas con ella: de Trinidad, Trinita, y Nita para abreviar.

Agustina se limitó a hacer un gesto de desaprobación, pero aprovechó la primera oportunidad para censurar a los que transforman ridículamente los nombres de los niños.

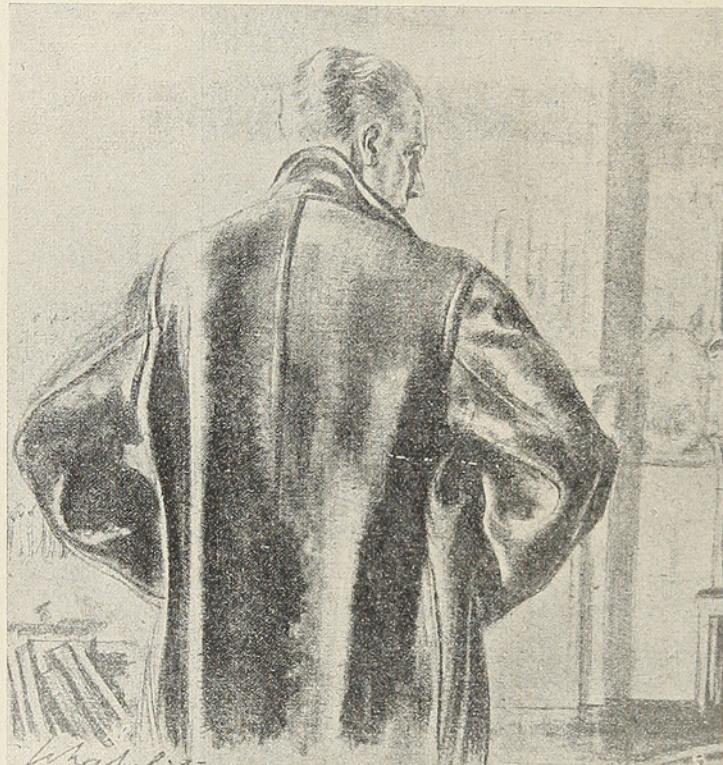
Un día Nita se negó a tomar alimento. Tenía inyectadas las mejillas, cargados los ojos, febril la frente. Cuando tosía se llevaba las manos a la garganta, al mismo tiempo que su boquita se quebraba en un rictus de dolor.

Eduardo se apresuró a comunicar la alarmante nueva a Agustina, y Agustina acudió al lado de la enferma con la diligencia del doctor que va a cumplir con su deber.

Le tomó la temperatura, estudió la respiración y reconoció la garganta.

—Nada puede decirse por ahora— manifestó—. Posiblemente, unas vulgares anginas.—

Recetó un ligero purgante, dió minuciosas órdenes al ama y se fué a la clínica.



Por primera vez, Eduardo tuvo un gesto de rebeldía. El no podía dejar a su hijita en aquel estado. ¡Al diablo los negocios! Si se enfadaba Agustina, que se enfadase.

Y estuvo toda la mañana al lado de la cuna, cuidando y divirtiéndole a Nita.

Merced al purgante, al mediódia había desaparecido la fiebre. Por eso la doctora juzgó innecesario un nuevo reconocimiento cuando subió a almorzar. Le bastó una mirada para comprobar el estado completamente satisfactorio de la enferma.

Comió en dos bocados y corrió hacia el coche que la aguardaba a la puerta de la clínica. La habían llamado con urgencia de una casa amiga y quería hacer la visita antes de comenzar la consulta.

Al salir, dijo brevemente a su marido:

—Un poco de leche cada dos horas y nada de medicinas...

Esta sencilla frase tuvo la virtud de hacer feliz a Eduardo. Agustina, en vez de reprocharle que hubiera permanecido toda la mañana al lado de la enferma, le autorizaba a seguir cuidándola.

Hasta media tarde de la nena se mostró alegre y despejada, pero a esa hora comenzaron a declinar sus ánimos. De nuevo se le inyectaron las mejillas y se le alteró el pulso. La tos volvió a ser continua y violenta.

Sin separarse un segundo de la cabecera de la adorada enfermita, Eduardo pasó momentos de verdadera angustia. Cuando sobrevenían los accesos de tos, las manos paternales incorporaban el frágil cuerpecillo en un ademán que podía interpretarse como abrazo de ternura y sus labios murmuraban mimosos lamentos.

Al crepúsculo se agravó el estado de la paciente. Subió la fiebre y los ojos azules se cerraron. Todas las palabras, todos los recursos del padre fueron inútiles para conjurar la progresiva postración. Fué una hora de torturante ansiedad, en la que Eduardo sólo pudo hallar consuelo aplicando los labios una y otra vez a la frente febril de la enfermita.

De repente, Nita, con su media lengua, otras veces tan graciosa, comenzó a pronunciar palabras incoherentes, mezcladas con extrañas risas y cantos sin ilación.

Eduardo le aplicó el termómetro. Treinta y nueve grados y ocho décimas. Casi cuarenta. Tal era el temblor de sus manos, que no acertaba a introducir el termómetro en el tubo de metal.

Una idea brotó de pronto en su pensamiento: "Llamaré a Agustina", pero en el acto la determinación se convirtió en duda: "¿Llamar a Agustina?" ¿Estaría Nita realmente grave o se trataría de una crisis pasajera como la vencida con un sencillo purgante por la mañana? El recordaba haber tenido cuarenta grados de fiebre durante una gripe benigna que no inquietó a nadie... Sin embargo, en una niña podía ser diferente.

Estos instantes de indecisión y angustia se prolongaron hasta que se le ocurrió tomar el pulso a la enferma. Una espe-

cie de desenfrenado galope, una tempestad de latidos que repercutieron en su corazón, le hicieron ponerse en pie y oprimir resueltamente el botón del timbre.

Cuando compareció la doncella le dijo brevemente:

—Diga a la señora que la niña tiene treinta y nueve y ocho décimas de fiebre.

—Así—pensaba mientras la fámula bajaba las escaleras—no le digo que suba ni que deje de subir. Ella hará lo que juzgue más conveniente.

Sentóse de nuevo a la cabecera de la cuna y volvió a oprimir la febril manita.

Segundos después se ponía en pie

sorprendido: en la puerta, jadeante e inexplicablemente demudada, estaba Agustina.

¿Qué misterioso cambio se había operado en los ojos, en el semblante, en todo el ser de su esposa? ¿Qué nuevos sentimientos habían impulsado a acudir con tal diligencia a su hábil llamada?

Inmediatamente, y sin necesidad de acercarse a la cuna, se cercioró Agustina de que no era falsa la alarma de su esposo. Y se apresuró a tomar el pulso a la enferma. Con el reloj de Eduardo en una mano, la menunda muñeca entre los dedos de la otra, transfigurado por la ansiedad el semblante, fué contando las pulsaciones.

Un extraño sentimiento de complacencia dominaba a Eduardo al mismo tiempo que aumentaba la visible zozobra de Agustina. Ya no habría de hacer más intenso y angustioso su dolor esforzándose por ocultarlo. Ya podía preguntar, implorar...

—¿Qué?

—Hay que ver la garganta.

Lo había presumido y cogió antes de subir los aparatos más imprenindibles. Se colocó, pues, en la frente la metálica pantalla, requirió una cucharilla, que ya había pedido y, ordenando a su marido mantuviera la luz a una altura determinada, cogió

la dorada cabecita y examinó el foco del peligro.

—¿Qué?—volvió Eduardo a preguntar.

—Puede serlo...—puede no serlo...—dijo la doctora como si hablara consigo misma.

Jamás se había mostrado tan irresoluta, tan torpe, tan nerviosa. Se retorcía las manos y sus ojos se agrandaban en una expresión de anonadamiento.

—Pero qué es lo que puede ser?—se permitió Eduardo demandar con cierto tonillo exigente.

—Difteria.

—No hay suero infalible para esa enfermedad?

—Infallible no.

—Sin embargo, si se lo aplicaras...

—Antes es preciso cerciorarse de que es difteria.

—Cómo?

—Extrayendo un trozo de angina y analizándola.

(Continúa en la pág. 17)



EL TRIUNFO

Por CELIA DE LUENGO
DE CALVO

El toque de Angelus extiende sobre la campiña la caricia de sus alas místicas. Los álamos blancos, oscilantes por la brisa vespertina, se mecen, graves y altivos, a orillas del río caudaloso y manso.

El monte manda a la llanura el mensaje de sus perfumes, que la brisa esparsa por todas partes acariciadora y suave. El sol oculta, parsimonioso y solemne, su candente disco tras las altas colinas que se esfuman en el horizonte entre una niebla azulada... Los trigales maduros oscilan el dorado oleaje de sus frondosas cabileras con blando murmullo, dulce como lejana canción de cuna...

Se oyen a lo lejos las esquillas de un reban... El ladrido de un perro pone su ruda protesta en la paz del llano...

En Oriente, abre su lúmiosa pupila el lucero de la tarde, y la noche avanza con su cortejo de estrellas parpadeantes... La tarde muere.

En el piso alto de la alquería de ama Pía, y cerca de la ventana bañada por los últimos rayos del sol poniente, Sebastián, el hijo de leche de ama Pía, hablaba con ésta con voz macilenta y cansada. Había llegado aquella mañana en el carro ricoche, del alcalde del pueblo cercano, con el que Juan, el marido de ama Pía salió a recibirlo a la estación. En el carro de labranza llegó con el joven su equipaje.

Un bául, una maleta, un portamantas con la de viaje, paraguas y bastones, y una gran caja de forma apaisada y plana, que hacia fijar en ella los ojos de cuantos vieron el convoy del viajero.

Ahora, en su amplio dormitorio, con la que fué la madre de su infancia, solo y huérfano, cuenta el dolor de su vida, por el que enfermo de cuerpo y alma, huye a esconder su desventura en aquel apacible rincón de la tierra donde había pasado los primeros cinco años de su vida, y donde, de tarde en tarde, había encontrado un plácido remanso en la corriente del mundo.

—Y aquí me tienes madre—terminó diciendo—, desertor de la vida, dispuesto a morir tranquilamente a tu lado.

—No digas eso!—suplicó ella, haciendo visibles esfuerzos para no llorar—. Lo que has contado es muy triste, pero como éstas enfermo, te parece peor de lo que es. Cuando recobres las energías, no dirás lo mismo, y vencerás, porque no es posible que rechacen tu cuadro en las Exposiciones. ¡Si es una divinidad!

Sonrió Sebastián tristemente ante el elogio de ama Pía, y fijó sus grandes ojos melancólicos en el cuadro, objeto de todos sus develos y de todos sus amores.

En el fondo de la habitación, sostenido por un caballote,

el cuadro parecía esparcir en torno suyo cierto resplandor de emoción profunda, apasionada y dulce. "Poesía Mística", se titulaba; y en efecto, un poeta había rimado con los pinceles un bello poema. Santa Teresa de Jesús, en el jardín de un convento, un jardín de belleza candida y apacible, riega un rosal de rosas blancas. Se ha quedado repentinamente absorta, y la regadera ha caído de sus manos, que, abiertas y suspensas en su actitud, parecen las tenues alas de una mariposa. El agua se ha derramado, y corre por el sendero como hilillo de plata.

El rostro de la santa es un prodigo de ejecución, expresión y arte. Representa a la poetisa del Amor dando el apogeo de su peregrina belleza. Sus hermosos ojos maravillados; la semilla o nrisa, que inicia un hoyuelo lleno de gracia en sus frescas mejillas, y la expresión de asombro, amor y sobresalto gozoso todo, de un modo admirable, da clara idea de la profunda emoción que en aquel momento debe sentir aquella alhalia tan poseída de los amores. Ante ella, y como emanando de otro rosal de flores bermejas, la figura de Jesús de Nazaret parece avanzar con reposado continente, mientras son-

riendo de otro rosal de flores bermejas, la figura de Jesús de Nazaret parece avanzar con reposado continente, mientras sonrie. Con unas de sus manos llagadas recoge sobre su pecho los pliegues del manto, y con la otra parece mostrarla la regadera como si le reprendiera dulcemente por su aturdimiento.

En la radiosa figura del nazareno, el artista supo unir en admirable consorcio, toda la belleza humana con la majestad divina. El lienzo es admirable, arrobador. No es extraño que la decepción sufrida haya amargado la vida de aquel hombre joven, y que la lucha contra la incomprendición o la indiferencia (la más amarga de las luchas) hayan minado su salud y su energía.

—¡Tú vencerás!—dijo ama Pía bajando la voz con respetuosa veneración ante el lienzo admirable.—¡Tú vencerás...! ¡Te lo digo yo!

—¡Dices verdad!—suspiró el enfermo.—¡Me lo dices tú!... ¡Me lo dice tu amor de madre que ve al hijo caido sin ánimos para seguir el camino!... ¡No me levantaré más!... ¡La "Gran Vencedora" me ha tomado por suyo!

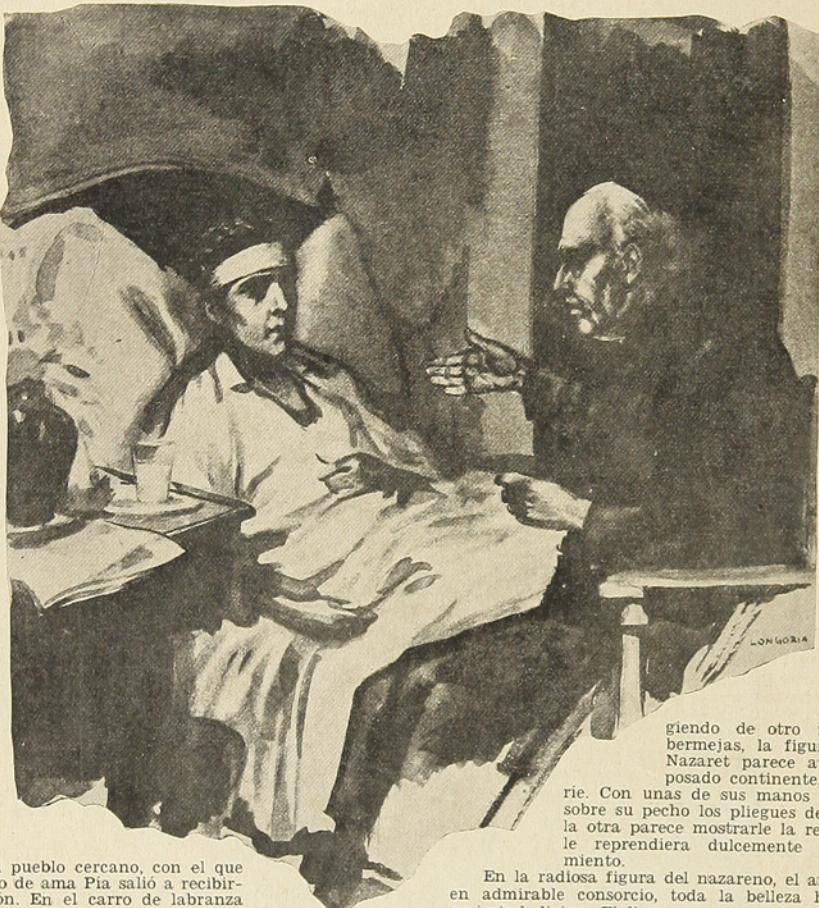
Y ante un gesto de protesta de ama Pía, añadió:

—¡Se muy bien lo que digo!

—¡No lo sabes!—replicó ama Pía.—Los enfermos siempre creen irremediables sus males, pero dentro de quince días pensaráis de otro modo.

Se oyeron pasos precipitados en la escalera, y una muchacha de veinte años, morena, de bellísimo y alegre rostro, donde los ojos inmensos lucían con resplandores de bulldor regocijo, entró en el dormitorio.

—He visto desde lejos al señor cura—dijo a Sebastián—.



¡Pobre señor! A pesar de sus años, en cuanto ha sabido tu llegada, le ha faltado tiempo para montar en su pollina.

Un gesto de cansancio frunció el entrecejo del enfermo.

—¡Miren si es ingrato! —dijo con reproche la muchacha.

—No se alegra de la visita!

—La agradezco por lo menos —dijo Sebastián—, pero no tengo deseos de ver a nadie. He venido aquí huyendo del mundo. Si los hombres vienen a mí, ¿qué adelanto yo huyendo de ellos?

—El padre Blas te quiere mucho —replicó ella—, y además no es un hombre.

—¡No es un hombre! —repitió el enfermo con pálida sonrisa.

—¿Pues qué es?

—¡Un santo! —aseguró la muchacha.

—¡En eso tienes razón!

—Ya llegó —dijo ella, que desde la ventana vigilaba la llegada del cura—. Supongo que dirás que pude subir.

—¡Qué remedio me queda! —suspiró Sebastián.

Salía Rosa corriendo, como había entrado.

—¡Todo te molesta, pobre hijo mío! —dijo la nodriza alisando con su mano áspera los rizos castaños de la cabeza del enfermo—. Pero ya verás cómo te alegras de que en este destierro haya un santo para consuelo de pecadores.

No tardó en entrar el cura, el padre Blas, como cariñosamente le llamaban sus feligreses, y avanzando hacia Sebastián con rostro risueño, le tendió una mano mientras decía con voz mansa y cálida:

—¡Bienvenido, hijo mío, bien venido seas entre nosotros!

Y añadió con sincero asombro:

—¡Estás hecho todo un hombre!... ¡Claro! El tiempo pasa y no nos damos cuenta. Hace siete años que estuviste aquí la última vez y te ha convertido en un hombre muy simpático.

—¡Y muy guapo! —añadió, complacida, ama Pia.

En efecto: Sebastián, que se había puesto en pie para saludar al sacerdote, era un guapo y arrogante mozo, aunque algo delgado y pálido. Las profundas ojeras y la expresión melancólica de su semblante, en el que aun parecían poco perceptibles los síntomas de la enfermedad que minaba su gallardo cuerpo, aumentaban el vivo interés que inspiraba su atrayente juventud. Sonrió con triste sonrisa contestando al saludo del sacerdote, y ofreciéndole un asiento, volvió a ocupar el suyo. Ama Pia salió, y el viejo y el joven quedaron solos.

—¿Qué me cuentas? —preguntó él primero, jovialmente; pero tropezando su mirada con el lienzo que ocupaba todo el fondo del dormitorio, enmudeció en un “oh!” de admiración.

Reinó un momento de silencio durante el cual Sebastián seguía ansiosamente las impresiones que se retrataban en el semblante del sacerdote. Después dijo el anciano con la voz apagada por el mismo respeto religioso de ama Pia al hablar del lienzo:

—Es obra tuya?

—Mia; si, señor.

—Oh! —volvió a decir el sacerdote, ensimismándose de nuevo en su contemplación.

—Dígame la verdad! —suplicó Sebastián después de un rato de silencio—. ¿Qué le parece?

—Soy lego en la materia, y poco puede importarte mi modesta opinión —dijo el cura—, pero si puedo asegurarte, que no he visto en mi vida, ¡y he visto mucho!, que me haya producido una emoción tan profunda. Emoción de arte y de sentimiento. La idea es genial; la ejecución maravillosa y de gusto irreprochable. Yo no sé pintar ni el pico de un pájaro, pero sé lo que está bien y lo que no lo está, sin que, desde luego, pueda dar las razones de mi opinión. Pero hasta hoy no me he equivocado.

—Pues ahora debe usted estarlo —dijo con amarga sonrisa el joven pintor—, porque mi cuadro ha sido rechazado en tres Exposiciones y hasta en un concurso de una sociedad particular. ¡Nadie lo quiere!

—¡Envidias! —exclamó el sacerdote sin poder evitar la impresión del momento.

Pero como arrepentido de su arrebato, añadió:

—Quiero decir incomprendión, porque no es posible lo que

me dices. ¿Qué motivos pueden tener para no admitirlo? Ni aun pueden alegar una falta de piedad, porque es tierno y respetuoso. Como lo señala muy acertadamente el título, es una “Poesía Mística”.

—Cuando he pedido explicaciones, me han dicho que era demasiado “fantástico” el asunto, o que tenía algunos defectos de ejecución, que nunca señalaron.

—Ya ves que no son razonables. Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—¡Nada! —respondió el enfermo con desaliento—. Me resigno con mi suerte, aunque tengo la vanidad de creerla injusta. He traído mi cuadro contigo para verlo hasta el final y dejarlo en herencia a ama Pia. Tal vez entonces le concedan el mérito que ahora le niegan y pueda ser útil mi gratitud.

—¿Pero qué estás diciendo de gratitud y de herencia? Estás enfermo, si, pero de la voluntad. ¿Debe hablar como tú lo haces, un hombre de veinticinco años?

—Ud. ignora lo que sufrió y lo que he luchado. Por eso me habla así —dijo Sebastián con amargura—. Primeramente mi juventud fué motivo para dudar de mi mérito. Ni el arte ni la ciencia se conciben en testas de veinte años. Es preciso que éstas, por lo menos, estén algo cansadas del camino recorrido... ¡y yo lo empezaé entonces! Mi juventud fué atropellada por envidiosos y cretinos en los que mi inocencia de la vida, me hizo poner mi fe. Malgaste mi tiempo y mi dinero siguiendo sus “desinteresados” consejos, y me vi precisado a dejar mi arte para buscar otro trabajo con que poder hacer frente a la vida. Pero mi cuadro ya estaba hecho. Seguí por él mi lucha y busqué la opinión de la crítica, de la amistad y del arte. ¿Y para qué contarle a usted detalladamente mi largo calvario? Todos tuvieron para mi obra palabras de elogio, de admiración y de aliento, pero nadie me ofreció una mano protectora. Promesas sí, muchas promesas, muchas ofertas, muchas esperanzas que no lograban otra cosa que añadir amargura sobre amargura. Entre tanto, mi dignidad, que algunos calificaron de orgullo; el exceso de trabajo; las privaciones, las inquietudes; las noches de insomnio preguntándome si era cierto lo que mi deseo ponía ante mis ojos; si las frases de mis amigos eran de piedad depresiva o de adulación burlona. Esta lucha agotadora, minó mi salud y desmoronó mi energía. ¿Qué podría pensar de la actitud de mis amigos? Si eran sinceros suselogios, ¿por qué nadie estaba dispuesto a apoyarme? ¿Era envidia? En algunos podía

suponerse, pero en otros no. ¿Adicción? ¿Para qué si yo suplía cabina sinceridad? Jamás he comprendido esta incognita que me persigue y al fin... (¡No podrá usted decir que no he luchado!), desengaño, destrozado el cuerpo por las angustias del alma, he venido aquí para morir olvidado de todos, pero lejos de todos también!... ¡Y aquí está mi cuadro!... ¡Conmigo!... ¡Cuántas ilusiones!... ¡Cuántas alegrías!... ¡Cuántas decepciones y amarguras representa...!

Calló el enfermo. Su bella cabeza de mártir cayó abatida en el respaldo del sillón. El padre Blas inclinó la suya como agobiado por la amarga confidencia. Unas golondrinas se posaron en la ventana gorjeando dulcemente. El sol se había ocultado, y el poniente se cubrió de un rojo de incendio que, reflejándose en el cuadro de Sebastián, parecía querer devorarlo en una apoteosis de sacrificio.

La voz de Rosa, cristalina y suave como agua de fontana, llegó hasta ellos modulando una canción.

El que no quiere luchar —por temor de no vencer, ni tiene corazón de hombre —ni voluntad de mujer.



El viejo cura levantó su frente con arranque viril.
—¿Oyes? — preguntó a Sebastián. — Esa niña te lo dice. Es necesario no claudicar.

—Pregúntele usted al náufrago por qué abandona la tabla salvadora.

—Tú no puedes abandonarla, porque tu tabla salvadora son tus años.

—Pero enfermos, destrozados. ¡Soy un vencido, padre! Resignémonos. Usted cree hacer una obra de misericordia tratando de reanimar mis energías muertas, pero se equivoca. Tengo el alma tan herida, que hasta el roce de una esperanza me es doloroso. No deseo más que paz... Olvidar, si es posible, lo mucho que he sufrido. Seguir luchando sería un suicidio muy cruel... ¡y muy lento!... ¡muy lento!... ¡No, por piedad!... ¡No me nieguen la paz que necesito! — Si ustedes me la niegan, dónde iré a buscárla! — Y

al decir esto, había en su voz un temblor de lágrimas. El sacerdote calló profundamente impresionado. Se puso en pie lentamente; recogió bajo su brazo los pliegues del manteo; extendió sobre la cabeza del enfermo su mano pálida, hecha a dar bendiciones, y dijo con acento que en vano trató de hacer sereno:

—Qué el Dios de las misericordias te la dé, hija mío!

Y después añadió:

—Me es preciso dejarte, pero volveré pronto a hacerte un rato de compañía. Ahora procura descansar... tranquilízate... y olvida; si, es lo mejor; ¡olvida!... y hasta muy pronto...

Beso Sebastián, en silencio, la mano blanca que se tendía hacia él, amistosa, y el cura, después de hacer una genuflexión ante el cuadro, com si fuera un altar, salió del dormitorio. Al quedar solo el enfermo, fijó una intensa mirada en la dulce y armoniosa figura del nazareno. Despues, inclinó la cabeza, y con la frente apoyada en la palma de la mano, lloró como un niño. La luz roja del poniente desapareció. Aumentaron las sombras que rodeaban al enfermo... Las golondrinas se lanzaron al vuelo, y una nube parda avanzó lentamente.

Pasaron los días en apacible calma. El otoño, suave como una primavera tardía, prodigó sus encantos y sus dulzuras sin tasa. Rosa, siempre risueña y alegre como un claro regato entre flores y hierbas olorosas, lograba muchas veces comunicar al enfermo su feliz optimismo. Ella era la obligada compañera en los paseos campesinos del enfermo, y sólo algunas veces, compartía con el cura este cuidado.

Una tarde en que iban solos los dos muchachos, él preguntó a Rosa, inopinadamente:

—De dónde sacaste aquella copla que te oí el día de mi llegada?

Rosa se puso roja hasta la raíz del cabello, y después de un momento de vacilación, dijo muy confusa:

—No te burles, Sebastián, pero... yo me saco coplas de la cabeza.

—Tú? — dijo él riendo de la ingenua respuesta de la muchacha.

—Ya sabía yo que te habías de burlar! Pues el señor cura no se burla cuando saco coplas para la Virgen, y dice que el poeta nace y no se hace.

—Y tiene mucha razón el señor cura, y tampoco yo me burlo de ti por eso. Al contrario. Lo que quisiera es saber por qué me dijiste... aquello.

—Porque mi madre me contó todo lo que tú le habías contado a ella, y me dijo que era preciso animarte. Pero luego el señor cura me dijó todo lo contrario... ¡Pero ya estoy hablando de más!

—Y por qué me dijiste lo de la «voluntad de mujeres»?

—Porque nosotros somos más testarudos que los hombres.

—¡Cuando una mujer se empeña!...

—¡Cierto! — suspiró Sebastián. — Pero en mi caso no hay fortaleza que resista.

—Quieres no hablar más de esto? ¡Ya te has puesto triste!

—Pues canta. Tu voz es para mí como un bálsamo. Todo se me olvida cuando te oigo, y puesto que no hay más vida que la del momento, canta Rosa, para que yo olvide. Quien vive en el pasado vive en el infierno, y el porvenir... ¡Es tan corto el plazo!

—Calla, Sebastián! Mi canto será triste si sigues hablando así. ¡No sabes que tengo el deber de velar por tu alegría?

—Sí?... ¡Pues canta, pajarrito, canta!

Se habían sentado en un ribazo; Sebastián casi a los pies de Rosa. Estaba bellísima por la emoción que le causaba cantar delante de Sebastián, pero como era preciso distraer aquel pensamiento enfermo, se recogió en sí misma un momento, y luego empezó un melodioso canto de amor. Timida al principio, fué animándose después según iba cantando. Las frases rimaban o no, pero el sentido era poético y candido, algo así como un cántico pastoril de la edad romántica. Sin darse cuenta, era Rosa una artista original con todo el grato perfume de lo espontáneo y sin artificio. Pero lo que mayor encanto daba al delicado sentimiento de la improvisación, y a la armoniosa cadencia de la música, era la dulzura de la voz, y la expresión del rostro de la cantora que, con los luminosos ojos fijos en las blancas nubes que cruzaban el espacio, parecía alejarse de la tierra para vivir el ideal de su canción.

Sebastián la escuchó lleno de asombro. Con un codo apoyado sobre la hierba y los ojos fijos en el hechicero rostro de la cantora, así estuvo, inmóvil, hasta que la voz se perdió dulcemente en un suspiro de amor. Entonces, ella bajó los ojos hasta Sebastián brillando aún en ellos el fuego de la inspiración. Sebastián creyó que una nueva vida entraba en su corazón, y sintió, hasta lo más profundo de su ser, el calor de aquella mirada, que, como una bendición celeste, caía sobre las heridas de su alma.

Hubo un largo silencio. El murmullo del arroyo; el piar de los pájaros, y el susurro de la brisa entre las copas de los árboles, eran los únicos rumores que parecían formar el cortejo de dos almas que acababan de encontrarse asomadas a unos ojos.

—Te ha gustado? — preguntó ella, por fin, a media voz como temerosa.

—No sé lo que siento, Rosa! — contestó Sebastián besando con emoción una de sus manos. — Tu voz es la voz de las sirenas. Tu belleza adquiere algo sobrenatural que traspasa los límites de la comprensión humana. No puedo juzgar si vencerás en el arte, pero puedo asegurar que vencerás siempre sobre los corazones.

—Y no es mejor? — preguntó ella con inocente coquetería de la que ni se daba cuenta.

—Si, Rosa! Mucho mejor. ¿Por qué los hombres serán tan ciegos queagan de la

vida el anfiteatro de sus quimeras y de sus ambiciones? ¡Esperjimos engaños!... ¡Rosa!...

—Por qué malgasté mis energías antes de saber lo que tu canción me ha enseñado?

—Mi canción? — ¿Qué podrá haberle enseñado, pobre de mí? Soy una mujer ignorante que canto lo que siento, pero que no sé decir las cosas como tú las dices.

—Tu alma es un estuche de perlas, de tanto más valor, cuando tú ignoras lo que valen.

—¡No digas esas cosas, Sebastián! Vives de fantasías y por eso eres tan desgraciado. Dice el señor cura que el que no sabe

vivir en la realidad vive lleno de inquietudes.

—Y es cierto! Estas quimeras del alma hace de nosotros el judío errante de la vida en lucha siempre con su destino, pero no me negará el padre Blas que la realidad de mi vida ha sido dura y cruel. La única realidad hermosa que he visto eres tú.

—Si te parezco hermosa es porque soy realidad.

—¿Qué te ha enseñado a hablar así?

—Repite lo que he oido decir al señor cura, y no es que el señor cura me haya llamado hermosa, sino porque dice que no hay realidad fea donde Dios pone la mano. No hay nada feo sobre la tierra.

—¡No digas eso, Rosa! — Te olvidas de Tomás?

Dijo Rosa una carcajada cascabelera y retazona, más de pronto, poniéndose seria, dijo:

—¡Qué Dios me perdón! No debo reírme por que Tomás sea jorobado. Debo pensar que Tomás es hermoso.

—Válgame Dios, Rosa! — exclamó, incorporándose, Sebastián vivamente. — ¡No te creía tan burlona!

Y entonces era Sebastián quien reía.

Pero Rosa, siempre seria, replicó:

—¡No me burlo, Sebastián! El señor cura me ha dicho que

(Continúa en la pág. 36)



Máscaras

—Cuando yo tenía ocho años, tocaba de oído divinamente, sin que nadie me enseñara nada.

—Igualmente yo. Cuando era pequeña, no hacía esfuerzo alguno para aprender.

—Cuando me casé, pensaba que la felicidad era eterna.

—Yo, el día de mi matrimonio... etc.

Cuantas gentes hablan así de ellos, de sus alegrías, de sus penas, de sus enfermedades, de sus asuntos, sin preocuparse del efecto y del fastidio que pueden producir entre sus oyentes. Los sucesos de su existencia, los menudos hechos de su vida cotidiana, tienen para ellos, claro está, un interés poderoso. Pero para aquellos que son sus forzados confidentes, ocurre de muy distinto modo, y estos se cuidan muy poco con seguridad de la uña encarnada, que unos botines pequeños, les ocasionaron cuando tenían 17 años. Además, es siempre peligroso evocar recuerdos delante de contemporáneos. Se arriesga uno a revelar la edad de una amiga de colegio, edad que ella oculta cuidadosamente, o de revelar una situación social de alguien que se ha levantado y se ha transformado. Ya lo hemos dicho. No apreciamos ni juguemos, sino lo que se nos quiere mostrar. Es preciso dejar esas evocaciones del pasado a la puerta del salón, o guardarlas para la familia o para los íntimos.

Cuando en el curso de una conversación se cuénta una anécdota de su infancia y de su adolescencia, nada mejor, a condición que sea divertida o comovedora; naturalmente, pero el relato detallado y pueril de hechos insignificantes, las historias interminables de farsas o de desgracias cumplidas en un tiempo atrás, y que han perdido todo su sabor para aquellos que las escucharon:

—¿Te acuerdas cuando fuimos a Morency en 1913? O bien ¿Fué en el año 10, cuando comiste con mi tía Adela? Todo esto, dejémoslo sin remisión. O esperemos que los amigos cuya afición nos ha acompañado durante toda nuestra vida, los saquen ellos mismos de la tumba del pasado.

Por otra parte, las personas que no tienen para alimentar la conversación, sino a sí mismos y las circunstancias de su vida, dan pruebas de una pobreza de espíritu y de un egoísmo que aleja la simpatía.

La buena educación y el savoir vivre podrían, sin embargo, corregir esta tendencia, a no ocuparse sino de sí, y enmascarar la ausencia de las ideas generales. A fuerza de aplicarse a hacerse agradable a los otros, se descubren en sí recursos desconocidos. Confesemos que es más agradable alimentar pensamientos elevados, escuchar o hacer relatos interesantes, comentar los sucesos que apasionan al mundo, que contar como se han atrapado la gripe española, de qué enfermedad murió el perro que teníamos en la época en que hicimos nuestra primera comunión.

Así, pues, si queremos agrupar en torno de nuestro hogar amigos fieles, guardémosnos de entretenernos con lo que es únicamente personal: si lo hacemos así, nos estarán agradecidos, y alejaremos de nosotros a los espíritus mezquinos que se encuentran en todas las clases de la sociedad. Más vale mil veces un pequeño círculo de gentes inteligentes, que una corte de mediocres.

Es preciso confesar que las dificultades de la vida actual, causan a todos preocupaciones de orden material, a las cuales es difícilstraerse, pero no nos reunimos con amigos, justamente para olvidar esas preocupaciones y reemplazarlas por una amable charla? Los cuidados que podamos tener, es preciso abandonarlos en la puerta, o al menos quitar las marcas de ellos en nuestra cara, y no convertir un té danzante en una reunión de llorones. La sonrisa que los japoneses fijan sobre sus rostros cuando una persona, aunque sea de confianza, les dirige la palabra, es el colmo de la cortesía y del deseo de disimular a los otros una expresión dolorosa o melancólica. Nostros no hemos adquirido ese refinamiento de cortesía, y dejamos a menudo que nuestros rasgos revelen nuestros tormentos

o nuestro humor sombrío, sin decirnos que nuestras relaciones o nuestros amigos, no son responsables y que es justo enseñar ese reflejo en nuestra expresión o en nuestras actitudes.

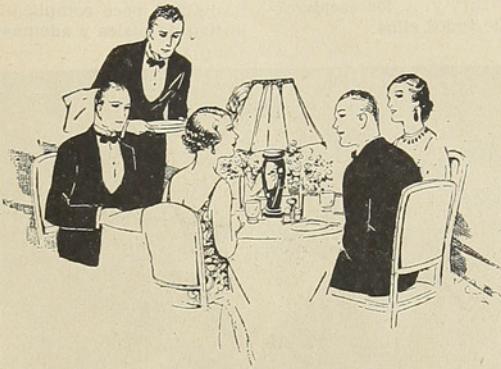
Una de mis tías, cuando tenía jaqueca (y la tenía con suma frecuencia), se ponía a tocar el piano furiosa e interminablemente. Ella fastidiaba a toda la casa, por supuesto, pero yo admiré todavía el valor que ella desplegaba para ocultar a los suyos su tortura, y comprendo ahora que una bondad de alma grande y una perfecta educación, la inspiraban, porque ella creía dárnos un placer extremo, tocando los mejores trozos de su repertorio, sonriendo a nuestros cumplimientos, mientras la jaqueca la ponía en suspicio.

No vamos hasta este inútil heroísmo, pero confesemos, que es mejor tocar el piano, que dejarse llevar por una interminable serie de gemidos.

Si por bondad o por curiosidad, se nos interroga sobre una enfermedad, o sobre una desgracia que ha sobrevenido en nuestro hogar, sobre un accidente del cual hemos sido víctimas, sepámos satisfacer en algunas palabras la curiosidad o la solicitud que se nos testimonia, pero guardémosnos de extendernos sobre nuestras miserias en relatos interminables.

Oí a una dama, una vez, cantar en una tarde siete veces la muerte de su madre, siempre en los mismos términos y con las mismas lágrimas. A pesar de la compasión que inspiraba, una involuntaria molestia ganó al auditorio, y acabaron por hacer el vacío a la pobre, tan digna de piedad, sin embargo, sencillamente porque ella no había comprendido cómo se sabe usar discretamente de la sensibilidad de los otros. La máscara, no es en ciertos casos hipocresía, sino "savoir-vivre".

MARGARITA MORENO



"LE SANCY"

\$ 1.—

\$ 4.—

\$ 5.—

LA MARAVILLOSA LECHE...

Conserva fresco su cutis

Como las rosas de una eterna primavera

Nuevo concepto de la vida moderna

El callejero es un peligro. Los hombres prácticos que aspiran a casarse con muchachas prudentes lo temen, y con razón. En la vida excesivamente callejera se encuentran los riesgos del descuido de las obligaciones domésticas, el modernísimo morbo del flirt y... los escaparates, que es acaso el más terrible de todos ellos.

Desde tiempos remotísimos se viene repitiendo la tradición en las familias. Nada tan sano para el espíritu—aunque tenga la culpa de muchas adiposidades incurables—que la vida del hogar. Nada tan económico también, que sus variadas distracciones, todas ellas de gamuza, o de aguja, o de escoba... Para convencer a la juventud, que comenzaba a estar algo reacia, se le llamó con nombres más poéticos: se dijo que era niño, que era trono...; pero como si no. Las muchachas preferían cada vez más el asfaltado pavimento de las calles y el ambiente antiológico de los almacenes, de los cines y de los salones de té.

Entonces las personas mayores, que habían agotado en vano su oratoria, se encogieron de hombros con resignación y dijeron: "Es la postguerra!"; como pudieran haber dicho: "Es la escarlata".

Sin embargo, ahora parecen las mujeres más inclinadas a hacer la vida de interior. El té, el bridge, el mah-jongg, el gramófono y la radio, sin contar los cigarrillos, el cocktail y la pianola, son todos placeres del hogar. Las cosas andan tan descuidadas como antes, y una muchacha bien moderna pronto estrepeará por nada del mundo el brillo de sus uñas en la menor faena doméstica; pero los preceptos de la familia empiezan a cumplirse. En cambio, ahí tienen ustedes, los maridos siguen estando descontentos. Porque la señora que antes limitaba su toilette del hogar a una batita o dos, más o menos sencillas y más o menos confortables ha visto aparecer en el horizonte de su felicidad un elemento que hará subir prodigiosamente las cuentas del modisto, aspiración suprema de toda mujer que conozca la verdadera misión con que fué enviada a la tierra.

Se ha creado un elemento destructor del presupuesto conyugal, llamado pijama o, más ampliamente, deshabillé, para que pueda así abarcar otras formas que no se ciñen a la de pijama propiamente dicho. Cualquier deshabillé poco complicada cuesta tanto dinero como un abrigo de pieles y además tiene el infinito encanto de no servir absolutamente para nada. Ambas cualidades le hacen ser sumamente apreciado de las nuevas "mujeritas de su casa" y en todos los trousseaux de novia empiezan a verse ya, como prendas imprescindibles de toda toilette femenina, los encajes, los crespones, las muselinas ligerísimas, los tisúes metálicos, los terciopelos, que constituyen los materiales complicadamente diabólicos de que se forman.

La moda del pijama ha entrado muy lentamente en nuestras costumbres occidentales. Realmente constituye un exotismo caprichoso que no responde a ninguna necesidad de la indumentaria. Los primeros pijamas eran horribles, al menos así lo parecían a los ojos no acostumbrados de los europeos. Poco a poco la prenda ha ido ciñéndose a nuestros gustos, a nuestra tradición en el modo de vestir. Se disimula el pantalón con tales artes que sólo algunas fugitivas flexiones de la pierna pueden hacer ver que se trata de tal pantalón. El resto corresponde a una femineidad tan absoluta, que se ha llegado hasta el corte María Antonieta de los corpiños. Un abriguito corto de raso brillante o tisú guateado, con vaporosos adornos de piel de cisne, contribuyen a este efecto de feminidad buscada.

Pero al lado de éstos, que podemos llamar versiones occidentales del pijama, están ya en todo su apogeo los que reflejan francamente su origen y lo proclaman orgullosamente, incluso con la pompa oriental de los tejidos de que se forman. El calzón, clara y

netamente definido, y la casaca corta en tejido metálico de colores brillantes, formando ambos una ambigua silueta de "daddy-doll" decadente.



Cuando se es la Esposa de un Héroe

"Esta noche me impuse que era yo "la mujer del hombre más popular del mundo", y he tratado, de consiguiente, de ponerme a la altura de mi difícil situación. Mi aprendizaje comenzó junto con oír por conductor de la I. S. T., la noticia del triunfo. Cincuenta personas me abrazaron, olvidando que después de todo, no soy yo Costes... Al hablar de cincuenta me refiero únicamente a los primeros que llegaron. Y después las flores. ¡Ah, seguramente, las más bellas flores de París decoraron mi casa, pero estaban ya marchitas para cuando Costes regrese!"

¡Y las eartas! Al principio he deseado leer todo; los mensajes afiebrados y aquellos que me hicieron llorar de júbilo. Había tantas cartas que he tenido que pedir ayuda a los amigos, quienes despojaron frenéticamente a mi formidable mensajero.

"El gran suplicio de la jornada lo constituyen las visitas. Los amigos, los verdaderos, se dan cuenta de mi situación, dicen una palabra y se retiran. Pero los hombres de negocios comprenden solamente que el porvenir pertenece a los audaces y de que hablo varios idiomas. Todos me tratan como si fuese el representante general de Costes en Europa..."

¡Y el otro suplicio! El de los reportajes...

"—Señora, ¿cómo conoció Ud. a Costes?

—Pero, señor...

—Os ruego, señora...

—Bien, señor. Fué hace dos años, en el meeting de Orly, a su regreso de la vuelta al mundo con Le Brix. Había ido yo a recibir el bautismo del aire del piloto Villechanoux... estaba yo equipada como aviadora... Costes desembarcó de un aparato y quiso fotografiarme. Acepté. Hizome una hermosa sonrisa y yo también, yéndose en seguida... Dos meses después daba él una conferencia en la Sorbonne, estaba yo en la primera fila, hizome de nuevo una bella sonrisa que volvi a corresponder.

Después de la conferencia, me habló y...

—Gracias, señora... ¿En qué ciudad de Rusia habéis nacido?

—Pero, señor, no soy rusa, soy de Georgia.

—¿Y qué no fué vuestro padre, fusilado por los bolcheviques?

—Ay, sí, papá murió fusilado...

—Entonces, ¿esa fotografía es de vos, en la infancia, con vuestro padre?

—Sí, señor.

—Pues, me la voy a llevar...

—Pero, si es la única que tengo.

—Os prometo devolverla, señora.

—Cada día paso dos horas probándome trajes, capas, sombreros: será ne-

cesario estar bella para cuando aparezca junto a él.

"Es fatásico ser "Madame Costes", y hay algo que puedo decir, en conocimiento de causa, desde hace dos años: algo muy sencillo. Le amo".

MARY COSTES



La decoración
de la gloria

Los
adioses

Plegaria de Margarita

(En los muros de la ciudad)

(Una imagen de nuestra Señora de los Dolores en un nicho de la muralla. Delante de ella vasos con flores). Margarita (delineante y dolorida). (poniendo flores frescas en los vasos). ¡Oh Madre afligida! ¡Oh Madre angustiada!

Los ojos inclina piadosa hacia mí. Hundida en el pecho durísima espada llorando la muerte del hijo, te vi.

Llorando sin tregua el suyo y tu duelo, las quejas exhalas de aquél doble afán; los húmedos ojos levantas al cielo; tus hondos suspiros también allá van.

T tormento cual este, que fiero me opri-
me, [me]
[sientir?]

Quién puede en el mundo, quién puede
Tú, Virgen piadosa; tú, Madre sublime;
¡tú sola, que sabes de amar y sufrir!
Doquiera que vaya, mi afán va com-
[go;]

doquiera lo esconde, lo arrastro detrás;
llorando y llorando mi mal no mitigo;
llorando y llorando no puedo ya más.

Los tiestos que alegran mi pobre ven-
[tana]
regaba con llanto de acerbo dolor,
cuando amaneciendo, cogí esta mañana
las flores que siempre te guarda mi amor.

El sol inundaba, risueño y brillante,
mi humilde aposento, con vivida luz,
y el rayo primero me halló vigilante,
sentada en mi lecho, llorando mi cruz.
¡Oh Madre afligida! ¡Oh Madre angus-
tiada!

Los ojos inclina piadosa hacia mí:
de horrible deshonra, de muerte ultra-
da
liberta a quien siempre buscó amparo en
[tí.]



Grandes Ventajas

Por Hugh McNair Kahler

idea de que Pinner era alguna otra persona, alguien a quien buscaba por otro "trabajo", y le arrestara. Supongamos.

Resultaba ahora más razonable aún el sentir su poquito de temor. Pinner hasta se dignó sentir miedo de la rubia que tenía a su cargo el cuidado de los sombreros en el vestíbulo. Había sido un nocio al entregarle el suyo. Si tuviera que huir, aquella muchacha podría detallarle.

Tuvo miedo de ella, un miedo verdadero, tanto que esperó a que estuviera bien ocupada con un grupo de cinco o seis que llegaban, para escurrirse a sus espaldas y alcanzar su sombrero. Entonces, con pasos rápidos, se dirigió a la puerta. Le sobrecogía el temor de llamar la atención.

—Un momento, señor!

Pinner aceleró su marcha. Sabía que lo que la muchacha estaba tratando de obtener era la propina, pero su voz le había asustado y la odió de pronto, alegrándose, según se alejaba rápidamente por el vestíbulo, de haberle burlado aquellos diez centavos.

Su alegría se esfumó cuando el hombre recostado en el marco de la puerta exterior se volvió lentamente y le miró cara a cara. Se sonreía con perezosa malicia. El detective no parecía ahora tan estúpido. Levantó su gruesa mano derecha con un lento movimiento que, sin duda, era una orden para que Pinner se detuviera.

Pinner decidió rápidamente. Se paró en seco, como si algo quedara olvidado detrás de él y se hubiera acordado de pronto. Viró en redondo y casi corriendo se dirigió hacia el corredor a la derecha.

—Oiga... espere!

Pinner pretendió no oír. Al lanzarse como una flecha hacia el corredor, con

el rabo del ojo pudo aún ver al detective, que todavía no había comenzado a perseguirle pero que se disponía a hacerlo, su mano en el aire, la boca abierta.

Una sensación de triunfo embargaba a Pinner segura volaba por el pasillo hacia la salida; iba a salvarse después de todo! Una risa ahogada se escapaba de sus labios cuando salió. Entonces corrió velozmente en dirección a la esquina.

Se recobró antes de llegar a ella. Estaba caminando aprisa cuando vió venir hacia él a un policía uniformado.

Una vez más Pinner sintió verdadero miedo. Haciendo un esfuerzo sobrehumano continuó su marcha que lo acercaba al policía, y cuando ya creía que no había nada que temer y que las ventajas estaban todas de su parte, le pareció escuchar su propia voz que le respondía:

—No existen las grandes ventajas cuando la silla eléctrica nos espera.

Podía darse cuenta de que la cara roja y ancha del policía estaba llena de indiferencia hacia él. Casi se le había quitado el miedo cuando vió que ese mismo rostro se iluminaba con repentino interés y atención. Vió al largo brazo levantarse e interponerse como una barrera en su camino.

El cerebro de Pinner estaba trabajando a toda marcha. Era mejor arriesgarse y correr, aún suponiendo que el policía le introdujera una bala en la espalda, a dejar que lo aprehendieran con aquellos billetes encima. Ya se había vuelto y estaba corriendo a toda velocidad cuando esa pensamiento lo asaltó, y cuando aun el policía no había terminado de levantar el brazo.

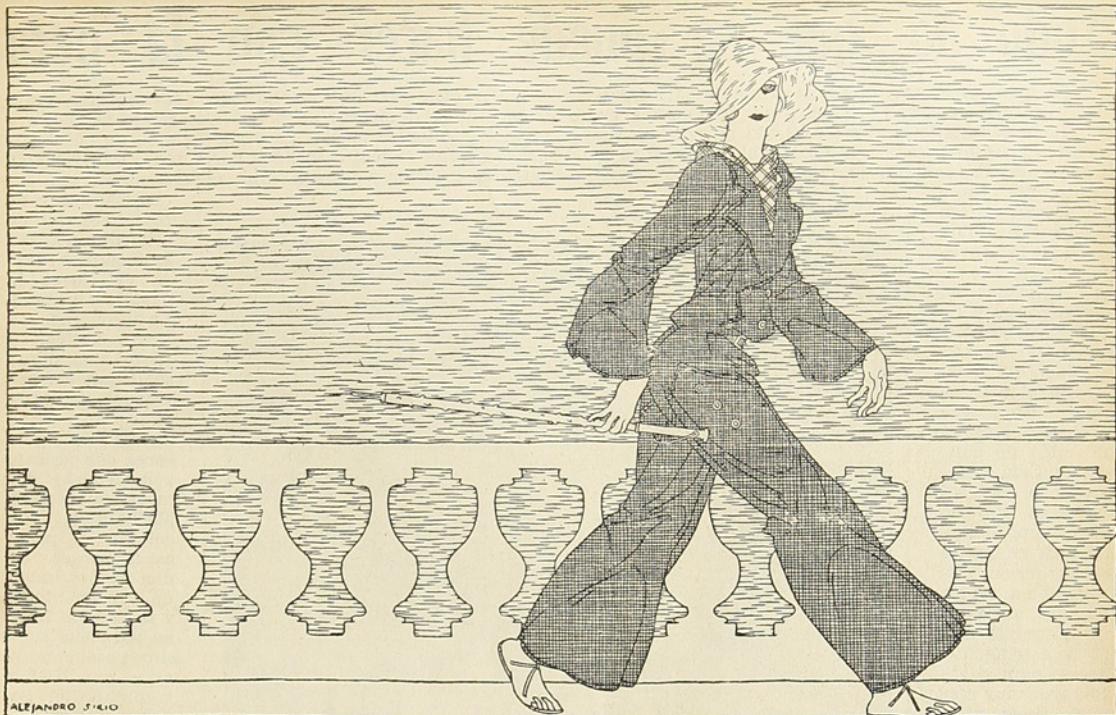
Gritos y el resonar de precipitados pasos en su persecución le hicieron perder la esperanza. Tal vez Pinner podría (Continúa en la pág. 78)

Mientras tomaba su almuerzo, Pinner sintió miedo del hombre de grueso rostro y pies planos que estaba en la puerta del salón-comedor.

No eran muchas ni grandes las ventajas por parte de aquel detective para que pudieran llegar a convertirle en un verdadero peligro, pero Pinner sustentaba una teoría muy diferente acerca de todo esto. No existían ventajas, por grandes que éstas fussen, para hacer que un hombre se considerase a salvo cuando la silla eléctrica lo estaba esperando.

Solamente dos hombres habían sido testigos del trabajo realizado por él y con tan buen éxito en San Luis la semana pasada. Uno estaba muerto y el otro en el hospital, y la descripción que éste había dado de él a la policía, no sugería, ni remotamente, la actual apariencia de Pinner. No existía la más lejana probabilidad de que al detective se le ocurriese detenerle; pero, si así lo hiciera, si por cualquier contingencia aquellos billetes por valor de diez y ocho mil pesos fueran encontrados en el bolsillo interior de su traje, los números de los mismos podrían... Pinner encontró de pronto, mucho más razonable sentir miedo.

Comprendió que había sido un tonto al engañarse a sí mismo creyéndose a salvo. ¡A salvo con aquel dinero encima! Cualquier capricho de la suerte y un polizón podia muy bien echarle el guante y hallarle aquellos billetes comprometedores. Supongamos que a aquel detective se le metiera en su espeso cerebro la



ALEJANDRO SÁENZ

La Dama del Pijama verde

Por JULIO DANTAS

Tres horas hacia que estaba yo en Biarritz. Me había hospedado en el Chateau des Falaises, tomando mi baño, almorzando como un príncipe frente a las anchas ventanas que se abrían sobre el océano cantábrico — lago de cobalto en que se alzaba, negra y abrupta, la peña Virgen — y me disponía a salir para volver a ver la pequeña ciudad vasca, que es aún, poco más o menos, lo que era hace quince años, una risueña aglomeración de casas de campo y de chalets, rodeada por el formidable bloque internacional de los Palaces y los Casinos. Hacia un calor horrible, mil veces peor que el de San Sebastián. La atmósfera, que me dió la impresión de oro fluido, ardía y cegaba. Bañistas retardadas, unas de pijama, en automóviles lujosos que las traían de las piscinas de la Chambre d'Amour — otras a pie, con mallas, atajándose el sol con sus pequeñas sombrillas chinescas — y casi todas fumando — pasaban, bronceanas, insexuadas, indiferentes, de regreso a los hoteles. La exhalación ardiente de los jardines próximos impregnaba de un sabor de rosas el aire salino y yodado del mar. Se adivinaban orquestas lejanas. Oianse gritos de pavares. Fué, en verdad, vibrando con el placer de vivir — y, sobre todo, de alegría incomparable al sentirme un desconocido en medio de las gentes — que bajé la calle Mazagrán, bajo las llamas vivas del sol, camino de la playa grande.

Cuando yo rodeaba la Plaza Bellevue — maravillosa explanada sobre el océano magnífico — una mujer alta, escultural, vistiendo un "strand" pijama de seda verde, un fielto verde en la ca-

beza, los pies desnudos dentro de esas pequeñas sandalias de cuero dorado que han hecho furor en Deauville, iba atraídos, apoyada en un fino bastón, dirigiéndose hacia la Avenida Victor Hugo. Me detuve a observarla. Era realmente interesante el espectáculo de aquel cuerpo armonioso, cuya desnudez revelaba la transparencia de la seda del pijama, como si se lo viese al través de un vidrio verde, y que marchaba, admirable de ritmo, de belleza, de serenidad, de orgullo, dándonos la impresión de una Venus brotada, en ese mismo instante, de la espuma argentada del mar. Al principio creí que sería una francesa. Aquella elegancia, aquella "morgue" me parecieron muy parisenses. Despues, a medida que se aproximaba, tuve que reconocer que su complejión atlética, sus hombros cuadrados, el tono rubio de sus cabellos y, sobre todo, sus extremidades — pies y manos — largas, robustas y sólidamente modeladas, pertenecían, más bien, al tipo anglosajón. Tal vez porque yo la observaba con insistencia, se fijó en mí; entornó los párpados para ver mejor, entre la claridad ofuscadora de la tarde, quién era aquel observador demasiado insistente; y, de pronto, como si hubiese encontrado a uno de sus más íntimos amigos, sonrió, se detuvo, le iluminó la cara una expresión de jubilosa sorpresa, y, tras de un momento de vacilación, se dirigió resuelta y sonriente a mi encuentro:

—Buenos días, señor John Clark! ¿Por qué no me dijo que también vendría a Biarritz?

Confieso que, ante aquella sugerente mujer, que me sonreía y me hablaba en el inglés particularmente suave de las

"yankees", tuve infinita pena por no llamarle John Clark. La penetrante voluptuosidad que exhalaba de aquel cuerpo, de aquel pijama, de aquella piel dorada a fuego por el sol de la playa, de aquellos ojos antílope, vivos e inquietos como dos pequeñas llamas azules, fuese positivamente bella; por el contrario, su perfil no tenía nada de clásico, y la boca me pareció demasiado grande, aunque expresiva y bien pintada; pero la estatua era admirable, el color sorprendente, la expresión diabólica, y todo en aquella impresionante hija del Uncle Sam, a pesar de su musculatura vigorosa y de sus actitudes imponentes, respiraba frescura, juventud, alegría, sencillez, encanto femenino, pura gracia sensual, como si fuese una de esas rubias y atléticas bailarinas de Tesalia, que, al alzar los brazos robustos para hacer resonar sus címbalos de plata, mostraban dos pequeños senos virginales y delicados de criatura. "Las americanas "up to date" — me decía una vez cierto diplomático amigo mío — son excelentes muchachas que se beben media docena de "cocktails" uno tras otro, se fuman tres paquetes de cigarrillos sin parar, y no creen que sea indispensable, para besar a un hombre, que éste les haya sido previamente presentado". No era ése, sin embargo, el caso de la escultural "yankee" que se me dirigiera de modo tan efusivo. La pobre joven, que aun apretaba mi mano entre las suyas, era evidentemente víctima de una confusión, y me tomaba por alguna persona de su amistad. Aunque tales confusiones son siempre agradables, cuando las comete una mujer bonita, me apresuré a disipar el engaño:

(Continúa en la pág. 80)

Para las dueñas de casa:

Todo lo que se puede hacer con la pera

La pera, de la cual hay centenares de variedades, es un fruto refrescante y generalmente muy digerible, cuando está madura. Cocida en trozos con un poco de vino y azúcar es, según Rabelais, tan saludable a los sanos como a los enfermos. La pera de agua constituye el postre saboroso por excelencia. Su empleo conviene, sobre todo a los jóvenes. Los estómagos delicados no deben abusar de ella; es necesario, además, tener cuidado de masticarla bien y comerla con una pequeña cantidad de migas de pan. Alimenticia y laxante, la pera, sin embargo, no es buena sino cuando está en punto de madurez; imperfectamente madura contiene un principio ácido y astringente, nocivo para el estómago; muy madura tiene mal gusto, lo que se debe a la fermentación. Una gran variedad de clases no deberían comerse más que cocidas o en compotas.

Así es que aconsejamos las compotas y las mermeladas, que constituyen manjares muy nutritivos y suficientemente digestivos, a condición de que la fruta sea bien aderezada.

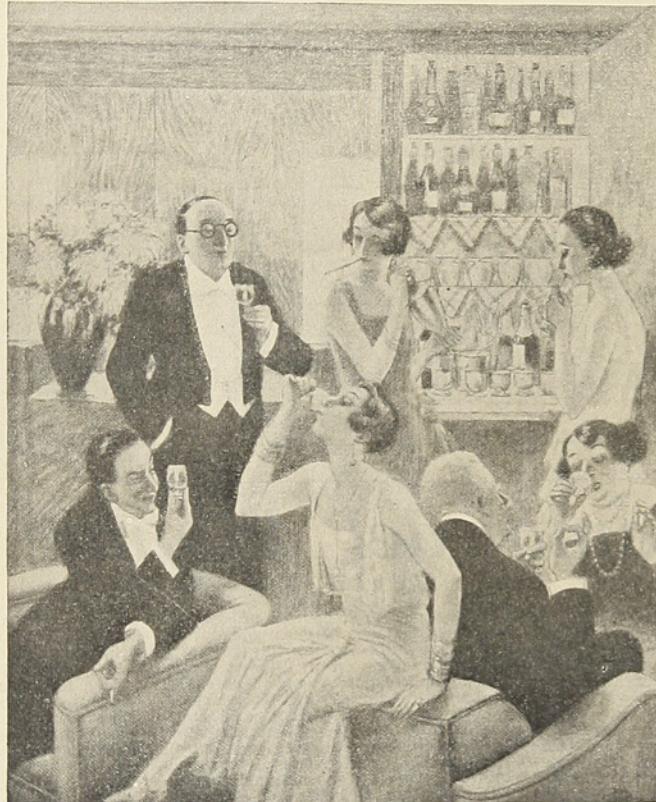
Compota de peras.— Se toman, con preferencia, peras llamadas de Massire Jean; se limpian y se les quita el ojo; se lavan bien y se secan. Se las pone en seguida en una cacerola con azúcar, un trozo de canela, dos o tres clavos de olor, vino tinto y un poco de agua; se las deja cocer a fuego lento, teniendo cuidado de sacar la espuma. Cuando están cocidas se arrugan por si solas, lo que les ha hecho darles el nombre de peras "a la bonne femme". Esas peras se pueden también hacer en compota y con color rojo. Para esto hay que pelarlas y ponerlas en una cacerola enlazada con un poco de vino, canela y azúcar en cantidad suficiente y agua. Se pone entre la cacerola, una cuchara de estafio, se tapa bien y se coloca sobre la ceniza bien caliente, hasta la cocción perfecta.

Peras soufflées.— Se cortan por la mitad las peras, que luego se pelan y se les saca la semilla; se hacen cocer en almíbar suave, sólo para blandirlas. En seguida se vuelven a cocer y a pasar por un tamiz fino cien gramos de peras, hasta reducirlas a una pasta fina.

Por otra parte se mezclan en una pequeña vasija cien gramos de azúcar en polvo, tres yemas de huevo y quince gramos de fécula. Se deslide todo en un cuarto litro de leche caliente, se hace cocer todo, revolviéndolo con una espátula y a fuego lento; se perfuma con una cucharada de café de vainilla concentrada, se le incorpora fuera del fuego la pasta de peras y tres claras de huevo batidas a nieve bien dura; se llenan las cavidades de cada pera con esta mezcla y se espolvorea con azúcar, poniéndole en medio una cereza abrillantada. Se colocan las peras así preparadas en una fuente untada con manteca, y se pone al horno para que cuezan y se cubran con un baño transparente. Se sirven aderezadas sobre una fuente honda, cuyo fondo esté guarnecido de una capa de gelatina de galletas.

Peras louise.— Pelar una docena de pequeñas peras, vaciar el interior, hacerlas cocer en almíbar vainillado, dejarlas enfriar y escurrir, llenar el hueco con crema de almendras, después mojarlas en una pasta ligera y hacerlas.

Peras al arroz.— Tomar seis hermosas peras, dividir cada una en dos partes, cocerlas en agua; cuando están a punto, escurrir la ayor parte de agua posible; añadir dos puñados de azúcar en polvo, cocerla aún algunos minutos más. Por otra parte hacer cocer solamente durante cinco minutos 250 gramos de arroz con leche y un poco de azúcar; por último añadir algunas cucharadas de crema, un trozo de manteca y dos cucharadas de azúcar con cáscara de naranja. Poner el arroz sobre la fuente y rodearlo con las mitades de pera.



La vida moderna es así: mujeres que parecen hombres

(CARTA A MI HIJO)

La mujer que vas a elegir

Por ALBERTO BRUM

Cuando te escribi, no hace mucho, acerca de tus amores y amorios, apenas dediqué unas líneas al acontecimiento, trascendental para ti, de la elección de la que ha de ser tu compañera definitiva.

La esposa es el único pariente que puedes escoger. No puedes escoger a tu padre, ni a tu madre; ni a tus hermanos o primos. Ni a tus abuelos ni bisabuelos. Sólo a tu mujer puedes elegir.

En cierta manera, escoges también a tus hijos y nietos al elegir a tu mujer. La elección de tu mujer fija, en gran parte, el destino de tus hijos y determina la felicidad o desgracia de tu hogar. Por todo lo anterior, te he dicho que esta elección es un acontecimiento trascendental para ti, como lo es para cualquier hombre.

Sin embargo, siendo esto de tal importancia, pocos, poquísimo, son los jóvenes que aplican su sentido común cuando escogen esposa. Cualquier joven piensa más, compara más y estudia más cuando va a elegir un automóvil que cuando va a elegir a su esposa.

Antes de seguir adelante, te voy a decir por qué prefiero llamar a la futura compañera de tu vida "tu mujer" nombre que podrá parecer crudo, pero que tiene un significado muy especial en nuestra lengua. La compañera de nuestra vida se llama de tres maneras diferentes en español. Unos dicen "mi señora"; otros dicen "mi esposa" y otros dicen "mi mujer". Este último nombre encierra, en mi concepto, más amor, más intimidad.

Hay mil millones de mujeres en el mundo, y cuando tú dices "mi mujer", quierés decir que esa es la tuya.

¡Mil millones de mujeres! Tú vas a escoger una de entre ellas.

Si la vas a escoger con la idea de que puedes divorciarte de ella en cuanto descubras que no te agrada, si la vas a tomar a prueba, como se hace con frecuencia en los Estados Unidos, entonces esta elección de esposa no es trascendental, porque no has escogido a "tu mujer" sino a "una mujer".

Pero en esta carta no me ocupo de la elección de una mujer, sino de tu mujer, la que haya de ser la madre de tus hijos, el complemento de ti mismo.

Tú me conoces lo bastante para comprender que no por vana jactancia me llamo un hombre moderno a quien no asustan ni doctrinas ni filosofías nuevas. Analizo, desprendiéndome de prejuicios, hasta donde puedo, las nuevas corrientes de opinión acerca del matrimonio y la familia.

Por una parte se le hace propaganda a la idea del amor libre. Esta modalidad del matrimonio tiene su sede mundial en París. Y hombres tan eminentes como Eliseo Reclus la han predicado y practicado. Cuando se llega en Francia al matrimonio es—generalmente—por conveniencia, y hay urdote de por medio.

Por otra parte tenemos el moderno matrimonio ruso, que está inspirado oficialmente en el propósito de amarrar el amor de la familia, considerado egoista, y hacer cre-

cer el amor a la comunidad. Es un ensayo en sociología comunista.

En tercer lugar, tenemos la actitud norteamericana más reciente hacia el matrimonio, que tiende también a la disolución o debilitamiento de la familia, en aras de la exaltación del individuo.

En nuestros países hispanos no seguimos ninguna de esas corrientes anteriores. Nos casamos por amor, y no por conveniencia, como en Francia; no sacrificamos la familia a la comunidad como se quiere hacer en Rusia; ni la sacrificamos en aras del individuo, como se está haciendo en los Estados Unidos.

En nuestros pueblos, la familia es la unidad social. Aunque hemos establecido divorcio en varios de nuestros países, pocas veces, relativamente, recurrimos a él. Cuando contrajemos matrimonio es como si nos agregáramos algo nosotros mismos, carne de nuestra carne y alma de nuestra alma.

Yo creo por razonamiento—acaso por simple racionalización, por herencia, por hábito y educación—que de todas las maneras anteriores de considerar el matrimonio y la familia, la nuestra es la preferible. No creo que pueda aumentarse el amor a la comunidad disminuyendo el de la familia, pues éste fué el origen y sigue siendo la fuente fecunda de aquél. No creo en el amor libre, ni para los animales domésticos cuyo pedigree nos interesa. Menos para el hombre. No creo en la esposa con dote, que la mayor parte de las veces es más bien dote con esposa. No creo que deba sacrificarse la familia en aras del individuo.

Todo lo anterior era necesario decirlo para explicar por qué para ti—como para todo joven de nuestra raza—es tan importante la elección de la que ha de ser la compañera de la vida.

Y qué debo decirte, qué reglas, qué principios, debo darte, para que te sirvan de guía al elegir a tu mujer?

En primer lugar, debe haber entre la mujer que escogas y tú, afinidad física y espiritual. Es decir, debe gustarte. Debe ser la más que te guste. Pero es importante que no te dejes llevar por primeras impresiones, que el atractivo físico de la hembra no te ofusque de manera que no puedes apreciar con claridad a la mujer. La belleza del cuerpo, que es efímera, está a flor de tierra; la del alma, perenne, es profunda.

Y luego, debe ser tu escogida una mujer básicamente sana, física y espiritualmente.

Es necesario que la mujer con quien hayas de unirte tenga, reveladas ya o latentes, aficiones espirituales que no sean antagónicas a las tuyas. Preferible es que sean similares a las tuyas; pero es indispensable que no sean antagónicas.

Lo anterior no quiere decir que en materias religiosas tengan que pensar de la misma manera. Tu madre colgaba la imagen de la santa de su devoción en la misma pared donde yo colgaba la imagen del Pithecanthropus Erectus. Yo respetaba su religiosidad y ella mi agnosticismo.

(Continúa en la pág. 79)

UN AROMABIBLIOTECA
SECCIÓN CHILENA

de pureza perfecta y exquisita es la característica de los productos

KALODERMA

Conocidos desde muchos años en todos los países del mundo gozan, entre los preparados para el cuidado y la belleza del cuerpo, de una particular reputación entre las personas que prefieren una calidad excelente a los caprichos pasajeros de la moda.



F. WOLFF & SOHN
KARLSRUHE / ALEMANIA



Dolores del Río, la triunfadora

Dolores del Río: una bella damita de la aristocracia mexicana... Sin otras preocupaciones que la elección de los vestidos más caros y elegantes. Sin otras ambiciones que brillar en las fiestas suntuosas de la llamada buena sociedad. Sin pensar, ni remotamente, en la posibilidad de llegar a ser renombrada "estrella" de la pantalla.

Mas, de pronto, surge Edwin Carewe, con su mirada dura y su perfil de indio. Carewe, que llega a Méjico, con su esposa, a disfrutar unas cortas vacaciones. Carewe, que pregunta a Dolores:

—¿Por qué no hace usted películas? Debiera probar...

Los ojos grandes, atractivos y misteriosos de Dolores del Río se iluminan con un relámpago de alegría... El cine está próximo a encontrar una de sus mejores actrices. Y un hombre — Jaime Martínes del Río — va a perder para siempre el amor de la mujercita, fina y flexible como un junco...

El caso de Dolores del Río es, seguramente, único en la historia del cinema. Sus tres primeras películas, para la First National, son tres fracasos rotundos. La que hizo luego para la Universal, otro fracaso. Y sus primeras películas para la Fox, también.

Para otra aspirante a actriz del cinema, el primer fracaso sería motivo suficiente para que en los estudios desistieran de seguir confiándole papeles. Para Dolores, no. A cada nuevo fracaso, su nombre subía un peldaño más en la escalera de la popularidad. Carewe tenía especial empeño en defender a su protegida. Y Carewe tenía a su disposición una oficina de publicidad, maravillosamente organizada, que se cuidaba de enviar noticias y fotografías de la nueva "estrella" a todos los periódicos del mundo. Noticias y fotografías de Dolores, que llegaban mucho antes que sus malas películas.

¡Qué tremenda decepción cuando éstas llegaron! Nadie se hubiera atrevido a afirmar entonces que en Dolores había una actriz. Una magnífica actriz. ¿Cómo figurarse que la muchacha que, junto a la pareja Dorothy Mackall-Jack Mulhall, interpretaba torpemente una vampiresa, iba a ser, al poco tiempo, la mejor actriz dramática de la pantalla?

Y, no obstante, así fué. Hasta que no llegó "Resurrección" no se pudo comprender la calidad de artista que había en Dolores del Río. Y forzoso es reconocer que el único que tuvo empeño — por amor propio o porque creía efectivamente en sus dotes de actriz — en sostener a Dolores, fué su descubridor: Carewe.

"Resurrección" es la revelación de Dolores del Río. Su éxito verdadero, sin relación con los departamentos publicitarios.

Éxito más sorprendente, teniendo en cuenta sus deficientes actuaciones anteriores. "Resurrección" es, en definitiva, el triunfo de Dolores del Río, la afirmación de sus facultades de actriz, confirmadas luego — que no superadas — por otras películas: "La senda del 98", "Ramona", "Venganza"...

Mas, al lado de este triunfo, hay otro fracaso formidable: el de su amor a Jaime. ¡Qué novela más estupendamente romántica la de los amores de Dolores y Jaime! Más romántica todavía que "La dama de las camelias"... El pobre Jaime viendo cómo a cada nueva película su mujer se acercaba más al público y se separaba de él. El pobre Jaime, haciendo todo lo posible — y más de lo posible — por reconquistar a su mujer. El pobre Jaime, obligado a aceptar el divorcio planteado por Dolores... Y el viaje a Europa, para olvidar... Y lo, cabaret de Berlin y los "cocktails" para aturdirse... Y el final... Ese final trágico, que es el mejor capítulo de la novela. Jaime, moribundo, en un hospital de Berlin. Dolores cruzando radiogramas con los médicos. Uno de ellos terriblemente laconico: "No tiene sal-

vación". Y ella, arrepentida, pone el "radio" de despedida al otro mundo con su terminación sentimental: "Perdóname, Jaime..." Y Jaime eterno caballero, que muere dictando sus últimas frases para ella: "Mia es toda la culpa y tú eres la que debes perdonarme".



Magnífica historia que todavía haría llorar a más de una señorita de provincia.

RAFAEL MARTÍNEZ GANDIA.

T O N A D A

por entre las peñas.

Yo naci en el valle,
agua y arena.
Yo naci en el valle,
lo dejé por ella.

Caminito andando
veinticinco leguas
arriba, abajo,

por quererte tuve
que olvidar mi tierra.

Cariñito tuyo,
¡ay lo que me cuesta:
ojos de la cara,
sangre de mis venas!
Dijecito de oro,
agua y arena,

Yo naci en el valle,
agua y arena.
Yo naci en el valle,
lo dejé por ella.

EL TRIUNFO

(Continuación)

no debemos buscar la hermosura con los ojos materiales, sino con los del alma.

—Si pero como es tan burda la capa que la cubre...

—¿Y cómo has podido ver las perlas que, según tú, llevo yo en la mía?

—Porque las veo a través de unos ojos bellísimos y de una boca encantadora.

—¿Y no puedo llevar ocultos sapos y culebras?

Y, al decir esto, Rosa volvió a dejar oír su risa contagiosa.

Sebastián tomó entre las suyas una de las manos de la muchacha, y acercándose a ella le preguntó:

—Oye, Rosa. ¿No has pensado nunca en que hay una realidad tan bella que es toda ilusión?

—¡Ay, Sebastián! No me hables de ese modo porque no te entiendo.

Y al decir esto demostraba claramente que, si no entendía las palabras, entendía el intento con que fueron dichas.

—¿Sabes lo que es amor? —preguntó Sebastián dulcemente.

—¡No! —suspiró Rosa, huyendo sus ojos de los del mozo y dando vueltas entre sus dedos a una flor silvestre víctima de la nerviosidad de sus manos—. ¡No! ¡Y tú, Sebastián?

—Hasta ahora, no! —dijo él, cariñosamente—. Pero hoy lo he visto reflejarse en mi alma a la luz de tu mirada.

—¡Yo!... balbuceó ella confusa.

—¡Tú! —musitó él, quedamente, con una voz que era una caricia—. ¿No dices que la realidad es bella?...

Pero deteniéndose con repentina tristeza, exclamó amargamente:

—¡Perdóname, Rosa! ¿Cómo puede ser bella la realidad para un enfermo? ¡Me había olvidado!

—Dice el señor cura que debemos agradecer a Dios la ventura que hoy nos da sin pensar en que nos la puede quitar mañana. ¿Por qué no has de pensar en ser feliz? —dijo Rosa con ese arranque que hace de algunas mujeres ignoradas heroínas de silenciosos sacrificios e inmolaciones ocultas.

—Lo crees tú así, Rosa? —preguntó Sebastián con el ansia del náufrago que muere asido a su última esperanza.

—Lo creo porque es la realidad.

Entonces, vivamos la dulce realidad de nuestras vidas...

¡Tú eres mi ilusión!... ¡Te quiero, Rosa!...

—¡Te quiero, Sebastián!

Una tórtola arrulló en la espesura.

Llegó el invierno. El enfermo empeoraba, pero tan lentamente, que algunas veces tenía como resurgimientos de vida que engañaba a todos menos al médico. Rosa y ama Pia cuidaban de Sebastián con esmero conmovedor, poniendo cada una cuanto sabía.

En el dormitorio, donde en los días espléndidos del invierno montañés, entraba a raudales el sol por la ventana abierta, ardía de continuo una buena lumbre en la chimenea. El enfermo, casi siempre silencioso, con sus ojos febres, cada vez más grandes y más bellos, seguía los movimientos de sus enfermeras en sus idas y venidas por el dormitorio, con esa fijeza inquietante de los enfermos graves.

Los cambios de tiempo lo recluían con frecuencia en casa, y entonces eran el cura y el médico los que le acompañaban y entablaban ante él entredemidas polémicas en las que muchas veces tomaba parte Sebastián, con gran contento de ama Pia y de Rosa, que tomaban esto como buen síntoma.

Un día, aquel dolor manso que ocultaba bajo la farsa de una piadosa mentira tuvo una conmoción. La llegada de Pepe Laconte, el amigo predilecto de Sebastián, el compañero de sus días de prueba. Entró en la habitación del enfermo con el alborozo y el regocijo de los alegres días de bohemia, y ambos amigos se confundieron en un cordial abrazo.

—¡Diablo, chicó! —dijo Pepe, procurando disimular la dolorosa impresión recibida ante el aspecto de Sebastián, aunque ya le había prevenido Rosa antes de entrar—. No esperaba encontrarte envuelto en mantas. ¿Qué te pasa?

—Olvidas que vine enfermo?

—Aun te dura esa manía?

—Manía? ¿No ves lo delgado que estoy?

—Un poco más delgado que antes, en efecto, pero muy poco más.

Aquí me cuidan "desconsideradamente", porque me hacen un esclavo de mí mismo, del régimen y de las alteraciones de mis nervios. Pero dejemos esto, y dime a qué debo tu visita.

—Me prohibiste que te escribiera, y ya lo ves que no lo hice, pero como no me prohibiste venir, he venido; claro está que no sólo a verte, sino a algo más decisivo. Vengo por tu cuadro.

—¡Por mí cuadro!

—Justamente. Si tú renuncias a la lucha, yo la he continuado por ti. Tengo fe en tu obra y quiero demostrarlo a tus

(Continúa en la pág. 19)



Ultimas Noticias de la Moda de París

Los franceses, por regla general, con esa rapidez de apreciación que distingue a la raza latina, son incondicionales admiradores de las bellezas artísticas y naturales que contiene su patria. Entre el pueblo, son muchos los que conocen el interior de los museos, tanto o más que las fachadas de los mismos. Por eso es muy comprensible el entusiasta culto que se rinde entre las clases más cultivadas a cuanto es hermoso.

Al entrevistarme con monsieur Winter, que según recordarán cuantos tengan alguna conexión con el mundo de la moda, fué muchos años director de la casa Premet, no pudo menos de llamarle la atención, la ternura con que hablaba del noble abofleño del edificio en que actualmente está establecido el negocio que dirige.

—Cuando madame Paray y yo buscamos casa, dimos la preferencia a ésta, que es un palacio construido antes del primer imperio—dijo monsieur Winter.—Todos estos tableros de madera esculpidos datan de esa época.

Después de darme estos datos de interés histórico, accedió el director a hablar de trapos.

—Madame Paray—empezó por decir monsieur Winter—tiene un indiscutible y recio temperamento artístico. La prueba está en que al crear un modelo, su primera idea no es para calcular los ingresos que pueda procurarle su nueva obra, sino que experimenta la satisfacción de quien acaba de ofrecer un nuevo objeto de arte a las necesidades modernas. Ella misma está saturada del sutil encanto que se respira en París, y este influjo se manifiesta ampliamente en todos sus modelos. Tiene un gusto muy seguro, y que no se deja ofuscar por los antiartísticos derroteros en que a veces se extravia la moda. Según ella, las mujeres americanas no son difíciles de vestir y su gusto es muy semejante al de las parisinas. Para madame Paray lo principal es que la silueta sea juvenil y todos sus modelos demuestran esta preferencia.

Al escoger los géneros, tiene un golpe de vista muy seguro, para conocer las telas que resultan o no jóvenes. "Nunca se puede hacer un vestido que rejuvenezca si se emplea un material que tenga aspecto de viejo", es uno de sus aforismos.

También tiene ideas propias respecto a los colores; una de ellas es, que el negro es en muchos casos más joven que los colores oscuros. Como toda verdadera artista, le gusta la sencillez del conjunto, aunque para obtenerlo haya tenido que poner a contribución todo su trabajo y experiencia.



El corte es su principal preoccupation. "El buen corte hace el vestido", es su firme creencia.

Siempre es más bello un vestido de complicado corte que sobrecargado de adornos.

Madame Lucile podrá decir a usted cómo le disgusta cuanto propende a dar pesadez a la línea o los contornos. Por esa razón no gusta de exagerar el largo de las faldas en los trajes de calle.

Para noche ya es diferente. Lo vaporoso de los géneros y lo claro de los matices, hacen que las faldas largas estilicen la figura, haciéndola parecer más joven.

Muchos de sus modelos para reuniones de confianza, comidas, conciertos, etc., tienen un sello marcadamente juvenil, con sus faldas tableadas y sus estrechos cinturones, a los que siempre acompaña alguna exquisita pincelada parisén, ya sea en los detalles o el adorno. Mi jefe considera como imperdonable error el no aprovechar cuanto autoriza la moda para conservar el mayor tiempo que se pueda el encanto personal de las mujeres que viste.

Después de lo expuesto por el afamado director, añadiremos por nuestra cuenta que el primer modelo de los que reproduce el grabado, es un abrigo de otoño de paño negro, de impeccables cortes y positiva elegancia. La gracia con que caen los pliegues de la moderna manga dejan adivinar lo flexible del género, y el exquisito gusto del modisto.

B. A.

TRES PALABRAS DE FORTALEZA

Hay tres lecciones que yo trazara con pluma ardiente que hondo quemara, dejando un rastro de luz bendita doquier una pecho mortal palpita.

Ten Esperanza. Si hay nubarrones, si hay desenganos y no ilusiones, descoge el ceño, su sombra es vana, que a toda noche sigue una mañana.

Ten Fe. Doquiera tu barca empujen brisas que Braman y undas que rugen Dios (no lo olvides) goberna el cielo, y tierra, y brisas y barquichuelo.

Ten Amor, y ama no a un ser tan sólo, que hermanos somos de polo a polo, y en bien de todos tu amor prodiga como el sol vierte su lumbr amiga.

Cree, ama, espera! Graba en tu seno las tres, y aguarda firme y sereno fuerzas donde otros tal vez naufraguen, luz cuando muchos a obscuras vaguen.

SCHILLER

E L T R I U N F O
(Continuación de la pág. 17)

envidiosos que el mérito triunfa siempre, más o menos tarde, pero triunfa. Ramón ha ido a París a presentar una escultura suya; es uno de los pocos hombres a quienes se les puede honrar con el título de amigo y estamos de acuerdo para que se encargue de presentar tu lienzo.

Sebastián sintió arder su sangre empobrecida. Se puso en pie tembloroso y más pálido que nunca.

—¡Mi cuadro! —dijo balbuciente—. ¡No! ¡Mi obra no sale de aquí! ¿Otra vez la lucha? ¿Otra vez la zozobra y el desencanto? ¡No! La gloria se vende y yo no quiero lo que cualquiera puede comprar. Desprecio esa gloria que hay que luchar por ella como las fieras en el desierto, a dentelladas. He venido aquí en busca de paz... ¡lo único que puedo ambicionar en la vida!... y tú, mi mejor amigo, tal vez ¡“el único”!... ¡entre tantos!... ¡vienes a quitármela?... ¡Déjame! Tampoco quiero mendigar la gloria. No hay bajeza que no sea propia a esa deidad por la que los hombres lo pierden todo... ¡la vida!... ¡lo mejor de su alma!... y hasta jirones de su dignidad, entre las zarzas del camino. Yo no me inclino. Yo no quiero pasar un dintel con el espíritu doblado...

—Pasarás más teso que un hueso—replicó Pepe queriendo quitar con su acento alegre el tono trágico que su amigo daba al asunto, pero quedó cortado ante el aspecto decidido de Sebastián.

—¡No!... ¡No quiero! —replicó éste con energía, aunque se dejó caer extenuado por el esfuerzo en el sillón.

—¡Hágase tu voluntad! —dijo Pepe, resignado, aunque sin poder ocultar la contrariedad que sentía.

La llegada del amigo fué la piedra que conmueve la tranquila superficie del estanque. Las ondas concéntricas fueron extenuándose lentamente, y tres días después de la llegada del viajero, volvía éste a marcharse, pero llevándose con él el lienzo de Sebastián. Todos habían acabado por creer que la Providencia había llevado a Pepe a la alquería de ama Pia, y que esto era el primer paso hacia el triunfo. La voz de Rosa hacia milagros en la voluntad del enfermo, y dió, al fin, su autorización para que el lienzo fuese enviado a París.

Aquel día, lo fué de luto para Sebastián. Sin poder disimular su pena, se despidió de su obra, con la ternura dolorosa de un padre que sabe dar un eterno adiós a su hijo. Con lágrimas en los ojos, besó suavemente, dulcemente, las blancas rosas de la santa; las rosas bermejas del mártir del Calvario; las manos llagadas y las manos místicas suspensas en adorable arrobo. No se quitó de la ventana hasta que el carro de Juan se ocultó tras de una loma. La blanca caja oscilaba ritmicamente al valvén del tardío paso de la yegua, y a Sebastián le parecía que aquel movimiento era una protesta humana. Cuando el chirriar del carro se perdió en la lejanía, el enfermo cayó abatido en su butacón. Rosa, amorosa y comprensiva, se le acercó y acarició su mano.

—No estás contento, Sebastián—le dió con cariñoso reproche—. ¿Por qué tanta pena?

—Habéis querido que empiece

nuevo la lucha—dijo tristemente—, y no he podido corresponder con un desaire a vuestro cariñoso interés, pero sé que la esperanza y sus inquietudes, acabarán con mis fuerzas. [Tú no sabes lo que es esperar!... ¡Maldita palabra!... En la maldición divina, Dios debió decir: “Esperarás, esperarás eternamente!”]

—¡Y ay del que no espera! —dijo la voz del cura, que entraba en aquel momento—. La esperanza es el faro de la vida!

—Tú esperarás el triunfo! —dijo Rosa con alegre optimismo.

Y añadió en voz baja, oprimiendo amorosamente la mano del enfermo como si quisiera comunicarle toda su fortaleza:

—¡Y yo te espero a ti!

Sebastián la envolvió en una mirada de amoroso desconsuelo.

El toque del Angelus llegó hasta ellos como una voz alejadora. El enfermo se puso en pie, respetuosamente; el sacerdote cruzó sus manos sobre la negra sotana; Rosa cayó

(Continúa en la pág. 21)



USE SIEMPRE
EL MEJOR
DE LOS
JABONES
FLORES DE PRAVIA

UN CUENTO
PARA LOS NIÑOS

El Hada de los Montes

El dia llegaba a su fin. Don Segundo, cansado de trabajar durante tantas horas, se dejó caer pesadamente sobre un banco, cerca del fuego, mientras contemplaba a lo lejos el sol que se ocultaba entre los árboles.

Doña Gumerinda puso la sopa sobre las brasas y se sentó junto a él.

—En qué piensas, Segundo? —preguntó ella.

Pienso en todos los árboles que he cortado durante toda mi vida en este triste trabajo de leñador, y me pregunto si uno al hacerlo no comete un crimen. Al fin los árboles sufren y mueren como uno... ¡y son tan útiles y tan hermosos! Mira los pinos, los robles, los álamos... todos, en fin. ¡Es una crueldad!

—¿Qué diablo te pica? — exclamó la mujer. — Te has vuelto loco...? Deja de decir tonterías y vamos a comer, que me hace buena falta descansar. Mientras tú cometías esos asesinatos, yo no he dejado de trabajar. No puedo más de cansada. La vida es injusta; tener que seguir siempre trabajando a la edad que tenemos y después de tantos años de penurias...!

—Tienes razón, mujer. Nuestra madre Eva nos hizo una mala jugada con eso de escuchar a la serpiente. Sin ella estaríamos gozando todos del paraíso terrenal, en vez de pasarnos la vida trabajando y sufriendo. Y lo peor es que las mujeres son tan curiosas, que la mayoría de ellas haría lo mismo que Eva.

—Lo que es por mí no puedes decir eso, pues no soy nada curiosa...

No bien había dicho estas palabras sintieron un ruido detrás del banco en que estaban sentados, y dándose vuelta, vieron que un hada pequeñísima salía de entre unos arbustos, acercándose hacia ellos amablemente.

—¿Qué cosa tan preciosa! — exclamaron a la vez el leñador y su mujer.

—Buena gente — dijo el hada con una vocecita que sonaba como un cristal. — Sus quejas me parecen justas y quiero poner remedio a su miseria. He aquí una bolsa llena de oro; tómenla. Pueden disponer de ella como mejor les convenga, y por más que gasten, siempre habrá la misma cantidad de oro dentro de ella. Podréis vivir así con toda tranquilidad el resto de vuestra vida, y sólo exijo una condición. Toma este cántaro, Gumerinda. Irás juntas a enterrarlo en el interior de la Cueva de las Hadas, cuidando de que nadie os vea. No sólo no debéis desenterrarlo jamás, sino que tendrás que cuidar también de que nadie llegue a encontrarlo. Si esto llegara a suceder, el oro desaparecería de vuestra bolsa y viviríais de nuevo en la miseria.

Don Segundo y Gumerinda, locos de alegría, juraron obedecer a cuanto había ordenado el hada.

Esta, después de saludarlos nuevamente, saltó sobre una rama y se fué alejando de árbol en árbol hasta desaparecer.

Una vez solos, el leñador y su mujer abrieron la bolsa, comprobando que contenía tres docenas de monedas de oro, lo que era más que suficiente para poder vivir con toda tranquilidad y holgura.

La pareja empezó por adquirir un mobiliario adecuado y renovar su guardarropa, lo que le hacía buena falta. Luego compraron comestibles y bevió vino. Ya no trabajaban como antes, contentándose con ocuparse de la cocina y de la limpieza y dedicando el resto del día a pasear. Cuando por la noche abrían nuevamente la bolsa, veían invariably que ésta contenía las tres docenas de monedas de oro.

Pero desde de un tiempo, acostumbrados a trabajar, comenzaron a aburrirse de esa nueva vida. Por otra parte, los vecinos, asombrados al ver el cambio producido en su vida, empezaron a hablar, y ellos tuvieron que mentir diciendo que habían heredado a un tío muy rico que vivía en el extranjero.

La ociosidad causa más que el trabajo y, además, inspira malas ideas. Fué así como Gumerinda comenzó a desechar cambiar esa clase de vida por otra más sumptuosa, llegando a decir a su marido:

—¿Qué quie-

res hacer con tres miserables docenas de monedas de oro? Mucho más nos convendría apoderarnos del capital e instalarlos a vivir en una gran ciudad, como lo hacen los ricos verdaderos. Comprariamos un magnífico castillo para veranear y tendríamos infinidad de servidores.

—Todo eso está bien — respondió el leñador, — pero dónde está ese tesoro?

—No seas tonto! Está enterrado en ese cántaro, en la Cueva de las Hadas.

—¿Cómo sabes que había allí dentro un tesoro? — preguntaba el hombre.

—Por lo mucho que pesaba cuando lo llevamos allí... Además, ¿crees tú que si no fuese tan valioso lo habría recomendado tanto el hada?

Si, pero hemos jurado no tocarlo.

—Eso no importa. Quitamos todo el oro que hay allí dentro y nos vamos con él a un lugar donde ella no pueda encontrarnos.

—No opino como tú — insistía el leñador. — Las hadas (Continúa en la pág. 79.)



EL TRIUNFO
(Continuación de la pág. 19)

de rodillas y una nube de tristeza ensombreció su bello semblante. Cada cual elevó su plegaria, pero todos pidieron a Dios la realización de aquella esperanza, que era el único bálsamo de una alma atormentada.

El soplo helado del monte hizo estremecer a Sebastián y palidecer a Rosa que vió este estremecimiento. Fue a cerrar la ventana y después volvió hacia el enfermo su rostro encantador iluminado por una sonrisa, pero ésta se heló en sus labios. Sebastián tenía fijos los ojos en el vacío caballito, con la misma expresión desoladora, con que se mira el lecho que aun conserva las huellas del cuerpo amado que lo abandonó para siempre.

Las noticias que se recibieron de Madrid, fueron muy satisfactorias. Pepe Laconte les enviaba las cartas de su amigo Ramón y recortes de periódicos enteros, en los que daban cuenta de las obras recibidas en la Exposición, y, como de costumbre, adelantaban comentarios.

Entre los lienzos recibidos, el título "Poesía Mística" había logrado fijar la atención de la crítica y del público que se estacionaba ante él con preferencia a los demás. En una de sus cartas, Pepe Laconte decía como un himno triunfal:

"Supongo que después de estas noticias, habrás desecharo tu pesimismo, y la paz, esa paz tan ansiada por ti, habrá renacido en tu espíritu y comunicado a tu cuerpo nuevas energías. ¡A cuidarse mucho!, que hemos de correr en París la gran "juerga", en compañía de tus enfermeras y del padre Blas. No creas que te vamos a dejar solito en tu triunfo. Ya estoy viendo una larga serie de banquetes, homenajes, largos artículos en la prensa hablando del pintor gloria de España. ¡Chico, qué orgulloso estoy de ser amigo tuyo!"

Llegó un día en que el enfermo no pudo levantarse. Unas hemorragias intestinales le extenuaron restándole energías. Su palidez tomó un tinte amarillento que contrastaba con las rosas que la fiebre mareaba en sus demacradas mejillas. Sus ojos, cada vez más grandes, tenían esas miradas lejanas de los enfermos que tocan su fin. Rosa, pálida y enflaquecida, continuaba con heroico tesón la comedia de optimismo con la que lograba sostener la esperanza y la ilusión en el ánimo del enfermo. La pobre enamorada, pasaba los días soñando despierta junto al enfermo, que no cesaba de construir químicos castillos, con los rosados pétalos de las flores de la ilusión; y por las noches, en aquellas interminables noches de doloroso centinela, no apartaba sus ojos, rojos de llorar, del rostro amado que iba lentamente desfigurándose, y en el que la muerte había puesto ya su sello inconfundible.

El pobre Blas compartía con las dos mujeres el cuidado del enfermo. Sebastián parecía cada vez menos consciente de la vida, pero no olvidaba la fecha del concurso, y como ráfagas de las desilusiones pasadas, tenía intermitencias de desaliento.

—Ya estamos a veinte de abril—dijo un día al padre Blas.—Pronto se reunirá el jurado para adjudicar los premios. ¿Cree usted que se olvidará de avisar por telégrafo? Rosa, no dejes de recordar al peatón que el día que haya para mí un telegrama, tome un caballo para llegar antes. A ver si por la costumbre, viene con su tranquilo paso de siempre.

—No te preocupes, que todo está previsto — se le respondió.

Y quedaba tranquilo hasta que una nueva inquietud le hacía volver a sus cuidados y a sus recomendaciones.

—¡Tengo miedo! — dijo un día con voz de niño quejumbrero. — Me parece que el tiempo tiene pies de plomo y al mismo tiempo temo que pase. ¿Qué me traerá el tiempo? ¿Otra desilusión?

—Voz del pueblo, voz de Dios — respondió el sacerdote.— Bien sabes que la prensa refleja esa voz infalible.

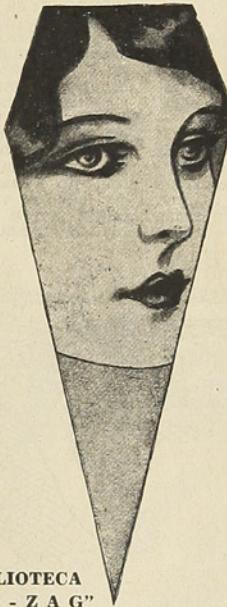
—La opinión siempre le fué favorable, pero no los hechos — suspiró sebastián.

—No te hubiéramos aconsejado el envío de tu cuadro si no estuviéramos seguros de un feliz resultado.

—¿Y si no llega a tiempo? — preguntó el enfermo, cuya débil voz pareció más lejana.— ¿Y si yo hubiera muerto

(Continúa en la pág. 23)

¡NO HAY BELLEZA completa si Ud. no cultiva su ESPÍRITU!



Lea
"BIBLIOTECA
ZIG-ZAG"

Hay sólo una manera de leer precisamente las mejores obras de los mejores autores, por el precio más económico:

Leyendo
«BIBLIOTECA
ZIG-ZAG»
que por \$ 1.40 solamente,
ha publicado los siguientes:
números:

- N.o 1.—El ruisenor y la rosa.—O. Wilde.
- N.o 2.—La Barraca. (Agotado).—V. Blasco Ibáñez.
- N.o 3.—Jadis Murat (Agotado).—León Tolstoy.
- N.o 4.—La Atlántida.—Pierre Benoit.
- N.os 5 y 6.—El Difunto Matías Pascal.—L. Pirandello.
- N.o 7.—Los de Abajo.—M. Azuela.
- N.o 8.—El Mandarín.—Eca de Queiroz.
- N.o 9.—La Muerte en Venecia.—Tomás Mann.
- N.o 10.—Hambre.—Knut Hamsun.
- N.os 11 y 12.—Recuerdos del Pasado.—V. Pérez Rosales.
- N.o 13.—Primavera Mortal.—Zilahy Lajós.
- N.o 14.—Zalacain el Aventurero.—Pío Baroja.
- N.o 15.—Los Alidues.—Panait Istrati.

CONTINUA SU PROGRAMA CON:
N.o 16.—Opiniones de Jerónimo Colignard.—A. France.
N.o 17.—Las Desencantadas.—Pierre Loti.

Aparece quincenalmente los VIERNES
SUBSCRIBASE a partir de cualquier número!
Anual (26 números) \$ 32.— Semestral (13 números) . . . \$ 16.50

EJEMPLARES SUELTOS:

Atendemos pedidos de cualquier punto del país, previo envío de \$ 1.60 en estampillas por cada ejemplar deseado.

PEDIDOS Y SUBSUSCRIPCIONES:

"BIBLIOTECA ZIG-ZAG"

Casilla 84-D.

Santiago.

Una conversación

Por Susana Calandrelli

—¿Por qué? —dijo Mabel—. Un cuento de amor siempre interesa.

—Es que es y no es un cuento de amor. Los que esperan hallar en él romanticismo, juramentos, lágrimas, van a sentirse defraudados; los que solo gozan con el lado escéptico del amor, también. Es un cuento que no tiene órbita fija.

—Mejor. Eso suele pasar con los cuentos vividos —dijo la dama de experiencia—. Cuéntelo usted.

—El protagonista fué amigo mío. Era uno de los hombres más serios, reconcentrados, que parecen ignorar que la palabra es un don divino. Además, era un escéptico—. El amor es estúpido— solía decir en sus raros momentos expansivos—. El amor es la mayor desgracia de los hombres. El amor es un pasatiempo para hoigazanes y para imbeciles—. Todo lo que decía era por el estilo. Solía abrumarme de ideas materiales al respecto, y nunca hubo en la vida un hombre que peor opinase sobre el amor. No hablaba ni de mala fe, ni por despecho. Lo hacía sensata y razonablemente, con argumentos científicos y convincentes, porque sabía mucho. No era tampoco de exterior desagradable, como podría creerse por sus ideas. Más de una mujer se hubiera sentido orgullosa de ser su compañera. Pero él no quería casarse.

—Una bonita especie de egoísta era el tal amigo suyo— dijo el comerciante.

—¿Por qué egoísta?

—Un hombre que no cumple con su misión en la vida es un egoísta.

—O un santo— añadió el sacerdote.

—Pues mi amigo no era ni lo uno, ni lo otro. Era un escéptico, sencillamente. Era un hombre que no creía en nada, que "no quería" creer. Y ese hombre se enamoró.

—Es curioso.

—Cómo llegó aquel hombre a enamorarse, es todavía para mí un enigma. La muchacha que era hermosa, e inteligente, le correspondió con pasión. Sus amigas la embromaban llamándola "la enamorada del muro". Llegaron a casarse, después de una horrible lucha del escéptico con su alma. Tuvieron un bebé.

un solo amor basta y sobra para llenar una vida. Al fin enfermó gravemente. Poco después murió.

—¿Y el marido? —preguntó la señora que conocía las miserias del mundo.

—A eso precisamente estoy llegando. La noche en que la velaban a ella, yo estaba en casa, entristecido por aquella muerte.

Era una noche como ésta, calurosa y oscura. Abri una ventana que daba a la calle, y a un paso de distancia vi a un hombre de pie, a un hombre delgado, de tupida barba negra. Me hizo pensar en alguien que en otro tiempo había conocido—. Nö puede ser—me dije, desechar la idea. Entonces el hombre se me acercó, y con voz familiar me preguntó:

—¿No te acuerdas de mí? —. El estupor me paralizó. En seguida reaccioné y le hice entrar. Mi amigo estaba palidísimo. Entre sollozos me contó que había hecho aquello para tener constancia del amor de su mujer. La constancia la tenía ya, pero ¡a qué precio!

Y pensar que ni siquiera podía ir a darle un beso de despedida... Luego me dijo cómo, desde una habitación desalquilada enfrente de su casa, había espiado durante todo ese año las idas y venidas de su mujer, su soledad, su tristeza: cómo le latía el corazón cada vez que la veía pasar frente a las ventanas; los celos espantosos que sentía cuando alguien iba a verla; su arrepentimiento punzante una vez que la vió llorar. Luego, poco a poco, había ido dejando de verla.



—Mañana no va a llover— dijo la anciana distraída.

—No creo inútil añadir que, a pesar del amor infinito de su esposa, mi hombre no renunciaba a sus viejas convicciones. Lo que aquella pobre muchacha sufrió, no es para contar. Algun tiempo después, el bebé murió. Fue un golpe espantoso para el matrimonio.

Poco a poco fué naciendo en mi amigo la diabólica idea de que su mujer no lo quería bastante; de que, si él también se muriera, no tardaría en querer a otro hombre. Este miedo le atormentaba hasta hacerle perder el juicio.

—¡Qué hombre extraño...! —dijo Mabel.

—Eso escépticos son así. No hay amor más candente que el de un escéptico. Mi amigo, que era un gran apasionado, no podía desear sus penosas imaginaciones. Cinco años después, sin decir nada, sin dejar siquiera unas letras de despedida, se fué de su casa, para siempre. Como al Matías Pascal de la novela pirandelliana, le creyeron muerto, y tomaron el cadáver de un suicida cualquiera por el suyo. El, con un nombre supuesto, disfrazado por una barba natural, habitaba en un cuartel de un barrio lejano esperando los acontecimientos. Trabajaba en una oficina y vivía penosamente. Entre tanto, su presunta viuda gozaba de su fortuna, y lo hubiera pasado bien si el recuerdo constante del muerto le dejase algún sosiego. Repasaba mentalmente la historia de sus amores, y cada día era mayor su pena. Ella también pensaba que

Una vez oyó hablar vagamente de que se iba a casar con un banquero conocido. Después supo que estaba enferma. Más tarde tuvo, también por casualidad, algunos datos sobre su dolencia. Y he aquí que ahora...

—Yo la he matado... — repetía con desesperación.

No lo pude consolar. A riesgo de que alguien lo conociera, fuimos juntos al velorio. Mi amigo permaneció toda la noche de pie en un rincón cercano al ataúd, mirando fijamente el cadáver. Todos me preguntaban quién era aquel hombre—. Un escribiente enamorado de ella— contesté—. Se parece mucho al marido muerto— decían todos. Cuando llegó el momento de irnos, mi amigo se acercó al cajón, y acercando una mano, rozo apenas los labios de su mujer. Luego se llevó con disimulo la mano a los labios. Se tambaleó como si fuera a desmayarse, y acudi en su auxilio. Lo saqué de allí más muerto que vivo. Nunca más lo volví a ver.

El fin de historia pareció prolongarse en el largo silencio que la siguió.

El auditorio de Esteban Lenz quedó realmente pensativo.

—No es muy alegre su cuento— comentó al fin jovialmente el comerciante—. Además, trata de cosas absurdas, y el protagonista, con perdón de usted, señor Lenz, no es más que un loco. No conviene que las muchachas oigan esos cuentos. ¿No es verdad, Mabel?

cuando llegará la noticia? ¿Por qué negará Dios ese consuelo a mi agonía?

—Y por qué has de suponer que Dios lo permita? — protestó el sacerdote. — Y por qué pensar en morir? Le hemos pedido tu salud, y Dios te la dará.

Llegó el día en que había de saberse el resultado del concurso. El enfermo pasó la noche anterior muy agitado, y un ronquido casi imperceptible salía de su garganta. Muy de mañana le hizo el médico su visita, y, al marcharse, Rosa le vió hablar en voz baja con el cura. En el zaguán la muchacha le interrogó:

—¿Qué quiere usted que le diga? —dijo el doctor con rostro apesadumbrado. — Esto terminó!

Aunque esperaba, la terrible sentencia dejó sin aliento a Rosa que, en brusco despertamiento, cayó en brazos de ama Pía que lloraba amargamente.

Entre tanto el cura decía a Sebastián:

— ¡Hoy se reúne el jurado! Pronto sabremos que está entre nosotros el glorioso vencedor.

— Optimista viene usted hoy, padre Blas! — repitió el enfermo con pálida sonrisa. — ¡Dios le oiga a usted!

— Pues pidámole que nos lo conceda.

Y, como obedeciendo a una idea repentina, añadió:

— Se me ocurre una idea. Ya que hoy se reúne el jurado, ¿por qué no nos reunimos también nosotros para pedírselo al Altísimo? ¿Qué te parece?

— Que haré lo que usted quiera.

— Pues entonces voy a confesarte y luego vendrá el Señor a honrar esta casa con su presencia. Dios, todo amor y misericordia, no dejará de escuchar nuestra suplica tan fervorosamente hecha.

— ¡Y como yo no soy malo...! — dijo el enfermo sonriendo con la dulce candidez de un niño.

— ¡Dios te bendecirá! — interrumpió el sacerdote, conmovido, apoyando su mano temblorosa sobre la frente bañada en sudor de Sebastián.

Después cerró la puerta del dormitorio para que nadie les interrumpiera.

La nerviosidad del enfermo aumentaba por momentos. Continuamente creía oír la voz del peatón o en el camino el galope de un caballo. Sus manos inquietas doblaban o desdoblaban el embozo de la cama. El padre Blas, ama Pía y Rosa no le dejaban un momento, y la muchacha más desasogada que el enfermo, con el pensamiento en el telegrama que no venía, suspiraba a Dios y maldecía al destino. A la caída de la tarde, la nerviosidad del enfermo pareció calmarse y en algunos momentos cerraba los ojos como si fuera a dormirse, pero un estremecimiento repentino lo sobresaltaba, y volvía a preguntar por el peatón, cuya voz eriea oír en el zaguán de la alquería.

Por fin el sueño fue realidad. El peatón hablaba con su fuerte voz de campesino hecho a hablar a grandes distancias. Sebastián se incorporó con insospechada energía sobre las almohadas, y Rosa, ahogando un grito, salió corriendo de la habitación.

— Dos telegramas — dijo el peatón al divisar a Rosa en lo alto de la escalera. — Uno de Madrid y otro de París.

Bajó ella como un exhalación y abrió primero el de Madrid, temiendo algún fracaso, y sospechando que tendría que inventar algún subterfugio para engañar a Sebastián. El telegrama de Pepe la tranquilizó. Decía así:

— Recibo telegrama de Ramón que dice telegrafía a esa. Triunfo completo. Mil enhorabuenas y abrazos. Salgo esta noche. — Pepe."

Temblando de emoción subió Rosa al dormitorio sin abrir el telegrama de París. Que lo abriera Sebastián. Que él mismo leyera, si le era posible, la esperada noticia. ¡El triunfo!... ¡Al fin!

— ¡El triunfo, Sebastián, el triunfo! — dijo al entrar enarbolando los dos telegramas.

— ¡Es cierto! — preguntó el enfermo vacilante.

— Una mala noticia de este género no se da por telégrafo — dijo el cura.

Rosa leyó en voz alta el telegrama de Pepe. Una lágrima rodó por las mejillas de Sebastián.

— ¡Toma! — dijo Rosa, dándole el de París. — Este léelo tú.

Sebastián trató en vano de romper el lema. Su mano trémula y torpe no acertaba.

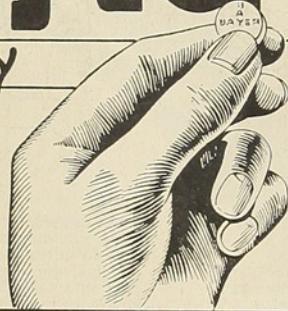
— ¡No puedo! — dijo con desconsuelo.

Y dandoselo a Rosa, añadió:

(Continúa en la pág. 67)

¡Yo inspiro Confianza! "Por eso soy la preferida!"

Cuando Ud. toma
CAFIA SPIRINA
para un dolor cualquiera, no
sólo tiene la certeza de que le
dará un pronto alivio y un sa-
ludable bienestar, sino tam-
bién la seguridad absoluta de
que está tomando algo puro,
algo noble, algo perfectamente
inofensivo y algo cuya bondad
ha sido comprobada por mi-
llones de personas en el mun-
do entero.



El dolor de cabeza, la depresión
nerviosa y el malestar que causan
el calor y la humedad atmosferi-
ca, desaparecen como por encan-
to con una dosis de
CAFIA SPIRINA.

A ello se debe que
CAFIA SPIRINA
sea única e irreemplazable pa-
ra dolores de cabeza, muelas y
oído; neuralgias; jaquecas;
cólicos de las damas; conse-
cuencias de trasnochadas y ex-
cesos alcohólicos, etc.

Alivia con rapidez, regulariza
la circulación de la sangre, le-
vanta las fuerzas y propor-
ciona un saludable bienestar.
No afecta el corazón, el estó-
mago ni los riñones.

CAFIA SPIRINA



Cómo ganar una discusión

Albert Edward Wiggam acaba de publicar una entrevista hecha al Dr. Richar C. Borden acerca de cómo debe argumentarse para ganar una discusión.

Dos palabras primero acerca del Dr. Borden. El, con su asociado, el Dr. Alvin C. Buse, eran profesores de oratoria en la Universidad de Nueva York. Después de ejercer su cátedra durante largo tiempo, llegaron a la conclusión de que la enseñanza que daban era muy abstracta.

Decidieron abandonar por un largo periodo el profesorado y dedicarse a estudiar las diversas clases de argumentación en la vida ordinaria, en los hogares, en las casas de comercio, en los campos de juego, en todos los órdenes de las actividades. Durante siete años estuvieron estudiando en el campo de la realidad los diversos modos de argumentar y de ganar discusiones que tienen los hombres. En todas partes tomaban notas y las clasificaban. Pusieron en sus archivos más de veinte mil argumentos diferentes, los que, clasificados y estudiados debidamente, les permitieron llegar a conclusiones bien precisas.

Hoy día estos dos profesores son considerados las dos más altas autoridades del ramo en los Estados Unidos, consultados por las más importantes firmas comerciales que tienen que preparar a sus vendedores de una manera eficiente. Los dos están ejerciendo otra vez sus cátedras en la Universidad de Nueva York.

Los siguientes son los seis principios a que debe someterse el que quiere ganar una discusión, según las doctrinas de estos profesores.

—No trate de ser usted el único que hable. Recuerde que su contrincante desea tanto como usted—hablar.

2.—No interrumpa a su contrincante con un contraargumento.

3.—No asuma una actitud dogmática.

4.—Haga preguntas en tono suave y agradable durante la primera parte de la discusión.

5.—Resuma con claridad y honradez, en pocas palabras tuyas, la esencia de los argumentos de su contendor.

6.—Cuando conteste, adiérase estrictamente al asunto que se discute. No haga digresiones ni permita que su oponente las haga.

Venid buenos amiguitos, cuando escucho vuestros gritos, cuando miro vuestro juego, mis pesares huyen luego. Pues me abris gentil ventana, y a la luz de la mañana miro el agua cristalina y la inquieta golondrina. Vuestras almas inocentes tienen pájaros y fuentes; vuestros libres pensamientos son cual hondas, son cual vientos. En vosotros todo es canto, todo es luz... Gozad en tanto que mi helado invierno empieza;



El profesor Borden ilustra la aplicación de los principios anteriores con el caso de una discusión entre marido y esposa. Esta trata de persuadir a su esposo de la conveniencia de que debe ir ella a trabajar en alguna oficina para aumentar las entradas del hogar. Supongamos que ella se llama Mary y que él se llama John. Están recién casados y viven en un bello apartamento que alquilan. Ella estaba acostumbrada a trabajar en oficinas antes de casarse y recibía un buen salario. Quiere volver a trabajar, pues ambos juntos pueden ganar más que él solo. Pero el marido estima que él debe bastar para sostener la casa y no quiere que ella vaya a trabajar.

Han estado discutiendo acerca de este problema y lejos de ponerse de acuerdo, los ánimos se ponen cada vez más agrios.

No quiere sentar el profesor Borden la tesis de que uno u otro tenga la razón. Quiere simplemente mostrar cómo ha de aplicar Mary sus principios para ganar su discusión.

En primer lugar, ella debe esforzarse por valorizar los argumentos de su esposo. Por no haberlo hecho, su marido le dice siempre: "tú no te fijas en lo que yo te diga", lo que no hace sino convencerlo más y más de que él tiene la razón.

Por otra parte en estas discusiones entre Mary y John, el que principiaba a hablar quería seguir hablando siempre, sin darse casi una oportunidad al otro.

Esto concluye por irritar a ambos. Por sólidos y lógicos que sean los argumentos de Mary, pierden su valor al ser recibidos en la atmósfera caldeada del temperamento de su esposo.

Supongamos que los principales argumentos de Mary son: que está cansada de estar todo el día sola encerrada en la casa; que el trabajo del hogar apenas le ocupa una parte de su tiempo; que es un derecho y un deber de la esposa ayudar a su marido; que aun las mujeres casadas tienen derecho a económica y a disponer del dinero necesario mirar hacia el futuro y economizar dinero para emergencias; que conviene que vayan reuniendo dinero para comprar una casa. Todos los anteriores argumentos lanzados en el momento inopportuno, sin valorizar los argumentos del marido, no hacen sino excitar a éste y hacerle insistir en que él es el jefe de la familia y que él debe proveer todo lo que se necesita en la casa.

LOS NIÑOS

iya es de nieve mi cabeza!
Sin vosotros pequeñuelos,
mensajeros de los cielos,
cuán estéril, cuán sombría
la existencia me sería!
Sóis cual hojas que al anciano bosque, dan verdor lozano,
y en los aires se remecen
bebén luz y resplandecen.
Venid, niños bendecidos,
quedo, quedo en mis oídos
susurrad, lo que suaves

os cantaron brisas y aves.
Vuestra atmósfera supera
a la misma primavera
de los campos, con sus flores
y sus pardos ruisenores.
Con vosotros comparadas,
poco valen las baladas,
las poéticas leyendas,
las ficciones estupendas.
Que la historia es sombra incierta
y los libros letra muerta;
vuestra cándida alegría
es viviente poesía.

H. LONGFELLOW

LA SALVACION DE SU CHICO

EN EL CASO

DE INSUFICIENCIA

DE LA LECHE MATERNA



Médicos y enfermeras aprecian cada dia más el valor de la leche "LECHERO", como alimento para criaturas, que carecen de la leche materna.

MAS DE 600 MEDICOS

han atestiguado por escrito los excelentes resultados obtenidos en la alimentacion de criaturas con



LECHE CONDENSADA "LECHERO"

La Visita de la Costurera

Con las hijas del Rey de España cuando las Princesas ensayan sus trajes.

En seguida, señorita, llegamos...

Una voz rúbia en el salón vecino. La pequeña vendedora parisina, de pie en medio de la pieza, mira a su alrededor. Ha venido a mostrarles a las hijas del rey de España, que están de "vilegiatura"

por la costa vasca, los trajes y los abrigos de la estación.

Síntese, pues, señorita.

Es una graciosa y simpática persona, con cabellos rubios oscuros, ligeramente ondulados. Tiene una voz agradable,

ble, autoritaria y dulce. Es su alteza doña Beatriz, hija del rey de España. Le dice a la vendedora si una vez...

—En efecto, Alteza... En Barcelona Le vendí trajes, muy lindos...

—Bueno, pues: qué maravillas nos trae hoy?

La pieza tiene dos amplias ventanas que dan sobre la bahía de San Sebastián. Hay aquí dos camas de cobre con cortinillas blancas, dos cómodas parecidas llenas de ropa fina y de objetos de tocador hechos de plata. Dos hermosos ramos de flores sobre la chimenea. Es un desorden amable el que reina.

Su alteza María Cristina llama a su hermana Beatriz. La una tiene 23 años, la otra 25. Son hijas del rey. Pero ahora, sencillamente, son dos señoritas avidas de contemplar los tesoros que en el divino París cosieron las pobres y alegres modistillas.

—Diganos lo que se va a llevar en esta estación antes que nada, pregunta la una.

—Liger, ligero, interrumpe la otra cerrando su kimono porque aún es de mañana y hace poco que las jovencitas terminaron su toilette.

Lentamente la pequeña parisina va deshaciendo los lazos de las cajas. Va abriendo, con piedad, con unción, con gran arte, los trajes y capelinhas, las capas de georgette, de China, de terciopelo y de lamé. ¡Cuántas exclamaciones! ¡Cuántos reclamos aprobatorios! Las manos reales tocan, palpan, delicadamente, y las hermanas se miran, comprensivas, inteligentes... Silencio después.

—Eso es, dice María Cristina, vamos a ensayar.

Una ayuda de cámara ha llegado para ayudarla. La vendedora observa y calla... Entonces se da cuenta de que, depositados sobre las sillas, sobre las camas, sobre el banco que está frente a la ventana, hay toda clase de instrumentos de música: dos violines, un serucho hawaiano, un banjo, una mandolina.

—No estamos con gitanos, sin embargo...

—Con los ojos alegres. Beatriz declara: —Un aire alegre mientras se ensaya... Y hela allí buscando en un álbum un disco. Gira el fonógrafo.

—Eso es, un aire de jazz.

—...Ti ta ti... ti ta ta... ti ta ta... ti ta ta...

El gramófono gira... mientras ante los armarios de espejos lucentes sus altezas reales ensayan graciosamente. Un traje, luego otro...

La duquesa de Puerta, grande funcionaria de corte, sonríe.

—Ve usted, dicen al mismo tiempo Beatriz y María Cristina, todo nos gusta... Mucho, mucho... Y no sabemos qué escoger. Deberíamos tomar todo.

Pero la duquesa de Puerta, que representa la razón, se avanza:

—Pero, Altezas, sería una lócosa... Nadie es demasiado rico para comprar tantos tesoros... Habrá que escoger. Comencemos.

La selección dura un buen rato. El gramófono se ha callado.

—Cuando la pequeña vendedora regrese a París contará a sus compañeras el buen gusto con que se visten las hijas del rey de España.



Los Baños de Sol y el Cutis

PO CAS cosas hay que sean tan agradables como un baño de sol después del baño de mar. Pero, también son pocas las cosas que, para un cutis delicado, sean de efectos tan desastrosos como los de este baño de sol después del baño de mar.

La acción combinada del agua salada y del sol produce el rescamamiento de la parte exterior del cutis con la consiguiente acumulación de millones de microscópicas partículas de piel reseca y muerta, partículas debajo de las cuales queda recubierto y escondido el nuevo cutis. Si no se quiere que la tez se torne marchita, arrugada, amarillenta, fea, es menester que dichas partículas resecas sean eliminadas inmediatamente.

Antes de acostarse, hay que hacerse un ligero masaje empleando para ello un poco de CERA MERCOLIZADA pura. Así, mientras esté usted durmiendo, la CERA MERCOLIZADA disolverá, de un modo imperceptible pero efectivo, todas las diminutas partículas de piel caduca, favoreciendo, de esta manera, la aparición del nuevo cutis que está esperando la oportunidad de venir a lucir a la superficie de la epidermis. Cuando usted despierte, quedará asombrada por el hecho de hallarse en posesión de un nuevo y radiante cutis, fresco, lozano y limpio.

Sin duda alguna, el tratamiento a base de CERA MERCOLIZADA es sencillamente maravilloso. En cualquier casa que expenda artículos de tocador o perfumería usted hallará CERA MERCOLIZADA. Adquiera hoy mismo una caja e inicie el tratamiento, inmediatamente.

CERA MERCOLIZADA

ENSEMBLES

Los ensembles no merecen ya el nombre con que se les designaba; creo que es necesario buscarles otro, alguien más calificado que yo, lo encontrará. Esperando ese día voy a hablarlos de los que se llevarán este invierno, si es que pueden llamarse ensembles.

Hay mucha distancia de la unión del vestido y del abrigo, (que fué tan de nuestro agrado durante muchas estaciones), a la desunión, podríamos decir, que nos propone la moda actual. Es una mescolanza general; una tela de lana se acompaña con otra de lana de diferente clase, o con seda, terciopelo, etc... A veces los colores no concuerdan tampoco; por el contrario, es de buen tono buscar refinadamente mezclas de tonalidades; es todo un arte y creo que pocas mujeres acertarán. Es seguro que echarán de menos la época, en que después de haber escogido la tela y el color, podían quedarse tranquilas, seguras de ir vestidas a la perfección.

Pues bien, tengo la pena de decirlos que aquella época está muerta, por mucho tiempo; cada día se accentuará más la nueva tendencia.

El abrigo de paño grabado, si es largo, no cubrirá un vestido igual sino un modelo de lanilla unida, paño, kasha, vi-cuña muy fina, de un tono que armonice con el de el abrigo sin ser completamente el mismo. Y aquí está la complicación. Este abrigo puede igualmente llevarse con un sencillo vestido de seda, por ejemplo, de crespón de la China y en este caso se exige un tono más rebuscado. Para dar a todo esto un aire de "ensemble", se le añade al vestido una corbata hecha en la tela del abrigo, o cinturón anudado, grandes puños, o filas de botones. No es obligatorio cortar el forro del sobretodo en la misma tela del vestido, pero a mí me parece que la armonía la recomienda, no desdoblando del todo ni el blanco, ni el crema, ni los tonos cortantes preconizados en esta estación.

En esta especie de ensembles, el abrigo de paño negro, muy en boga, puede acompañar lo mismo una toilette de raso negro, que de cualquier otro color, por vivo que sea; si es un abrigo tres cuartos, el asunto es más complejo, sin embargo, creo firmemente que veremos acompañar vestidos de tonos muy diferentes con la más grande tranquilidad de espíritu.

Ahora bien: los sacos en todo tiempo se han llevado con faldas compañeras, pero observo que esta costumbre está en vía de desaparecer, porque los vestidos de un tono formarán "ensemble" con un saco completamente diferente. No os asombréis por lo inverso simil de esta novedad porque si os hablo de ella es porque lo veo trepar con júbilo las más altas cimas del chic invernal.

Desde el punto de vista práctico esta innovación tiene sus ventajas, pero tengo mucho miedo de las exageraciones, de las audacias, de las excentricidades, que ya ni siquiera recordábamos.

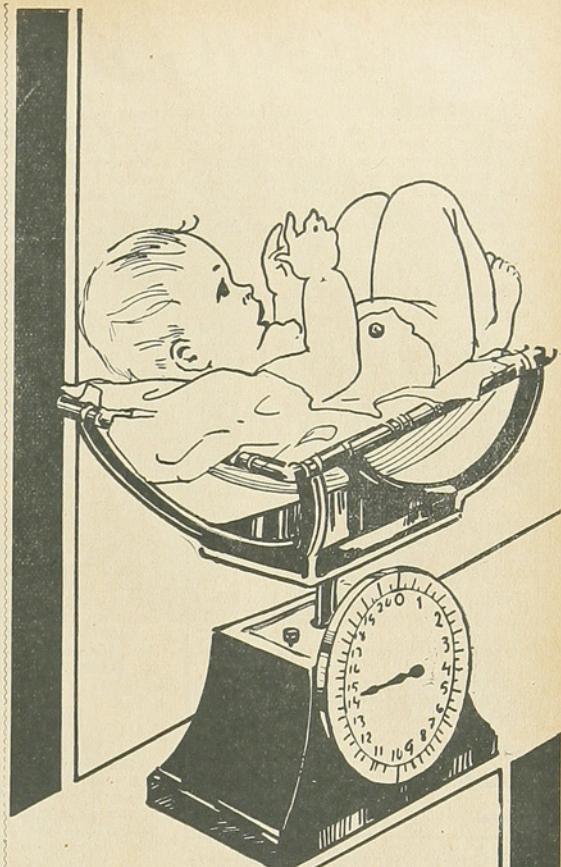
La túnica ha vuelto bajo una forma muy inesperada, en lo que concierne a esta especie de ensembles. Con abrigo de lana fina podrá llevar una túnica igual con la parte baja de raso; igualmente el empleo de una túnica de seda, puesta sobre otra más larga de la misma tela del abrigo, es muy recomendable; convendréis conmigo en que esta idea es muy buena, ya que se logran dos modelos con un solo vestido. El terciopelo, cuyo éxito está asegurado, permite felices combinaciones, en el dominio que nos ocupa; así un vestido de terciopelo negro podrá poseer una serie de chaquetas de color muy diferentes; es necesario que sean muy sencillas, muy correctas, sin fantasías, a fin de que no se note mucho la diferencia; ejecutados de este modo nuestro ensemble será encantador.

Una de las bizarrierías de la moda es que los abrigos de piel tienen una tendencia a crear ensemble con la toilette que acompañan. Si el abrigo es oscuro el vestido será claro o viceversa. A fin de completar mi información os diré que la moda actual pide que las pieles sean menos obscuras que la toilette, esto no es feo del todo, un poco extraño tal vez pero su encanto reside justamente en esta nota inesperada.

Los sacos cortos de piel seguirán la misma vía solamente que su uso se reducirá al dominio práctico no pudiendo pretender asistir a recepciones, tés, conciertos, etc. Os diré francamente que ellos no son verdaderamente bonitos sino con vestidos de lana; me da la impresión una mujer vestida con un saco de piel y un vestido de seda, de algo muy modesto casi pobre; sin duda esto viene de la falta de armonía que existe entre una chaqueta corta y una toilette de seda.

El terciopelo y el raso dan una impresión muy diferente; éllos pueden ir en compañía, están hechos para entenderse, siendo como son de la misma raza. Que el abrigo sea largo o tres cuartos, poco importa el vestido podrá ser en terciopelo y el abrigo en raso o al contrario también.

Por todo esto podréis ver que un horizonte muy vasto se abre delante de vosotras, y que sólo es inadmisible el principio de vestirse de cualquier modo bajo el pretexto de que "es a la moda". Cuántas notas falsas se evitarían si los espíritus no se alucinaran con esta idea tan pueril.



**Si
disminuye
su peso... dele**

MILKO
M.R.

Reúne todas las ventajas de la leche natural sin ninguno de los inconvenientes.

Contiene inalterables sus vitaminas y demás propiedades.

Fabricada por la Compañía Agrícola de San Vicente.

En venta en todas las boticas y Droguerías.

PRECIO: \$ 4.80 el tarro en las provincias de Santiago y Aconcagua.

A base de leche desecada

EL ENIGMA de la MUJER

Una difundida escritora, al tratar en uno de sus libros el capítulo referente al matrimonio y a lo que es preciso hacer para que el amor y la felicidad reinen entre los conyuges, se expresa, aconsejando a los hombres, en estos términos:

«Cuidad mucho de vuestros modales. Sed corteses y atentos. Tened en cuenta los pequeños caprichos que podéis pro-

porcionar a vuestras mujercitas. Sed galantes. Tratad de decir siempre cosas agradables. Demostrad a vuestra mujercita que os fijáis en ella y admiráis los lindos vestidos que se arregla y luce para agradaros. No os sacrificáis a las mujeres sólo en las cosas grandes; sed abnegados más bien en las pequeñas cosas que importan al sexo femenino más que las otras. Tratad de no apartar el ensueño de vuestro camino. Procurad, en fin, ser lo más atractivo que os sea posible.

«Como la apariencia personal es de capital importancia para las mujeres, esmeraos en cuanto se relacione con vuestras ropas, con vuestra presentación. Si tenéis que hacer economías, hacedlas en otro capítulo del presupuesto. Ninguna mujer os atraería, de no ser bonita, limpia, deseable. Cómo, pues, pretendéis ilusionar a vuestra esposa, si no tendéis, en su obsequio, a serlo vosotros?

«Cuando volváis a casa después de luchar todo el día con vuestro negocio, tratad de olvidarlos todos, para ocuparos de lo que será agradable a vuestra esposa. Tratad de recordar siempre las fechas que tengan un recuerdo sentimental para ella... para los dos. Ofrecedle de cuando en cuando un regalo, aunque sea de precio modesto o aun insignificante, y, sobre todo, decide cosas gratas y amorosas».

APROVECHE su Fonógrafo o Victrola

estudiando Inglés, en su hogar, por el sistema de las

**ESCUELAS INTERNACIONALES DE
ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA.**

Huérfanos, 1059, Oficina 21, 3.er Piso.
Casilla, 2603. Teléf. 85737.

Sírvase darme informes respecto al curso de idioma inglés, con discos aplicables a cualquier fonógrafo.

Nombre completo
Dirección,
Ciudad,

EL ETERNO ENIGMA

Dice Severo Catalina, entre otras cosas, en uno de sus libros:

«La mujer es «todo»: afirmación suprema. La mujer es «nada»: suprema negación. La mujer... es «la mujer»: síntesis de la síntesis; filosofía pura.

En todas las edades, en todos los si-

glos y en todos los países ha sido la mujer objeto de entusiastas apologías y de invectivas sangrientas. Este fenómeno debe explicarse por la diferencia de temperamento y por las condiciones especiales de cada escritor.

«Un melancólico, un despechado, un hombre sin riqueza, mira en cada mujer un recuerdo vivo de su tormento, y las aborrece a todas. Su testimonio, no merece fe.

«Un alma sensible y apasionada, un enamorado feliz mira en cada mujer el reflejo de su dicha, y las ama a todas. Su testimonio no es menos parcial que el anterior.

«Todos los libros que se han escrito acerca de la mujer, todas las máximas que se han formulado por tantos catedráticos de políticos, de historiadores y de poetas pueden reducirse y compendiarse en estos dos versos de un soneto muy conocido: «Es la mujer del hombre lo más bueno;—es la mujer del hombre lo más malo».

Y cita luego, para cerrar un capítulo, lo que consignara un gran escritor: «Siempre habrá cosas nuevas qué decir de las mujeres mientras quede una en la tierra».

TACTICA EFICAZ

El hombre enamorado es completamente ciego en todo lo que se refiere a la mujer a quien ama. No es capaz de ver sus defectos, carece de intuición que le diga cuándo es engañado. Los mimos, la habilidad de la mujer lo ofuscán y ni por un instante tendría la energía necesaria para imponerse. Es porque sus sentidos del hombre se sienten halagados, mientras su razón duerme.

Debe, pues, el hombre permanecer bien despierto; romper el velo de la fascinación que sobre él ejerce la mujer, y tratar de ver si hay en ella "algo más". Suponiendo que, después de hecho esto, comprenda que, aparte de sus atractivos físicos la mujer amada es una excelente muchacha, entonces... adelante.

Demuéstrele que le gusta, y piense mil cosas menudas, al parecer, en qué gustarle. De fijo así logrará convencerla. Hágale ver que la respeta tanto como la ama pero no soporta sus ingenuidades o genialidades; al primer capricho, demuéstrele que eso le contraria y que no consentirá que se burle de usted.

Si ella le quiere, no le perderá por tan poca cosa y si no le quiere, hará muy bien en retirarse... un enamorado servil resulta un ser tan lamentable. Ahora bien: para enamorarla en un principio, cuando ella todavía se muestre indiferente, continúa diciendo la autora de estos párrafos, es preciso que emplee el hombre todos los recursos de su inteligencia, igual que los empleó ella para conquistarle a usted.

No hay que olvidar, sobre todo, que no hay nada tan cruel como puede serlo una mujer que se hace dueña del amor de un hombre. La mujer puede ser conscientemente cruel y aun sentir placer en hacer sufrir a quien ama.

Reumatismo

Sea precavido. Los primeros dolores no deben ser descuidados; de lo contrario está usted en peligro de llegar al completo abatimiento.

Dolores en la cintura, dificultad para enderezarse después de haberse agachado, coyunturas hinchadas, mal de las vías urinarias, mal sabor, insomnio, son todos síntomas ocasionados por el exceso de Ácido Urico en el organismo, produciendo la afección que llamamos Reumatismo. Los cristales cortantes de Ácido Urico lacran los nervios, provocando sus constantes dolores. Los riñones están fallando en su acción y no llevan a cabo su misión de filtrar y purificar la sangre. Usted debe obrar sin tardanza.

La curación de personas que antes padecían le inducirá seguramente a creer que es posible terminar con sus dolores y falta de sueño en una forma sencilla, siguiendo un tratamiento con las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga, en venta en todas las boticas del mundo.

¿Por qué seguir enfermo cuando existe un medicamento recomendado por los médicos y aprobado por el público desde hace más de 40 años? En bien de su salud, le conviene tener siempre un frasco en su casa. Ya no es necesario el reposo completo, en la incertidumbre de poder obtener el alivio de los dolores que le atormentan. Tampoco es necesario malgastar dinero en preparaciones desconocidas, ni en drogas que excitán el corazón, ni en purgantes que no pueden ayudar a los Riñones a funcionar normalmente.



SOLICITE UNA MUESTRA GRATIS

Los propietarios de las Píldoras De Witt de fama mundial, ofrecen a cada persona que sufre una oportunidad de comprobar con qué rapidez este medicamento obra directamente sobre los riñones. Diríjase a E. C. De Witt & Co. Ltd. (Dept. M.P.T.), Casilla No. 3312, Santiago de Chile.

PILDORAS

DE WITT

PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA

FÓRMULA

A base de Extracto Medicinal de Pichi, Buchu, Encro y Uva Ursi, Metílicos y Azul de Metílico como desinfectante.

JUANA LA LOCA

Esta reina de Castilla, madre de Carlos V, no estuvo loca propiamente como la mayoría creen, sino que, excitada por los celos, hizo extravagancias, rayó a la locura, pero siempre fué por la misma causa: por el amor exagerado que sentía por su marido, el rey Felipe, llamado "El Hermoso".

Doña Juana jamás perdió su cabal juicio, pues lo prueban las cartas que de ella se conservan, en donde se comprueba un estilo juicioso, dignas de la reina.

Esta dama nació en Toledo, en el año 1479, era hija de los Reyes Católicos. En 1496 se casó; tenía, pues, diez y siete años. Celebraron los espousales en Flandes.

En la ciudad de Gante, el dia 24 de junio de 1500, dió a luz un niño, Carlos I, rey de España y emperador de Alemania.

Doña Juana tenía otros hermanos, pero todos fueron desapareciendo del mundo de los vivos y ella fue nombrada heredera del trono de Aragón y de Castilla, recibiendo en 1506 el homenaje—como futuros reyes, junto con su consorte—de las Cortes de Castilla y luego, en Zaragoza, de las Cortes de Aragón.

Felipe el Hermoso gustaba de viajar, pero solo, rehusaba la compañía de su esposa, y en cierta ocasión dejó a Doña Juana en Alcalá de Henares, yendo él solo a Francia, donde los murmuradores decían que en la capital de aquella nación se divertía mucho haciendo pasar por soltero.

Mientras tanto, Doña Juana tuvo otro hijo, llamado Fernando, que a la adopción de Carlos V fue emperador de Alemania. La reina tuvo noticias de todo cuanto se decía de su marido, y como las ausencias tan prolongadas daban veracidad a lo que los murmuradores decían y esparracian por todas partes, empezó ella a verse dominada por los celos y a dar señales de extravío mental. Su enfermedad fue desarrollándose de tal modo, que su madre dispuso recluirla en Medina del Campo, de donde una noche trató de huir a pie y desabrigada.

Antes de salir de la población la alcanzaron sus servidores; pero ella se negó a volver a Palacio y permaneció a la intemperie horas y horas, hasta que su madre llegó a convencerla y entonces regreso a Flandes en donde nació a su esposo.

En compañía de su conyuge sufrió mucho, siempre a causa de los celos. Murió su madre y después su marido el rey Felipe, causando todo ello una terrible desesperación a esta reina, modelo de lealtad conyugal. Esta desgracia agravo su enfermedad nerviosa a un grado máximo.

Doña Juana miz empaissamar el cadáver y vestirlo con sus galas mejores, y contempliando lo pasó varios días, sin que nadie pudiera separarla de junto al cadáver. Cuando se trato de trasladarlo a Granada para su entierro, se talló de tal modo en cólera que fué difícil aplacarla. Por fin accedió con la condición de acompañar ella el coraje a fin de no separarse del cadáver de su marido. Así se nizo.

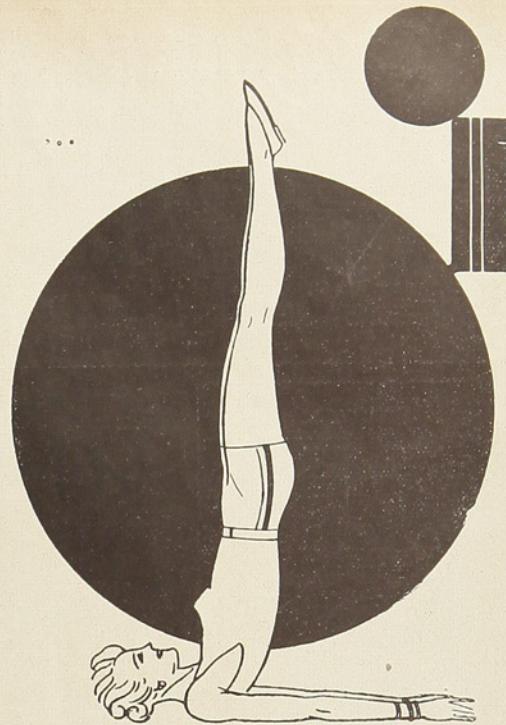
Durante el trayecto, cuando la muchedumbre intentaba acercarse al ataúd para ver al monarca, solo permitía acercarse a los hombres, pues los celos hicieron que mandara a los guardias que pronvieran acercarse ninguna mujer. El cadáver del monarca fue depositado en el Monasterio de Santa Clara de Tordesillas, pero colocado en forma que Doña Juana pudiera verlo desde una ventana de su palacio.

Y allí vivió retirada cuarenta y siete años, mirando siempre el féretro.

El rey Enrique de Inglaterra pidió una vez su mano, que ella se negó.

Finalmente murió, y hoy día reposa su cadáver al lado de su marido, en la Capilla Real de Granada, junto a la de sus padres, los Reyes Católicos.

En las postrimerías de su vida recobró por completo la razón, cosa natural, pues esperaba próxima la hora de reunirse de nuevo y para siempre con su esposo bien amado, ya que fué siempre su locura, su exceso de amor para con él.



SI LA OBESIDAD O GORDURA EXCESIVA

le impiden hacer ejercicio para recuperar sus formas, no desespere, pues tomando

TABLETAS PARA ADELGAZAR

“KISSINGA”

evitará la gordura excesiva y mantendrá una silueta esbelta y elegante. Estas tabletas no contienen substancias nocivas, no atacan la salud, ni causan daños al corazón.

Para evitar el estreñimiento, que es una de las principales causas de la acumulación de grasas, tome las

PILDORAS LAXANTES “KISSINGA”

que son un laxante agradable y de buenos efectos.

DE VENTA EN LAS BOTICAS

Pildoras laxantes. Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Coraza frangul, Sapo molido.

Tabletas para adelgazar. Base: Sal term. Kissingen, Extr. Rhei, Extr. cáscara sagrada, Magnes. ust. Natr. cholein.

NO TITUBEE

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

LO SERVIRÁ BIEN

El Cidnus

(De JOSE MARIA DE HEREDIA)

Bajo el azur triunfal, bañado en sol radiante
el trirremo de plata por el cidnus camina,
dejando entre perfumes su estela cristalina
temblor de seda y sones de flauta suspirante.
Un gabilán a prora se ve, de donde arrogante
Cleopatra, erguida, fuera de su dosel se inclina
y parece en la espléndida tibia tarde opalina
un ave de oro espiando su víctima distante.
Ved tarso, donde esperala guerrero desarmado
y la bruna lágida, en el aire encantado,
abre sus brazos de amber entre reflejos rosas;
y sus ojos no han visto, presagio de su suerte
muy cerca, deshoyando sobre la linfa rosas.
Los dos niños divinos: El deseo y la muerte.

LEOPOLDO DIAZ

Hoy como ayer

Para decir lo mucho que te quiero,
en vano hilvana sueños mi porfía,
y hurga dentro la noche del tintero
mi pluma la imposible poesía!

Y del fuego interior, que es un venero,
apenas si tramonta la armonía,
como se angustia pálido el lucero
frente al grito de júbilo del día!

Hoy como ayer, y como ayer, mañana...
Se quedará en penumbras mi fortuna...
Y porque sin pichón no sirve el nido,
mi pobre corazón, dolido y lerdo,
se enterrará hasta el mango del olvido
la punta del punal de tu recuerdo!

PEDRO H. BLOMBERG

Romance de la niña enamorada

—Desde que quieres a ese hombre,
tus palabras son el eco
de sus engañosas frases
que están vibrando en tu pecho.
—Desde que le quiero, madre,
mi vida es un dulce sueño.
—Como en palabras sagradas
crees en sus juramentos,
sin ver que en cada promesa
está el demonio en acecho.
—Déjeme tranquila, madre,
que si de amarle padeczo,
no hacen falta sus reproches
para acrecentar mi duelo.
—Si de tanto amarle sufres,
hija, tu amor no comprendo,
que en mis tiempos de muchacha
no era el amor tan complejo.
—Usted no lo habrá sentido,
madre, como yo lo siento;
que el dolor de los amantes
es dolor de todo tiempo.
—Cuando más quiero entenderte
tu inquietud comprendo menos;
echas el alma en suspiros,
duermes en el lecho de fuego,
y tanto ries o cantas
como lloras en silencio.
—Cada minuto que pasa
mi amor parece más nuevo,
y yo me siento mas bella
para darle más contento;
qué alegría estoy de ser casta
de los veinte años que tengo
y de que amor tan profundo
se alberga en tan lindo cuerpo
—Ay, hija, qué poco valen
a tu pasión mis consejos!...
(Pero la niña no atiende
más que a su encendido anhelo;
que la razón es poca agua
cuando es de amor tanto fuego).

LUIS CANE

El Jardín

de los

POETAS

Río arriba

Hubo en la triste ruta a que, inclemente,
me condena el destino en sus rigores,
paisaje de ilusiones y de amores
bajo el sol de otra edad, dulce y riente.

El río de mi vida que es torrente,
arroyo fué al nacer que regó flores,
y se durmió en remansos soñadores,
y acarició la arena mansamente.

Hoy triste y fatigosa es la jornada;
más soy consuelo a mi alma que, cansada,
marcha por el camino señalado,
si venzo de la suerte los empeños,
volviendo río arriba con mis sueños,
a vivir los recuerdos del pasado.

LUIS DE OTEYZA

El ojo del puente

A donde mira ese ojo
hecho de piedra? Hacia el mar;
hacia donde el agua corre;
dónde, si no, va a mirar?

Pupila de piedra dura
cansada de ver pasar
tantos siglos esperando
lo que nunca ha de llegar.

El mar le atrae, más su sino
es no moverse. No está
hecha de piedra? Pupila
que no cesa de llorar.

El agua que fluye y pasa
por ella en busca del mar,
es el llanto de la piedra
que no hace más que soñar.

Quién pudiera ir—dice el ojo
del puente—a donde tú vas,
agua clara! Quién pudiera
correr, como tú, hacia el mar!

Ojo de piedra del puente:
tú, por tu sino fatal,
eres lo mismo que el hombre;
tú no haces más que anhelar.

Anhelos que no se cumplen;
soñar, soñar y soñar...
Al fin y al cabo, la vida
es para todos igual.

A dónde mira ese ojo
hecho de piedra? Hacia el mar;
hacia donde el agua corre;
dónde, si no, va a mirar?

Por FERNANDO LOPEZ MARTIN

NANCY CARRROLL

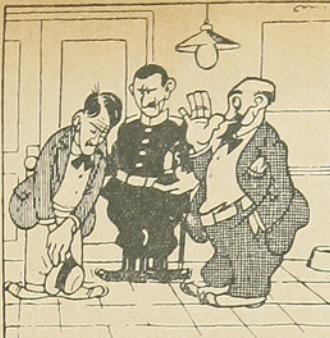
Nancy Carroll cuando estudiaba en la Escuela Superior, estaba muy lejos de pensar en ser ídolo de los públicos del mundo en las pantallas internacionales. Sin embargo, al llegar el momento terrible de perder a sus padres, lo mismo ella que su hermana, se vieron obligadas a ir a la conquista de la fama tras de las candelillas.

Aunque los comienzos como siempre, resultaron difíciles, Nancy Carroll logró entrar con su hermana en uno de esos teatros de barrio de la décima Avenida de Nueva York, donde actuó en una revista vodevilesca que la Empresa intercalaba en el programa de cine. La mayor preocupación de las dos aspirantes a estrellas era la de creer que habiendo sido ellas criadas en el ambiente popular y plebeyo de los barrios pobres de la ciudad nunca podrían presentarse con el refinamiento

y la educación mundana que exige el público aristocrático que concurre a los grandes teatro de Broadway.

Esto, no obstante, bien pronto Nancy Carroll consiguió un puesto de corista en uno de los mejores teatros del Broadway haciendo admirar por su belleza y atractivo personal en la revista "The Passing Show 1923". Hasta que fué contratada para ir a Hollywood con el objeto de figurar en la célebre película "Rosa de Irlanda", donde interpretó el gracioso papel de la irlandesa pelirroja. Su éxito fué tan grande que desde entonces sus contratos con la Paramount no se han interrumpido.

Nancy Carroll nació en Nueva York, el 19 de noviembre de 1906. Es hija de Tomás y Ana La Huff, ambos irlandeses. Nancy fué uno de los doce hijos del matrimonio.



—No le da a usted vergüenza de venir aquí?

—Sí, señor comisario, mucha. Si no hubiera sido por este guardia no hubiera vendido.

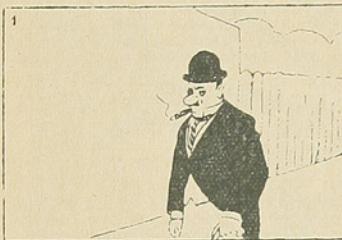


—Pero, hombre, don Justo: ¿con abrigo en estos días torridos?

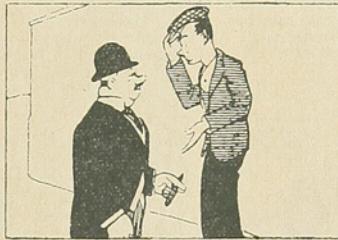
—No se lo diga usted a nadie, pero es que tengo «un siete» en el pantalón.



—¡Na! ¡Qué eres el «as» en eso de robar carteras! ¡Hay que homenajarte! ¡Te daremos un banquete!

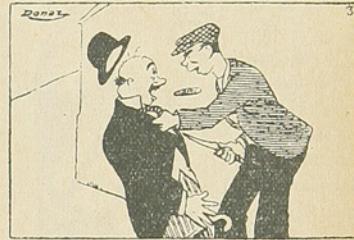


—La verdad, que está muy solitario...



—¡Me hace usted el favor de decirme si ha visto por aquí algún guardia?

—No, señor; no he visto un alma...



—Muchas gracias, señor. Pues, entonces... Ya está usted soltando ahora mismo todo lo que lleve...



Segura, Inofensiva, Rápida para aliviar la Grippe y los Resfriados

**FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZÓN
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO**

No puede saberse nunca cuándo va a venir un catarro. Pero si podemos saber cuando se va a ir porque las tabletas de FENALGINA. Un catarro no debe realmente alarmarnos, ya que lo que atenderlo porque rápidamente puede convertirse en una bronquitis, o en una pulmonía mortal si no se cura a tiempo. Un resfriado, por fuerte que sea, desaparece en una noche si se toma FENALGINA.

En cuanto se sientan los primeros síntomas de un resfriado —picor en la garganta, tos, estornudos, escalofríos o fiebre, tomense 1 o 2 tabletas de FENALGINA.

Lease las instrucciones que vienen en cada cajita. Puedes tomarla hasta los niños pequeños.

NO ACEPTÉ SUBSTITUTOS. EXIJA SIEMPRE QUE LE DEN

DHENALGIN
(FENALGINA)



FENALGINA M. R.: Fenacetamina carbó-amoniada. Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a \$0.60 cada uno.

Único distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile

No más restricciones
NO DIGIEREN NADA
LO DIGERIRÁN TODO
con la

Sal Digestiva
Beme-a
M. R.



ARDORES DE ESTÓMAGO
ACIDEZ GÁSTRICA
PESADEZ DE ESTÓMAGO
VÓMITOS



DOSIS: Una cucharita después de cada comida

FÓRMULA: Bicarbonato de sodio
Carbonato de calcio

VENDESE EN TODAS LAS FARMACIAS
CONCESIONARIO PARA CHILE: AM-FERRARIS CASILLA 29D SANTIAGO

PAGINAS DE COCINA

"Puding" al chocolate

Ingredientes: Ciento cincuenta gramos de chocolate, medio litro de leche, cincuenta gramos de azúcar, ocho yemas de huevo y dos claras, avellanas tostadas, una pequeña cantidad.

Se ralla el chocolate, deshaciéndolo en una pequeña cantidad de agua. Cuando el chocolate esté completamente di-

suelto se le agrega la leche fría y el azúcar. Se acerca al fuego, dejándolo cocer por espacio de unos instantes. Se deja enfriar y, muy despacio, se van añadiendo las yemas y las claras, que previamente se habrán batido.

Se unta un molde liso con manteca de vaca, se vierte la crema en el molde y se pone a cocer al baño María durante una media hora.

Cuando esté frío y cuajado se vuelca en una fuente y se colocan las avellanas tostadas sobre el "puding" en forma simétrica.

Ingredientes: Un cardo pequeño, 150 gramos de jamón, una cucharada de harina, una taza grande de caldo, un diente de ajo, un polvo de pimenta y manteca de cerdo a discreción.

Varias de mis queridas discípulas y lectoras me han preguntado qué hay que hacer para que el cardo no se ponga negro al cocerse. Es muy sencillo. Lo

primero que tienen que hacer es limpiar el cardo muy bien y conforme se va limpiando se va echando en agua fría, teniendo cuidado de no poner las puntas. Ponerlo a cocer con el agua hirviendo, con la sal y una cucharada de harina en un recipiente que esté muy tapado y teniendo cuidado de que no deje de cocer. Con este procedimiento sale el cardo cocido completamente blanco.

Una vez cocido se pone a escurrir en un colador. Se parte el jamón. En una tartera se pone la manteca a derretir; cuando está caliente se echa en ella el jamón, dándole una vuelta, sacándolo en seguida de la grasa. Se vierte la harina con el ajo, y cuando la harina esté dorada se le añade el cardo y se deja cocer, moviéndolo bien. Se quita el ajo, se echa el cardo cocido y el jamón y se deja cocer al fuego lento por espacio de una media hora. Se sirve muy caliente.

¿Qué es ODOL?

ODOL no es sólo un agua dentífrica corriente, sino que es un antiséptico agradable, cuyo uso diario le procurará un aliento siempre perfumado y fresco.— ODOL ayuda a tener dientes bonitos y sanos.



Base: Orthoxybenzilalcohol

M. R.



No salga a viaje
sin llevar consigo
una cajita de

OBLEAS MARÍA

El medicamento que más rápidamente quita

DOLORES DE CABEZA
Y DE MUELAS,
REFRIOS,
GRIPPE
Y MAREOS
DE VIAJES.

EN LAS BUENAS FARMACIAS.

Base: Ac. acetilsalicílico, cafeína, fenacetina y acetanilid.

PRESENTIMIENTO

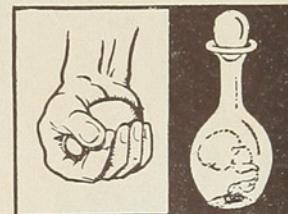
Tengo el corazón enfermo, cansado ya de esperarte. Cuando, al fin, llegues, amado, acaso será tan tarde, que habrán muerto mis canciones y mi juventud fragante, y serán nieve los labios que no pudieron besarte.

Tendré el alma envejecida, tendré pálido el semblante, y estarán mis ilusiones y mis pupilas suaves tan cansadas y marchitas, tan tristes y agonizantes, que habrás de llorar, amado, de pesar, al contemplarme.

Y escucharás, dolorido, mi renuncia en esta frase: «No puedo amarte. ¡Imposible! Llegas tarde... Llegas tarde...»

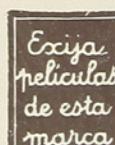
PARA DIVERTIRSE CON HUEVOS

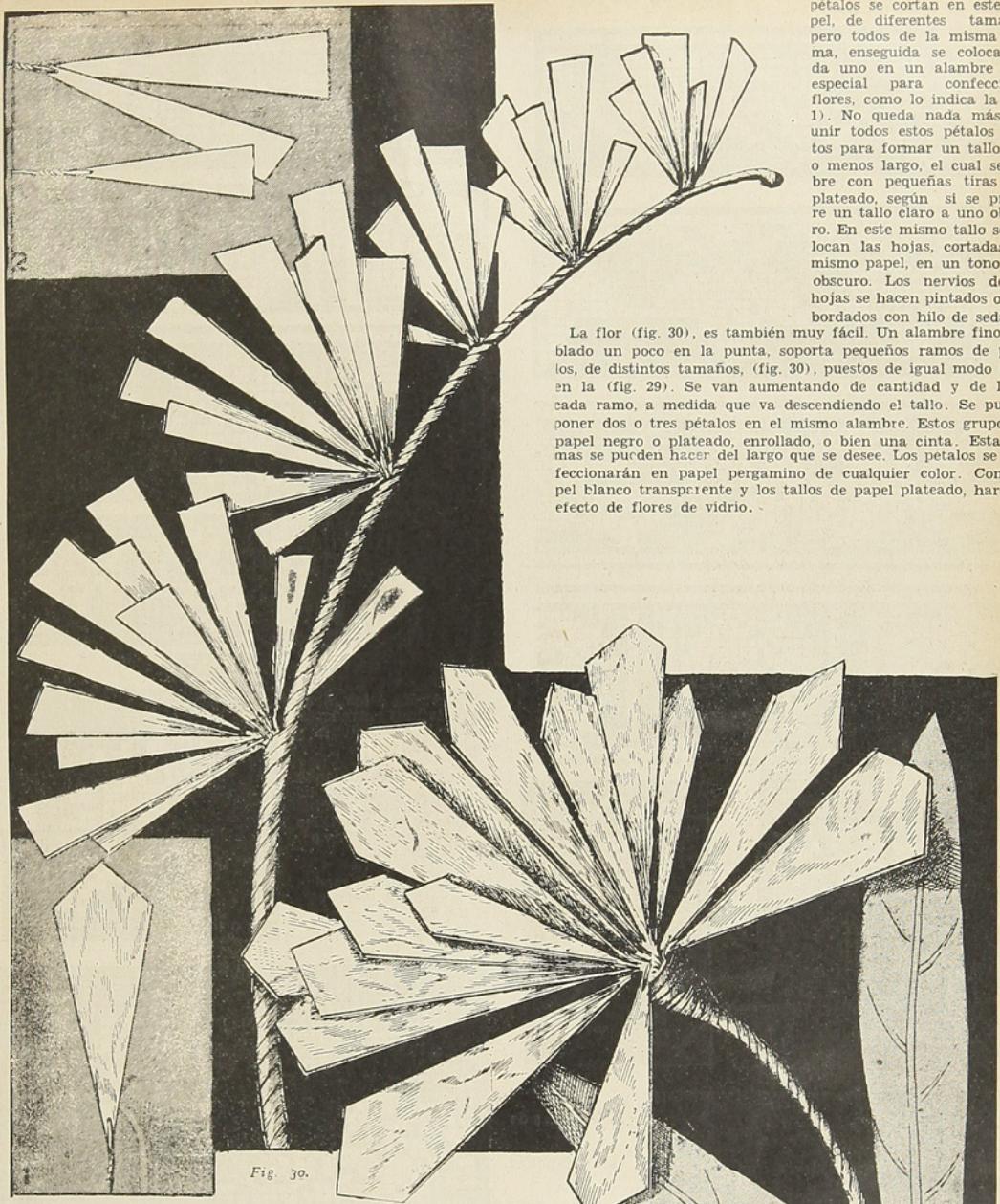
Cuando la cáscara de un huevo está bien sana sin ninguna marca ni rasgadura, es tan sólida que es imposible romperla por compresión. Podéis pues, con toda seguridad, apostar con un tercero que, a pesar de sus esfuerzos, no logrará romper un huevo entre su mano. Veréis que en el acto se arremanga para evitar salpicaduras, pone la mano encima de un recipiente, aprieta el huevo con to-



da su fuerza y renuncia en fin a su aplastamiento, cosa que él consideraba fácil y fatal.

Ahora haced endurecer ese huevo y peladlo; podéis, entonces, tratar de hacerle entrar en una botella cuyo cuello sea más pequeño que él. Para tener éxito introducir un papel inflamado en la botella, y cuando el aire dilatado por el calor esté suficientemente rarificado, poned el huevo sobre el orificio. Bajo la presión atmosférica, el huevo penetrará alargándose por el gollete y caerá en la botella produciendo una ligera detonación.





FLORES NUEVAS

'Flores para todo!', es el grito en la decoración actual, pero en vez de despojar cerros y jardines, pedimos a nuestra propia ingeniosidad, la creación de estas flores que adornan los hogares modernos. Armonizando sus diversas tonalidades con la instalación mobiliaria.

Algunas veces, estas flores son inspiración de la naturaleza; pero, frecuentemente, ellas son el objeto de una riqueza de líneas y colores, que se toman voluntariamente, para crear un gesto o una forma, que se adapte a una necesidad de ornamentación.

El modelo que presento hoy día es muy fácil de hacer, se puede ejecutar en distintos tamaños, según para el jarrón o lugar a que están destinados: se hacen de papel celuloide.

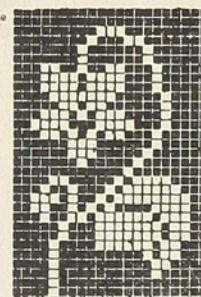
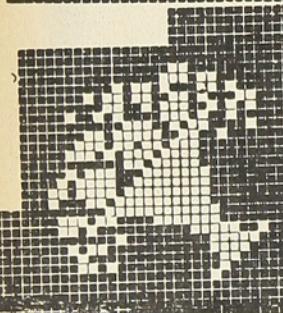
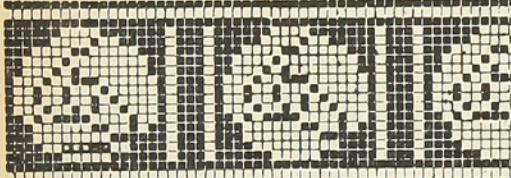
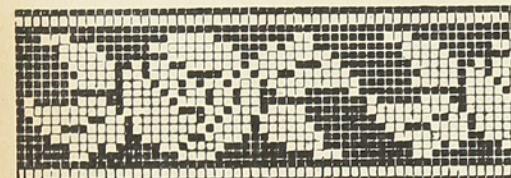
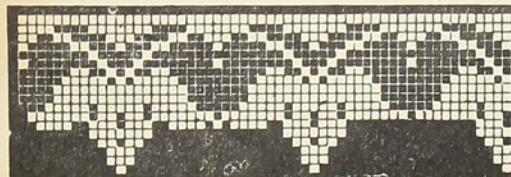
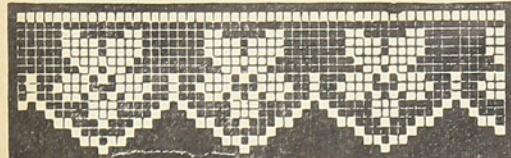
El primer modelo, (fig. 29), es en papel pergamino y trabajado a la acetona. Los

pétalos se cortan en este papel, de diferentes tamaños, pero todos de la misma forma, enseñada se coloca cada uno en un alambre fino, especial para confeccionar flores, como lo indica la (fig. 1). No queda nada más que unir todos estos pétalos juntos para formar un tallo más o menos largo, el cual se cubre con pequeñas tiras de plateado, según si se prefiere un tallo claro a uno oscuro. En este mismo tallo se colocan las hojas, cortadas del mismo papel, en un tono más oscuro. Los nervios de las hojas se hacen pintados o bien bordados con hilo de seda.

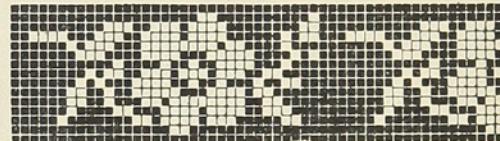
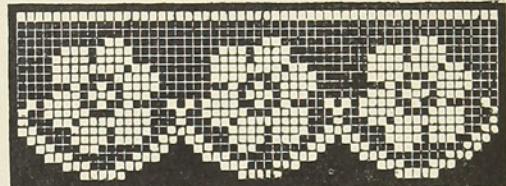
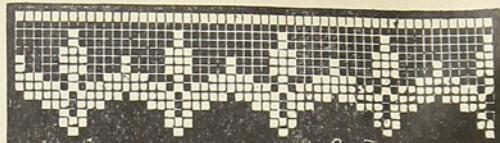
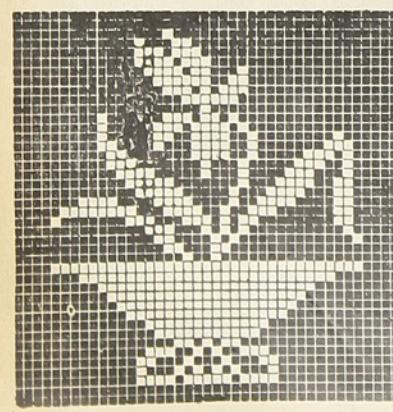
La flor (fig. 30), es también muy fácil. Un alambre fino, doblado un poco en la punta, soporta pequeños ramos de pétalos, de distintos tamaños, (fig. 30), puestos de igual modo como en la (fig. 29). Se van aumentando de cantidad y de largo cada ramo, a medida que va descendiendo el tallo. Se pueden poner dos o tres pétalos en el mismo alambre. Estos grupos de papel negro o plateado, enrollado, o bien una cinta. Estas ramas se pueden hacer del largo que se deseé. Los pétalos se confeccionarán en papel pergamino de cualquier color. Con papel blanco transparente y los tallos de papel plateado, harán el efecto de flores de vidrio.



DIBUJOS DE ENCAJES Y ESQUINAS DE LOS MISMOS



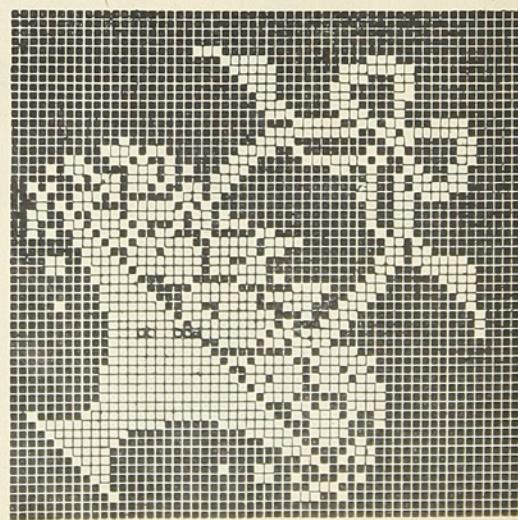
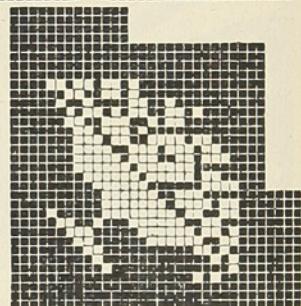
El N.º 64 es de
estilo japonés
y muy a pro-
pósito para
cubrete-
tera (tea co-
zy) o cubre
bandeja.



NOTA: En estos dibujos incluimos entredoses,
puntillas, aplicaciones y
medallones.

Las esquinas son muy
útiles para juegos de
mesa de "Bridge" y man-
telerías y las puntillas
más estrechas sirven
para bordarlos.

El N.º 63 es un medallón
que hace juego con
el N.º 58.



FAJA A PUNTO DE CALCETA

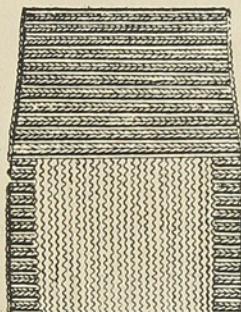
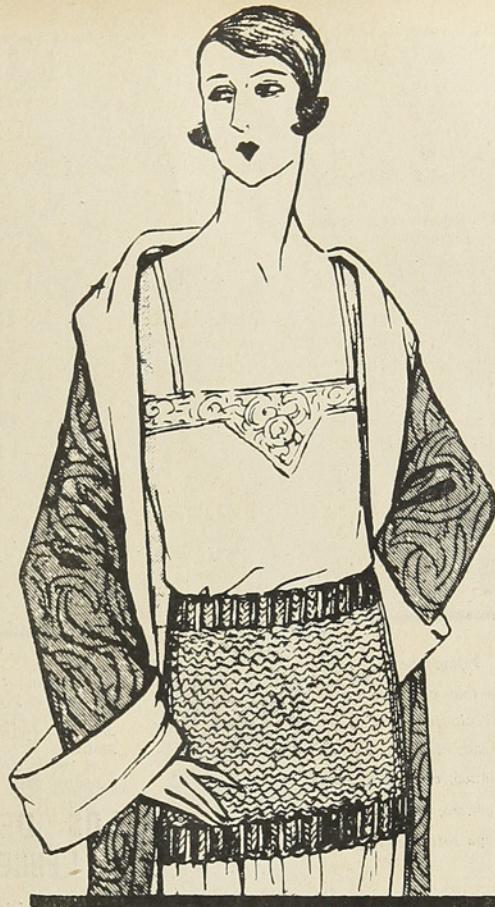


Fig. I



mo en la aguja anterior; en seguida se cogen juntos la hebra y el punto pasado de la aguja anterior, haciendo con ambos 1 punto derecho; échese la hebra, pásese 1 punto, etc. (Fig I).

La tercera aguja se repite durante 7 consecutivas y al llegar a la 8, se hacen 37 puntos de este punto inglés. 76 de punto liso ~~siempre~~ al derecho (figura II), y los 37 últimos otra vez de punto inglés.

Continúese lo mismo durante 88 agujas.

Después se hacen otras 7, todas a punto inglés y se termina

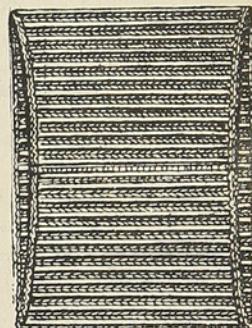


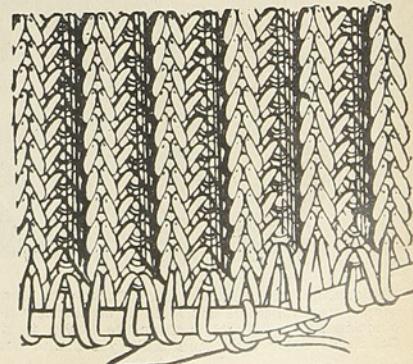
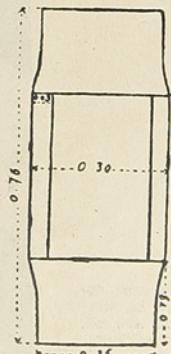
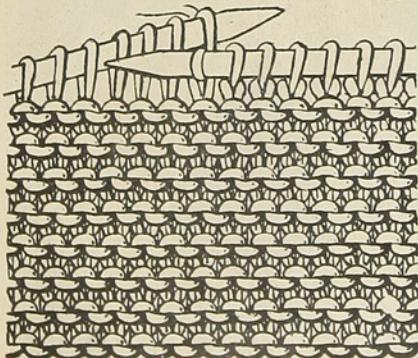
Fig. II

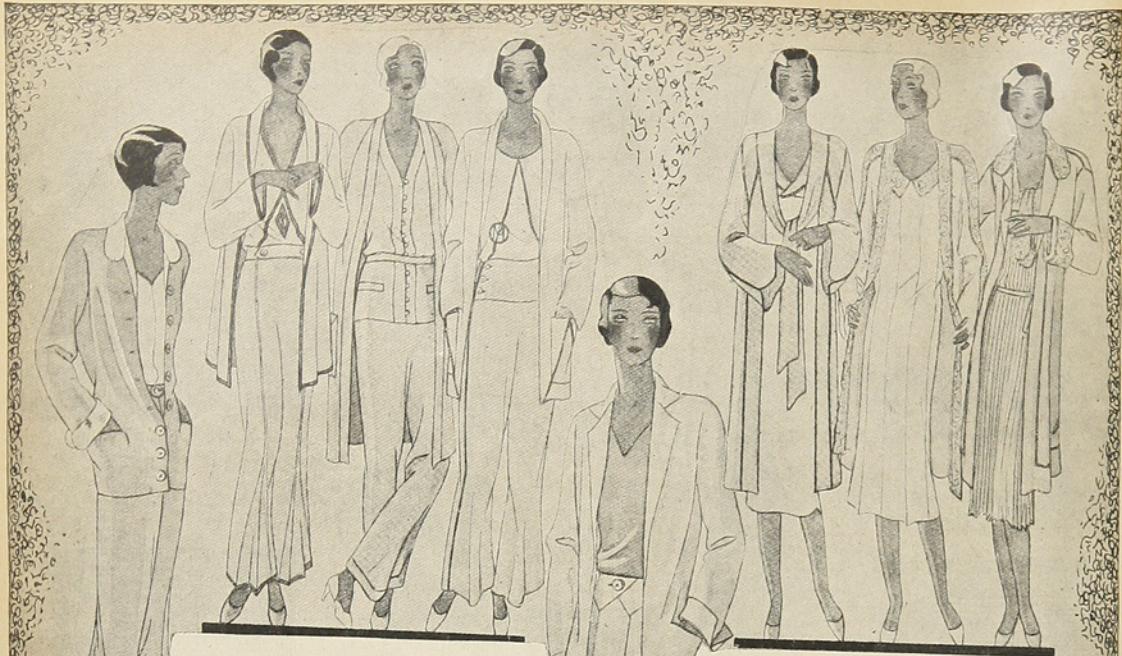
Sin exageración, puede afirmarse, que por lo abrigado y cómoda, esta faja es inapreciable para las personas delicadas. Gracias a la acertada combinación de puntos empleados en ella, se adapta perfectamente a la forma del cuerpo y su uso resulta muy agradable por su flexibilidad.

Ejecución.—Se necesitan 100 gramos de lana céfiro (el mohedo es blanco) y dos agujas de 4 mm. Se trabaja a lo ancho, haciendo 150 puntos y sobre ellos 1 aguja al derecho, 2 agujas: échese la hebra y pásese 1 punto de la aguja izquierda a la derecha, sin hacerlo; 1 punto al derecho; échese la hebra, etc. 3 aguja: échese la hebra, pasando un punto sin hacerlo co-

por una aguja al derecho, antes de cerrar la faja. Esta parece un poco más ancha por delante que por detrás, pero eso consiste en la diferencia de puntos.

Fórmese la faja cerrándola por demás a punto por encima, y se mete por los pies. Este tipo de faja no solamente es práctico para las mujeres, sino también para los hombres que, por causa de cualquier enfermedad, se vean obligados a cubrir los riñones o estómago librándolos del frío, pues a causa de los materiales de que se compone y de los puntos empleados para su confección, no produce apenas bulto y se disimula perfectamente bajo el vestido.





A la izquierda: Pijama de crepe satin verde, sobre una blusa de crepe satin blanco. El dibujo que está de izquierda a derecha, es un pijama en crepe Makita blanco, con incrustaciones del mismo género, en color azulino. Pijama y chaleco largo en crepe satin verde pálido. Pijama de crepe florizado.

A la derecha: Ensemble de crepe satin rosa. Camisa y abrigo de crepe satin, empleados por los dos lados. Ensemble de crepe verde; traje plisado guarnecido de encaje de Malines.

Al medio conjunto de crepe satin brilloso y opaco.

LOS DETALLES EN LA LENCERIA MODERNA

Los dos modelos de Suzanne Langeais, están hechos en crepe georgette rosa. La combinación es adornada de bandas ondulantes y de motivos incrustados de crepe de Chine en el mismo tono, y la camisa de noche está sobre un canesú de tul ocre. Abajo, combinación de velo de hilo, con muchos cortes en forma; incrustaciones de encaje.



Abajo: Combinación de crepe de Chine rosa. Abajo, camisa de noche en crepe de Chine adornada de bandas de valencianas. La combinación de noche está enteramente hecha de encaje de Alencon. Calzón de crepe satin rosa mate y brillante abotonado adelante.



¿Color Blanco o Negro?



MEDITERRANEE.

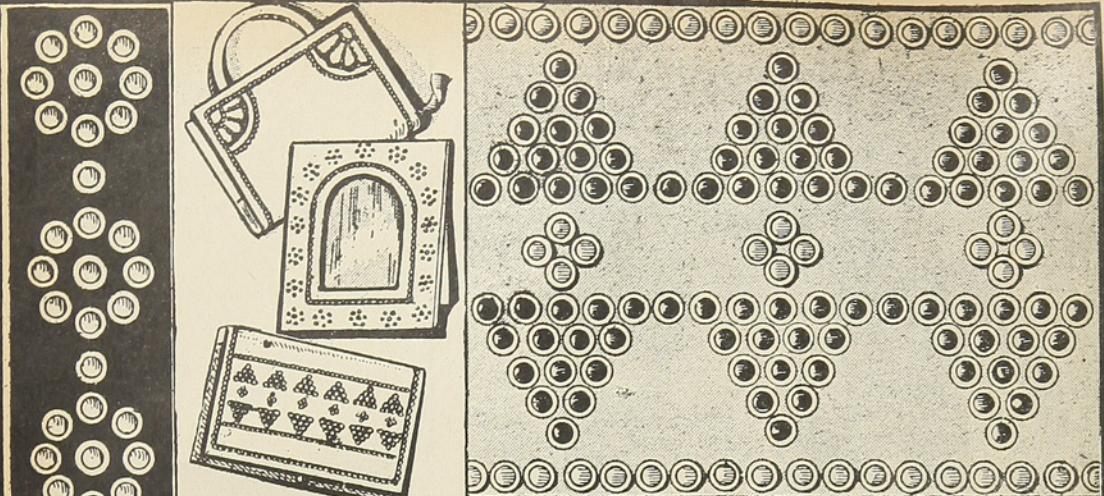
Crepe satin y género
perla.

INTERMEZZO.

Crepe satin y dia-
mantes.

FETICHE.

Crepe faille.



Bella Idea de Deco- rado de Fácil Ejecución

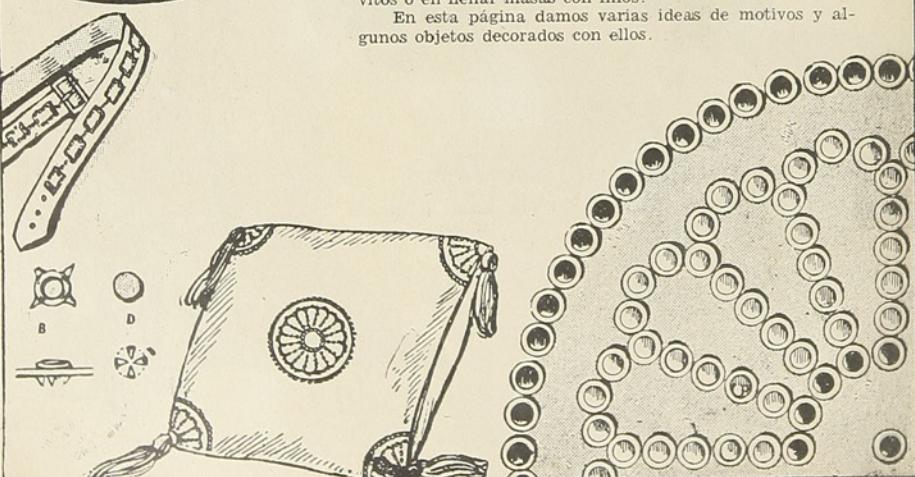
No es necesario para producir originales y lindos decorados, conocer el arte del bordado u otros trabajos de aguja, ni siquiera de artes del hogar si empleáis el sencillo procedimiento que vamos a explicaros. Consiste en poner en los tejidos, cueros, fieltros, etc., una serie de clavitos con grapas muy cortas que, siguiendo un orden establecido, forman interesantes motivos.

Estos clavos cabujones tienen el tamaño de una lenteja pequeña y en su parte inferior cuatro pedúnculos de metal flexible que atraviesan el tejido y lo sostienen en él (A. y B.).

Los pedúnculos o grapas se doblan por la parte posterior (C) y presentan por delante el efecto que vemos en (D.).

Las combinaciones que pueden hacerse son infinitas, pues consiste, como podéis daros cuenta, en hacer líneas por medio de puntos que son los clavitos o en llenar masas con hilos.

En esta página damos varias ideas de motivos y algunos objetos decorados con ellos.



GABRIELA MISTRAL



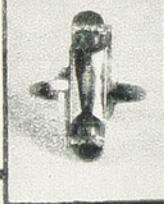
BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

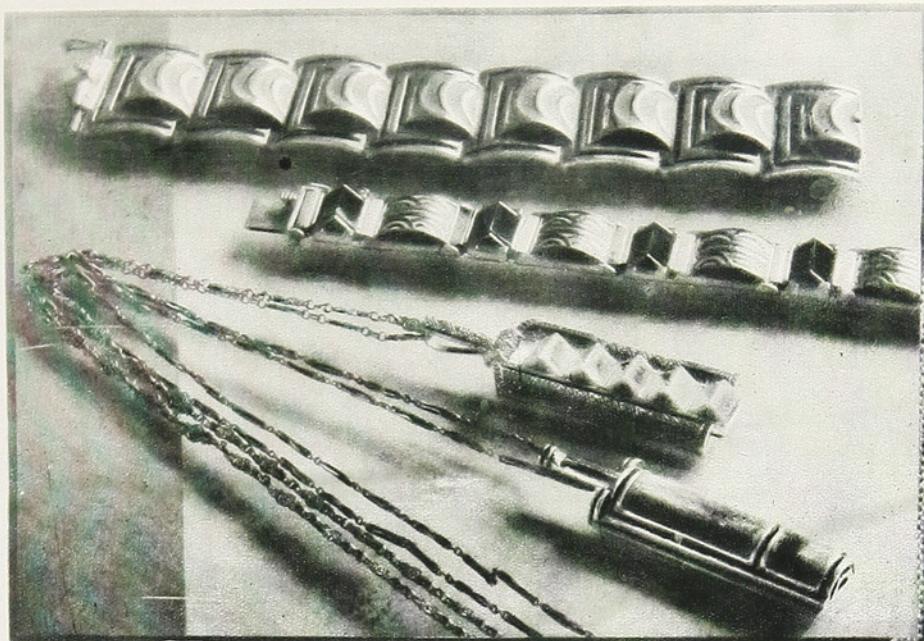
Precioso retrato, recientemente tomado en Estados Unidos, donde actualmente se encuentra, de Gabriela Mistral,
la más pura y más alta gloria de las letras chilenas y americanas



EL GUSTO DE LAS JOYAS Y LOS ADORNOS

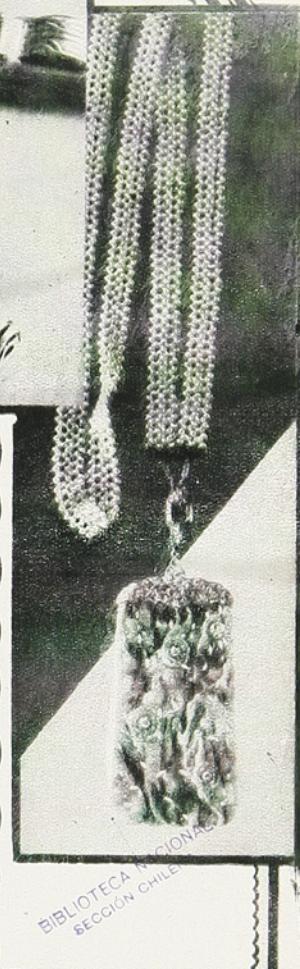
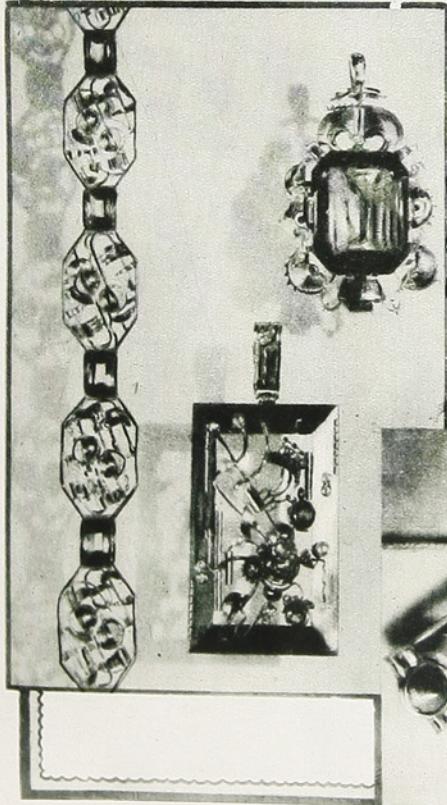
He aquí las joyas y adornos de fantasía que hoy hacen furor. Siempre la joya labrada, las pulseras y los anillos que vuelven un poco por el gusto del Renacimiento. Igual cosa ocurre con esos medallones que casi se parecen a los antiguos guardapelos.



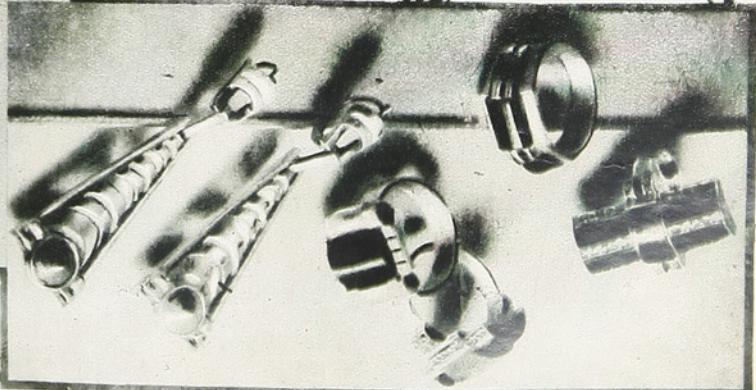


DG

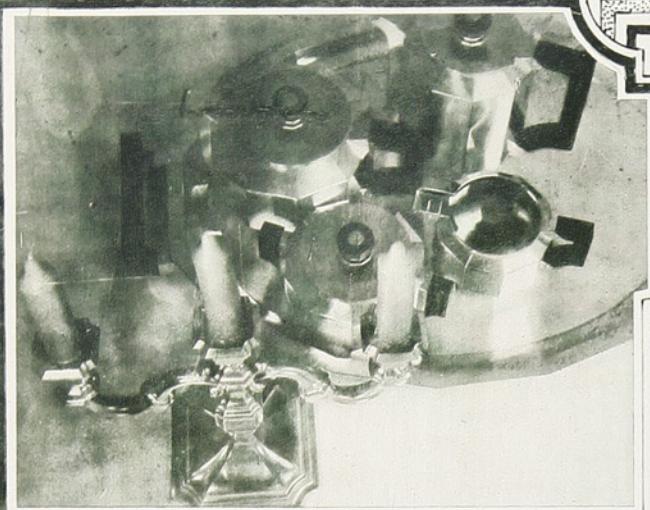
Según puede verse en esta página, las cadenas para el cuello, las pulseras, los aros, comienzan a divulgar, otra vez, las piedras de fantasía: corales, amatistas, zafiros, etc.



BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA



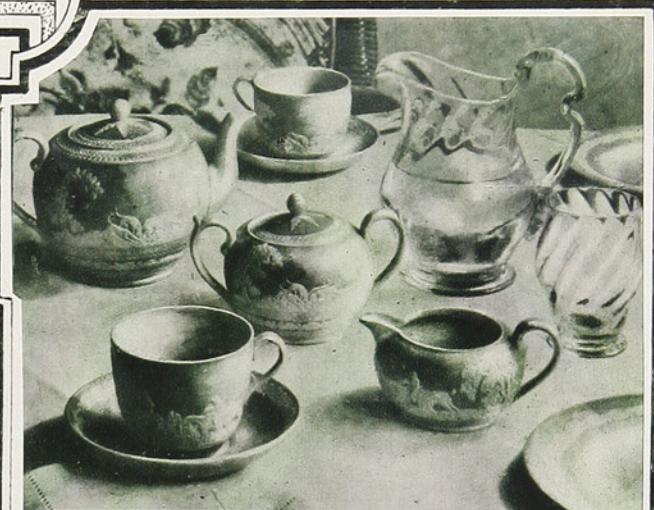
EL ARTE DEL BUEN GUSTO EN EL HOGAR Y EN LOS VIAJES



Estos son los adornos indispensables de un comedor elegante. Los candelabros con velas constituyen la última palabra en el adorno oportuno junto a un bonito servicio de té.



La cristalería fina para el desayuno tiene una gracia decorativa interesante. Su porcelana muestra delicadas escenas de caza, que lo adornan.



Este bonito servicio para el desayuno tiene una gracia decorativa interesante. Su porcelana muestra delicadas escenas de caza, que lo adornan.



Una maleta de viaje puede ser el mejor escritorio, según se ve aquí.



Este elegante "neio" de viaje muestra lo más completo puede darse para el verano y excursiones.



Una mesa práctica para todo uso, sobre todo en esta época.

GLORIA SWANSON YA NO ES MARQUESA

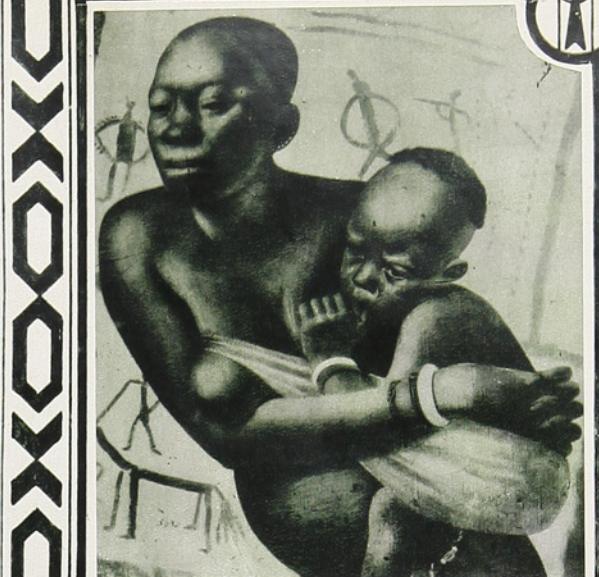


Gloria Swanson viste una toilette de lujo

Constance Bennett, que se casará con el marido de Gloria, el marqués de la Coudraye, que se ve en el medallón



Una madre marroquena



Felicidad negra, de una etiope

AMOR DE MADRES



Esta madre, según las costumbres de su tierra, lleva cómodamente a su nene



Madre e hija en la China



Una madre africana, enteramente cubierta, con su hijo desnudo

UNA BODA EN EL CONGO



"La boda bien" en el Congo, prueba hasta dónde el smoking y las toilettes europeas han seducido

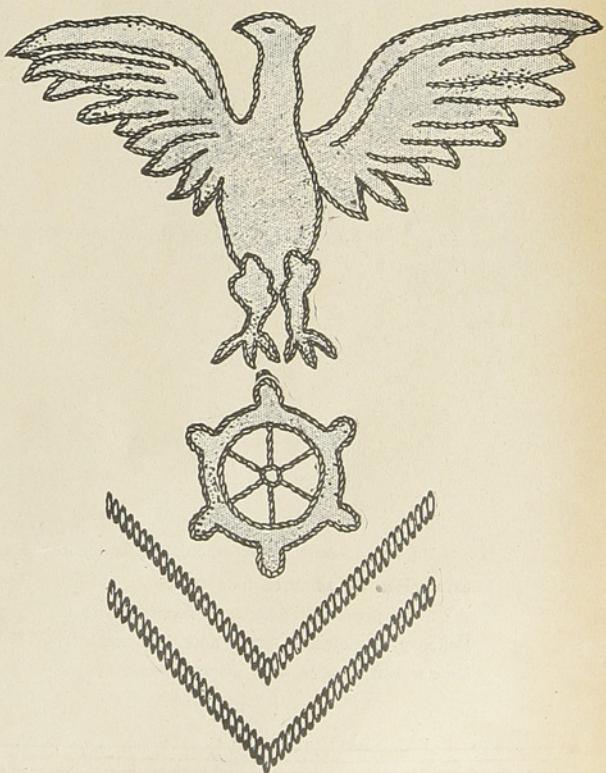
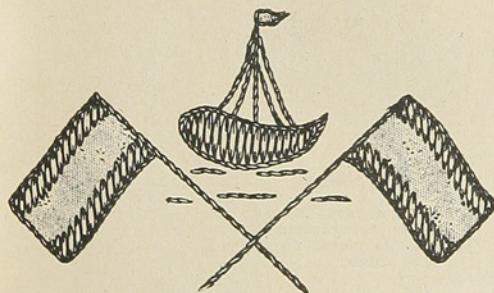
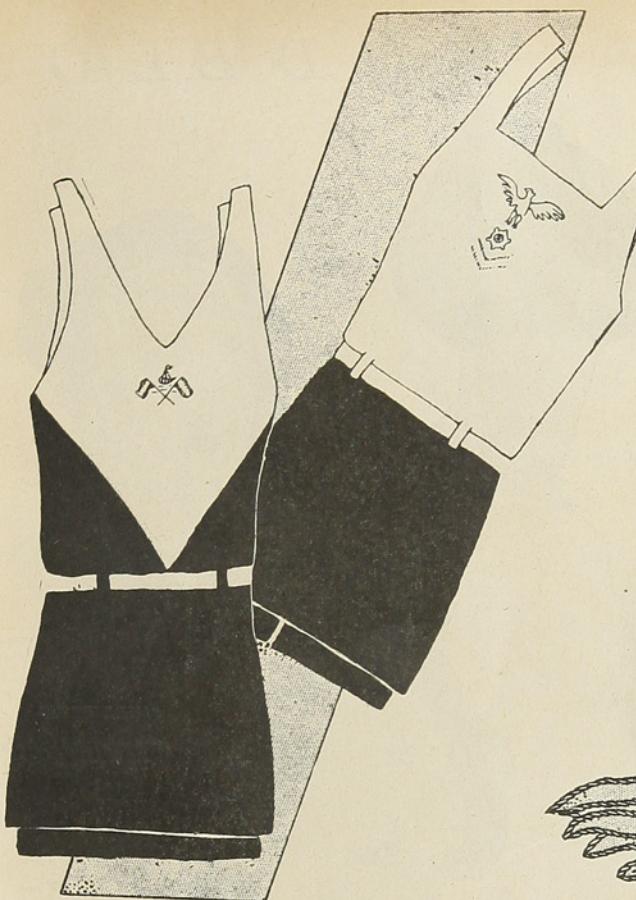
Graciosos

dibujos

para bordar

en nuestros

bañadores



Los trajes de baño de estilo americano, que tanto favor gozan de la moda desde hace algún tiempo, resultan más personales y graciosos si los adornamos cada año con un emblema diferente bordado en la parte delantera de la prenda.

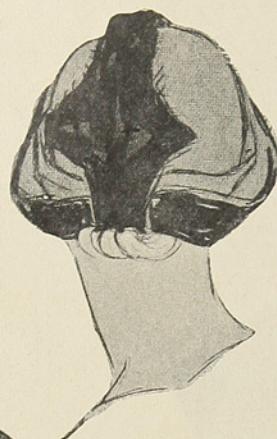
Los dos modelos aquí dibujados se hacen a punto de cordoncillo y pasado plano en un color conforme con el de la prenda, así del mismo modo como la tela aplicada que forma la figura del águila, timón y banderitas.

L I N D O S M O D E L O S



"CASANOVA"

Sombrero en topo fantasia,
color aceituna.



"MIDINETTE"

Sombrero de terciopelo ne-
gro pespunteado.



"PIF-PAF"

Sombrero de fieltro negro
y melusine.



"PETIT RIEN"

Sombrero de topo negro
reversible, guarnecido de
fantasia de pluma de tres
tonos.

Un tocado muy joven despejando la frente,
caracteriza los sombreros de Goupy.

El terciopelo, el topo, las mezclas felices del
fieltrito y la melusine hacen adorables sombreritos
que son a veces, muy discretamente guarne-

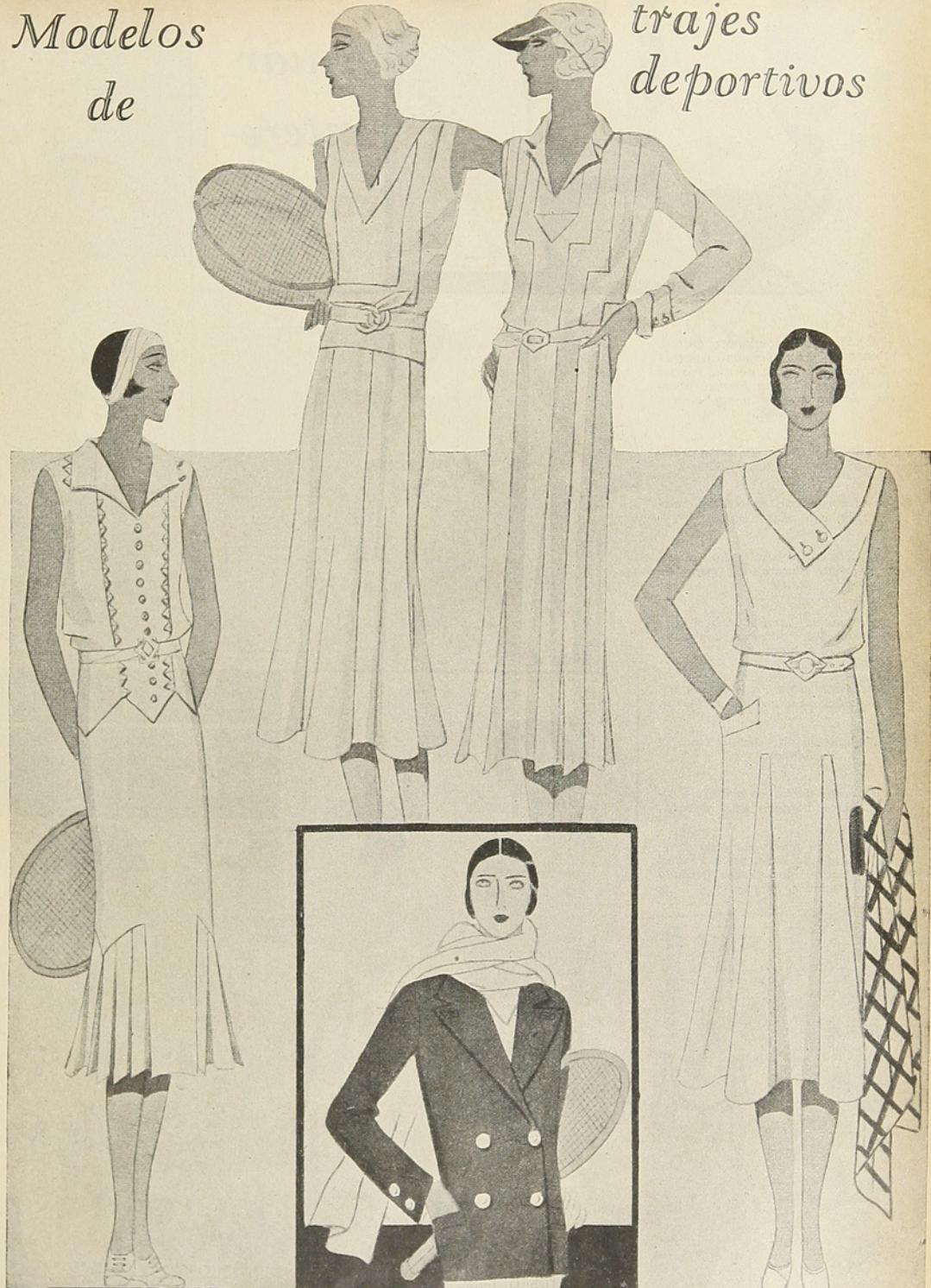
cidos de pequeñas fantasías de plumas.

He aquí un pequeño tricornio de topo del
cual damos el dibujo, es particularmente bien
logrado.

— ○ —

Modelos
de

trajes
deportivos



Arriba, a la derecha:
Vestido de tennis en tela
seda color marfil, «Petite
Reines».

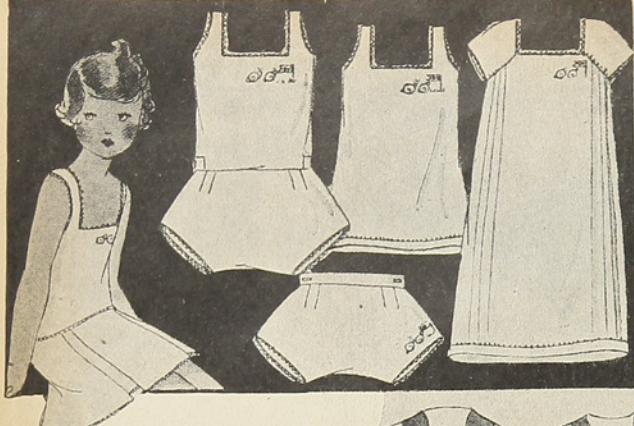
Arriba, a la izquierda:
Vestido de tennis en tela
de seda color marfil,
«Petite Reines».

Al centro: Echarpe en
crepe amourette amarillo
limón.

Abajo, a la derecha: Ves-
tido de tennis en shan-
tung marfil.

Abajo, a la izquierda:
Vestido de tennis en tela
de seda color marfil
Déauville.

*El
Ajuar
Interesante*



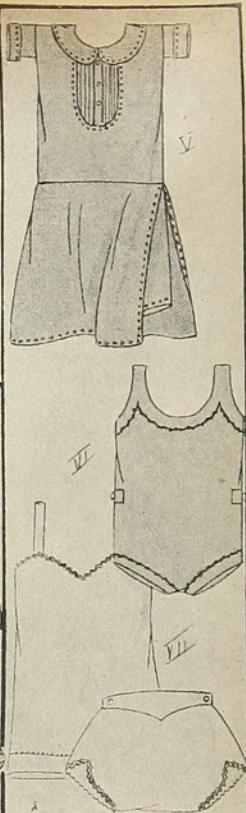
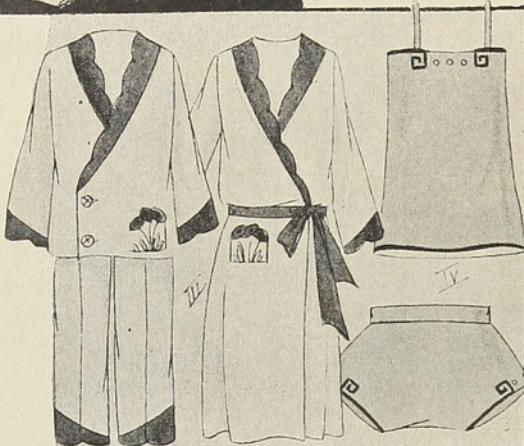
1.—Pequeño ajuar compuesto de una combinación, combinación camisa-calzón, calzón, camisa de día, camisa de noche, en shirting blanco, adornados de un encaje y un motivo bordado.

2 y 3.—Pijama y bata en tusor crudo con sesgos de tusor lacre.

4.—Camisa y calzón en batista amarilla, con sesgos azules.

5.—Vestidito con calzón abajo, en género de seda, adornado de pequeños puntos.

6.—Combinación camisa calzón, para niña de 3 a 4 años, cerrada atrás por botones.

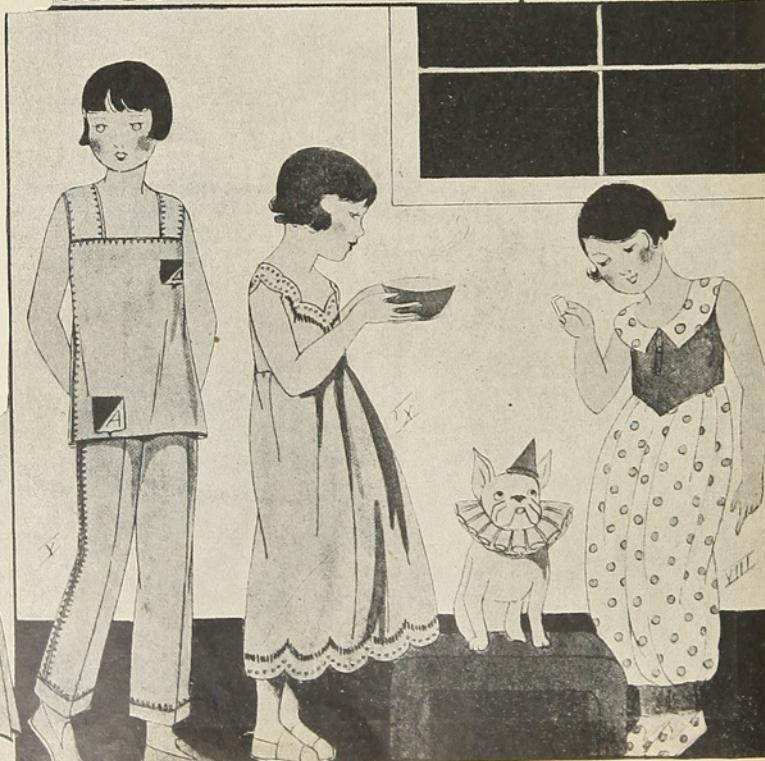
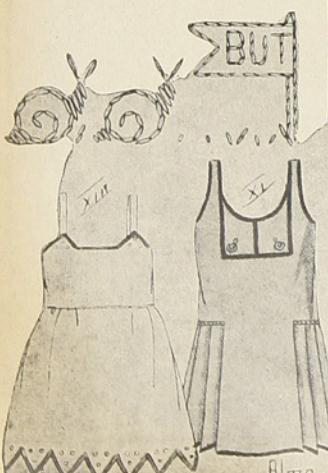


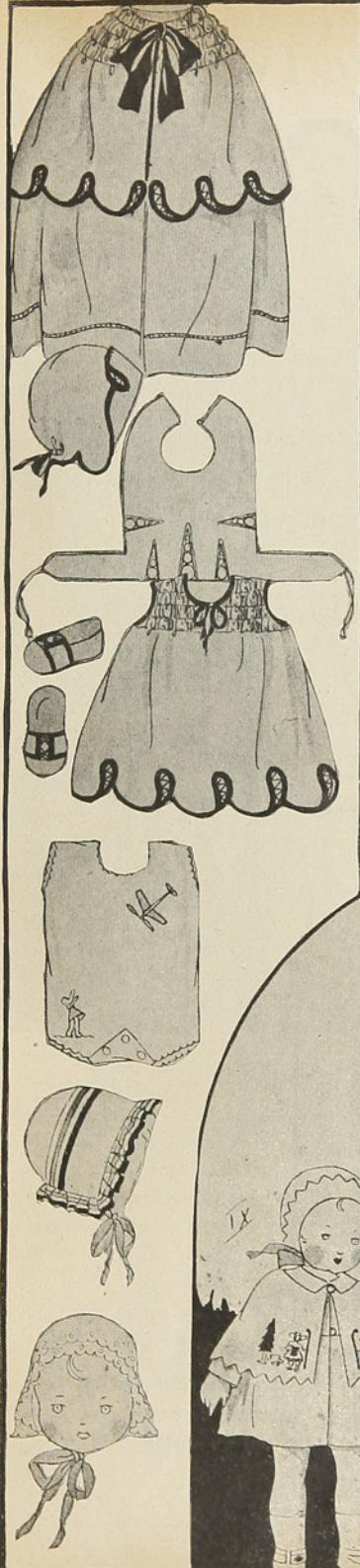
7.—Camisa y calzón en batista blanca, adornados de una orilla a crochet.

8.—Combinación en género rosa y blanco.

9.—Camisa de noche en género de hilo azul claro, bordado azul oscuro.

10.—Pijama en género de seda amarillo, fileteado de lacre, motivo mitad blanco y lacre, monograma bordado sobre el escudo.





- 1, 2, 3, 4.—Abrijo con capa, gorra, vestido y zapatos en crepe de Chine rosa, adornado de sesgos azules.

5.—Babero americano en piqué, adornado de cadenetas.

6.—Combinación en género de hilo, motivos en aplicación.

7.—Gorra en batista de hilo blanco, sesgos en tonos fuertes.

8.—Gorra en batista de hilo, fileteada y calados.

9.—Abriguito con capa en paño delgado, corte y aplicaciones de varios tonos en paño.

10.—Vestido y gorra en crepe de Chine, blanco y azul, adorno de redondelias fileteadas.

11.—Bata en muselina de seda, incrustaciones de valencianas.

12.—Gorra en crepe de Chine rosa, adornada de una cinta azul.

13.—Gorra de tul y encaje.

14.—Babero en crepe de Chine rosa, adornado de incrustaciones y puntos azules.

15.—Babero de batista de hilo blanco, tul por la orilla.

16.—Corpiño en piqué blanco.

17.—Palaletocito en crepe de Chine rosa, bordado de cinta de raso azul, pequeños molinos bordados igualmente en azul.

18.—Servilleta en género blanco, motivo de color incrustado.

19.—Camisa en batista de hilo, adornada de deshilados y filete.

20.—Blusita en percala blanca.



Crepe de Seda, Brocado y Terciopelo



Mantilla

ARRIBA: Toda la gracia del traje de crepe negro, consiste en el vuelo que lleva sobre las caderas.

De gran originalidad es el traje de crepe satin color azul turquesa, con adornos en forma de rayas.

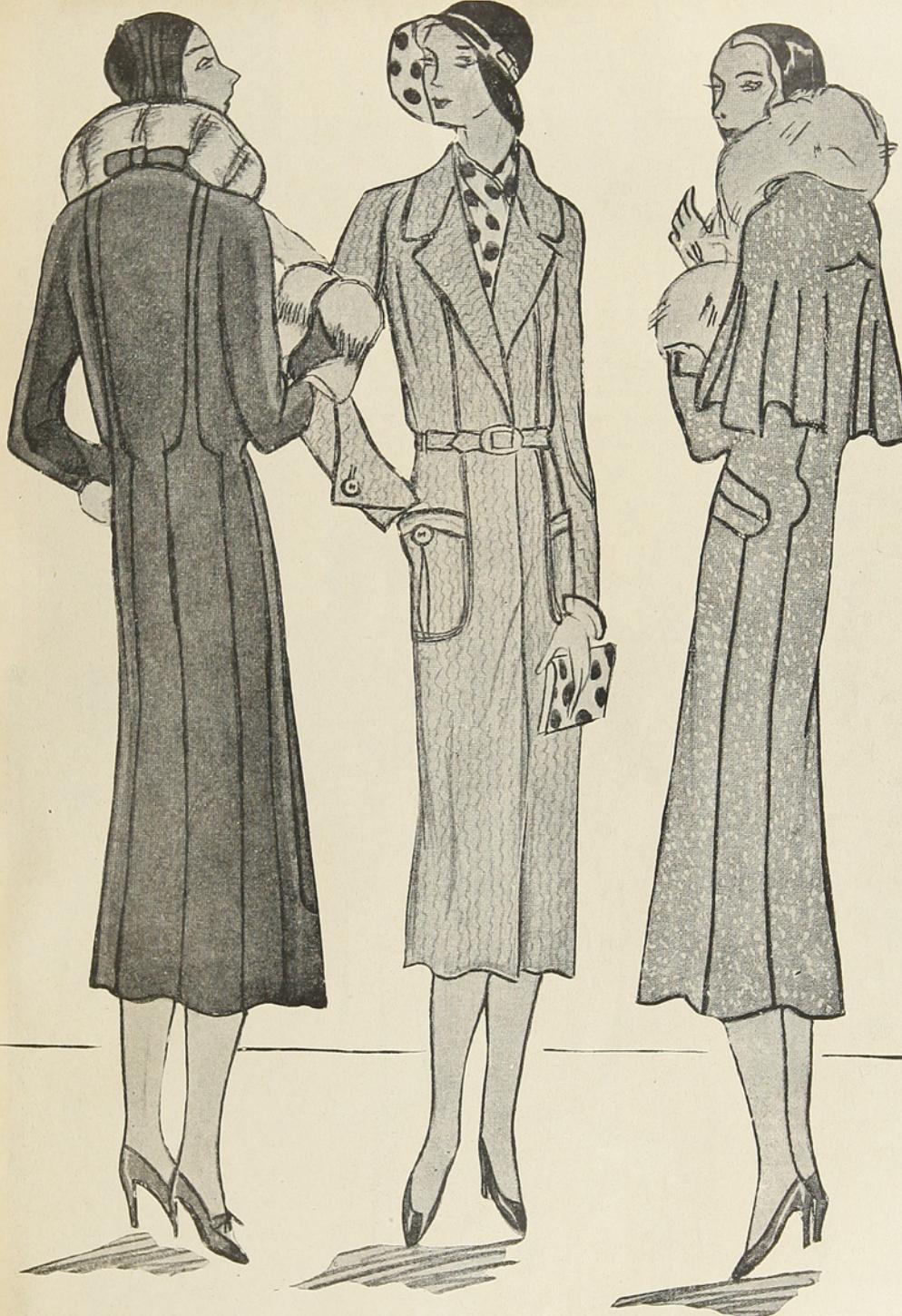
A LA IZQUIERDA: Traje de crepe satin, con túnica cruzada.

ARRIBA: Abrigo color pastel, de brocado, adornado de zorro blanco; traje color gris, de marracain.



Traje de terciopelo chifón, adornado de encaje fino; gorro del mismo terciopelo.

Tres modelos prácticos



Abrigo de paño trabajado de recortes, y guarnecido de chinchilla.

Abrigo de lana inglesa beige, guarnecido de recortes con vivos y botones fantasia.

Abrigo de lana china marrón, guarnición de renard.

El Ensemble



Ensemble en seda floreada. El mismo traje sin chaqueta, se ve en el grabado de más abajo. A la izquierda: Ensemble de flamenga, muy de moda, con chaqueta con mangas hasta el codo. El mismo modelo sin chaqueta, se ve en el grabado de más abajo.



Como retener al hombre amado

Llega un momento en la vida de toda mujer enamorada que señala la crisis de su existencia sentimental: el momento en que su amor puede prosegur por la tranquila ruta recorrida hasta ese instante o, por el contrario, irse poco a poco internando en los ásperos senderos del olvido.

Ese momento es inevitable, tarde o temprano, llega. Lo que debe hacerse no es intentar prevenirlo, cosa casi imposible de realizar, sino evitar sus lamentables consecuencias y tratar de que no produzca los funestos resultados que, de descuidarlo, acarrearia.

Cuando el nomore— novio o esposo— comienza a demostrar un poco de desapego hacia la mujer querida, cuando ientra pero seguramente empieza a aparecer indiferente, por costumbre, por cansancio o por mero desamor, ha llegado ese momento critico.

No es del caso entonces entregarse a la desesperación o dar muestras de tristeza y desasimiento, como muenas mujeres hacen en semejantes circunstancias, sino, por el contrario, tratar de reencontrarse, evitar que su carino se escape, impedir que su amor se estime. El desesperarse o el entristercarse, lejos de producir ese resultado, no nace sino precipitar la crisis final.

«Cómo lograr, entonces, que un hombre no se aparte de la mujer que lo quiere? El medio mas seguro para conseguirla consiste en mostrarse pronta y sinceramente interesada en lo que el nace, en lo que dice, en lo que realiza, aunque ello sea lo mas prosaico y apurador del mundo.

Si la mujer con clara comprensión de su conveniencia, ha procedido asi hasta ese momento, debe redoblar sus atenciones para con el hombre: escuchar sus conversaciones con pleno interés, estimularlo con su aquiescencia y su aprobación.

Es de tenerse en cuenta que no hay nada que halague mas a los hombres que el verse comprendidos y admirados. La audiencia que ellos prefieren para la narración de sus hazañas o, mas simplemente, para el relato de sus hechos es la audiencia femenina.

Si esa audiencia la forma una sola persona, mucho mejor. Y si esa persona es la mujer amada, el resultado es para ellos sencillamente insuperable.

La vida moderna da a las mujeres muchísimas posibilidades de interesarse en los asuntos del hombre a quien quieren. Si no son sus negocios, serán sus amistades, sus ocupaciones profesionales o sus actividades deportivas.

Especialmente en lo que a este último punto se refiere, un hombre aprecia sobremanera el hecho de que su novia o su esposa concurren a verlo actuar en los campos de juego y no le oculten su admiración por las haznas cumplidas..., aunque el haya sido el más inútil y zurdo de los jugadores.

Este sentimiento de halagada vanidad masculina produce de inmediato beneficiosos resultados. Su amor propio en esa forma satisfecho, le hace mirar con ojos encantados a la mujer que así reconoce sus méritos.

Toda la atracción que en ella había encontrado y que le hizo enamorarse, renace aumentada. Comienza a descubrir en su compañera condiciones de comprensión e inteligencia que nunca

le conociera. Se felicita de haberla elegido entre tantas otras para unir a ella su vida..., y de semejante proceso psicológico sale su amor fortalecido, rejuvenecido y quedan aplastadas para siempre las probabilidades de que se aparte de la mujer que con tanta habilidad ha sabido retenerlo.

Ya se ve cuan sencillo es el medio para evitar las dolorosas consecuencias de la versatilidad masculina. Una mujer inteligente y despierta, apenas su intuición le revela la proximidad del momento critico, puede prevenir el derrumbe poniendo en juego, para los fines generales que hemos esbozado, cuánto recurso le dicte su sentido común. Y los resultados serán tan halagadores, que verá bien compensados los sacrificios que haya hecho, por pesado que le haya sido el realizarlos...

Claro está que estos consejos rezan para el caso de que la mujer que teme el alejamiento de su novio o su marido esté realmente enamorada de él. Porque en el caso contrario... no hay nada de lo dicho.

ELIZABETH MACPHERSON

D E S E O S

Yo quisiera salvar esa distancia,
Ese abismo fatal que nos divide.
Y embriagarme de amor con la fragancia
Mística y pura que tu amor despide
Yo quisiera ser uno de los lazos
Con que decoran tus ardientes sienes!

Yo quisiera en el cielo de tus brazos
Beber la gloria que en tus labios tienes!
Yo quisiera ser agua
[y que en mis ollas,

Enamorada vinieras a bañarte,
Para poder, como lo sueño a solas,
Al mismo tiempo por [d]oquier besarte!
Yo quisiera ser lirio,

[y en tu lecho
Allá en las sombras [con ardor cubríte,
Temblar con los temblores de tu pecho
Y morir del placer de [comprimíte.

¡Oh! Yo quisiera mucho más! Quisiera
Llevarte en mi como la nube al fuego,
Más no como la nube [en su carrera
Para estallar y separarnos luego!

Yo quisiera en mí [mismo confundirte,
Confundirte en mí [mismo y entrañarte;
Yo quisiera en perfume [me convertirte,
Convertirte en perfume y aspirarte!

Aspirarte en un soplo [como esencia,
Y unir a mis latidos [tus latidos,
Y unir a mi existencia tu existencia,
Y unir a mis sentidos [tus sentidos!

Aspirarte en un soplo [del ambiente,
Combinar en mí calidad, distinción
y economía.

Sea Moderno

LA JUVENTUD SURGE EN LA VIDA.

Si usted ha encanecido use inmediatamente para teñir sus canas, la afamada.

TINTURA

FRANCOIS INSTANTANEA

(M. R.)

y en algunos minutos devolverá a su cabello o bigote el color natural de la juventud, sea en negro, castaño oscuro, castaño o castaño claro.

EN VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

Autorización Dirección General de Salud, Decreto N.o 2505.



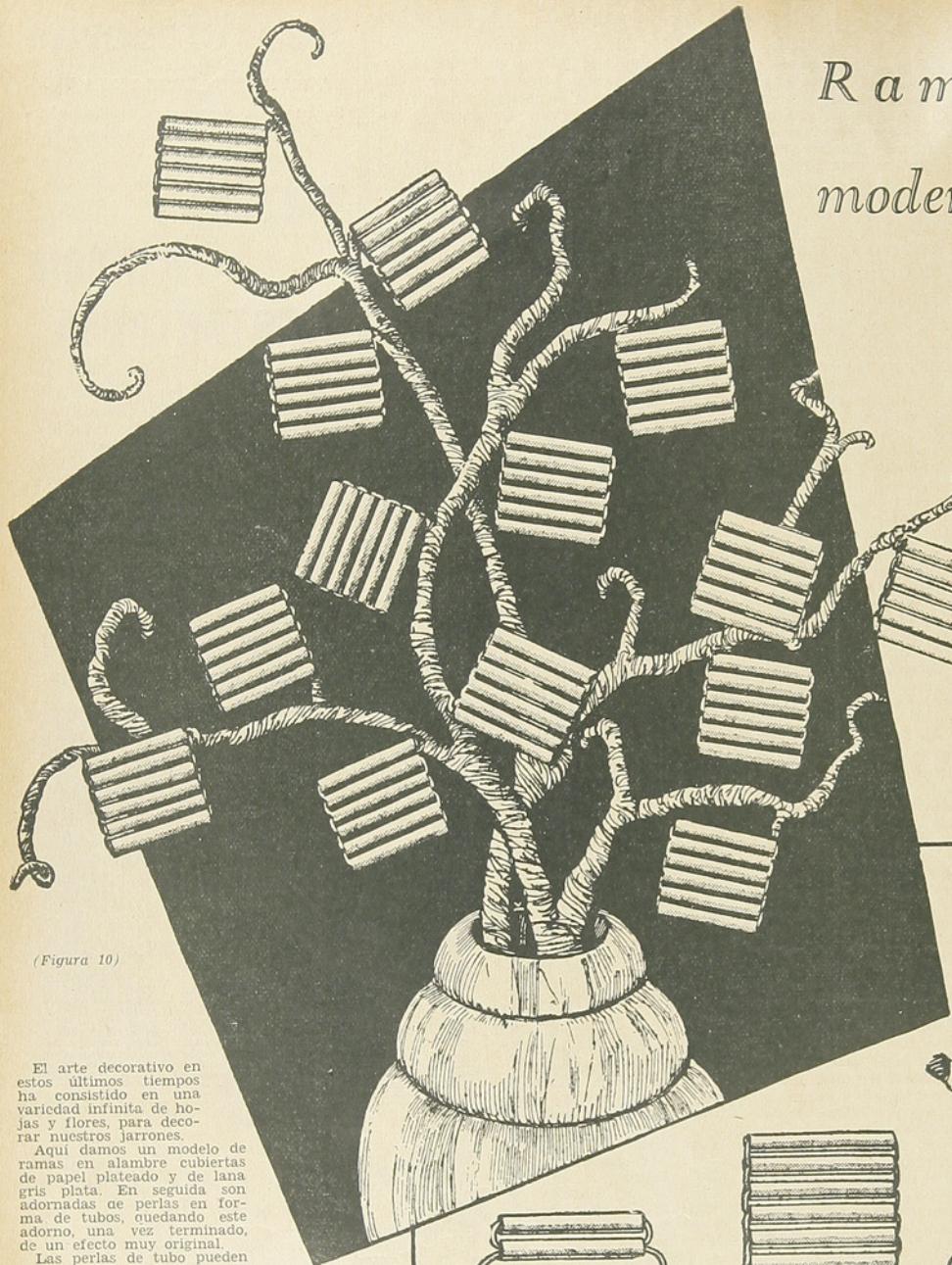
Para personas "chic"
Medias Der-Ven

Armónico complemento de las más hermosas prendas femeninas, las Medias DER-VEN son prendas de color, diseño y elegancia.

La maravillosa suavidad de su rica seda no les impide, sin embargo, resistir firmemente el desgaste por uso intensivo y frecuencia de lavados.

Der-Ven

Ram as modernas



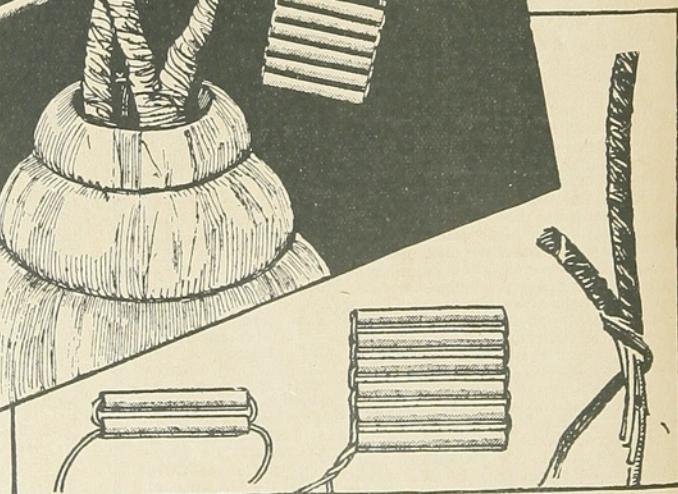
(Figura 10)

El arte decorativo en estos últimos tiempos ha consistido en una variedad infinita de hojas y flores, para decorar nuestros jarrones.

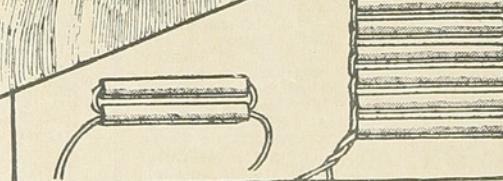
Aquí damos un modelo de ramas en alambre cubiertas de papel plateado y de lana gris plata. En seguida son adornadas con perlas en forma de tubo, quedando este adorno, una vez terminado, de un efecto muy original.

Las perlas de tubo pueden tener 1 1/2 a 3 cm., de ancho, más o menos. Si ellas son chicas, deberán ser más numerosas.

Confección de un motivo de perlas: Se necesitan 38 ctms. más o menos de alambre fino, se pasa una perla por el alambre, en seguida los dos alambres salientes de la perla, el del derecho e izquierda, y así sucesivamente seguir colocando las perlas (Fig. 11), hasta obtener un motivo más o menos cuadrado, enrollar en seguida los dos alambres (Fig. 12).



(Figura 11)



(Figura 12)



(Figura 13)

Modo de colocarlos: El alambre de las ramas mide 55 a 75 ctms. de largo, se enrolla con lana o seda, como lo muestra la (Fig. 10). Disponer los motivos como se ve en el grabado; para unir dos alambres se hará como lo indica la (Fig. 13).

El Origen de los Encajes

¿Sea cual fuere la mujer que inventó los encajes, supo ella darse cuenta del prodigioso invento de este delicado tejido y exquisito trabajo? Los primeros encajes no tuvieron por objeto, adornar ropa de mujer, sino que fueron destinados a adornar los hábitos sacerdotales y demás ornamentos de la iglesia. Este fué el primitivo uso de estos encajes que hoy dia todavía se usan en el culto.

En el siglo XIII, las damas lucían sus peinados, de los que se desprendían puntas de encaje.

En la Edad Antigua y casi en toda la Edad Media se llevó muy poco el encaje y casi se llegó a desconocer este tejido. Es creencia general que esta graciosa industria procede de los países orientales y fué introducida a Europa por los cruzados de vuelta de la guerra, pero no existen datos concretos que afirman esta suposición.

Hay quien dice que Bárbara Utmann fué quien en 1550 ejecutó la primera punta de encaje en Flandes, cuna de este arte, mientras que otros aseguran que los encajes los debemos a Italia.

En el año 1587 se publicaron en Venecia, dibujos para hacer encajes, que fueron reimpresso en Francia.

Algunos dicen que en Avernia (Lorena) en 1587 ya se confeccionaban encajes, cuando aun no se conocían en Bélgica. Hay que agregar a todo esto, que Génova y Venecia tenían afamadas trabajadoras de encajes, mientras que Flandes, mandaba a España, encajes bastos y deficientes, que sólo vendían a nuestro país, pero fuere lo que fuere su procedencia, aquí en la península Ibérica, no se conocían otros encajes, malos o buenos, los que eran aprovechados para el adorno de la ropa de nuestras mujeres.

Las puntas de encaje, eran desconocidas a Flandes antes del año 1600 y a pesar de esto, un documento histórico de fecha del 1390 ya las menciona.

Esto hace suponer, contra todo lo que puedan decir opiniones poco fundadas, que este admirable adorno, tomó naturaleza en los Países Bajos, siendo Italia, en donde se llegó a su más alto grado de belleza.

Hasta como su nombre da a comprender, hoy en día, en Italia, se acostumbra llamar a los encajes puntas de Flandes.

Cosas de Hollywood

Suzet Duncan, esposa del actor Renault Duncan, presentó ante la Corte de Justicia respectiva, una demanda por 50.000 dólares contra la actriz Edwina Booth, una de las bellas más celebradas del "silver screen", a quien acusa de haberse aprovechado de un viaje al África, con motivo de la "filmaración" de una película, para robarle el amor de su esposo.

La señora Duncan alega en la demanda que miss Booth, inmediatamente de regresar a Hollywood del viaje al África, trató de anular el matrimonio de la demandante con Duncan. A Renault se le persuadió de que debía obtener su divorcio en el acto, y la señora Duncan se vió obligada a aceptarlo, bajo la amenaza que le hizo él de que la encerraría en un asilo de dementes.

Por su parte, también la ingenua Edwina dió pasos para terminar su estado matrimonial con Andrew Schuck, lo que consiguió, alegando que ella era menor de edad y por lo tanto "irresponsable", cuando contrajo nupcias con Andrew. A las veinticuatro horas de encontrarse libre del nudo matrimonial, la ley la volvió otra vez aatar a Renault y Edwina. Tres meses de casado con una chica bonita con abundancia de admiradores y tres meses sin ver a su hijito en la custodia de su ex esposa, fué demasiado para Renault, que busca un nuevo divorcio y una reconciliación con la esposa número uno. Pero Andrew, que hasta el momento de producirse las complicaciones de su ex esposa se había mantenido resignado a su suerte, y para no ser menos que las Duncan, ha entablado una demanda por otros 50.000 dólares contra Renault, por haberle robado el amor de su joven esposa. Ya que las demandas son a base de dólares, Edwina ha entablado una contra la ex esposa de Duncan, por turbar la paz doméstica, y por los perjuicios que la publicidad del asunto le está haciendo a su carrera artística.

Cuando entran a figurar los cientos de miles de dólares entre personas de medios modestos y de deseos insaciables de figurar en los diarios, las demandas quedan sin efecto y los que pagan el pato son los abogados que, para tratar de cobrar la primera cuota de sus honorarios a sus respectivos clientes, tienen que hacerla por medio de un juez.



No se alarme...

las canas
desaparecen

con la Tintura

OMBRINA

(18)

Esta tintura devuelve al cabello y barba más encanecidos, su color primitivo, dándoles, además, una brillantez y flexibilidad sedosa, y los matices obtenidos son perfectamente naturales y estables.

Se garantiza que ombrina "18" es inofensiva e inalterable y no contiene substancia nociva alguna.

Se expende en los siguientes colores:

NEGRO,

CASTAÑO OSCURO,

CASTAÑO,

CASTAÑO CLARO y

RUBIO.

DE VENTA EN LAS BOTICAS.

M. R.



EL NIGROMANTE

Residía en un castillo de Suabia un viejo conde que desde que su mujer le engañó con un caballero cruzado y huió con él, se encerró en su señorío morada resuelto a romper todo vínculo con la humanidad. El hombre, pensaba, era el más inicuo de los seres; la mujer la más despreciable y ruina de las bestias hermosas. Todos los años el escudero del conde salía del castillo la noche de pascua y regresaba el primero de enero con ecémicas cargadas de víveres y provisiones para todo el año. Una vez surtida de despensa del castillo, alzábese el puente levadizo, llenábanse los fosos y no volvía a bajarse el puente hasta la noche de pascua siguiente. Rotas las relaciones con los hombres, el conde se había dedicado al estudio de la nigromancia, la cábala, la alquimia y demás ciencias que le ponían en contacto amistoso con el diablo.

Era Edwís, la hija del conde, una linda doncella de quince años, a la que el desventurado caballero tenía encerrada con sus camareras en una torrencia, la más alta del vetusto castillo, tan alta y escarpada que desde sus ventanas era imposible distinguir las facciones de los

labriegos y peregrinos que pasaban cerca de los fosos. No quería el conde que su hija viera a los hombres ni escuchara sus fementidas palabras, para que su corazón no latiera un día a impulsos de la pasión amorosa. —Sería adultera, como su madre! —exclamaba con pena e ira. —Que ame a Dios o al diablo, porque éstos no se dejan engañar y tienen siempre a su alcance el goce supremo de la venganza! Pero mejor es que no ame a nadie, ni a mí...

En un viejo palimpsesto árabe había encontrado el conde una obscura y cabalística fórmula para la elaboración del filtro de la felicidad. Había conseguido alguno de los ingredientes indicados en la fórmula por medio de los cuales se producían en el alma humana y en el juego mismo de la vida los elementos indispensables para la felicidad; pero desgraciadamente, en la hoja del libro había caído una cantidad de un licor corrosivo que había destruido gran parte del pergamo, precisamente en la porción correspondiente a la fórmula para obtener el olvido de las penas pasadas, sin lo cual no hay felicidad posible. Sólo el diablo podía darle la fórmula

completa y resolvió acudir a sus consejos, como había ocurrido otras veces en sus investigaciones sobre la piedra filosofal o el homunculus. Una noche, el conde —después de ordenar a su escudero que disparase algunos ballestazos a un necio juglar o trovador que desde hacia varios días turbaba el silencio de las cercanías entonando estúpidos seruetos— hizo sus sabios conjuros a la luz de una lámpara con azufre y apareciéndose complacido el diablo.

—Héme aquí, ¿para qué me llamas, conde? ¿qué necesita tu ciencia vacilante y mezquina de la infinita sabiduría infantil?

—Oh, rey mío y señor de mi alma: quiero... te suplico, un chispazo de tu ciencia inmortal para alumbrar mis pobres investigaciones.

—Habla...

—Señor, busco el secreto de la felicidad, el filtro de la ventura.

—Pides demasiado. No te diré el secreto, pero sé quién puede revelártelo. Llama a tu hija y pregúntaselo.

—Oh, señor, pero al verte, el terror paralizará sus labios!

—No, porque su inocencia y su ignorancia de las cosas de este mundo y del otro la defienden del terror.

El conde llamó a Edwís. Cuando entró la bellísima niña el diablo hablaba, y cuál no sería el asombro de la doncella al reconocer en la voz del maligno espíritu, la voz suave y armoniosa del juglar que, frente a su ventana, entonaba hermosas canciones en lengua francesa sobre algo muy dulce, muy bello, muy noble, muy agradable, que llamaba el amor. Y, efectivamente, como el diablo esperaba, Edwís no experimentó al verle espanto alguno; toda su impresión al encontrarse frente a frente del demonio se reveló en un estremecimiento.

—Dime, hija mía, ¿cuál es el secreto de la felicidad?

Extraña pregunta para la infeliz doncella que, encerrada severamente en las habitaciones de la torre, no tenía conceptos de la vida sino a través de las leyendas heroicas que le refería el viejo escudero del conde. Al escuchar la inusitada pregunta de su padre le miró estupefacta, meditó un segundo, y siguió su pensamiento que, como ave atraída por la luz y el espacio, se dirigió a esa ventana de cruzados hierros de su alcoba que le permitía ver, desde muy arriba, abajo el abismo de rocas, y allá, lejos, los bosques, las montañas, el cielo azul, los caminantes, los juglares que entonan, al són del bandolin, serventesios de amor...

—No sé, padre mío, el significado de la palabra que dices... si es algo bello, si es algo agradable... qué sé yo, padre mío... será acaso el amor la felicidad...

—¡Mientes! necia y depravada criatura; el amor es la mentira eterna y la suprema desventura. ¡El amor! ¿Cómo hablas, desdichada, de lo que ignoras, de lo que ignorarás siempre?...

El diablo desapareció como por encanto en las sombras de la colossal estufa y el conde, furioso, ordenó de nuevo el encierro de la hermosa Edwís. Muchos meses pasaron, años, y el conde continuó en su misteriosa y amarga investigación. Y volvió a tropiezo con su impotencia para concluir la elaboración del precioso filtro. Resolvió evocar de nuevo al diablo para que le diera la última clave del secreto. Y la respuesta del maligno espíritu fué la misma: que la revelación del secreto saldría de los labios de la joven Edwís. Hizola venir

PARA TODO EL MUNDO



PARA USARSE EN TODO

Pula Usted Como Debe

La mejor manera de lustrar es con el aceite 3-en-Uno. Sus resultados son positivamente brillantes. Primero, humedézcase un trapo con agua fría y luego échese una gota de aceite 3-en-Uno en el trapo. Despues, frótese la madera en el sentido de la veta, por secciones pequeñas. Finalmente, lustrese frotándolo con un trozo de paño limpio y suave.

TRES-en-UNO
Impide el Moho ACEITA-Limpia,Lustra

El aceite 3-en-Uno conserva el barniz y la pintura de los muebles y los pisos. Protege la madera y el acabado. Conserva y da brillo también a los linóleos y hules. Use Ud. aceite 3-en-Uno para aceitar sus mecanismos ligero e impedir que se acumule moho en las superficies metálicas. Use en su automóvil para limpiar, pulir, lubricar e impedir el malo y suave.

E.U.A.

THREE-IN-ONE OIL COMPANY
NUEVA YORK

el conde. La niña descolorida y tímida era ya una rozagante joven de ojos brillantes y luminosos. Al preguntarle su padre: — ¿Qué es la felicidad? — contestó, no ya con las vacilaciones y rubores de antaño, sino con la voz firme de la convicción:

— Padre mío, la felicidad, para mí creo que consistirá en ser madre.

— Condenación y miseria! — rugió el conde. — ¡cómo supones que la felicidad pueda ser el ignominioso vínculo del que resulta la maternidad...? Tu madre fué la causa de mi deshonra y de mi dolor que no he podido vengar. ¡Maldita sea tu madre, mil veces maldita! Maldita sea su alma, ya continúe enfangándose en el oprobio del adulterio, ya haya acudido a responder a la inexorable justicia del Eterno!... ¡Ser madre, desventurada! ¡Acaso podrías serlo honradamente tú, que en tus venas tienes la sangre impura de esa húngara sin fe y sin honra a la que elevé, por su belleza, belleza maldita como la tuya, a mi tálamo?... Déjame, loca, y no turbes mi tránsito con vocablos absurdos e ideas necias que aunque hijas de tu inexperiencia, son burbujas que suben a la superficie inocente de tus labios desde el fondo de tu ser en donde oscura y fan gosa palpita el ánima de tu depravada madre. Vete, infeliz, capullo de adultera, botón de impureza, germen de desventuras y deshonras, vete...

Pasaron varios años y el conde continuó su labor de alquimista y nigromante. Las misteriosas ciencias a que se dedicaba con ahínco, y el tiempo, le encanecieron y avejentaron, debilitando su vista, haciendo vacilantes sus miembros y desencantándole poco a poco de los resultados obtenidos y de la buena voluntad del diablo para ayudarle, a pesar de haberle vendido su alma. No obstante, el filtro de la felicidad seguía entusiasmándole porque era muy poco lo que le faltaba: la fórmula cabalística, el ingrediente misterioso que producía el olvido de los dolores, ingrediente encontrado por el sabio árabe consignado en su manuscrito, pero destruido por la diabólica fatalidad que hizo caer el líquido corrosivo en la parte más preciosa del importante pergaminio. Quizá sería algo de uso frecuente, algo de las muchas piedras y polvos que tenía en los recipientes, matracas y potes. La acción de los astros y de las cosas de la naturaleza sobre las acciones y la vida del hombre es tan decisiva como secreta para él. Vuglo. Todos los sentimientos y apetitos de los

hombres obedecen a la influencia de los astros y de las virtudes ocultas de las cosas. ¿No es sabido que la sardonice da codardía, que la golotínes, enloquece; que la querina hace indiscretos a los hombres, la silueta reconcilia amantes y la orita hace estéril a la mujer? ¿Por qué no ha de existir alguna piedra o planta que engendre la felicidad o el olvido? ¡Y pensar que el diablo podía darle el secreto, más aun, que estaba obligado a revelárselo porque era dueño de su alma a cambio de su cooperación en la obra en que estaba empeñado! ¡Olvidar! El olvidaría también la traición de la infame que hacía más de veinte años huyó del castillo. Resolvió evocar al diablo por última vez. Y así lo hizo una noche de tempestad furiosa que hacia estremecer

el castillo con el estampido de los truenos y las brutales sacudidas del huracán. Apareció el genio maligno al conjuro del conde.

— Señor, por última vez te ruego que me reveles el secreto de la felicidad.

— Y por última vez te digo que se lo preguntes a tu hija; ella te lo dirá porque a mí me está vedado hacerlo. Si buscas el filtro que hará feliz a todos los hombres, buscas algo imposible aun para el orgulloso y omnipotente señor de las alturas. Cada hombre necesita un filtro especial. Tu hija te dirá la fórmula del tuyo.

El conde llamó a su hija y entró Edwiss. La joven adelantó con paso firme

(Continúa a la vuelta)

SU MEJOR COMPAÑERA DE VERANEO Es la revista

Léala e infór-
mese sobre su
deporte
favorito.

Relatos
deportivos,
amenos y
únicos.

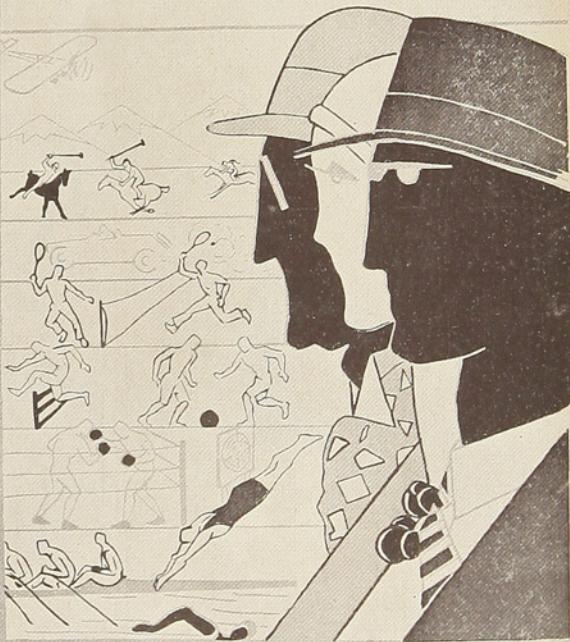
Regias
fotografías y
grabados.

Léala y vea
como esta re-
vista progres-
a día a día.

Si Ud. aspira a
ser un enten-
dido en
deportes, no
puede dejar
de leer

"Sports"

"SPORTS"



LA MEJOR REVISTA DEPORTIVA DEL PAÍS

Precio del Ejemplar: UN PESO

APARECE TODOS LOS VIERNES

y ademán respetuoso hasta su padre: con ambas manos cogió los flancos de su vestidura y al modo de un blanco arcángel que cogiera las extremidades de sus alas en reposo, se inclinó esperando que su padre hablara. El rostro fresco, terso, sonrosado de Edwils expresaba la mayor felicidad moral y la mejor salud física. El conde miró a su hija con asombro y pena: la joven era el vivo retrato de la esposa infiel; una ráfaga de recuerdos punzantes activó en su alma dolorida la hoguera de odio y rencor a la mala esposa...

—¿Cuál es el secreto de la felicidad, hija mía?... Tú tienes aspecto de ser feliz en este encierro, en esta soledad agreste, débés saberlo, dime.

—La felicidad para tí, padre mío, que fuiste desventurado esposo y padre seguro es... perdonar y amar; perdonar a tu hija y amar a... tus nietos.

En ese momento se oyó un ruido estantoso de crisoles rotos. Iba el anciano a contestar con una imprecación las palabras de su hija y acaso a matarla; pero al ruido volvióse instintivamente hacia sus crisoles y matraces rotos y he aquí lo que vió a la luz de la lámpara de aceite: un niño de siete años que encaramado sobre una mesa intentaba encasquettarse su pesado yermo de combate; otro niño de cinco años que daba furiosos garrotazos a un feo cámán y a un hosco buho diseados, testigos burlones de las afanasas investigaciones cabalísticas del conde; y por último, una linda chiquilla de tres años, de azules ojos y rubios cabellos que le tiraba suavemente de la barba y estiraba la fresca boquita para darle un beso.

Varios años después un viejecito, una tarde de primavera, sentado a la puer-

ta del castillo, refería a los niños historias y cuentos de encantamiento y les decía:

“... y entonces el trovador, de acuerdo con la joven, con la que se había casado secretamente, se disfrazó de diablo y deslizándose desde la torre por el tiro de la estufa aparecióse al huraño castellano que buscaba la felicidad y el olvido de los dolores.”

—¿Y los encontró, abuelo?

En aquel momento, una paloma que posaba en una ventana del castillo, ventanada de la que fué alcoba de la infiel esposa, arrancó el vuelo hacia el oriente. El anciano siguió por un rato el vuelo del ave, hasta que la perdió de vista. Quedóse un momento ensimismado y una lágrima se deslizó por sus rugosas mejillas. Los niños le repitieron la pregunta y contestó distraído:

—La felicidad sí, esa si la encontró.

CLEMENTE PALMA

LA VIDA Y NOSOTRAS

No será muy veraniego, muy “temporada de verano”, hablar de cuestiones de ética más o menos trascendental; pero la cosa es que, precisamente, en estos días han tratado los periódicos dos hechos que no quisieramos dejar pasar sin comentario.

El primero es el llamamiento (un llamamiento S. O. S.) dirigido a la Sociedad de Naciones por mademoiselle Chaptal, presidenta de la sección francesa de la Asociación Internacional de “nurses”. En este llamamiento, que pudiera titularse “En favor del niño y de la familia”, la señorita Chaptal expone los resultados de una investigación sobre la infancia, llevada a cabo en los Estados Unidos. Investigación realizada con las mayores garantías de meticulosidad y de imparcialidad, y que ha puesto al descubierto la immoralidad verdaderamente fantástica y, además, creciente, que reina entre los pequeños yanquis del pueblo, de la clase media y de la alta sociedad.

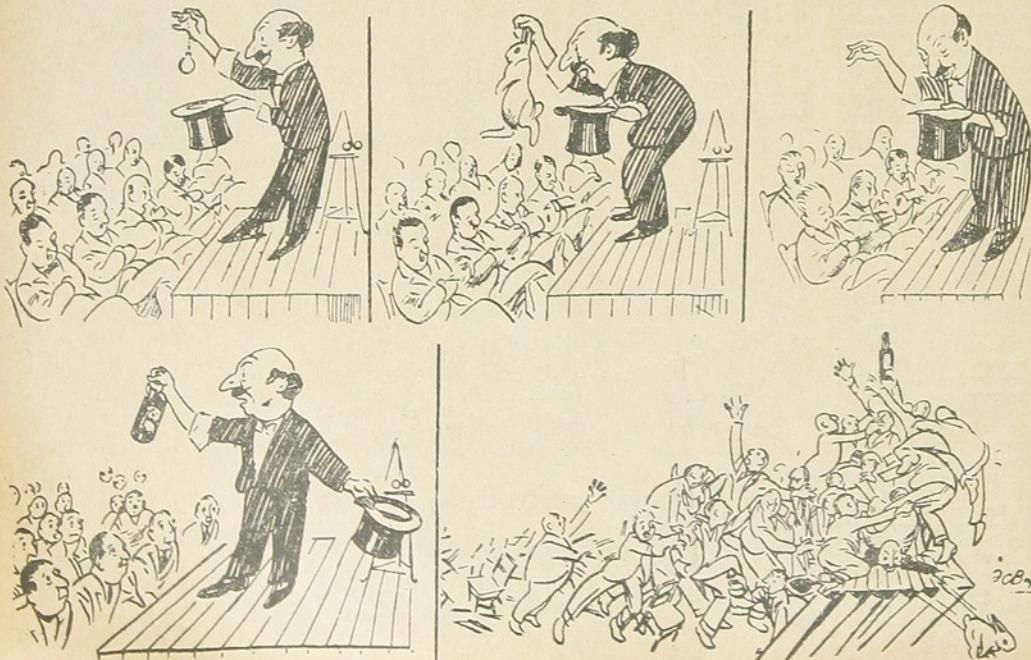
El segundo es el “panegírico”, de madame Charles Louis Dreyfus, publicado por la prensa francesa con ocasión de la

boda de esta señora con el ex-ministro Henri de Jouvenel. Este panegírico habla, no sólo de las dotes de inteligencia, bondad, etcétera, de la novia, lo cual nada tiene de particular y es incluso corriente en crónicas de tal índole, sino, y ello como algo realmente excepcional, de lo que un espíritu sencillo— por lo visto excesivamente sencillo— creería cualidades elementales en una mujer. El diario “Comedia” dice, por ejemplo, textualmente: “La abnegación, el afecto seguro y sin macula que dedico al hombre excelente que fue Charles Louis Dreyfus merecen ser recordados en el día de hoy. Son cosas que alegran el ánimo en una época en que tanto escasean los buenos matrimonios y en que las mujeres bonitas se muestran con frecuencia demasiado engreidas de su belleza.”

No nos dejemos en el tintero que esta novia así ensalzada tiene ya hijos casados y que se ha vuelto a casar al año justo de enviarla de aquel primer marido tan abnegado y fielmente querido.

Pero, no: no se trata de un rasgo de humorista. Y, por lo visto, se pueden alabar públicamente virtudes cuya ausencia

Un prestidigitador o la ley seca en Nueva York



tan sólo se hubiera uno atrevido a comentar antes. Sin dár-nos cuenta hemos llegado a semejante trastío de valores.

Coordiné con esto—para nosotros al menos—fantástico epí talamio el llamamiento de mademoiselle Chaptal de que hablamos más arriba y saquese, a gusto del consumidor, la consecuencia que se quiera.

¿Modernismo?

En el comedor de este hotel de una playa portuguesa, desde donde escribo estas líneas, se ha presentado hoy a comer una señora con su pijama de playa.

Es una recién casadita francesa, ni guapa ni fea, lo bastante de lo primero para no hacer el ridículo con ninguna excentricidad y lo bastante de lo segundo para no llamar la atención sino a fuerza de proponerlo.

Miradas curiosas o escandalizadas de la concurrencia, y ella y el papanatas de su marido, tan encantados con "haber dado el golpe." La salida del comedor, el modo de cruzar la amplísima sala, decía claramente: ¡Ninguna tan moderna como yo!

El ejemplo tal vez cunda. Entre el calor y la pereza no faltarán otra que encuentre más cómodo no arreglarse para ir a la mesa y presentarse tal y como salió del baño en un lugar en que no es costumbre tanto desparpajo.

Pero yo, al marido de "esa que va de pantalones", como ya la llaman desde los niños del hotel hasta los criados, le diría que, en lugar de envanececerse tan candida y... francamente del triunfo modernista de su mujer, le convenaría pensar que el no guardar ningún respeto para los demás es el modo más seguro de perder rápidamente el respeto que una se debe a sí misma. Pero no, no le diría nada. Porque él seguramente me tomaría por una contemporánea de la fundación de El Escorial, por una fanática de la Inquisición, y me contestaría con todo el desprecio que una mentalidad española y atractada le merece a una mentalidad verdaderamente "europea."

Y, sin embargo...

Y, sin embargo, se asegura que el retorno de la falda larga trae consigo una "poetización" de la siesta femenina.

Y sabido es que, en el terreno de las modas, el hábito siempre hace al monoje.

¿Volveremos a ver las actitudes lánguidas, a lo "mujer fatal", de principios del cine? ¿Esas Bertini, esas Pola Negri, que hace aun muy pocos años paseaban sus lenguas coisas y se enrollaban y desenrollaban de ellas según lo dramático o desesperado del caso?

También hubo el peinado "a lo virgen", en que las mujeres que en París presumían de alma artista copiaban los "bandos" de la Lucrezia Crivelli vinciana y lanzaban con ello (ignorando por qué misteriosa asociación de ideas, el peinado "a lo Rafael".

No creemos vuelva ni lo uno ni lo otro. Como no creemos torna ya ninguna campesina, por muy elocuentes que sean las propagandas regionalistas, a vestir para el uso diario ropas todo lo pintorescas que se quiera, pero incomodas y opuestas a las necesidades de la vida actual. ¿Os imagináis, verbigracia, a una muchacha de un pueblo de Alava ataviada con el antiguo traje alaves y cubriendo su cabeza, libre, a Dios gracias, del peso del mono y de su posible "animación", con esa especie de sabana que constitúa su tocado típico?

Desandar lo andado no es posible; las elegantes del primer Imperio, que creían resucitar indumentarias clásicas, creaban, por el contrario, los figurines más innovadores de la historia.

Ahora bien; ciertos trajes que ya "fueron" podrán tal vez inspirar, en su conjunto o en detalles, trajes "que serán". El afán de rejuvenecimiento, de anifamiento, unido a la boga de las músicas criollas, bien pudiera imponer los percales bordados y las muselinas de las mestizas de la América Central. Y como el hábito siempre hace al monoje...

Tal vez nos venga, en efecto, tras esta era de pijama, introducido hasta en el comedor, una era de feminidad "cuestión previa y a priori".

MARGARITA NELKEN

PARA BUENAS IMPRESIONES
UNIVERSO
 SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA
 VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene íntima



NEOLIDES M.R.

antiseptico vaginal
ni cáustico ni tóxico

Comprimidos bactericidas,
cicatrizantes, astringentes,
ligeramente perfumados,
desodorizantes.



Previenen
y alivian
demuchas
tolencias
femeninas

Acido ortobórico, dispersulf., petas.

Si Vd sufre
 de dolor de cabeza...
 Si la jaqueca machaca su cerebro...
 Si un dolor de muelas lo vuelve loco...
 Si la gripe lo acecha...
 Si el reumatismo lo martiriza...
 Si la fiebre lo agobia...

No VACILE:

con 1 o 2 Comprimidos de **ASCÉINE M.R.**
 (Acido acetil salicílico, aceit parafenetidina, cafeína)
 sanará radicalmente en algunos minutos todo dolor

Tolerancia perfecta. Ninguna acción nociva sobre el estomago ni el corazón.



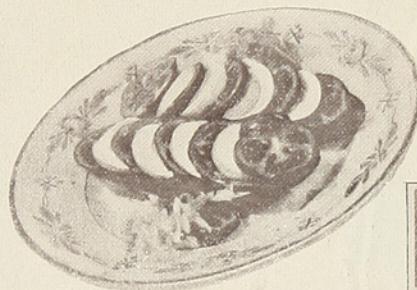
Concesionario para Chile:
 Am. Ferraris - Casilla 29D - Santiago

El decorado en las fuentes

Los tomates son los más apropiados para adornos, según la variedad y manera de prepararlos.

Además contienen mucho fierro y al coserlos no pierden sus vitaminas.

Los pepinos se



prestan igualmente para adornar las entradas.

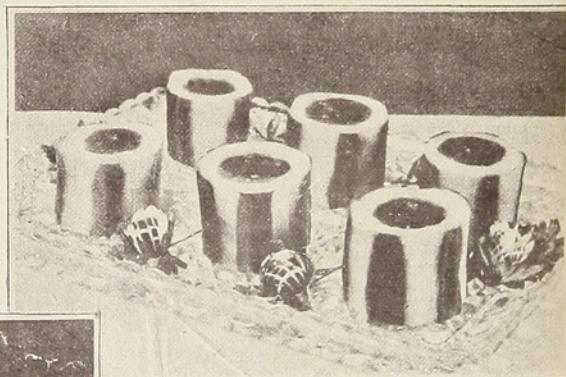
Muy exquisito es el pure de tomates, que a ninguna dueña de casa debiera faltarle en su despensa, es espléndido para acompañar el arroz, puré de papas, macarrones, tallarines, etc.

Tomates a la española:

1/2 litro de salsa de tomates con cebolla, sal, tapioca y media de laurel, úñese todo. Se tiene cocida la tapioca y se revuelve todo esto, agregándole perejil y mantequilla fresca. En seguida se pone todo en una asadera. Con una cuchara se le abre un hueco y se le

ponen huevos. Se pone queso parmesano y se coloca al horno hasta que se cuezan los huevos.

Pepinos grandes para ensalada, se pelan de manera que queden como se ve en el grabado las partes con cáscaras. Se dividen en dos partes gruesas, se les saca la comida; los pedazos se dejan caer en agua hirviendo. Después de cinco minutos se sacan, se secan y se les pone una mezcla de aceite, vinagre, sal y pimienta, sobre ellos. Por último se les pone sal-



sa de tomates y perejil picado y se colocan adornados como entrada, acompañándolos con el asado frío.

Tomates con coliflor y mayonesa, es un guiso muy agradable al paladar.

¿POR QUÉ?

...y si la luz de la luna pudre las cosas?

Esta creencia está muy generalizada en Oriente. Además, muchos marinos aseguran que si se deja a la intemperie durante una noche de luna, carne para



que se cure, se pudre en seguida. Lo mismo aseguran los habitantes de las Antillas, Barbadas y otros países. Sin embargo, no hay nada que pruebe que sea la luz de la luna la verdadera causante de la putrefacción. Lo que sucede es que en las noche de luna abunda el rocío y esta humedad, sobre la cual obra el calor del día siguiente, produce la putrefacción atribuida a la luna.

...si el cristal es poroso?

El cristal ordinario es impermeable a todos los elementos. Sólo rompiéndolo es posible atravesar el cristal. Algu-



nas personas creen que ciertos fluidos pueden atravesarlo porque han visto aparecer en el exterior de las botellas,

gotas de agua, lo cual han atribuido a la filtración del líquido contenido en el frasco, pero estas gotas sólo son vapores de la atmósfera condensados al ponerse en contacto con el cristal frío.

Los barqueros del lago de Como, para divertir a los turistas, introducen en el agua, a cincuenta metros de profundidad, una botella vacía, tapada y lacrada. Al sacar el frasco, aparece lleno de agua. Con esto pretenden demostrar que el agua ha atravesado el cristal de la botella, pero lo que en realidad sucede, es que, a una presión de cuatro atmósferas, los poros del corcho y del lacre se abren, dando paso al agua.

...y por qué cabecean las personas al dormirse sentadas?

Esto se debe a una pérdida de fuerza en los músculos que sostienen la cabeza,



pérdida que se realiza gradualmente. Si una persona se duerme con un objeto en la mano, lo va soltando poco a poco y no lo soltará completamente hasta que la persona esté dormida,

La cabeza de una persona que se duerme sentada va perdiendo progresivamente la fuerza muscular y la pierde completamente cuando la persona se queda dormida. Entonces la cabeza, que antes se iba inclinando poco a poco, cae como si se hubiera desprendido del tronco y la sacudida despierta al durmiente. Los músculos recobran su fuerza con asombrosa rapidez. Por eso la cabeza se vuelve a erguir en seguida.

CUENTO DE OCTUBRE

Situado a la cima de un monte lejano había un palacio de cristal que guardaba como estuche de magnifica joya a una princesa bella y buena.

Sumida en profundo sueño y tendida en suntuoso lecho esperaba para despertar que un príncipe leal y virtuoso le besara en la frente, pero debía penetrar hasta ella sin romper las paredes. Si el cristal se quebrara, la princesa moriría en el acto.

El problema parecía sin solución, pues el palacio no tenía puertas, ventanas ni resquicio alguno. Como la princesa era muy rica y numerosos príncipes desfilaron ante ella muy deseosos de poseer sus tesoros, pero ante el temor de romper la frágil vivienda, se fueron retirando sin esperanzas, solo el príncipe del Girasol, que la quería mucho, se resistió a dejarla abandonada y continuaba inmóvil ante el palacio.

—Ya que ella no me oye, decía el príncipe del Girasol, vendré y escuchadme todos: pájaros, mariposas, gusanos de luz, capullos que seréis rosas, rosas que fuis téis capullos; vosotros que sois buenos y comprendéis mis quejas, vendid junto a mí. Yo conozco a la princesa desde ni-

ñá y desde niña la quiero. En el fondo de sus ojos azules he contemplado mi imagen como en las aguas puras de un lago. ¡Qué débil es el obstáculo que me separa de ella! Sin esfuerzo alguno podría hacerlo pedazos, pero mi princesa moriría, y yo quiero que viva. Pájaros, mariposas, gusanos, rosas, cupullos: llorad conmigo mi dolor!

Y los pájaros exhalaron sus quejas más tristes, las mariposas abatieron las alas y las rosas se cubrieron de un leve rocío parecido al llanto.

¡Qué el dolor verdadero, cuando llora, hasta las piedras convmueve!

Y las paredes del palacio lloraron también y por primera vez se enturbió su transparencia, pues por vez primera había ante ellas un verdadero dolor. Y al calor de las lágrimas se fueron derritiendo y el cristal se convirtió en un arroyo de serenas aguas.

Y sin obstáculos en su camino, llegó el príncipe del Girasol ante la princesa y besó su pálida frente. Y la princesa, abriendo los ojos, sonrió con dulzura a su salvador, quien la llevó ante el rey para unirse a ella; se casaron, siendo los dos muy felices.



Labios Tangee MATIZ RADIANTE

Labios seductores, radiantes, frescos, pero naturales. El lápiz Tangee, de fama mundial, al aplicarse suavemente a los labios cambia su matiz hasta armonizar con las facciones, como la obra misma de la Naturaleza. Un milagro realidad. El lápiz Tangee no deja rastro de grasa o pigmento; produce el color radiante de la juventud y belleza. Proteje y suaviza los labios.

Pruébe también el Colorete Compacto, la Crema Colorete, el polvo Tangee, la Crema Nocturna, la Crema Alba y el Cosmético.

Pídase en Farmacias y Perfumerías.

Representantes:
KLEIN Y CIA. LTDA.
Santiago de Chile.

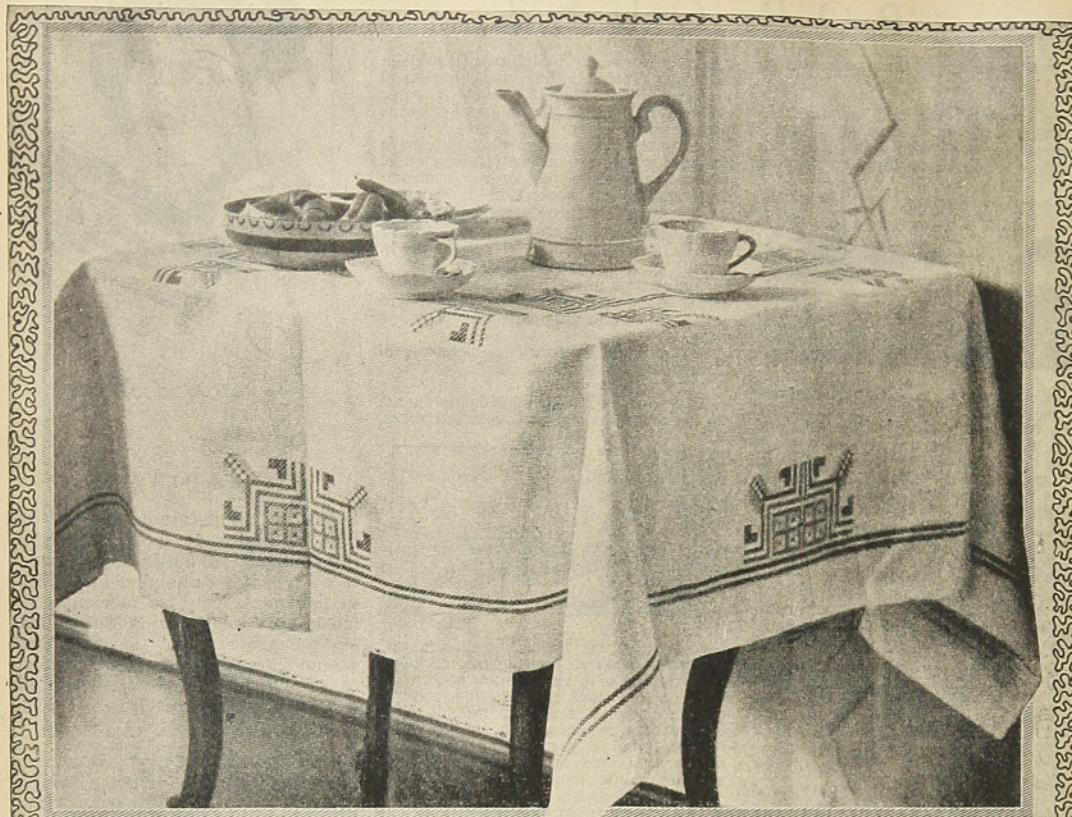


The George W. Luft Co., D. de E. 417
Fifth Avenue, New York, E. U. A. Por
20 c. oro americano enviamos una ca-
jita conteniendo los seis productos
principales.

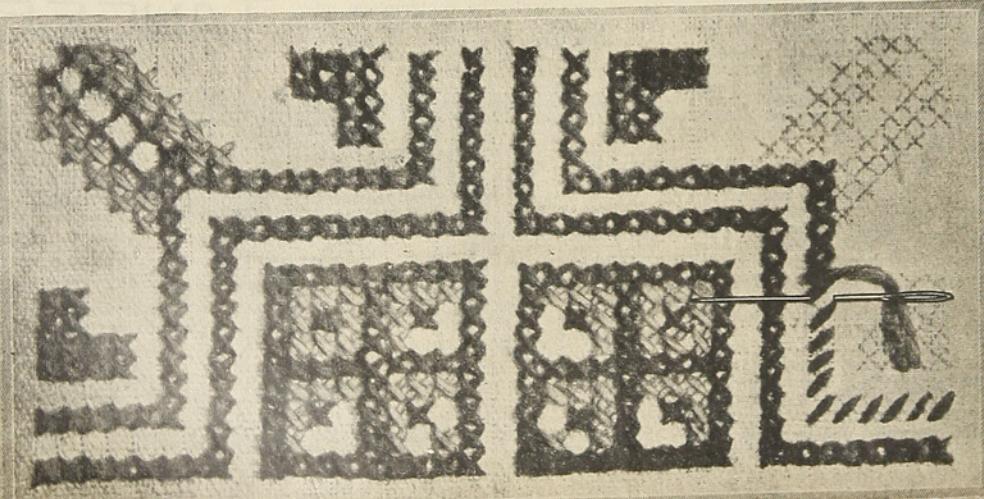
Dirección

Nombre

Ciudad País



Modelo para carpeta de hilo o de paño con
motivos en punto en cruz en colores



E L T R I U N F O
(Continuación de la pág. 23)

—¡Abrelo tú!

Rosa obedeció nerviosamente y leyó con voz temblorosa de pena y de emoción:

“Triunfo rotundo. Por unanimidad primer premio ‘Poesía Mística’. Felicidades y abrazos. Escribo.— Ramón.”

Después poniéndolo en la mano de Sebastián, añadió:

—¡El triunfo!... ¡Sebastián, el triunfo!

Un gran sollozo se oyó en la estancia. Todos lloraban, hasta el marido de ama Pía que, apoyado en el quicio de la puerta, presenciaba la escena.

Aquella emoción, y en aquellas circunstancias, era superior a toda fortaleza. Solo el moribundo sonreía mirando el papel azul, más azul entre sus pálidas manos. Rosa, sollozando, se abrazó al moribundo. Ama Pía, incapaz de sostenerse en pie, se dejó caer en un sillón, y el cura inclinó la cabeza sobre el pecho mientras el llanto corría por sus mejillas...

Y la “Gran Vencedora” extendía sobre todos sus fúnebres alas negras...

De pronto, un grito de Rosa erizó la epidermis de los ¡Sebastián!— grito moviéndose como si quisiera despedirlo...

— ¡Sebastián! ¡Responde!... ¡Por nuestro amor te lo pido!...

Pero Sebastián no podía ya responder a la voz de la amada. Con el reposo de un niño dormido, yacía inmóvil... Opríñala entre sus dedos el telegrama consolador; su cabeza se inclinaba con apacible abandono hacia Rosa, y en sus labios brillaba aún una dulce sonrisa. El sol poniente, rozo con un beso de luz el rostro sin vida... ¡La más profunda paz flotaba sobre el lecho!

— ¡Sebastián, hijo mío!— exclamó ama Pía abrazándose al cadáver—. ¡Este es el triunfo que esperabas, hijo de mi alma!

— ¡Sí!— respondió el sacerdote con solemne y convocado acento extendiendo sobre Sebastián sus dos manos, como azucenas mustias—. ¡Este es el triunfo!... ¡Ha triunfado de los hombres y de la vida!... ¡Descansa en paz, glorioso poeta!!

Después se arrodilló a los pies del lecho. Las dos mujeres

le imitaron sin dejar de sollozar. La plegaria del cura se unió al gorjeo amoroso de las golondrinas. El sol se ocultó tras las colinas lejanas envueltas entre nieblas azules; una nube roja se hizo parda, y las golondrinas se lanzaron al vuelo... ¡Tal vez acompañaban a una alma que huía de la tierra!

L O C U R A S D E V A C A C I O N E S

(Continuación de la pág. 6)

—Querida suplicó él como loco; no podemos quedarnos más tiempo, el humo nos sofoca...

Miró hacia el mar; era como un suicidio.

— ¿Quieres saltar ahora?... ¡Qué horrible!... ¡Quisieras perdonarme antes!...

Se detuvo porque Iris prorrumpió en una carcajada tan alegre, tan juvenil que parecía un insulto a la muerte que los cercaba.

— Me has visto tan valiente, dijo ella, sabiendo yo todo el tiempo que no había peligro. Pero yo quería hacerte confesar que me querías y no pude resistir el decirte que yo también te quiero... ahora ya sabes... ¿qué importa lo demás?

— ¿Qué importa?

Y Barry señaló la barra de fuego.

— Si es tiempo que nos vamos.

— Pero, ¿por dónde?

— El pantano ¿no te acuerdas que yo elejí el pantano?

Barry cerró los ojos horrorizado.

— Cualquier cosa, menos esa...

— Iris contestó con calma, sonriendo adorabilmente: — Si pasamos como todo el mundo, vamos al fondo. Pero tú tienes cordeles, y como todo boy-scout sabe que los pantanos, pueden atravesarse sin peligro, amarrando ramas de brezo a la suela de los zapatos.

C U A N D O C A R O L N O E R A S I N O P R I N C I P E

(Continuación de la pág. 1)

— Ah, — dijo Carol, poniéndose de pie.

Désire observó que repentinamente se había puesto más serio. Nadie hablaba.

— Carol — dijo tristemente Madame Lupescu, tomándole dulcemente del brazo.

El príncipe apartó suavemente su brazo, dirigióse hacia la puerta, y volviéndose:

(Continúa en la pág. 69).

No sea Ud. el esclavo de su estómago

Toda clase de desórdenes gástricos e intestinales,
como:

FLATULENCIA

ERUCTOS ACIDOS

GUSTO PUTRIDO

ESTRENIMIENTO

desaparecerán rápidamente con:

GOTAS JERUSALEN

BOTICA DEL INDIO

ALBERTO HOCHSTETTER Y CIA.

Ahumada esq. Delicias

Casilla 959

SANTIAGO

Base: Calom. Absenth. Gent. Chin.

Pildoras TANLAC

E L COLORETE y el polvo no podrán nunca ocultar un aspecto enfermizo: nada hay que substituya el resplandor de la salud, la brillantez en la mirada de la mujer.

La mala digestión es uno de los peores enemigos de la humanidad y quienes más sufren sus consecuencias son las mujeres. De entre ellas, decenas de miles han tomado TANLAC con muy buenos resultados, cuando se han visto privadas de su belleza por la indigestión, los agrios de estómago, el estremimiento, dolores después de las comidas y padecimientos semejantes.

TANLAC, el remedio vegetal puro, elimina los venenos que a menudo saturan el organismo cuando el alimento mal digerido se detiene en el estómago; hace recobrar el apetito y en esta forma sirve de reconstituyente de todo el organismo. Haga Ud. una limpieza completa de su organismo por medio de TANLAC y pronto recobrará su salud y buen aspecto.

TANLAC es uno de los remedios mejor conocidos. Cuando se toma al mismo tiempo que las Pildoras TANLAC, laxante efectivo, produce los resultados más sorprendentes. Siga Ud. el consejo de centenares de chilenos que antes padecieron de males del estómago y haga hoy mismo una prueba de TANLAC.

A base de: Extracto fluido de quinua, germinada, cáscara sagrada, berberis, Pereira brava, quindo silvestre, aromatizantes y colorantes, azúcar, glicerina, alcohol, agua. M. R. Capítulo.

A base de: Ext. Cáscara Sagrada, Aloin, Podophyllin, Ext. Belladona, Leaves y Capsicum.

LABORES DEL HOGAR

(A)

(B) (C)

(D) (E)

(F) (G)

(H) (I)

(J) (K)

(L) (M)



(N)

(O) (P)

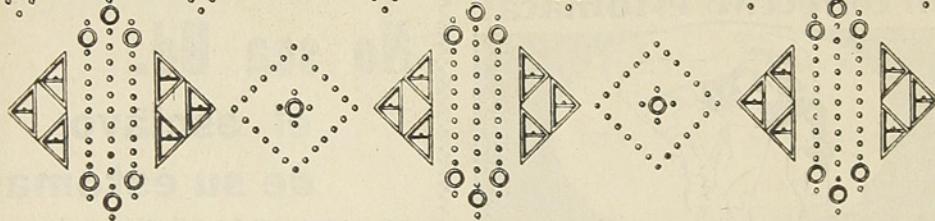
(Q) (R)

(S) (T)

(U) (V)

(W) (Y)

(X) (Z)



LENCERÍA E INICIALES

Como podéis ver, con un tul, unos triángulos y círculos calados, y unos bodoquitos, se obtiene un elegantísimo adorno para las distintas prendas de un juego de lencería personal. La labor puede ser blanca o de un solo color, pero puede también hacerse combinando varios tonos de un mismo color o colores diferentes, para lo cual se ribetearán los triángulos y círculos con un tono o color, y los bodoques con otros.

Para completar la labor se bordará en cada una de las prendas la inicial de su propietaria en color contrastante con el tejido. Para este fin hemos dibujado un abecedario completo a los lados de la parte superior de esta página.

CUANDO CAROL NO ERA SINO PRINCIPE

(Continuación de la pág. 67)

—No puedo, sin embargo, recibirlos en pyjama — dijo.
Fué César quien prestó su vestón.

Dos horas, tres horas pasaron. Dos veces, los mozos llevaron al escritorio, en donde se sentía una animada conversación, una botella de rhum y azúcar.

—Terminarán luego? — preguntaba Madame Lupescu, preocupada.

—No creo, señora — respondió el valet.

Las informaciones se precisaban. Los mozos al pasar lanzaban frases:

Uno de los emisarios se ha sacado su vestón. Los tres transpiran.

—Su Alteza deja cigarrillos alumbrados sobre todos los muebles, los olvida y los enciende de nuevo.

—Los emisarios sacan papeles de todos sus bolsillos y se han bebido toda la botella de rhum.

—¿Y el príncipe?

—El príncipe llora, señora.

—Parecéis inquieta, señora. Estalló ella.

—Qué no ves que la cosa sería, esta vez. Vienen a buscarla, a tomármelo.

—Pero, ¿y nosotros, señora, nuestros proyectos?...

—No habéis comprendido que embromábamos? Era yo quien dirigía los complotos, sin arriesgar nada. Pero ahora...

César parecía también impresionado.

Una hora más, pasó todavía. Madame Lupescu hizo una última tentativa.

—Decid al príncipe, ordenó ella a un valet, que es la hora de las cartas.

Volvío el mozo.

—Su Alteza no jugará esta tarde. Dió un grito Madame Lupescu. Todos se pusieron de pie.

—Ah, — gimió ella — todo ha concluido. Tenéis a vuestro rey, señores, iy yo he perdido a mi príncipe!

PAUL BRINGUIER

LA DOCTORA

(Continuación de la pág. 5).

Ambos quedaron silenciosos y sobrecoyidos. Fué como si aquella tortura a la que era preciso someter a la niña hubiera pasado antícpadamente por sus almas.

—Hay que decirse, Agustina — imploró Eduardo.

Ella reaccionó... o aparentó reaccionar.

—No hace falta — repuso con un vestigio de su pasada entereza. Ya estoy decidida.

Y llamó a la doncella.

—Vaya usted abajo. Que le den mi maletín de visita.

Era casi de noche. Sobre el mármol de la mesilla ardía aún la vela utilizada recientemente y la menuda lengua de fuego se debatía, temblaba, provocando una siniestra danza de sombras por las paredes del aposento. La visión era tan espantosa en aquellas circunstancias, que Agustina rodó la llave de la luz eléctrica.

Llegó la doncella con el maletín. En un instante el infiernillo estuvo ardiendo, preparados los líquidos y el algodón y ordenados los instrumentos sobre la cama.

De nuevo se colocó Agustina en la frente el pequeño reflector metálico, indicó a la doncela la altura exacta a que debía mantener la

luz y requirió uno de aquellos áspides plateados que se alineaban sobre el lecho.

Nada tuvo que decir al esposo. Era él el encargado de sostener a Nita, y, con el deseo de restar duración e intensidad al martirio, dió al primer intento con la posición más adecuada. No temblaba. Una increíble entereza le asistía. El anhelo de conocer el diagnóstico exacto del mal y de que se aplicara el remedio pertinente ponía en ebullición por primera vez su dormido valor de hombre.

Agustina, en cambio, había perdido definitivamente el suyo de doctora. Era en vano que pretendiera dar a su voz un matiz energético, científico; inútil su aparatoso actividad, muy semejante al estrepitoso cantar de los niños cuando penetraran en un cuarto oscuro. Compasión infundían a Eduardo aquellos labios sin color de vida, aquella respiración agitada, aquél inocultable temblor de las manos.

Sin embargo, Agustina no se avergonzaba del fracaso científico que comenzaba a obtener. Por primera vez en su vida

(Continúa en la pág. 71).

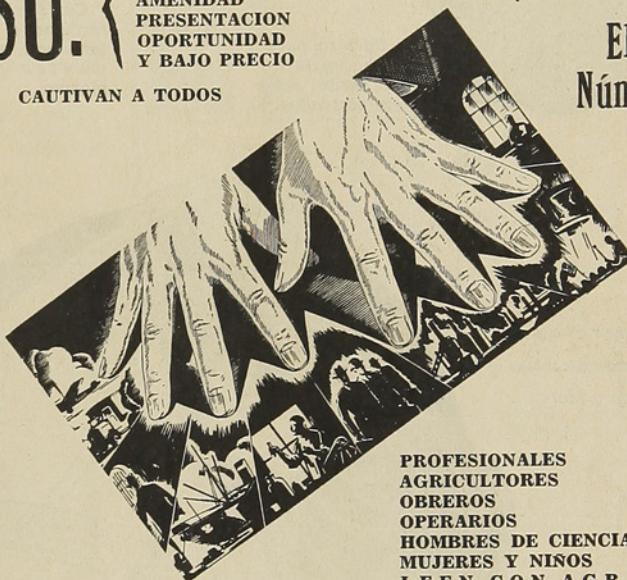
SU: {

CALIDAD
INTERES
AMENIDAD
PRESENTACION
OPORTUNIDAD
Y BAJO PRECIO

\$ 1.40

El
Número

CAUTIVAN A TODOS



PROFESIONALES
AGRICULTORES
OBREROS
OPERARIOS
HOMBRES DE CIENCIA
MUJERES Y NIÑOS
LEEN CON AGRADE

"COLECCION UNIVERSO"

VAN PUBLICADOS:

- N.o 1.—La Llamada de la Selva
N.o 2.—La Luz que se Apaga
N.o 3.—El Canto de la Tripulación
N.o 4.—El Corsario
N.o 5.—El Misterio del Dr. Jekyll.—Los Desenterradores

Jack London
Rudyard Kipling
Pierre Mac Orlan
Claude Farrere

R. L. Stevenson.

PROXIMO NUMERO:

La Muerte de la Tierra y 5 hermosos cuentos. — J. H. Rosny
Suprema fantasía que deleita.

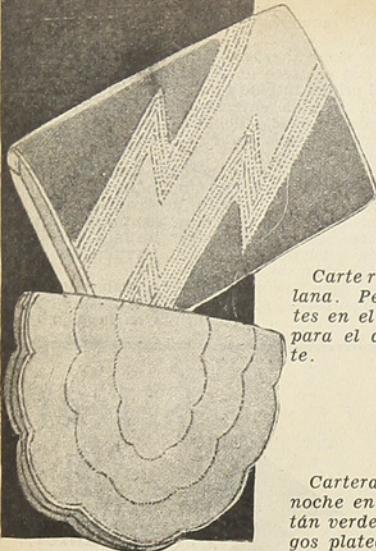
Esta obra en el N.o 6, que APARECERA EL VIERNES 30 DE ENERO

PEDIDOS: Se atienden pedidos de ejemplares sueltos previo envío de \$ 1.60 en estampillas por ejemplar deseado. j

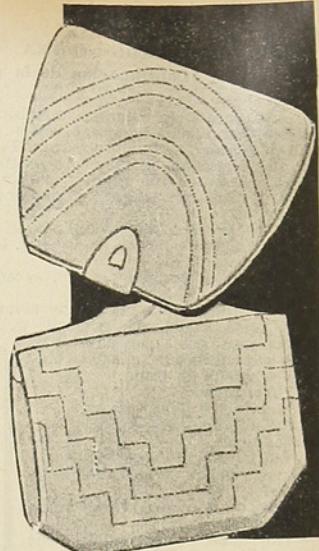
PEDIDOS Y SUSCRIPCIONES: "COLECCION UNIVERSO".—Casilla 84-D.

SANTIAGO

Las carteras que puede confeccionar Ud. misma



Cartera en
lana. Pespun-
tes en el tono;
para el depor-
te.

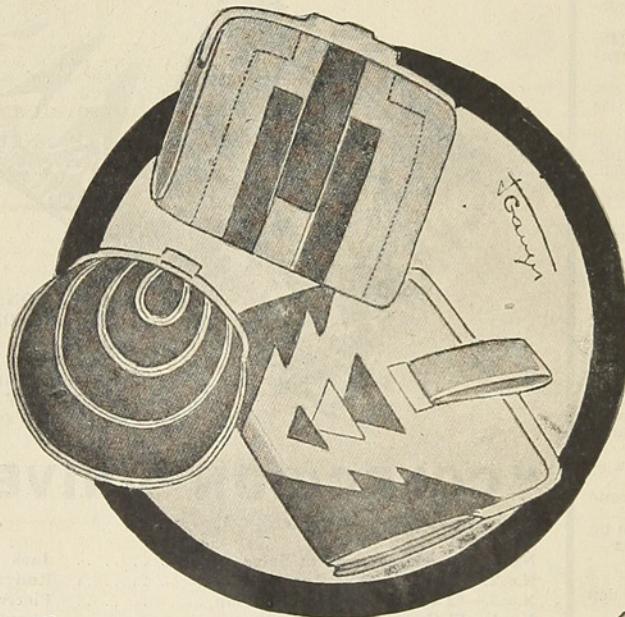


Cartera de
tarde en crepe
de Chine lacre;
pespunte s
blancos.

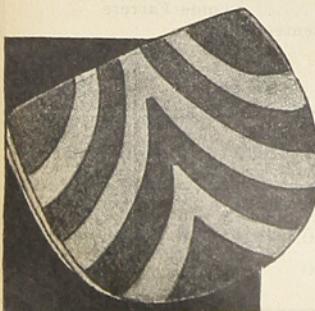
Cartera para
noche en tafe-
tán verde; ses-
gos plateados.

Cartera en
terciopelo de
lana gris; pes-
punte s azul
marino.

Cartera en
gamuza azul
marino y lacre.



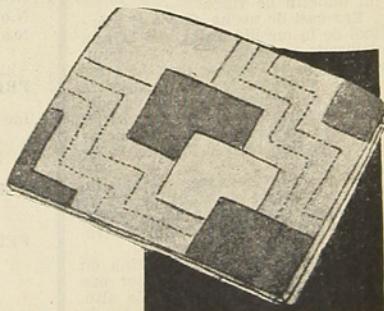
Cartera en
pañó beige; in-
crustacion es
café.



Cartera para
noche en falla
negra; sesgos
rosa y blanco.

Cartera de
noche. Verde y
lamé.

Cartera de
tarde. Incrus-
taciones verde
claro y verde
oscuro; pes-
punte verde
oscuro.



LA DOCTORA

(Continuación de la pág. 69)

vida de doctora no anteponia la vanidad y la conveniencia del éxito a la salvación del paciente. Por primera vez no le importaba obtener un triunfo, sino una vida.

Mezclado a estos anhelos puramente maternales, un confuso remordimiento se iba apoderando de ella. Llevada de un necio afán de ejemplaridad, había descuidado a aquella enferma precisamente porque era hija suya. Certo que sus cuidados no habrían evitado nada si era difteria la enfermedad que padecía la niña, pero ello no la excusaba de sus demostraciones de desamor maternal. La doctora podía suprimir un nuevo reconocimiento al mediodía, pero la madre debió hacer algo más que dirigir una mirada a la enferma desde la puerta del cuarto.

—¿Vamos?

Era Eduardo el que preguntaba. Y ella respondió:

—Vamos.

Pero no se separaba las manos del pecho, donde obstinadamente las mantenía: la falta de apoyo hubiera hecho demasiado evidente su temblor. Tampoco levantaba la vista de la paciente: presentía fijos en ellos los ojos de la doncella y de su marido, y sabía que la sorpresa y la compasión mezclábanse en ellos.

Pero aquella situación no podía prolongarse. Comprendiéndolo así, hizo un magno esfuerzo y sus manos avanzaron un par de centímetros.

—Esa luz manténgala firme.

Estaba cierta de que la mano de la fámula no se movía, pero algo había de decir para justificar aquella ineptitud inusitada que le impedía fijar la proyección de la pequeña pantalla en la garganta de la niña.

—¿Casco no está bien colocada la nena, Agustina?

—Sí, sí; está muy bien— se apresuró a contestar.

Y se dió cuenta de que no podía retrasar la operación con nuevas disculpas.

Sus manos avanzaron otro par de centímetros... y otro... y otro... Pero en proporción con este avance, aumentaba la inseguridad de su pulso, el temblor de sus manos, la imposibilidad de fijar la proyección de la pequeña pantalla en la garganta de la niña...

Centenares de veces había realizado aquella sencilla ope-

UNA SILUETA ELEGANTE

obtendrá usted en muy poco tiempo, haciendo desaparecer la obesidad y gordura excesiva tomando:

Tabletas Phytolina

M. R.

Concesionarios para Chile, de este producto:
BOTICA DEL INDIO

ALBERTO HOCHSTETTER Y CIA.

AHUMADA ESQ. DELICIAS — CASILLA 959

SANTIAGO

Base: Phyt.B.

LOS DOS TOMAMOS FITINA



FITINA

Potente regenerador de vida, refuerza el esqueleto, determina un rápido aumento de peso, estimula el apetito y restablece la vitalidad normal del organismo.

Cápsulas - Comprimidos - Sellos

Fitina: M. R., a base de fósforo vegetal.



ración en unos cuantos segundos y con absoluta seguridad. Ahora, en cambio, ya no podía medirse por segundos el tiempo que llevaba vacilando y temblando.

Pero era preciso obrar. No porque su marido y la doncella la acosaban con sus miradas de compasión y de censura, sino porque también ella anhelaba saber el diagnóstico exacto del mal para aplicar cuanto antes el remedio pertinente. También ella hubiera dado su propia vida por aquella otra que amenazaba extinguirse.

Un nuevo esfuerzo. Tan violento fué esta vez, que halló la apetecida seguridad para fijar la proyección de la pequeña pantalla para introducir por la roja boquita el plateado instrumento, para cortar, para extraer...

Pero Nita había gritado. Fue un grito de dolor y de sorpresa que se clavó en el alma de la madre. Un grito que volvió a anular todas sus energías, que heló la sangre en sus venas, que paralizó su corazón...

Sólo tuvo tiempo de retirar la mano, de dejar sobre la cuna el instrumento con el trozo de angina y de exclamar:

—¡Pronto! ¡Los médicos!

Y cayó desvanecida.

Cuando recobró el conocimiento ya estaba Nita fuera de peligro. No era difteria, y el tratamiento certero empleado por los médicos de la clínica resolvió el mal en una sola noche.

Lo primero que hizo Agustina al recobrar el conocimiento fué pedir le llevaran a su cama a la enfermera.

Cuando la tuvo a su lado la rodeó con sus brazos, aproximó el rostro a la blanca carita, estrechó suavemente contra su pecho el ligero cuerpecito y exclamó, entre sollozos de alegría:

—Se acabó la doctora, Nita de mi vida. Desde hoy tendrás una verdadera mama.

Y días después, los periódicos publicaban la siguiente noticia:

—Por causas que se ignoran, la eminentísima doctora Agustina Pradera dejó su profesión y se trasladó al extranjero con su familia. Lamentamos el gran perjuicio que para la Ciencia y para España representa esta determinación y deseamos a la insignie doctora halle en su retiro toda la felicidad que merece por su talento y su altruismo, de los que tantas pruebas nos ha dado durante los años en que ha ejercido su profesión."

"P A R A T O D O S"



Tweed y castor.
Worth

BONITOS

MODELOS

Lana flexible.
Louiseboulangier.

Crepe de Chine.
Jean Patou.

Deseo correspondencia con el jovencito A. V. Le dicen Pitoco. Vive en Colo-Colo. Si le interesa, ruego conteste a Alice Friedens, Concepción.

Soy alto, delgado, semirrubio, de buena presencia, 27 años. Por mis venas corre un átomo de sangre británica y mi sueño dorado lo constituye, una muchacha alta, no mayor de 26, bonita y alegre como un día de primavera, que posea un corazón noble en sentimientos. Ojalá que haya sufrido un poco para que sepa corresponder al hombre que le ha de formar un nido de amor y cantar los dos cual arrullo de paloma nuestro idilio que ha de perdurar más allá de la tumba. La que posea estas cualidades, que conteste a John Bull.

Lectoras, me gustaría encontrar una chiquilla que quiera ser mi amiguita espiritual para cambiar postales, diarios y correspondencia. Dirigirse a Josefina M. Pacheco. Correo, Concepción.

Desearía encontrar el hombre ideal que lleve a dominar un corazón rebelde. ¿Quién logrará convencerme que la vida es buena y que aún hay hombres leales y sinceros? Dirígete con datos y foto que devolveré en caso de no llegar a un acuerdo a Josefina M. Pacheco, Correo, Concepción.

Somos dos chicos de la colonia israelita de Concepción, estudiantes del Liceo, asiduos deportistas. Deseamos correspondencia con dos chicas de la colonia israelita de Santiago o Valparaíso. Nosotros, 17 años. Ellas, 14 a 16.

Pocholo Farabuti, Casilla 222, La Serena, desea correspondencia con señorita de 15 a 20 que le enseñe a amar y le endulce la vida.

Deseo conocer señorita de buenos sentimientos, honorable y desinteresada. Yo, agricultor. No puedo ofrecerle más que un sincero cariño. Correo Maule. Rotario.

Joven nada mal parecido, pero desgraciado en amor, desea correspondencia con chica iguales condiciones. San Clemente, Mercedes. Amado Nervo.

Joven trabajador, sin vicios, familia honorable, 23 primaveras, desea correspondencia con la señorita Amalia N. M., que actualmente veranea en el fundo Palmilla. Correo, Maule. Ricardo Corazón de León.

Para el Doctor Jorge Santos. Ingrato, ¿por qué te has olvidado tanto de la chiquilla que no te olvida un momento? Si llegas a leer estas líneas, contesta por la revista. Pelízco vieja.

Mi ideal es Daniel Bascuán que está en La Unión. Ruegole si su corazón está libre contestar por la revista. Alma Sureña.

Mi ideal es y será siempre Eloísa S. P. ¿Por qué esa indiferencia? Abrigo la dulce esperanza que algún día me corresponderá. Corazón herido.

Mi ideal es un joven de 25 a 30. Educado, serio, profesional, físico no importa. Tengo 22 años, soy morena, alta y educada. Chilita. Correo, Puerto Montt.

Sé que Fernando Figueroa se encuentra en Valparaíso. Ignoro dirección. Sabes, Fernando, quién soy. Aquella a quien en la matinée te regalaste una tarjeta con tu divino nombre. ¿Recuerdas? Genoveva de Brabante.

Viuda buenamozza, que ama locamente a Armando Robledo, Jefe de Estación Lota, desea ardiente relación, fines matrimoniales. Me llamo Genoveva Faúndez.

Dos amiguitas jóvenes, sinceras, educadas, desean expliar sus ardientes corazones con

consultorio sentimental

CUPON

No se publicará ningún párrafo si no viene acompañado de un Cupón por cada 25 palabras.

Figuraran a la cabeza del Consultorio las cartas que traigan tres veces el número de Cupones exigidos anteriormente. Ejemplo: una carta con 50 palabras deberá venir acompañada con 6 Cupones.

Toda correspondencia debe ser dirigida a Casilla 3318, Santiago.

jóvenes que reúnan las mismas cualidades. Puerto Montt, C. M. y A. M.

Antonieta B., de Viña del Mar, es y será siempre mi ideal. Si quieras saber quién soy, contesta a Julio Francovich. Correo Central, Santiago.

Mi ideal es un joven de 17 años, que sea comprensivo y sincero. Yo, 16 años. Decente, simpática, de un corazón noble. Catemu, Chagres. Correo, Las Máquinas, a Mariana Gómez.

Deseo tener por amigo, joven que resida en Valparaíso. Que sea de regular estatura, simpático, pues a las feas les gustan los simpáticos. Que sea amante de la música, del baile y del cine, pues a mí me encanta el teatro. Que sea alegre, condescendiente y, sobre todo, educado. Extranjero, inglés o americano, pues si le gusta viajar, yo lo acompañaría hasta el fin del mundo. Edad, 23 a 30. Yo, 23. ¿Lograre encontrar mi ideal o será sólo una quimera que persigo? ¿Quién sabe? Se ruega foto. E. M. C., Correo Principal, a Una a quién no ha amado jamás.

Chiquilla sofadora, espíritu inquieto, moderna, fresca, bonita, no rica y simpática, deseas conocer muchacho culto, alto, inteligente, original. Maravilla. Correo 6, Santiago.

Deseo joven mayor de 23 años, alto, delgado, profesional o empleado. Fines serios. Yo, morena, 21, sin mayores atractivos. Indispensable foto y profesión. Casilla 10, Tin-guiricura.

Alice V., 18 años, desea correspondencia con lectorcito de 18 a 24, sea sincero y de nobles sentimientos. Ojalá envíe foto; que será devuelta sin compromiso. Correo 3, Valparaíso.

Para la señorita árabe de Villa Alegre. Soy árabe, alto, rubio, bien presentado. No sé si es usted la que adoro y simpatizo. Hace años yo llegaba a su casa de visita, pero con la frialdad con que usted me miraba me he visto obligado a suspender las visitas. Si es usted, contésteme porque será el único ideal que tendrá en toda mi vida. Retire carta que ya le he remitido al Correo de Villa Alegre. X. X., Linares.

Mi único ideal es Olguita Hidalgo Lavancha. Si su corazón de mujer no ha olvidado las noches de luna en los bosques de Caupin y perdonas al cobarde que partió sin despedirse... conteste a mi nombre a lista de Correo, Linares.

Joven moreno, estudiante, 17 años, desea correspondencia con joven simpática, leal y comprensiva. Prefiere de fuera. Ricardo Alvarez G., Correo, Coquimbo.

Para Morochita Porteña. Creo reunir las cualidades que usted solicita. Tengo 22 años, regular estatura, cariñoso. Si no le soy diferente, conteste a G. P. J., Correo, Teniente «C», Rancagua.

Delia Ríos H., morena, sincera, comprensiva y espléndida situación, quiere conocer joven alto, de 27 a 31, muy bien empleado. Esto último porque comprendo que llenando este requisito sea bien educado, amable y leal que es lo que me interesa. Correo, Recreo. Vina.

A dos señoritas que desean la amistad sincera y el corazón de jóvenes marinos, rogamos dirigirse a R. E. T. y R. S. C., Viña del Mar. Casilla 71.

Desearía correspondencia con rubia simpática que vive en Limarí 583. Su nombre es O. Diaz. Tal vez se recordará del moreno de ojos azules que le entregó los guantes. Si no sabé mi nombre, pregúnteselo a Pepe N. N.

Mi ideal, hombre de 40 a 45, que quisiera una mujer buena, juiciosa, cariñosa y buena dueña de casa. C. L., Correo 3.

Chiquilla chiquita, delgada, simpática, sincera, buena dueña de casa, de 17, busca joven alto, trabajador. No importa físico, 20 a 25. Contestar por la revista a Teresa.

Señorita 20 años, desea correspondencia con joven 25 a 30, serio y trabajador. Prefiere extranjero. Isabel de Hungría. Correo 3, Valparaíso.

Nina, Correo, Copiapó, desea confidente de 20 a 28. Amante de las artes y de familia honorable. Prefiere de Potrerillos a Valparaíso. Edad, 19 años.

Vilma, Correo, Copiapó, próxima a obtener título profesional, deseas joven educado, buenos sentimientos, con el fin de cambiar impresiones. Prefiere del sur.

H. Pineda, estudiante, simpática, atractiva, deseas correspondencia con joven de ésta. C. Carrasco.

E. Bustamante, chiquilla rica y dije, deseas correspondencia con joven de ésta. C. Correa.

Soy un marino sin suerte que navego con la esperanza de encontrar en lontananza quien me quiera hasta la muerte. Correo Central, Valparaíso. B. E. R. F.

E. Gamboa S. Sinceramente deseo encontrar la felicidad en el amor de la simpática chiquilla con quien vais tan estrechamente unidos. ¿Serías tan amable me devolvieses la foto que tuviste la mala idea de llevarlos? Nanet, Concepción.

Para Rolenase, del Destructor «Serrano». Somos dos inseparables amiguitas de Gorbea que, habiendo leído su parrafito publicado el 23 de diciembre, nos interesamos vivamente por obtener sus amistades. Le agradeceríamos dieran sus iniciales por medio de esta revista a Dos Fasrideban.

El deseo de una provinciana descendiente de extranjeros, simpática, 30 años, pobre, es conocer, fines serios, caballero honorable, culto y de situación. Brigitte Helm.

¿Quién quiere entretenerte jugando al amor con muchacho de 25? Pido y doy cultura, modernismo, simpatía y carácter apasionado. Por la revista, a Amante Vagabundo.

"LE SANCY"

\$ 1.
\$ 1.60
\$ 2.50

JABON DE GRAN LUJO
LE SANCY
DETENE LA MANO DEL TIEMPO

Las Novedades para Otoño



Izquierda: Sombrero de fieltro negro formando bicorno. Una de las puntas va rebatida bajo dos adornos de plumas.



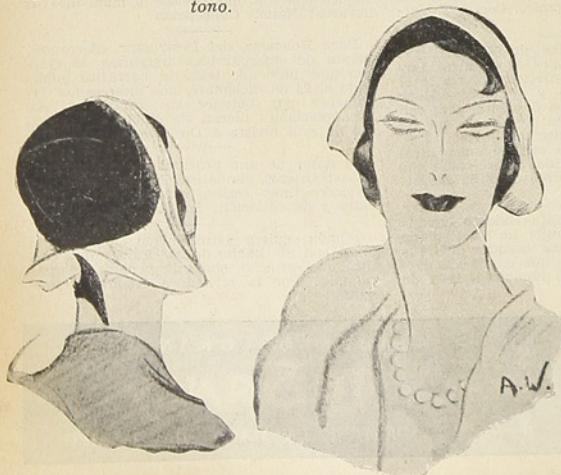
El casquete de este sombrero es de fieltro verde. Va construido a fruncidos y un pliegue forma boina. Lleva lazo de grosgrain del mismo tono.



Sombrerito de terciopelo "tabaco rubio". El ala drapeada va anudada y despejando la frente.



Sombrero de fieltro marrón incrustado de cinta de gros-grain beige.



Sombrero de cinta gros-grain verde oscuro y blanco

Dos modernas y simpáticas muchachas, de 19 y 23 años, educadas y de familia muy decente, solicitan amistad desinteresada y verdadera, sin compromiso alguno, con dos muchachos de 23 a 29, de buena figura y ojalá profesionales. Exigimos seriedad absoluta. Contestar por la revista a Monna y Renée Lorraine, Concepción.

Señorita distinguida, profesional, 25 años, buen físico, desearía joven de 27 a 32, profesional o buena ocupación. Prefiere extranjero sano, soltero, sin compromiso, buena figura, honorable, cariñoso, serio. Enviar foto, que será devuelta si no agrada. Absoluta reserva. Correo Central, Raquel Aguirre A.

Lirio Blanco, Correo, Bulnes, chiquilla de 17, desea encontrar entre los lectores de «Para Todos», alguno que quiera compartir con ella penas y alegrías. Enviar foto.

Alfonso Robles, Santiago. ¿Es posible que te hayas olvidado de la morenita? No lo creo ni puedo creer que no cumplas tu palabra. Ody, Valparaíso.

Ezio Drioli, ¿dónde estás? Si algún amigo sabe donde se encuentra, una amiga le ruega la envie la dirección por esta revista. Buena y Triste.

Al señor Pierre Bocazzi Bidagain, Rancagua, Teniente «C», conteste si recibió carta para que devuelva lo que no le pertenece, a la Cruz, al nombre que sabe.

Año nuevo, amores nuevos, dice el refrán. Lo deseó hombre de campo, siempre que sea un caballero. No me significa edad, o viudo con uno o dos hijos. Yo, joven de buena familia, no fea, excelente dueña de casa y con una situación económica regular para el tiempo. Escribir a Luz del Campo. Correo, Pirque.

Margón Rosveri, empleado de Rancagua a Teniente «C», Mina, desea correspondencia señorita, que sepa querer. La prefiere de 19 a 22.

Chiquilla 20 años, simpática y aburrida de la vida, desearía encontrarse un amiguito leal y cariñoso, que la quiera mucho. Escribir enviando foto a J. M. P., calle Victor Lamas N° 43, Concepción.

Tristeza de Amor, Curicó, Casilla 20, quisiera encontrar una alma hermana y nos consolaríamos mutuamente. Debe tener 35 a 48 años. Prefiero extranjero.

Eduardo González de T., Santiago. Sólo quiero que sepa que, a pesar de todo, mi corazón te recuerda con ternura. Alma Penquista.

Alma Solitaria, desea correspondencia con joven culto, de 25 a 30, aficionado a cualquier arte. Físico no importa. Desearía ardiamente alguien que me sepa comprender. Correo, Lota, Casilla 83.

T. B. O., desea correspondencia con joven culto de 25 a 30, buenos sentimientos y alegre, muy trabajador y, si es posible, profesional. Correo, Lota, Casilla 83.

Joven alto, moreno, simpático, desearía encontrar chiquilla dispuesta a ser fiel si llegamos a comprendernos. Si fuera posible, ruego enviar foto, que devolvére. A vuelta de correo irá la mía y datos. Dirigirse a A. P. A.,

calle Victor Lamas N° 43, Concepción.

Charles Farrell, General Cruz, moreno, ojos verdes, buen cuerpo, 18 años, desea correspondencia con señorita honorable, simpática, no mayor de 20, de Chillán, Bulnes o Concepción.

Doris Tagle, deseo correspondencia con estudiante mayor de 17. Yo estatura mediana, morena, delgada, 17 años. Lo prefiero moreno, alto y muy serio. Contestar Casilla 954, Concepción.

Para Claudio de Alas, San Javier. Me encuentro en las mismas condiciones de usted. Si quiere, podremos consolarnos mutuamente. Escriba a Lidia Fuentes, Putaendo.

Enrique Huenchullán, tú eres mi único ideal. Sé que estás de novio, pero no me importa, porque yo te amo. Tu eres el único hombre que me ha hecho sentir el amor, y quiero que te des cuenta y no seas tan indiferente conmigo. Contestar a Muero por Ti, Correo, Sewell.

A Mireya del Campo. Reúno las condiciones que usted desea. Más datos a I. B., Casilla 121, La Unión (Sur).

Estrella B., Correo, Copiapó, busca un profesional sincero, alma plena de ideales, joven, para cambiar ideas con una jovencita de 19, alta, buen cuerpo.

Deseo ardientemente casarme con un español, con el solo fin de que me lleve a España. Anhío conocer esa tierra que amo con locura. ¡Habrá un hombre que generoso dé esta felicidad a una mujer? Yo no sé amar y tampoco pido amor. Aunque soy joven, desearía casarme con un hombre hasta de ochenta años. Con que me lleve a España seré feliz y veneraré su nombre. Tengo 25 años, buena figura y pertenezco a honorable familia. Lucha Loyola. Correo 15.

Joven de 18 años, desea correspondencia con Rubia de Antofagasta. Deseo contestar al Correo, Santa Cruz, a Ricardo Tarmage.

Mi único ideal es la señorita D. I. Quezada, de la calle Ramón Sanfuro. Conteste al Correo, Santa Cruz, a Ramón Novarro.

Negra Triste, desea correspondencia con joven serio y cariñoso, de 25 a 30 años. Ojala profesional. Traiguén, Casilla 18.

Para T. M. F., Tomé. Creo que usted se dirigirá a mí, pero ignore su nombre, apellido y dirección. Pronto quizás nos podremos ver en Tomé. Ruego me conteste a Berta S. R., Angol, Casilla 85.

Me gusta Avila G. Nipas. Sé que estás de novia y a eso atrajo tu seriedad. Olvida mis cargaderías y permítome ser tu amigo, ya que lo soy de él. L. I. M., Concepción.

Ed. H. A. R. N. E., Casilla 1290, Santiago. Rubia, alta, delgada, 19 abriles, desea correspondencia, con fines matrimoniales, con caballero no menor de 25 años, sin vicios, honorable, trabajador.

Deseo correspondencia en inglés con joven bastante culto y muy sincero. El físico y la situación económica me son diferentes. Lucy Gray, Correo, Talca.



CUANDO nuestras bellas van de compras

HOY en día no es dudosa la elección. Las preferidas son las *nuevas* medias Holeproof. Las mujeres elegantes, en todas partes, se están dando cuenta de que estas medias de lujo combinan la duración con la belleza. El impecable estilo y la delicadeza de los colores...el grueso de la seda, el tejido más compacto y el refuerzo especial...hacen que las medias Holeproof sean más duraderas y bonitas que nunca.

Medias
Holeproof

(pronunciase "Jolpruf")

Representante
O. H. MITCHELL
Casilla 1014, Santiago

Ruego a la señorita Nina Moreno, Correo, Lirquén, en vista de su proceder, se digne enviar mis cartitas y foto que tiene en su poder.

Alma Solitaria, Curacautín. Creyendo reunir todas las condiciones que desea L. L. D., Casilla 78, Llal-Llal, estoy dispuesta a amarlo y a hacerlo feliz. Si estas líneas encuentran eco en su corazón, venga la respuesta por medio de esta revista.

Mi ideal es H. T. P., del «Prat». ¿Se acuerda de la morenita con quien bailó en las Fiestas de la Primavera? Rosa. Correo, Concepción.

Una morena bastante fea, pero de corazón sincero, buena dueña de casa, desea correspondencia con Huérfano de Amor, por creer encontrar en él su ideal. Luz y Sombra. Curacautín.

R. Claveland, alumno del último curso de la Escuela de Mecánicos, actualmente de vacaciones en Talcahuano, desea correspondencia con señorita de 15 a 20, noble de corazón y que sea dispuesta a corresponder a marinero. Fines serios. Talcahuano, calle Valdivia número 136.

Señorita de 35 años, desea conocer caballero de edad para depositar su amor y cuidado antes de llegar a vieja, sola y sin amor. Correo 2, Valparaíso. M. I. M. C.

Chiquilla de 19, morena, buena familia, en marzo profesional, ama en silencio y desea brindar su cariño a un joven moreno que estuvo en ésta hace tres o cuatro meses y según averiguaciones, puede saber qué era de Octay. El recordará a la morenita que tanto lo miraba en compañía de tres rubias del palco número 8 del Teatro Olimpia. Recuerde a la que a la salida le dijo: ¡adiós! y después, frente al Hotel Hansmann le dijo: ¡tan simpático! y él contestó: ¡gracias, señorita! Ruego si tiene su corazón libre me conteste por intermedio de esta revista a Raquel F., Correo 2, Valdivia.

Amo y amaré hasta la muerte al señor Juan C. S., actualmente en Chillán. ¡Recuerda la Plácida Condell! Blak, Concepción.

Para Janet Gaynor, Vallenar. Te aconsejo escribas a José S. Potrerillos, Mina, Departamento Ingenieros. Estoy segura que no ha leído tu parrafito. Saludos. Beba H.

Mi ideal es joven de buena familia, educado, no mayor de 30. Soy rubia, familia decente; más datos por correo. Lilia, Correo, Coltauco.

Rosalinda, no soy de buenas familias por no incurrir en ponderaciones. Sólo les anticipo que mi personalidad y alma hacen honor a mi nombre. Sincera, afirmo parece indiscreción, y como éstas no me agradan, callo. Deseando encontrar un clavel lindo, de 22 a 28, ojalá profesional, me apresuro a solicitarlo por medio de esta deliciosa revista, indicando nombre y dirección.

Al radio operador David Camú de la Corbeta «General Baquedano», le ruego se sirva contestar mi cartita para saber si ha aceptado mi sincera amistad que de mucho tiempo atrás quería ofrecerle. Mi dirección es la que figura en la carta. Porteña Despiada, Valparaíso.

B. G. Q., joven 18 años, desea correspondencia con chica 16 a 20. No importa físico. Contestar Potrerillos, La Mina.

S. A. Mecánico recién recibido, 20 años, familia honorable, desea correspondencia con lectora de 16 a 20 primaveras, que sea sincera y conozca los problemas del amor. Casilla 76, Gorga.

Nunca he podido encontrar el ideal soñado, pues la juventud moderna me ha parecido excesivamente frívola, falta del espíritu moral necesario para la formación de un hogar. ¿Seré más afortunado ahora? Deseo conocer señorita de una gran moralidad, culta, educada, no profesional, 17 a 22 años, alta, bonita, ornato y alegría de una casa, alma exquisita, comprensiva, capaz de ayudar a su marido en la lucha cotidiana. No quiero una coqueta ultramoderna sino una señorita, en la verdadera acepción de la palabra. Situación social y económica no me importan. Qualidades propias a interesada, por carta. Foto. Reserva absoluta. J. de P., Correo 4.

Deseo correspondencia con joven de buena familia, ilustrado, contestar a R. M. G., Correo, Putaendo.

Estoy solita y con pena, y quiero correspondencia con marino militar o civil de 25 a 30, que sea capaz de querer a un corazón que no ha amado nunca. Yo, 17, morena, ojos verdes, pelo castaño, serieca, sincera y no muy fea. F. S. I., Correo 4, Playa Ancha, Valparaíso.

Señorita Gua ... Calle San Martín, Concepción. ¡Cuánto dolor al alejarme! ¡Si supiera cuán la adoro! El joven que la seguía en el paseo y en la esquina. Valparaíso, Correo Central. Eduardo C.

Para Carnet 20562, Vallenar. Sírvase retirar carta en el Correo.

Mi ideal es señorita pobre que sepa amar. Yo, profesional, 30, físico agradable. Fines matrimoniales. Remitido foto. M. C. M. Correo, Potrerillos.

Peruano aviador desea correspondencia amorosa con santiaguina no mayor de 24. Escribir a J. R. Raskío, Lima, Perú. Cállale Padre Jerónimo, 476.

Maruja Moreno P., Correo, Chillán, desea correspondencia con joven instruido, no menor de 24. Lo prefiero de Concepción, Rancagua o Valparaíso.

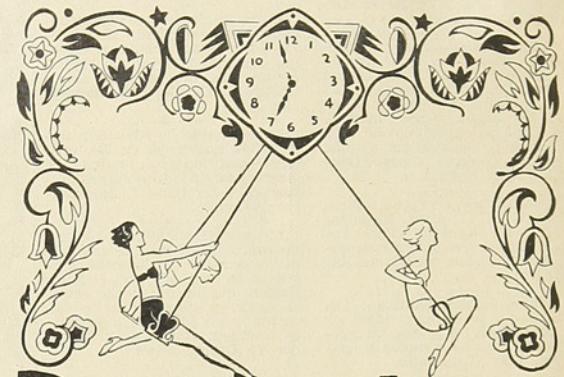
El que escribió a Martita, que despeje un poco la incógnita. Hay muchas M. en este mundo.

Flor Silvestre desea conocer al joven que está donde Duncan Fox y cuyas iniciales son H. L. Conteste a Correo Central, Concepción.

Deseo correspondencia con señorita de 17 a 18. Yo, 19. Físico agradable, sin vicios, económico. La prefiero dueña de casa, de Coquimbo o Serena. Foto indispensable. Potrerillos, La Mina. N. Pizarro D.

Mi ideal soñado lo constituye el simpático mocoso de Victoria José Rodríguez O. Si sus encantadores ojos ven estas líneas, le ruego contestar a la mujer que más le adora y que nunca dejará de amarlo. Carahue, Marta Calvo.

EL MAS DESLUMBRANTE LUMINAR DE LA GRAN VIA BLANCA "BROADWAY".



Pepsodent

TOOTH PASTE

Removes film from Teeth

¿Quién no ha oido de esta gran vía de Nueva York, conocida en todo el mundo por sus millones de luces eléctricas que cambian las noches en días? Cientos de anuncios, a cual más asombrosos por sus rutilantes colores, reproducen, tal en un calidoscopio, dibujos y figuras anunciadoras de los mejores productos de los Estados Unidos.

Forasteros de lejanos países se quedaban atónitos, hace algunos años, ante un gran gato jugando con un carrete de hilo, ante renos que galopaban a través de un interminable campo cubierto de nieve, y autos que volaban con el viento—pero todo esto ahora parece pequeño comparado con la "niña oscilante" anuncio erigido en Times Square.

Las 3502 luces que bordan el engalanado marco, son de 8 colores y rutilan para dar un efecto de cuento de hadas. En el centro del marco, hay un reloj cuyo disco es de más de tres metros de diámetro y las manecillas miden más de un metro. Se necesitan aproximadamente 75 kilos de plomo para equilibrar las manecillas. Millones de ojos se posan sobre este reloj todas las noches ya que él indica la

hora en que Broadway se va a acostar.

Una joven meciéndose suspendida de una cuerda constituye el péndulo del reloj. La ilusión se produce por medio de 2239 lámparas sobre 15 figuras distintas. Cada figura se enciende separadamente y con secuencia adecuada para producir un efecto ritmico y natural. Cada posición del cuerpo ha sido reproducida fielmente de una película de una joven meciéndose.

Debajo de la figura de la joven meciéndose aparece con letras realzadas por lámparas eléctricas de casi tres metros de alto, la palabra PEPSODENT, en tanto que cientos de lámparas deletran "Quita la Película."

La ilustración que acompaña este texto no basta a describir la hechicera belleza, el deslumbrante colorido y feérico efecto de esta inolvidable escena. La electricidad que gasta todas las noches este anuncio bastaría para el alumbrado de más de mil hogares. No es por tanto sorprendente el que Broadway, acostumbrado a espectáculos luminosos estupendos, se extasie ante esta última maravilla eléctrica: la Niña Oscilante de Pepsodent.

Chiquilla seria, de raza húngara, 16 años, desearía correspondencia con cadete naval. Pronto, a Rita Zombort, Correo 2, Temuco.

Deseo saber de Lincoln Domínguez. Estuve aquí en noviembre de 1930. Recuerdo a la chiquilla que acompañó a pasear a Peñuco Tenglo. F. M., Puerto Montt.

Mónica Valdivieso ha soñado siempre con amigo extranjero, inteligente, comprensivo, bueno. ¿Lo encontrará por medio de estas líneas? Correo. Quillpué.

Muchacho culto, apasionado, raro, desea correspondencia con chica moderna, mayor de 20. Rubia o pelirroja. El es moreno, de 25, buen cuerpo. Lord Spleen.

Dos chiquillas, 16 y 19, desean correspondencia con jóvenes cultos, prefiriéndose profesionales y extranjeros. Por separado a Lidia Vial y Elena Montes. Quillpué.

El ideal de una solterona de 31 años, sería entablar correspondencia con caballero alemán o inglés, de 35 a 50, soltero o viudo. No importa con niños, porque los adora. Que sea culto, honorable, de buenos sentimientos, buena situación, profesional o industrial, que estime en la mujer la belleza del alma. Yo, morena, alta, proporcionada, económicamente independiente, familia honorable, buena situación. Culta, educada, alma comprensiva, carácter adaptable, anhelo el encuentro de un alma amiga que anime mi vida solitaria. Exijo seriedad y reserva. Contestar al Consultorio dando dirección, ojalá Casilla, si es que logra interesar mi párrafo, a Claudia Optimista.

Tito González Irríbarra. ¿Recuerdas promesas hechas Chillán, principio 1930? Estudiaba examen. Tus horas de descanso las pasabas conmigo. ¿Adivinas quién soy? Contesta Guacolda Olmos R., Chillán.

A J. Márquez C. Por el último «Para Todos» me he impuesto que se encuentra en Traiguén. Ojalá sea mi amigo Márquez. ¿O sólo será un alance de nombre? Si fuera, ¿se acordaría de mí? Si fuera, reciba saludos de su amiga que lo llamaba «mi señor portafolio». L... Correo 6, Santiago.

Amo y amaré hasta la muerte a Juan Flores R., de la Tesorería de Linares. Sus bellas cualidades cautivaron mi corazón. Quise poseer su gran corazón, pero el destino cruel me alejó de esta felicidad, para cederse a otra que nunca lo comprenderá. Yo te amo, Juanito querido. Contesta al «Para Todos» a Descrigada.

Mi ideal sería joven administrador de fondo o empleado con buen sueldo. Edad, 25 a 37. Yo, 22, familia honorable, nada mal parecida. Contestar por Correo Molina, a Greta Garbo.

Maria, rubia de 24, buena familia, desea correspondencia con joven de 28 a 30, profesional, sincero, prefírese de Concepción o Tomé. Contestar por la revista.

Hugh, John, primos de 20 y 22; 1.64 y 1.65, morenos, físico regular, desean conocer dos amiguitas inseparables. Las deseamos formales, morenitas, vistan bien. Contestar por separado, enviando foto, a Correo 2, Santiago. Casilla 4624.

Mi ideal es joven de 30 a 40, trabajador y sincero, físico no me importa. Yo tengo 30 años. Correo, Linares. A. Aravena.

Deseo amitad sincera con joven de nobles sentimientos y trabajador, que sea amigo del baile y cariñoso. Estatura, 1.60. Edad, 20 a 25. No importa que sea obrero o empleado, eso sí que sea formal. Prefiero moreno pálido. Yo, 19 y nada mal parecida. El que crea reunir estas cualidades conteste a Muñeca de Trapo y no se arrepentirá. Correo 2, Valparaíso.

Pilla Ingrata, te amaré hasta la muerte. Manuel A. L. Aunque tú no me ames, jamás te olvidaré.

Volga Volga, 19 años, desearía un amorito de un marinero o un militar. No importa físico y edad.

Me agradaría cultivar leal amistad con un hombre de unos 35 años, que sea simpático, sincero y sin vicios. Correo 5. Emma Gerbeau.

Joven de 21 años de edad, con porvenir asegurado, busca trigueñita de 15 primaveras, chiquilla alegre y carirosa, con bellos ojos como faro para una negra noche de tempestad, que sea morochita; de cabellos largos y de una mirada endulzadora y más reluciente que una estrella. Contestar a Rosemitl I, indicando dirección.

Te amo, Carlos R. Lira, y jamás olvidaré los buenos momentos que pasé a tu lado, los mejores de mi triste vida. Correo 2, Valparaíso. M. E. M.

Mi imposible ideal es la encantadora señorita N. P., que veo todas las semanas en P. Su sencillez, seriedad y correctos modales me fascinan. Yo soy el rubio que ella mira con tanta indiferencia. No pierdo las esperanzas que se digne contestar a Gringo. Correo, San Vicente. E. T.

Joven profesional, 31 años, familia honorable, serio, deseas conocer señorita con fines matrimoniales, seria, educada, buen cuerpo, 24 años. Solitario X. Correo 2, Santiago.

Creo reunir las condiciones del señor que se firma Siul Ibrednuw en el «Para Todos» N.º 85. Rosa Castro W., Linares.

Al no tener contestación de Raúl S. S., nuevamente le comunico que desearía correspondencia. Anhelo saber si su corazón está libre o si será eternamente de la simpática señorita española con quien lo veía. N. N., Correo 2, Valparaíso.

Myriam, Correo Central, Santiago, desea correspondencia con el perquinista Edilio Romero, que estuvo en la capital en septiembre. ¿Recuerdas la personita que te fué presentada en el Victoria la noche del 17?

Bon Ami— el maravilloso limpiador de espejos //

Limpia
Bañaderas . . . Azulejos
Ventanas . . . Espejos
Cobre . . . Bronce
Hojalata . . . Níquel
Aluminio
Las manos • Calzado blanco



USANDO Bon Ami, el limpiar espejos resulta un juego. No se necesita frotar—el Bon Ami absorbe la suciedad y las marcas de los dedos. Resulta facilísimo conservar los espejos siempre brillantes con este sistema.

El Bon Ami no raya y no daña las manos. Adquiera una pastilla hoy mismo.

De venta por todas partes

Bon Ami

Talcahuano. Desearía correspondencia con joven mayor de 18. Yo, alta, rubia, simpática. Conteste Correo Central, Talcahuano, Divina Damas.

Desearía correspondencia con chiquilla simpática, que no haya amado nunca y de nobles sentimientos. Yo, 24 años, rubio, ojos azules, alto y simpático. Si alguna lectora se interesa, le ruego conteste al Correo Central, a Humebrío Campos C.

Deseo correspondencia con señorita joven. Señas a Antonio Torres, Teniente Médico. Intervenciones Militares del Río, Beni-Adifa. Villa Sanjurjo. Marruecos Español.

No queremos amor, sólo deseamos amistad sincera. Cambio de impresiones con jóvenes cultos, serios, de 24 a 30. Nosotras de 18, 21 y 23, respectivamente. Ninón, Ninette y Magdalena Nogués, 12 Oriente esquina 1 Norte, Talca.

Mi único ideal es el conductor Guzmán, recorrido Talcahuano a Valdivia. Recuerde quien saludó el 10 del actual en la estación de ... Si está libre compromisos, conteste a Caperucita Roja.

Desearía conocer caballero viudo o soltero, sencillo, trabajador, culto, sincero, físico no importa. 35 a 45 años. Yo, 35 trabajadora y muy sincera; prefiero agricultor. Eugenia.

Para Carlos T. ¿Por qué se calla? Conteste o devuélvame las cartas. No pensé proceder así. Lena Arcaya.

Inés Rojas desearía que la correspondiera en su gran amor el muy picante de Enrique Pacheco. Soy atrayente. Correo, Concepción.

Mi ideal es encontrar marino o marinero del «Blanco Encalada» o del «Condell», que sepan querer. Lo deseo sin vicios, nobles sentimientos, dispuesto a formar hogar tranquilo, 24 a 25 años. Yo, 20 años, morena, pelo ondulado, buena dueña de casa, amante y cariñosa. Contestar por la revista. Fines matrimoniales. J. Marta C. M., Concepción.

Deseo correspondencia con joven culto, sonador, romántico, no importa físico, ni situación, sí, buena redacción y letra. Garantizo simpatía y juventud. Yolanda González, Correo, Talca.

Desearía correspondencia con la señorita Helia R., de Chillán, a quien conoci en el Congreso Eucarístico de Valdivia. Soy el joven rubio que estuve con usted mirando la procesión desde el Escampavía «Yelcho». Ruego contestar por la revista a M. G. F.

Mi ideal es un joven alto, moreno, ojos claros, sonadores, buena situación, educado. Tengo 24 años, soy morena, estatura proporcionada, muy trabajadora y haría feliz al simpático que quiera contestarme. O. M. M., Correo, Vina del Mar.

Desearía correspondencia con el señor Arancibia, que está ocupado en Quinteros. Lo conoci en un baile en La Cruz. Si recuerda a la rubia que andaba con la chiquilla Cassaretto. Si no es molestia, conteste al Correo Principal, Valparaíso, al nombre de Margot Loyola M.

A Viudita Luzerina. Mujercita encantadora, por usted me muero. Alemancito.

Dos simpáticas primas de 17 y 18, desearian correspondencia con jovencitos simpáticos y educados, que vengan a despertar nuestra vida con un amor ardiente y apasionado. Contestar por separado a Ketty Smith y Gaby García, Correo, Palmilla.

Mi único ideal es una simpática morenita de ojos verdes, que, según averiguaciones, he sabido que sus lindas iniciales son R. C. y está ocupada en Moreno y Cía. Suiedad es lo que me hace dirigirte estas líneas. Quizás recuerde al teniente que le dije que leyera «Para Todos» cuando fué la repartición de premios de la Escuela Naval. Ruego, señorita, conteste por esta Encuesta a Teniente X.

Desearía correspondencia con joven de 30 a 43. No importa viudo, sea serio y recto caballero. Yo, 28 años, regular estatura, físico

no desagradable y de buena familia. Erna Barros, Correo Central, Valparaíso.

Mi ideal y único amor es la señorita Corrina G., de Maullín, que se encuentra viviendo en este puerto. Debe haberse dado cuenta del gran amor que por ella siento, pues la miro intensamente. Si no le soy indiferente, conteste por este consultorio a Chilototado.

He encontrado mi ideal en el simpático cajero de la Caja de Ahorros de Quinteros, cuyas iniciales son O. del V. Me consideraría feliz si correspondiera a mi amor y contestara a Estela Mujica, Correo, Viña del Mar.

O. V. E., joven de 21 años, hastiado de la vida, solitario, buen físico, trabajador, desea conocer señorita de 15 a 20, simpática, de buenos sentimientos, no importa modesta familia, fines serios. Foto, si es posible. Rancauaga. Teniente «C».

Viuda honorable, 34, con casa puesta y niño pequeño, desearía encontrar compañero bueno situación, noble y caballeroso, a quien consagrare toda la ternura de su corazón. Soy amante de mi hogar y de la vida tranquila del campo. Victoria W. de Z. Correo Central.

Estoy enamorada de O. J. R. Sé que su nuevo domicilio es Carmen 12 y tantos. Si quieras saber quien soy, escribe a Norma Tamadge. Correo Central, Santiago.

Ruby S., rubia, alta, 20 años, anhela conocer cadete naval, alto, simpático, que sepa amar con ternura. Correo Central, Santiago.

Joven de 20, profesional, familia honorable, simpático, estatura regular, físico agradable, desea conocer señorita no mayor de 18, indispensable enviar foto. I. H. F. G. Correo Central, Temuco.

Miriam Rozas, Linarensis; mi único anhelo en este mundo es que continuemos nuestra correspondencia. Te amo demasiado. ¡Te acuerdas de Lucho S.? Temuco.

Chica simpática, desearía correspondencia con joven moreno, ojos verdes, de 20, serio, trabajador. Yo, pobre, pero de noble corazón. Juan Barra, Correo, Chillán.

Desearía saber el nombre de la persona que escribió en «Para Todos» N.º 84, Martínez, etc. Conteste al Correo 2, si sabe mi apellido, o indique sus iniciales o más datos en esta revista. Preferible contestar al Correo.



ALA PUNTA
de la fabricación
de sobres en Chile,
vá

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

GRANDES VENTAJAS (Continuación de la pág. 10)

canzar la esquina y saltar a un taxi an-

te. Se detuvo en su carrera. Allí, delante de él, se encontraba el detective ocupando toda la acera sus manos significativamente metidas en los bolsillos de su chaqueta. Las manos de Pinner, sin esperar más órdenes, fueron hacia arriba, las palmas afuera, los hombreras altas.

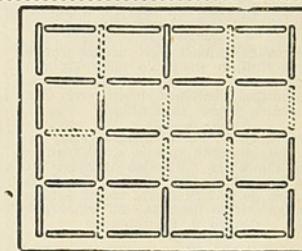
«No existen ventajas cuando...»

Gy los pasos del policía que terminaba su carrera detrás de él.

Vaya una bonita posición, muchacho. Conservála. — Apenas podía respirar después de aquella marcha forzada. Sus manos expertas registraban los bolsillos de Pinner, los lugares donde posiblemente podría ocultarse un revólver. Pero no registraron el de los billetes.

— ¿Qué has encontrado, Mike? — inquirió el detective. El policía dejó sentir su risa que más bien parecía un gruñido.

Nada. — ¿Por qué huía? — Parece que creyó que iba a arrestarlo, cuando sólo quería pedirle la contraseña del restaurante, que la llevaba en la cinta del sombrero.



Disponiendo 40 fósforos según el diseño adjunto se obtiene, no solamente 16 pequeños cuadrados, sino también un cierto número de cuadrados más grandes. Contando bien verás que hay treinta entre todos.

Problema: ¿Cuántos fósforos se deben quitar para que en la figura no quede un solo cuadrado?

Solución: Es necesario quitar 9. Los fósforos marcados con líneas de puntos son los que deben quitarse.

**Se alivian las
AFECCIONES CUTÁNEAS**

cuando se mantiene limpio y sano el canal intestinal.

Todo el que estima lo que vale una tez radiante, debe evitar el estreñimiento tomando Laxol, el purgante seguro y eficaz.

Laxol es puro aceite de ricino hecho grato al gusto y al olfato mediante su mezcla con substancias aromáticas. Los médicos lo recomiendan.

LAXOL

A. J. WHITE LIMITED, 70 WEST 40th STREET, NUEVA YORK, E. U. A.

Acete de Ricino Purificado 83.96 gramos Sacarina 0.24 gramos

Escencia de Melena 0.90 gramos Total 90.00 gramos

LA MUJER QUE VAS A ELEGIR

(Continuación de la pág. 15)

Hasta hace poco—y en parte ahora, como lo habrás visto—se consideraba que la mujer alemana debiera dedicarse sólo a las tres K: Kinder, Kuche, Kirche. Niños, cocina, iglesia.

El campo de la mujer moderna es mucho más vasto. No podrá educar a sus hijos con visión amplia si se encastilla en las tres K. alemanas.

¿Y si te enamoras de una mujer rica, susceptible de aportar una fortuna al matrimonio? ¿Has de rechazarla por esa sola desventaja, que te privaría a ti de ser, con tu trabajo e inteligencia, el proveedor de tu hogar? No. Bast. con que ella acepte donar a una institución de beneficencia el dinero que habría de aportar al matrimonio para que no hagas tú el papel de desvaliado alimentado con el dinero que gano el padre de tu esposa.

Y este último es el consejo final que te voy a dar:

Tú sabes que yo soy un determinista, que a pesar de mi mucha fe en el poder de la educación no desconozco el imperativo categórico de la herencia. La mujer que vas a escoger probablemente no será sino una muchacha. ¿Como va a ser cuando se haya transformado en esposa y madre? ¿Puede esto adivinarse? ¿No es éste un misterio? ¿No se transforma así el matrimonio en una lotería?

Puedes hacer algo más que conjeturar. Puedes averiguar esto casi con precisión. La mujer que estás cortejando va a ser—con pocas variaciones superficiales, tal vez más educación más cultura—lo que es la madre de ella. Cuando se va a adquirir un cachorro, no se estudia tanto al cachorro como a sus padres, par saber qué clase de perro se va a adquirir. La ley de la herencia es universal; se aplica a las violetas, a los gorriones, a los errores y a los hombres.

Antes de casarte con una muchacha, estudia a su madre.

Tu padre, Alberto Brum.

EL HADA DE LOS MONTES

(Continuación)

tienen el brazo muy largo, por más pequeñas que sean. Además, hemos jurado obedecerle y hay que cumplir los juramentos.

Tanto y tanto repitió lo mismo Gumersinda sin obtener el consentimiento de su marido, que por fin resolvió hacerlo sin consultarlo, y aprovechando una mañana que éste se había quedado dormido, corrió hasta la Cueva de las Hadas, desenterró el cántaro y sacó su contenido... ¡Qué desilusión! ¡El cántaro sólo contenía cenizas!

Mientras tanto, el leñador despertó y no viendo a su mujer sospechó lo que estaba haciendo. Sin perder un minuto corrió hacia el lugar donde se encontraba el cántaro, y viendo a Gumersinda sentada tristemente en el suelo, comprendió que no se encontraba allí el ansiado tesoro. Sin pronunciar una palabra, nuestro hombre tomó el cántaro, enterrándolo nuevamente en el mismo lugar.

Cuando llegaron de nuevo a su casa les esperaba allí otro rudo golpe. Al querer Gumersinda una moneda para ir al mercado, vió con espanto que de adentro de la bolsa sólo salía también cenizas.

En el mismo instante apareció el hada, diciendo:

—¿Habéis cumplido debidamente con vuestra palabra?

Gumersinda creyó poder engañar al hada y respondió:

—Sí, buena hada. El cántaro se encuentra siempre en el mismo lugar.

—Eso es cierto, pero lo habéis desenterrado y en vez del tesoro que creías encontrar, sólo hallaste en él un puñado de ceniza. En delante serás víctima de tu ambición y de tu curiosidad. En cuanto a ti, Segundo, serás castigado por tu debilidad. Hubieras debido obligar a tu mujer a cumplir con su palabra. Adiós, ya no me verán nunca más.

Efectivamente, el hada desapareció para siempre, y durante toda su vida la pareja de leñadores tuvo que trabajar duramente para ganarse el pan.

LA COCINA ELEGANTE

POLLO CACEROLA

Elegir un lindo pollo, limpiarlo, chamuscárselo, atarlo bien y colocarlo en una cacerola con un poco de manteca y un poco de aceite bien caliente, hacer dorar el pollo de ambas partes, agregándole una media cebolla y media zanahoria cortada fina, un aditito compuesto de perejil, tomillo y laurel, tapar la cacerola y hacer cocinar despacio por unos 40 minutos. Estando a punto sazonarlo con sal fina, retirarlo de la cacerola, poner en el fondo un poco de caldo y después de haber reducido, pasarlo por el colador. Para servir cortar el pollo en cinco partes, colocarlo sobre fuente, salsearlo con el jugo bien reducido y agregarle como guarnición unas verduras.



ecran

¿Se ha suscrito usted ya a esta revista?

Las mejores informaciones cinematográficas de Hollywood.

La revista mejor impresa y siempre con material propio.

COMPARÉ ESTA REVISTA CON LAS EXTRANJERAS Y LLEGARÁ A LA CONCLUSIÓN DE QUE ES MUCHO MEJOR Y POR LA MITAD DEL PRECIO.

AYUDENOS PARA MEJORARLA
TODO LO POSIBLE.

SUBSCRIPCION ANUAL: \$ 23.

LA DAMA DEL PIJAMA VERDE

(Continuación de la pág. 11)

—Yo no soy Mr. John, señora.

—Está usted seguro de que no es Mr. John?

Por lo menos, hasta hace un momento, no lo era. Pero pasare a serlo, señora, si eso la complace...

La americana la encaró fijamente, me recorrió después con la vista de arriba abajo, y convencida, al fin, de que no era la persona que ella suponía, sonrió, inclinó la cabeza y se alejó, sencilla, olímpica, envuelta en la llamada verde del pijama:

—"Excúseme"...

Por la noche vestí "smoking" y, con la esperanza de volver a ver a la americana, fui hasta el Casino de Bellevue.

El gran salón restaurante estaba casi desierto. Dos orquestas — el "jazz band" de los negros y la orquesta de los gauchos — tocaban alternándose para que cuatro o cinco parejas, desparadas por las mesas, admirasesen a otras cuatro o cinco parejas, que bailaban en el centro del salón. Por las grandes ventanas abiertas sobre el océano se veía, en la oscuridad de la noche, la pulsación luminosa centellante del faro de Saint-Martin. Los mozos vagaban soñolientos. Me senté, y mientras bebía una de esas horribles copas de Porto que nos sirven en Francia — tan falsificado como la novela que M. Claude Farré acaba de escribir sobre Portugal — me entreteve en observar las mujeres, algunas de ellas interesantes, que paseaban por la sala, porque hoy, en los grandes casinos europeos, bailar es apenas pasear, más o menos agradablemente, al son de un violín. La desnudez casi completa de los bustos, como compensación al largo excesivo de las faldas, daba a casi todas aquellas bellezas internacionales el aire de la Africana de Melos, sólo vestidas de la cintura para abajo pero — al contrario de la Venus del Louvre — con maravillosos brazos, "plus beaux que des jambes". Una de ellas alta, fuerte, escultural, llameantemente rubia, vestida, o mejor dicho, desnudada de negro, los hombros desnudos, los brazos desnudos, las espaldas desnudas hasta la cintura, los senos cubiertos por un pequeño triángulo de terciopelo, que una ancha cinta negra, cruzándose el busto y pasándole sobre el hombro derecho, como si fuese la gran cruz de la Estrella Polar, mantenía en su sitio — me pareció, desde luego, la americana. Bailaba con un joven flaco, rubio también — treinta años, tal vez —, que vestía el "smoking" con cierta distinción y que llevaba un pañuelo azul de seda atado a la muneca. ¿Sería ella, en efecto? Esperé a que se sentaran para verla mejor. Pero un bello mantón de Manila, que entró en la sala sobre unos hombres más bellos aún, distrajo mi atención: los metales del "jazz", sin que yo reparara en ello, tocaban las últimas notas de "fox-trot" que se estaba bailando; cuando recordé a la americana, ella y su compañero ya estaban sentados en una de las mesas, mirándose con insistencia. No cabía duda: era la misma dama del pijama verde, que yo había encontrado por la mañana. Volví los ojos a otra parte, para no hacer un saludo quizás inopportuno, y porque, en verdad — lo confieso — el mantón de Manila, que acababa de llegar, me interesaba más. Cuando iba a encender un cigarrillo, noté que alguien estaba a mi lado, cerca de la mesa. Me volví. El "partenaire" de la americana, risueño, timido, afable, con el pañuelo en la

muñeca, el cabello rubio cortado como el de los colegiales de Eton, me preguntó con la mayor amabilidad del mundo.

—Pero, realmente, ¿no es a Mr. John Clark a quien tengo el honor de hablar?

—No, señor.

—Lo lamento sinceramente. Nosotros le estamos muy agradecidos a Mr. John. Mister John es un verdadero "gentleman".

—Lo siento, pero no soy yo.

—No importa. Miss Ana le pide que acepte una copa de champaña, como si usted fuese realmente Mr. John.

No pude dejar de sonreir. Frente a mí, el joven "yankie", algo confuso, esperaba mi respuesta. Cuando yo iba por supuesto, a declinar aquella singular invitación, la americana, cuya desnudez magnífica, bajo la lluvia de oro de la lluvia, tenía a un mismo tiempo, la firmeza mármorea de las estatuas y la opulencia de color de las Venus venecianas, me lanzó una mirada que me convenció. Para beber una copa de champaña junto a semejante mujer, valía la pena de ser, durante algunos minutos, Mr. John Clark. Me puse de pie, pagué mi Porto, recogí de una silla mis guantes que olvidaba, y le dije al joven americano, que me miraba perplejo y amable:

—Estoy a sus órdenes.

En efecto, de allí a poco, me encontraba sentado cómodamente a la mesa de miss Ana Vallow y de Mr. Fred Hoobs, neoyorkinos, ante una botella de Veuve Clicquot, que esperaba en la heladera de Christofle, el momento de ser solemnemente abierta.

Con una sencillez encantadora, verdaderamente americana, miss Ana Vallow me contó su viaje a Europa y me dijo el motivo porque se encontraba allí. Ella y Mr. Fred Hoobs eran novios. Habían sentido una reciproca atracción pero dominándolos, al mismo tiempo, un gran recelo del casamiento (en su calidad de católicos, el matrimonio era para ellos indisoluble), vacilaban en unirse. Encuentran, entonces, a un gran amigo del senador Ridgeway — el parlamentario norteamericano que, para combatir el divorcio, lanzó la sensacional idea de los "casamientos de ensayo" — y aquel excelente hombre les aconsejó que realizaran durante mes y medio, en un viaje al Viejo Continente, su experiencia prenupcial, viviendo en común, conociéndose de cerca, observándose en la familiaridad íntima, conjugando el verbo "to spoon" con cierta libertad, pero sin hacer imposible, en el caso de fracasar el ensayo, cualquier futura experiencia de miss Ana con otro "gentleman" medianamente escrupuloso. Si les fuera bien, se casarian; en caso contrario, "chacun sa vie". Era, en realidad, una tentativa practicable. Dos amigos suyos, Clay Roussel y Josefina Haldeman, ya habían realizado, con buen éxito, un casamiento provisional de quince días. Fred y Ana, pensaron, combinaron, se decidieron, sacaron los pasaportes, tomaron los pasajes, arreglaron los bailes, partieron para Europa, y, primero en las "cabines" de lujo del transatlántico; después, en Londres, en una "suite" spulenta del Carlton; en seguida en París; por fin en Biarritz averiguaron, con perfecta comodidad, en una "suite" opulenta del Carlton; en Ilé (aun que, bajo ciertos aspectos, cautelosa), si, en un casamiento definitivo, podrían ser felices. En plazo fijado —mes y medio — para su mutua observación, expiraba aquella noche, al dar las doce. Y miss Ana, en la ostentación soberbia de su busto, al mismo tiempo virginal y atlético, busto glorioso de Antíope emergiendo de las aguas azules del Témidoón, exclamó, mientras que el mozo destapaba la champaña, que espumó en las copas

—¡No se imagina! La experiencia ha dado el mejor resultado. Estamos contentísimos.

—Entonces, ¿cuándo se casan?

—Estamos contentísimos, porque ya no nos casamos.

—De veras?

—Nos habíamos equivocado. Cualquier de los dos es muy diferente de lo que el otro se suponía. ¡No es cierto, Fred?

—Muy diferente — convino el "yankie". Yo me imaginaba que miss Ana tenía ciertos defectos, que me agradaaban mucho, y, al fin, he descubierto en ella cualidades que no me agradan absolutamente nada.

—Yo creía que Fred era un americano brusco, aspero, violento, y resulta que es de tal manera atento, que, si nos llegáramos a casar, yo tendría todos los días un ataque de nervios.

—Además de eso — posigió el americano — me he dado cuenta de que miss Ana no tiene confianza en mí, porque todas las noches se encerraba por dentro, echando la llave con dos vueltas.

—Y yo deduje que, si Fred sabía que yo me encerraba por dentro, era porque había tratado de abrir la puerta de mi cuarto.

—Mi intención era ver si miss Ana roncaba. Y tuve el gusto de comprobar que miss Ana, ronca como un saxofón.

—Y, además, Fred no sabe besar. Para mí, un hombre que no sabe besar, como se besa en el cinematógrafo, no es un americano...

La orquesta de los gauchos atacó un tango. La sala se llenó de mujeres, cuyos torsos desnudos, bajo la luz morada, daba la impresión de una dosa de bacanal de Giorgione. Creí oportuno intervenir, para que aquellos dos "yankies", a un mismo tiempo cándidos y leales, prácticos e idealistas, sentados y extravagantes, ejemplares perfectos de un pueblo en cuyo seno se está formando una moral nueva, no prosiguieran haciendo públicos, en aquella mesa del Casino, pormenores quizás sugerentes todavía de su ensayo pre-nupcial. Y, encendiendo el cigarrillo de miss Ana, le pregunté con el natural interés que me inspiraba el hombre misterioso, tan parecido a mí:

—Pero, en fin, ¿qué tiene que ver con todo esto Mr. John Clark?

—¿Mister John? Fue Mr. John quien nos aconsejó la experiencia que hemos hecho. Si no fueras por ese "gentleman" providencial, sólo hubiéramos descubierto nuestro error al día siguiente del casamiento. A estas horas seríamos desgraciadísimos. De modo que, cuando den las doce, Fred y yo nos despediremos como dos buenos amigos, y cada cual seguirá su vida. Ha sido Mr. John quien nos ha salvado.

Y la encantadora americana alzó su copa mirándome y, como si yo hubiese sido su magnífico salvador, exclamó apoyada en seguida por el risueño entusiasmo de Fred:

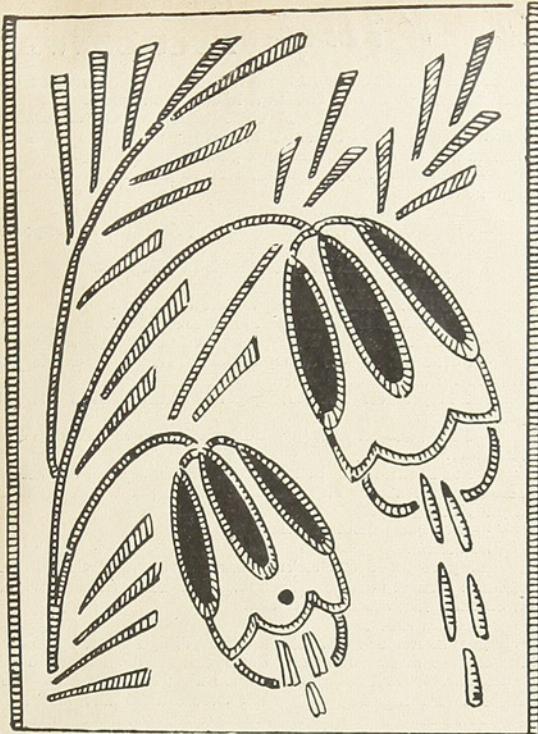
—¡Viva Mr. John!

—Hip, hip, hurrah!

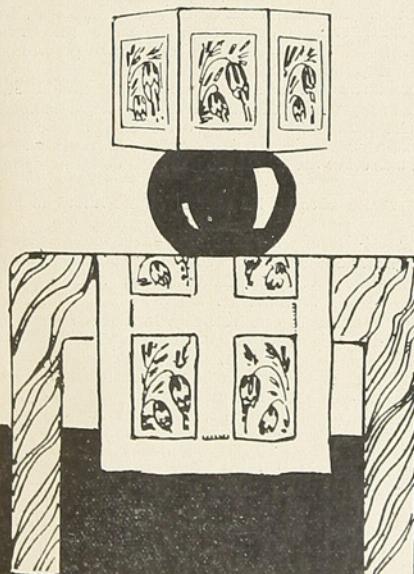
Agradecí, en nombre del desconocido Mr. John Clark, aquella efusiva manifestación.

En verdad que ahora se vive de sorpresa. Lejos estaba yo de suponer, cuando, aquella misma tarde, encontré en la Place Bellevue a la ornamental dama del pijama verde, que el casamiento de ensayo diera tan buenos resultados y que, en fin, fuera tan fácil de hacer felices a los americanos.



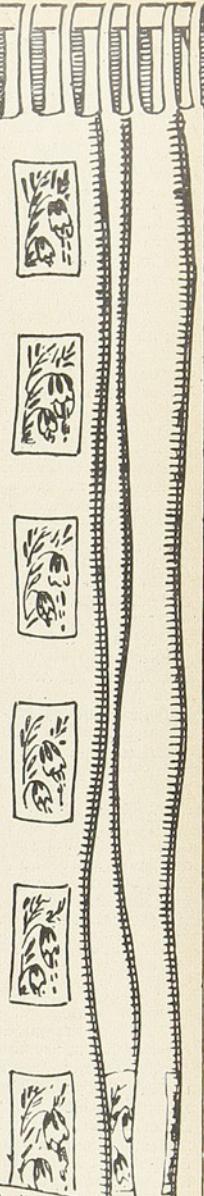
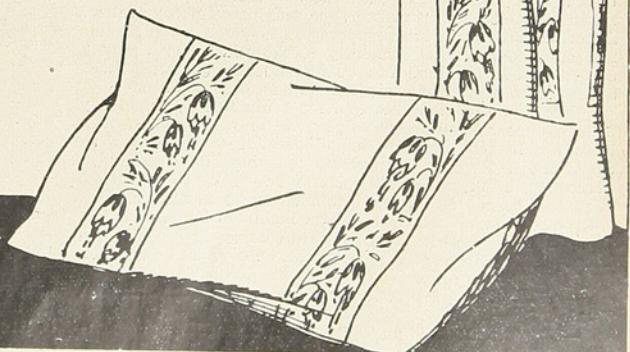


J. Gómez



La Guir- nald a Bordada

Esta guirnalda se puede bordar en blanco o en colores, sobre tela de color o sobre tela blanca. El bordado azul sobre rosa viejo o sobre amarillo, produce un efecto particularmente lindo. Un tapiz o un juego, van encuadrados con esta guirnalda que adorna un cojín, los lados de una pantalla, una carpeta y una cortina...



De Vuelta a la Vida

Por
HUGO CONWAY

Nadie preguntó por Antonio March. Apurando su plan atrevido, Ceneri comisionó a un agente para recoger en la casa en que vivía los objetos de uso del joven, e informar a los dueños de que Antonio había muerto en su casa y estaba sepultado en Italia con su madre. Unos cuantos amigos lamentaron por un poco de tiempo a su alegre compañero, y Antonio March quedó olvidado. Del ciego, suponían que le tenía cuenta callar lo que había oido.

No cambiaban los meses el estado de Paulina. Teresa la ciudaba, y juntas vivieron en Turin hasta la época en que las vi en San Giovanni, Ceneri que no tenía hogar fijo, veía poco a la enferma. No parecía despertar en ella recuerdos penosos la presencia de Ceneri; pero él no podía soportar la de Paulina. Copia ambulante veía siempre en ella del cuadro que hubiera querido arrancarse de la memoria. No parecía Paulina contenta en Italia, y aún en su incierta voluntad se entendía que echaba muy de menos a Inglaterra. Ansioso Ceneri de no tenerla ante los ojos, dispuso que Teresa fuese a vivir con ella a Londres, y aquel dia en que las vimos, había venido a Turin precisamente a arreglar el viaje. Le acompañaba aquel dia Macari, que, a pesar de haberse tenido la mano en la sangre de Antonio, miraba a su hermana como cosa en cierto modo suya: aún nublada su mente, insistía en que se la diese Ceneri por esposa. Había amenazado con que la tomaría por la fuerza: había jurado que sería de él. Ella no recordaba nada: ¿por qué no había él de casarse con ella?

Pero, sea su maldad la que fuese, en tanto no consintió Ceneri: antes, a haber sido posible, hubiera roto todo trato con Macari. Más la intimidad de aquellos dos hombres, trabajadores de la niebla, era demasiado íntima para que pudiera quebrarla el recuerdo de un crimen, por atroz que fuese: Paulina fué a Inglaterra: allí estaba libre de Macari. Entonces se la pedí yo en matrimonio: dámela, era librarse de toda responsabilidad y gasto acerca de ella, y sacarla del camino de su compañero: de aquí nuestra unión singular, que aun entonces, a la boca del ostrog, justificaba, diciendo que fué siempre su creencia que una vez que el cariño colorease y acalarara su alma obscura, con el fuego e influjo de él volvería a Paulina el juicio.

Tal, aunque no en sus propias palabras, fué el relato de Ceneri: ya sabía yo cuanto quería saber. Acaso había hecho de si una pintura, a pesar de todo, lisonjera; pero sin reserva me había revelado aquella sombría historia, y, aunque en aquel instante me inspiraba un aborrecimiento invencible, sentía que me había dicho la verdad.

CAPITULO XIV

¡SE ACUERDA DE MI?

Ya era tiempo de terminar nuestra entrevista. Más de una vez había asomado la cabeza el cortés capitán, mirándome de modo que era fácil entenderle que aún la amplia autoridad que yo llevaba tenía límites. Ni deseaba yo prolongar mi conversación con el preso: ¿qué más necesitaba yo saber? Aquel hombre, que a mí consideración no tenía título alguno, me había confesado el crimen, y revelado la historia pura y desdichada de Paulina. Aun cuando hubiese querido ayudar a Ceneri, no tenía como hacerlo. ¡A qué, pues, aguardar?

Pero aguardé algún tiempo. Me tenía lleno de piedad y dolor el pensamiento de que al ponerme en pie, y dar por acabada nuestra conversación, aquel desdichado volvería a su cueva fétida. Para él era precioso cada instante que pudiese aún estar junto a mí. Jamás volvería a ver a un rostro amigo.

Había cesado de hablar, e inmóvil en su asiento, miraba, a tierra con la vista fija, la cabeza inclinada hacia adelante. Consumido, harapiento, desolado: tan caído de espíritu que la compasión ahogaba los reproches. Lo observaba en silencio.

Por fin me dijo:

—¿Y no encuentra Ud. ninguna excusa para mí, Mr. Vaughan?

—Ninguna, dije. No hallo diferencia entre Ud. y sus cómplices.

Se levantó pesadamente:

—Cree Ud. que Paulina curará? me preguntó.

—Espero hallarla casi bien a mi vuelta.

—Le dirá Ud. como me ha visto: tal vez le sea agradable

saber que la muerte de Antonio me ha traído a este.—Accedi con un movimiento de cabeza a la lugubre súplica.

Ya debo irme, me dijo como si le entrase de pronto frío de fiebre. Debo irme.—Y arrastraba su cuerpo hacia la puerta. ¿Cómo dejarlo ir sin una palabra de consuelo?

—Un instante. ¿Qué puedo hacer yo para mejorarle a Ud. aquí la vida?

Sonrió, como sin fuerzas.

—Puede Ud. darme algún dinero: poco. Si lo salvo, podré comprarme algunos lujos de preso.

Le di algunos billetes que escondió en su ropa.

—¿Quiere Ud. más?

Movió lentamente la cabeza. No quería más.

—Esto mismo temo que me lo roben antes de gastarlo.

—Pero no puedo dejar a alguien dinero para Ud?

—Puede Ud. dejarlo al capitán. Si es honrado y bueno, me llegará un poco: si me llega!

Así lo prometí hacerlo; llegaría o no hacerlo me era grato.

—Pero ¿qué va a ser de Ud.? ¿A donde lo llevan? ¿Qué hará allí?

—Nos llevan al fin de Siberia, a Nertchinsk. De allí saldré con otros a trabajar en las minas. Vamos por todo el camino a pie y con grillos.

—¡Oh, qué terrible destino!

Se sonrió.

Después de lo que sufrió, nada es terrible. Cuando un hombre desafía la ley en Rusia, su único deseo en ser enviado a Siberia: ¡oh, Siberia es el cielo!

—¿Cielo Siberia?

¡Ah, si hubiera Ud. estado como yo, aguardando proceso, meses tras meses, que eran todos una noche, encerrado en un calabozo, sin luz, sin espacio, sin aire; si hubiese Ud. oido, meses tras meses al preso en el calabozo de al lado, loco, loco por la soledad y el mal tratamiento, revolviéndose entre las paredes como una fiera medio muerta; si al despertar de cada sueño, oyéndole golpear, dar con la cabeza en el muro, llorar, grunir, se hubiese dicho Ud. meses tras meses: "Yo seré como ese esta noche; yo rugiré como ése maníana"; si lo hubieran a Ud. azotado, puesto a helar, puesto a morir de hambre para hacerle denunciar a sus compañeros; si se hubiese Ud. visto en tal condición que la sentencia de muerte misma era un alivio, entonces, Mr. Vaughan, entendería Ud. por qué no me espira Siberia! Juro a Ud., —continuó con más fuego y animación de los que parecían hospedarse aún en su cuerpo,— que si los pueblos civilizados de Europa supiesen un décimo de los horrores de una prisión rusa, dirían, de modo que temblasen los que nunca tiemblan: "Culpable o inocente, así no ha de atormentarse a un ser humano", y por piedad, nada más que por piedad, barrerían a ese bárbaro gobierno de la memoria de la tierra!

—Pero ¡veinte años en las minas! ¡Y no habrá modo de escapar?

—¿A dónde? Busque a Nertchinsk en el mapa. Si huyo, erraré por las montañas hasta que muera, o hasta que uno de los salvajes me mate. No, Mr. Vaughan: las fugas de Siberia sólo se ven en las novelas.

—Será Ud. entonces esclavo hasta la muerte?

—Tal vez no. Una vez tuve que recoger muchos detalles sobre los desterrados de Siberia, y, a decir la verdad, me contrarió el ver cuán equivocada es la opinión común. ¡Ojalá no me hayan engañado mis informes!

—No tratan, pues, tan mal a los desterrados?

—Mal, siempre; porque se está sin cesar a la merced de un tiranuelo. Por un año o dos, sin duda, se es un esclavo en las minas; pero si sobrevive al trabajo, lo que no creo, puedo hallar favor a los ojos del jefe, y verme libre de las penas más duras. Talvez me permita residir en alguna ciudad, y ganar allí mi vida. Tengo esperanzas de que me sirva de mucho mi profesión de médico: hay pocos médicos en la Rusia Asiática.

For poco que lo mereciese, con toda mi alma deseaba que obtuviera lo que me decía, aunque una nueva mirada sobre él me aseguró de que era poco probable que el infeliz resistiese un año de trabajo en las minas.

Se abrió la puerta, y entrevi por ella al capitán, que

mostraba ya impaciencia. "Acabo en seguida" le dije: se inclinó, y se hizo a un lado.

—Si algo más puedo hacer, Ceneri, digámelo.

—Nada... nada... Ah! sí: algo más! Macari, ese malvado, tarde o temprano tendrá un castigo. Yo no sufriro: él sufrirá. Cuando le llegue su vez ¡querrá Ud. decirme! Será difícil: yo tengo el derecho de pedirle un favor; pero eso le es a Ud. indiferente: Ud. podrá enviármelo a decir. Si no estoy muerto para entonces, me tranquilizará mucho saberlo.

Sin esperar mi respuesta, echo hacia la puerta a paso vivo, y con el centinela al lado anduve hasta la entrada de la prisión yo le seguía.

Mientras abrían la recia cerradura.

—¡Adios, Mr. Vaughan! me dijo: Si le he hecho mal, perdonéme. No nos volveremos a ver ya más en esta vida.

—En cuanto a mí, lo perdonó a Ud. enteramente.

Vaciló un instante, y me tendió la mano. La puerta estaba ya abierta: ya veía yo en la masa confusa aquella villes rostros, los rostros de sus compañeros. Oía sus cuchicheos de curiosidad y asombro. Me dieron en la cara los hedores de aquella cueva inmunda. ¡Y con aquella turba de criaturas bestiales, de hombres fétidos, había de pasar aquel infeliz de gustos finos e inteligencia cultivada sus últimos días! ¡Era un tremendo castigo!

Pero bien merecido. Toda su culpa se me representó vivamente al verlo en aquellos umbras, con la mano tendida. Infeliz era; pero era un asesino. Su suerte me angustiaba; pero no pude decidirme a enderle mi mano. Acauso fuí cruel; pero no pude.

Vió que mi mano no respondía a la suya: se le encendió en bochorno el rostro, inclinó la cabeza, y se volvió. El soldado lo así asperamente por el brazo, lo echó puerta adentro. Se volvió a verme, por entre aquellas hojas que iban a esconderle al último mensajero de la vida, con una expresión tal en los ojos que en muchos días la estuve viendo por todas partes: aquella mirada se posaba en mi cabecera, me esperaba a mi puerta, me seguía! Todavía me estaba mirando así cuando la puerta, cerrándose de subito, lo apartó de mi vista para siempre.

Me arranqué de allí a pasos lentos, como si el corazón hinchado me pesase, lamentando tal vez haber hecho mayores su infortunio y vergüenza. El capitán, a cuyo encuentro fui, me ofreció por su honor que el dinero que dejase en sus manos sería empleado en beneficio de Ceneri. No fué poco el que le dejé: ¡ojalá haya llegado parte de él a manos del desdichado!

¡Mi intérprete! ¡los caballos! ¡el tarantass! Todo listo al momento: ni un instante demoro mi viaje. ¡A Inglaterra! ¡A Paulina!

En media hora lo tuve todo listo. Iván y yo saltamos a nuestros asientos: el yemschik chasqueó su látigo: los caballos arrancaron: las campanillas sonaron alegramente: era noche cerrada: ¡nunca había visto yo llena de luz la sombra! Estaba empezado ya el viaje de vuelta: hasta entonces no había medido bien la inacabable distancia que me separaba de Paulina.

Un recodo del camino escondió pronto a mi vista el sombrío ostrog; pero muchas millas teníamos recorridas sin que aún hubiera vuelto a una relativa paz mi espíritu, y días pasaron antes de que dejara yo de pensar, casi en todo momento, en aquella pútrida caverna donde había hallado a Ceneri, y en cuya lobreguez e inmundicia lo vi entrar de nuevo, contraste extraño con la paz que nuestra entrevista me dejaba en el alma!

No contaría aquí el viaje de retorno: vueltos los ojos a mí mismo, sólo para la imagen de Paulina, que evocaban pertinazmente, tenía yo miradas. Fué el tiempo por lo común bueno: bueno los caminos: todo bueno! Mi impaciencia me hacía viajar dia y noche. No excusaba gastos: mi pasaporte extraordinario me hacía obtener caballos en las postas, cuando viajeros que habían llegado antes quedaban aguardándolos; y mi gratificaciones a los yemschiks los hacían ir de prisa. A los treinta y cinco días nos apeábamos a la puerta del Hotel de Rusia, en Nijni Novgorod: una jornada más, y el tarantass hubiera caído deshecho: tal estaba que Iván, a quien lo regalé, lo vendió en seguida en tres rublos.

¡Esperar? ¡No! De Nijni a Moscow; de Moscow a San Petersburgo. No bien soy gracias al embajador y recojo mi equipaje, i a Inglaterra!

A mi vuelta de Irkutsk había venido hallando cartas de Priscila en Tomsk, en Tobolsk y en Perm: en San Petersburgo recibí otras más recientes. Nada desagradable sucedía. Priscila, que se había criado en Devonshire, tenía fe en la virtud de sus aires, y se llevó allá a Paulina, con quien vivía en un apacible pueblo de baños de la costa norte: y me decía Priscila que estaba Paulina "tan linda como una rosa, y tan juiciosa como el señor Gilberto mismo".

¿Qué mucho que, con tales nuevas, ardiese yo en deseos de verme en mi hogar, de ver mi esposa como nunca me había sido dado verla, con su mente en flor? ¿Se acordaría de mí? ¿Cómo sería nuestra primera entrevista? ¿Me llegaría al fin a querer? Mis desdichas habían terminado, o empezaban? Sólo Inglaterra podía responder a estas preguntas.

¡En Inglaterra al fin! Dulce impresión, que mejora y enternece, la de pisar tras larga ausencia el suelo patrio, y ver los rostros familiares, y oír por todas partes la lengua nativa. El sol y el viento me han bronceado el rostro: llevo la barba larga: apenas me conocieron dos o tres amigos con quienes tropecé al llegar a Londres. Ataviado de aquella manera, de seguro no me reconocería Paulina.

Sastre y navaja me volvieron pronto a mi apariencia antigua; y sin anunciar a Priscila mi vuelta me puse en camino, ansioso de saber por fin lo que me reservaba la fortuna.

¿Qué es, a quien viene de Siberia, atravesar la Inglaterra? Aquellas ciento cincuenta millas, recorridas con tal afán, me parecieron sin embargo más largas que mil un mes antes. Tuve que andar en diligencia las últimas millas; y aunque nos llevaban cuatro soberbios animales, cada una me pareció más larga que toda una jornada ade Siberia. Llego por fin: dejo mi equipaje en el despacho de la diligencia, salgo, fuera de quicio el corazón, a buscar a Paulina.

Fui a la casa indicada en la carta de Priscila, que era un edificio tranquilo y pequeño, anidado entre espesa arboleda, con un jardín a la entrada, lleno de las últimas flores del verano. La madreselva vestía el pórtico; en los cantos se erguían los girasoles; el aroma de los claveles embalsamaba el aire. Aprobaba la elección de Priscila mientras me abrían la puerta.

Pregunté por Priscila. Había salido hacia algún tiempo con la señora, y no volvería hasta la noche. Me volví, a buscárlas.

Entraba ya el otoño; pero las hojas conservaban todavía su verde y hermosura. Estaba el cielo sin nubes, y un aire vivo y sano acariciaba el rostro. Me detuve a mirar a mi alrededor, dudos de mi rumbo. A mis pies, allá a lo lejos, reposaba el pueblecillo de los pescadores, amontonadas las casitas a la boca del río bulliciosa y travieso que corre valle abajo, y se vierte en el mar gozosamente. Grandes arrecifes bordaban la rompiente a un lado y otro, y detrás de ellos corrían, tierra adentro, las colinas cubiertas de bosque: frente a mí estaba el mar, verde y sereno. Hermoso era el paisaje; pero aparté los ojos de él. ¿Dónde estaría Paulina?

Me pareció que era un día como aquel las arboledas umbrosas que corrian a lo largo del río eran el refugio más apetecible: bajé el cerrillo y eché a andar por las márgenes, que azotaban la rápida corriente matizada acá y allá de aguas, ya deslizándose traviesa, ya rompiéndose contra las grandes peñas de la cuenca en miles de cascadas espumantes.

Seguí río abajo como una milla, aquí escalando una roca musgosa, allí vadearon un arroyuelo, otras veces abriendo camino por entre las tupida ramazón de los flexibles avellanos, hasta que distinguí de pronto en un espacio abierto a la otra orilla una joven sentada, que dibujaba. Estaba de espaldas a mí: pero qué líneas habría de ella que no hubiese estado constantemente, desde aquella mañana de Turin, presente ante mis ojos? Paulina era! era mi espesa!

Si por ella misma no la hubiera conocido, me hubiera revelado su presencia aquella otra buena mujer, sentada a su lado, que parecía estar cabeceando sobre un libro. Aquel chal de Priscila lo hubiese yo reconocido a una milla de distancia: el Universo no ha visto aún su semejante.

Muchó, mucho me costó refrenar el impetu que me movía a decirle a voces que estaba junto a ella. Pero no: yo quería hablar antes a solas con Priscila, y ajustar mi conducta con Paulina a lo que ella me dijese. A despecho de mi resolución ¿cómo no acercarme algo más a ella, para verla de más cerca? Palmo a palmo me fui deslizando hasta

que estuve casi enfrente de mi artista y, medio oculto por la maleza, a mi sabor pude recrearme en la contemplación de su nueva hermosura.

El tinte de la salud coloreaba sus mejillas; salud rebosaba toda ella, y, en un instante en que se volvió hacia Priscila y le dijo unas cuantas palabras, vi en su rostro tal expresión y sonrisa que a poco más hubiera quebrado el corazón sus riendas. Mucho, mucho me costaba mantenerme callado en mi escondite. ¡Cuán distinta Paulina de la pálida enferma que había dejado a mi salida de Inglaterra!

En esto se volvió, y miró al otro lado de la corriente, ¡hacia mi lado! ¿Cómo, pesar de mi prudencia, me había dejado llevar de mi regocijo hasta exponerme a ser visto? Con el río entre los dos nuestras miradas se encontraron.

De alguna manera debía recordarme ella: aunque fui como a quien se ha visto en sueño, debía serle mi cara conocida. Dejó caer su lápiz y su cuaderno, y se puso en pie de súbito, aún antes de que Priscila, olvidando su libro, me saludase con una exclamación de júbilo y sorpresa. Me miraba Paulina como si aguardase a que yo le hablara o fuera hacia ella, mientras que la buena Priscila, burlíosamente como la ligera corriente que teníamos a los pies, me enviaba a través de ella palabras de bienvenida.

Aunque hubiera querido hacerme atrás, era demasiado tarde. Halle un paso por allí cerca, y en un minuto o dos saltaba a la otra orilla. Paulina no se había movido; Priscila corrió hacia mí con las manos abiertas, y casi me dejó sin misas.

—¿Me recuerda? —me reconoce? le pregunté en voz baja, desasiéndome de ella y adelantando hacia mi esposa.

—Todavía no; pero lo reconocerá: si lo reconocerá señor Gilberto!

Rogando a Dios, suspensos los alientos, que su profecía se realizara, llegué a Paulina y le tomé la mano. Me la dió sin vacilar, y alzó hacia mí sus ojos negros. ¿Cómo no la estreché en aquel momento contra mi corazón?

—Paulina —me conoces?

Bajó los ojos.

—Priscila me ha hablado de Ud. Me dice que es Ud. amigo mío, y que debía esperar tranquila hasta que Ud. viniera.

—Pero no me recuerdas? Acaba de parecerme que me recordabas.

Suspiró.

—Lo he visto a Ud. en sueños, en sueños extraños.

Y un vivo rubor le aumentaba al decir esto el color del rostro.

—Cuentame esos sueños, dije.

—Ni puedo. He estado enferma, muy enferma por mucho tiempo. He olvidado mucho: he olvidado todo lo que me ha sucedido.

—Quieres que te lo diga yo?

—Ahora no, ahora no, exclamó ansiosamente. Espere: espere: puede ser que lo recuerde todo yo misma.

—Tenía ya algún conocimiento de la verdad? —Eran los sueños de que me hablaba los esfuerzos de su memoria que se desenvolvían? —Le revelaba la verdad aquel brillante anillo que llevaba al dedo? —Oh, sí, yo esperaría!

Juntos volvimos a la casa, seguidos a discreta distancia por Priscila. Parecía Paulina aceptar como cosa enteramente natural mi compañía. Cuando el camino iba en pendiente o ofrecía algún obstáculo, me tendía la mano, como si sintiera su derecho a apoyarse en mí; pero dejó pasar mucho tiempo sin hablarle.

—De dónde viene Ud.? me preguntó por fin.

—De un viaje muy largo, un viaje de muchos miles de millas.

—Sí; cuando yo lo veía a Ud. estaba Ud. siempre viajando. —Y encontró lo que buscaba? añadió con afán.

—Sí. Sé la verdad: lo sé todo.

—Dónde está él?

—Quién?

—Antonio, mi hermano: ¡el que mataron! —Lo enterraron? —Dónde?

—Está enterrado al lado de su madre.

—Oh, gracias, gracias a Dios! allí podré rogar por él!

Hablaba con vehemencia, aunque en perfecto sentido; pero me extrañaba que no mostrase deseos de que fueran castigados los asesinos.

—Desea Ud. vengarse de los que le mataron?

—Vengarme! —Qué bien puede hacer la venganza? No le ha de devolver la vida! Sucedio hace mucho tiempo. No

sé cuando; pero me parece que fué hace años. Tal vez Dios lo ha vengado ya.

—Lo ha vengado en gran parte. Uno murió loco en una fortaleza; otro lleva ahora grillos, y trabaja como un esclavo; queda uno aún sin castigo.

—¡Pronto lo castigarán! —Cuál es?

—El nombre la hizo estremecer, y calló. Estábamos llegando a la casa, cuando suavemente y en tono de súplica me dijo:

—Ud. me llevará a Italia donde está enterrado?

Se le ofreció muy contento de ver aún naturalmente se volvía a mí para que realizase su deseo. Algo más debía ella recordar de lo que creía.

—Iré allí, dijo, y veré el lugar, y después no volveremos nunca a hablar de lo pasado.

Ya estábamos en la entrada del jardín.

Paulina, le dije, trata de recordarme.

Brilló en sus ojos como el reflejo de su antigua mirada enigmática: se pasó la mano que tenía libre por la frente, y, sin decir una palabra, entró en la casa.

CAPITULO XV

DEL DOLOR AL JUBILO

Ya toca a su fin esta historia, aunque pudiera, por propia complacencia, escribir sendos capítulos, narrando cada uno de los sucesos del mes siguiente, describiendo cada mirada, repitiendo cada palabra que cambiábamos Paulina y yo en aquellos días; pero si esto escribiese, como cosa sagrada la guardaría de la mirada pública. Sólo dos personas tenemos derecho a conocer esta parte de nuestra historia: ella y yo.

Si mi situación era singular, tenía por lo menos cierto encanto. Era una nueva manera de enamorar, no menos grata y entretenida por ser ya esposa mia en nombre la que con todas las artes del novio cortejaba. Era como si el propietario de un terreno se hubiese dado a pasear por sus dominios, y a cada instante hallara en ellos tesoros desconocidos e ignoradas bellezas. Nuevas gracias y méritos me revelaba cada día el trato de Paulina.

Su sonrisa me llenaba de un gozo no soñado: su risa era una revelación. —Describir aquel deleite exquisito y supremo es acaso posible?: —mirarme en sus ojos ya libres de nubes, tratar de sorprender sus secretos? reconocer que su inteligencia, ya restablecida, a la de nadie cedia en penetración y gracia! —cerclarme, en mil sencilleces deliciosas, de que no solo tendría en Paulina una esposa más bella para mí que mujer alguna, sino una tierna compañera y entrañable amiga!

Pero no estaba exento aquel deleite de dudas y temores. Acaso faltaba a mi carácter esa seguridad de si que llamaban otros presunción. Mientras más dotes amables admiraba yo en Paulina, con mayor zozobra me preguntaba si logaría merecer el amor de tan cumplida criatura, aunque la consagrarse mi amor y mi vida. —¿Qué era yo comparado con ella? Era rico, es verdad; pero yo había podido asegurarme de que no estaban en ella de venta los afectos: además, como yo no le había dicho que nada le restaba ya de su antigua fortuna, ella creía que la suya no tenía que enviarla a la miseria. Era joven y hermosa, y se creía dueña de sí y considerablemente rica. —No! —yo no podía ofrecerle nada que me mereciese su cariño.

Hubiera querido, de tanto como lo temía, no pensar en el instante inevitable en que, como si ya no lo fuese, iba a rogarle otra vez que accediera a ser mi esposa. De su respuesta dependía toda mi vida: —¿qué extraño que demorase el provocarla? —¿qué no me decidiese a la prueba hasta no estar seguro de su respuesta favorable? —¿que me sintiese humilde, y como privado de mis pequeños méritos, en su presencia? —¿qué envidiase el amable atrevimiento que tan bien cuadra y sirve a muchos hombres, y, con ayuda de la ocasión y el tiempo, les gana con gran presteza corazones?

Ocasión y tiempo no me faltaba a lo menos. Yo había tomado habitación en las cercanías, y desde la mañana a la noche estábamos siempre junto. Vagábamos por las praderas estrechas de Devonshire, céñidas de hermosos helechos. Subíamos por los arrugados arrecifes. Pescábamos, sin impacientarnos, en las rápidas corrientes. Salíamos en carroaje. Leíamos y dibujábamos. Pero no habíamos hablado aún

de amor, aunque mi anillo no se había apartado de su dedo. De toda mi autoridad tuve que usar para que Priscila no revelase la verdad a Paulina. En esto fui firme: a menos que la memoria de lo pasado no volviese a ella de su propio acuerdo, yo había de oírle decir que me amaba antes de que mis labios le hablasen de ello. Acaso me mantuve en mi resolución la idea de que Paulina recordaba más de lo que me decía.

Fué curioso el modo con que entró al instante en relaciones francas e íntimas conmigo. Tan naturales y desembarrazadas eran sus palabras y actos cuando estábamos juntos, que se hubiera dicho que nos conocíamos desde la niñez. No mostró la menor extrañeza cuando le pedí que me llamara por mi nombre de casa, Gilberto, ni mostró disgusto ni objetó a que la llamara yo por el suyo, Paulina! Ni sé yo cómo la hubiera llamado a no consentirmelo: yo había dicho a Priscila que le dijese, como en Inglaterra es uso, "Miss March", por su apellido de soltera; pero Priscila, que a todo trance hubiera querido decirle "Mrs Vaughan", como mi plena y legítima esposa, concilió dificultades llamándola Miss Paulina, la señorita Paulina.

Los días pasaban, días mas venturosos que todos los que hasta entonces había conocido mi vida. Mañana, tarde y noche estábamos uno al lado de otro, dando sin duda ocasión de curiosidad a nuestros vecinos, que habrían de preguntarse qué clase de relaciones me unían con la hermosa criatura de quien apenas me apartaba.

Pronto conocí que Paulina era de natural elegre y vivo, que aunque no se abría aún paso enteramente por su espíritu adolorido, ya me daba esperanzas de que acabaría por alejar de aquella cara peregrina toda sombra de pena. De vez en cuando le iluminaba el rostro una sonrisa, o dejaba escapar frases joviales. En los primeros instantes de su vuelta al juicio, a creí que su hermano había sido muerto el día antes; pero a poco, la distancia fué siendo clara a su memoria, y ya se daba cuenta de que habían pasado desde entonces años, años que le parecían sueños; y veía vagamente, como envueltos en brumas. Se empeñaba en recordarlos, arrancando desde aquella noche: ¡con qué anhelo le prestaba yo ayuda!

Del porvenir no hablábamos nunca; pero de lo pasado, de todo lo pasado, en que yo no figurase, hablábamos constantemente. Ya recordaba con claridad perfecta sus primeros años; ya repetía minuciosamente todos los sucesos de su vida hasta la muerte de su hermano. Entonces comenzaba aquella sombra, aquella niebla, aquel período obscuro, que acababa para ella en el instante, vivo como una aurora en su memoria, en que despertó en una alcoba desconocida, cuidada por manos extrañas.

Algunos días pasaron sin que Paulina me preguntase cuál parte había sido la mía en aquella época confusa de su vida. Estábamos una tarde en la cumbre de un cerro cubierto de espeso bosque, desde donde veíamos una franja de mar, que encendía el sol poniente. Callábamos: ¿quién sabe si nuestros penamientos silenciosos no andaban más en acuerdo que cuantas palabras hubiéramos podido decirnos en aquel vago estado de nuestras relaciones?

Miraba yo cariñosamente al cielo, hasta que se desvarieron, ido el sol, sus ardientes colores; y volviendo los ojos a mi compañera, hallé los suyos, negros y dolorosos, fijos en mí.

—Dígame, me rogó, digame qué es lo que sabré cuando me vuelva la memoria de ese tiempo oscuro!

Daba vuelta en el dedo, mientras me hablaba, a su anillo de boda. Todavía lo llevaba, y el aro de diamantes que le había comprado para sujetarlo; pero aún no me había preguntado cómo estaba en su mano aquél anillo.

—¿Crees que te volverá, Paulina?

—Sí, lo creo, lo creo! Fero... ¡me traerá alegría o pena?

—Quién sabe? La pena y la alegría van siempre juntas. Suspiró, y quedó con la mirada fija en tierra.

—Dígame dónde y cuando apareció Ud. en mi vida por qué he soñado tanto con Ud?

—Me viste muy a menudo cuando estabas enferma.

—Y ¿por qué cuando volví al sentido me estaba cuidando Priscila?

—Tu tío te había dejado a mi cuidado: yo le ofrecí mirar por tí durante su ausencia.

—¡Y nunca volverá! ¡Está pagando su crimen el crimen de estar a su lado cuando asesinaban a mi hermano!

Se llevó las manos a los ojos, como para no ver el cuadro terrible.

Quise arrebatarla a aquellos pensamientos.

—Dime, Paulina, ¿cómo me veías tú en sueños? ¿qué soñabas de mí?

Se estremeció.

—Soñaba que estaba Ud. a mi lado, en el mismo apuesto, que vió Ud. el asesinato; pero yo sabía que no pudo ser así.

—Y después?

—Después lo he visto a Ud. muchas veces: era siempre viajando, viajando entre nubes. Vi que se abrían sus labios, y me pareció que decía Ud.: "Voy a saber la verdad": por eso esperé tranquila hasta que Ud. volviese.

—Y ¿nunca habías soñados en mí antes?

Iba ya obscurciendo. No sabía si era la sombra de los árboles lo que hacía más oscura su mejilla, o si era el arrebato del rubor, que le anegaba el rostro. Mi corazón saltaba de su cauce.

—No sé... no puedo decir... no me pregunte... dijo con voz turbada.

Y se dispuso a andar.

—Está oscuro y húmedo. Vámonos.

Yo la seguí. Era ya en mi invariable costumbre pasar junto a ella las primeras horas de la noche, que en gran parte empleábamos tocando y cantando. Un piano fué lo primero que pidió Paulina cuando se sintió ya bien. Como, creyéndose rica, era natural que pidiese sin escrupulo lo que deseaba, yo había advertido a Priscila, al emprender viaje, que satisficiera sus deseos sin reparar en gasto: el piano vieno de una ciudad de la cercanía.

Con la razón le había vuelto su antigua maestría. Su voz era aún más vigorosa y dulce que antes. Una vez y otra me sentí cerca de ella suspenso y cautivo, arrobadó en sus notas, como la noche aquella del tremendo grito, cuando nadie hubiera podido predecir que su suerte y la mía iban a unirse tan estrechamente.

Quedé, pues, sorprendido cuando, al llegar al umbral de su casa, se volvió a mí y me dijo:

—No, esta noche no! Déjeme sola esta noche!

Callé. Tuve un instante su mano en la mía, y le dije adiós hasta el día siguiente: ¡Volvería al campo, a pensar en ella, a la luz de las estrellas!

Al separarnos, me miró de una manera extraña, casi solemne.

—Gilberto, dijo en italiano, para no ser entendida por Priscila: ¡deberé rogar porque me vuelva la memoria de lo pasado, o porque nunca me vuelva? ¡Qué será mejor para mí y para Ud?

Y sin esperar mi respuesta, siguió hacia adentro por detrás de Priscila, que se quedó aguardando a que yo entrae tras ella.

—Adios, Priscila, le dije: no entro esta noche.

—¡Que no entra, mi señor Gilberto!: va a enojarse la señorita Paulina.

—Está cansada y no se siente bien. Entra tú y cuidala. Adios.

Pero Priscila salió al umbral, y cerró tras de sí la puerta. Todo en ella me decía que por aquella vez estaba determinada a usar de nuevo cuanta autoridad tuvo sobre mí en mis primeros años, la cual no disputé yo por cierto sino cuando ya estaban muy firmes en mi chaqueta y pantalones. Estoy seguro de que le entraban deseos de tomarme por el cuello, y sacudirme lindamente. La mayor edad sólo la contuvo; y con un mundo de dolorosa indignación en sus palabras, rompió de esta manera:

—¡Pues cómo ha de sentirse bien, la pobre señorita viviendo su marido en una casa y ella en otra! ¡Y aquí todo el mundo hablando de lo que es y de lo que no es, y de lo que será Ud. de la señorita Paulina! y preguntándome, y yo sin poder decir que son Uds. marido y mujer!

—No, Priscila, todavía no.

—Pues se lo voy a decir, señor Gilberto. Si Ud. no se lo dice a la pobre señorita, yo se lo diré. Yo le diré cómo Ud. la trajo a casa, me mandó a buscar para cuidarla, cómo la atendía y la acompañaba, solo con ella todo el dia y cómo se encerró Ud. en casa por ella, sin volverle a ver la cara sus amigos. ¡Todo se lo diré, señor Gilberto!: y cómo entró Ud. en su cuarto antes de salir para aquel viaje de loco, a esas tierras de que nadie sabe. ¡Ya verá Ud. como le vuelve entonces la memoria pronto!

—Te mando, Priscila, que no digas nada.

—Yo le he obedecido a Ud. muchas veces, señor Gilberto para que me importe desobedecerle esta vez por su bien. ¡Pues yo he de hacerlo, sucedáme lo que quiera!

Yo temía que una explicación de Priscila, no solo desvaneciese de aquel delicado renacimiento mucho de su tierna poesía, sino precipitara los sucesos, de manera que me fuese más difícil encaminarlos a mi satisfacción. Era preciso que Priscila callase. La buena mujer cedia más fácilmente al cariño que al mando, y yo, que no olvidaba mis artes de antaño, sabía bien cómo traerla a mis deseos.

—No, Priscila, le dije, en tono de ruego; tú no lo harás si yo te suplico que no lo hagas. Tú me quieres mucho para hacer nada contra mis deseos.

No supo resistir Priscila a estos caríños míos; pero me excitó, ya con más calma, a que no prolongase aquél estando violento.

—Y no se fie Ud. mucho, señor Gilberto, en lo que ella recuerda o no; ¡como que yo pienso a veces que sabe mucho más de lo que Ud. supone!

Se separó de mí con estas palabras, y yo me fui a pensar en Paulina, a la luz de las estrellas!

¿Qué querían decir aquellas últimas palabras? ¿Qué será mejor para mí y para Ud.?; recordar, u olvidar? ¿Cuánto recordaba? ¿Cuánto había olvidado? ¿No le había revelado aquel anillo que era esposa? ¿Podía dejar de sospechar de quién lo era? Aunque nada recordase de aquel extraño casamiento ni de la vida que después de él habíamos llevado juntos, al salir de aquella tiniebla se hallaba a mi cuidado, veía que yo conocía los trágicos detalles de la muerte de su hermano, que acababa de volver de un viaje de miles de millas, emprendido solamente para llegar a saberlos. Aunque no se lo pudiera explicar, la verdad debía ya haber saltado a su mente. El llevar aún en su mano el anillo indicaba que no repelía la idea de estar ligada a un esposo: ¿quién sino yo podía serlo?

Sí: todo me lo indicaba: Paulina conocía ya la verdad: llegaba ya el instante en que yo iba a saber si la recibía con dolor o con gozo!

Yo se lo diría todo al día siguiente. Le contaría la manera novelesca en que se habían unido nuestras vidas. Le pediría su amor con más pasión que la que ardió famás en labios de hombres. Le demostraría con cuanta inocencia había caído en las tramas de Ceneri, cuán libre de culpa estaba por haberla hecho mi esposa cuando su mente obscurcieda no le permitía negarse a serlo. Todo se lo diría, y esperaría mi secreto de sus labios.

De mis derechos legales, ni le hablaría siquiera. En cuanto de mí dependiese, sería enteramente libre: nada más que por el amor quería verla sujeta a mí. Y si no me podía amar, me arrancaría de su lado; y ella lo deseaba, vería si era posible anular nuestro matrimonio: más fuese cualquiera su decisión, ser mi esposa en nombre, o serlo en realidad, o romper todo lazo que la uniera a mí, su vida futura—sujetárala ella o no—correría a mi cuidado: ¡mañana a esta hora sabré lo que me espera!

Esto resolví, y hubiera debido retirarme a descansar: pero no sabé amor mucho de sueño. Volvían a mi memoria nuevamente sus últimas palabras, y otra vez empezaban, con aquel encanto de los pensamientos amorosos, los cálculos de mis esperanzas y mis miedos. ¿Por qué, si Paulina había adivinado la verdad, no me había hablado de ella?

¿Cómo podía estar sentada junto a mi hora horas tras hora, sabiendo que era mi esposa, sin saber como había llegado a serlo? Quería significar sus palabras miedo de lo que habría de saber? Anhelaba su libertad, y la perpetuación de aquel olvido? Y a estas y otras ideas daba yo vueltas, presa de punzante agonía el espíritu.

Mucho enamorado, en víspera de oír de su amada su sentencia, ha velado en zozobras, como yo aquella noche; más no ha vivido de fiyo amante alguno que, como yo, hubiera de recibir esta respuesta de labios de una mujer que era ya su esposa.

Ahora muy adelantada me volví de mi solitario paseo. Pasé frente a la ventana de Paulina, y al detenerme a contemplar, me preguntaba si ella también no estaría allí despierta, meditando como yo en lo que sería de nuestra vida. ¡Mañana al fin saldremos ella y yo de dudas!

Era la noche cálida y pesada, y la parte alta de su ventana estaba abierta. ¿Qué voz me aconsejó aquella locura? De un rosal del jardín tomé una rosa, y allá fué, por sobre el pretil de su ventana! Ella la habrá tal vez al despertarse, e imaginaria de quien le vino: sería un buen augurio! La rosa al caer había tocado la persiana abierta: hui, temiendo ser visto.

La mañana abrió hermosa. Me desperté con la esperan-

za en el corazón, burlándome de los miedos de la noche. No bien pensé que era de hallarla levantada, salí en busca de Paulina. Acababa de salir. Me dijeron por donde, y fui tras ella.

Iba caminando lentamente, con la cabeza inclinada. Me saludó con su cariñosa sencillez habitual, y seguimos andando uno junto a otro. Busqué en vano sobre ella mi rostro: y hubo de consolarme con pensar que acaso cayó donde ella no pudiese verla. Yo estaba inquieto, sin embargo.

Pero aún me aguardaba mayor dolor. Llevaba las manos desnudas enlazadas sobre su falda. Iba yo caminando a su izquierda, y vi que en aquella mano no había ningún anillo. Aquel aro de oro que en su mano brillaba hasta entonces como una luz de esperanzas, había desaparecido. ¿Qué fué de mi corazón, que me pareció que cesaba de latir? Muy claro era el sentido: ¿quién hubiera dejado de entenderlo, ligándolo con sus palabras de la última noche? Sabía que era mi esposa, y quería librarse de aquel yugo. En Paulina no había amor para mí: el recuerdo de lo pasado, que iba abriéndose paso por la bruma, le traía pena: ahora que recordaba, deseaba olvidar. Se había quitado los anillos para decirme, si era posible, sin palabras, que no había de ser mi esposa.

¿Cómo iba a hablarle ahora? La respuesta ¡ay! se había anticipado a la pregunta. Bien me vió mirando a su mano desnuda; pero bajó los ojos, y nada me dijo. Sin duda deseaba ahorrarme la pena de una explicación. Si: lo mejor sería tal vez, si me alcanzaban las fuerzas, separarme de ella al instante, separarme de ella para no volver a verla más!

Violento y afligido, como me tenía aquel fin triste de tantas esperanzas, no tardé en observar un cambio notable en los ademanes y palabras de Paulina. No era la misma de antes. Algo se levantaba entre ella y yo, que desterró enteramente de nuestras entrevistas nuestra antigua franqueza amistosa, hasta llegar a convertirla en mera cortesía.

Sus palabras y acciones revelaban cortedad y reconocimiento, y acaso las mías también. Como de costumbre, pasamos el día juntos; pero tanto había cambiado nuestro modo de vernos, que aquella compañía gorzada debió ser a ambos enojosa. ¡Muy triste noche aquella! En el momento de asirla, se me escapaba de las manos la recompensa que con tanta ternura había trabajado por conseguir!

Así pasaron varios días. No daba Paulina señal que pudiera yo interpretar en mi favor, y me era imposible prolongar aquella amarga situación. Priscila, que andaba alerta, me sacaba de juicio con sus recomendaciones, y tan lisa mente decía lo que pensaba, que empecé a sospechar que había ya ejecutado su amenaza de revelar algo a Paulina: a ella, por supuesto, a su oficiosidad y falta de tacto, echa ba yo toda la culpa de mi desdicha. ¡Todo hubiera podido acabar bien con una semana, con quince días de espera!

Comencé a creer que mi presencia desagradaba a Paulina. No mostraba, es verdad, el menor deseo de esquivarme; sino que, por lo contrario, acudía a mí tan prontamente que me hacia recordar aquella sumisa obediencia del tiempo de sombras en que no me era dable pensar sin terror. Pero me pareció que viviría más dichoso cuando no me viese. Resolví, pues, partir.

De hacerlo, habría de ser en seguida: saldría al dia siguiente. Dispuse mi equipaje: tomé asiento en la diligencia: me quedaban tres horas en la mañana para dar instrucciones a Priscila y despedirme de mi esposa para siempre.

No podía irme sin hacerle algunas explicaciones. No la apenaría aludiendo a nuestros lazos; pero debía hacerle saber que no era, como creía, heredera de una gran fortuna. Le diría que le quedaba de sobra con qué vivir, sin darle a entender que era de mí, de su esposo, de quien le vendría. Y una vez dicho esto, adiós, para siempre! Hice como que almorcaba, y apenas me levanté de la mesa crucé la calle y entré en la casa de Paulina. Ignoraba aún mi determinación. Retuve su mano en la mía más tiempo que de costumbre, y pude al fin hablar algunas palabras.

—Vengo a decirte adiós. Salgo hoy para Londres.

No me dijo una sola palabra: no podía ver sus ojos: sentí su mano temblando en la mía.

Sí, continué, tratando de hablar con desembarazo: he estado aquí de perezoso bastante tiempo: tengo mucho que hacer en Londres.

No parecía Paulina estar bien de salud aquella mañana. Nunca, desde mi llegada, había estado tan pálida sus mejillas. Parecía decaída y agobiada. Mi presencia la había mor-

tificado, sin duda. ¡Pobre criatura!: pronto iba a verse libre de ella.

Al ver que yo aguardaba su respuesta, me habló al fin: pero ¿no había perdido su voz algo de su limpia y frescura?

—Cuándo se va Ud.? —Fué todo lo que dijo: ¡ni una palabra sobre mi vuelta!

Por la diligencia de las doce: me quedan todavía algunas horas. Como ya es ésta la última vez, ¿quieres que paseemos juntos hasta la colina?

—Lo desea Ud.?

Si no tienes algún reparo. Quiero hablarte de tí misma, de asuntos de negocios, añadi, para demostrarle que no debía temer la entrevista.

—Iré, dijó, y salió de la habitación precipitadamente.

Esperé. Priscila entró a los pocos instantes. Me atravesaba con las miradas. Su voz era áspera y silbante, como cuando en mi niñez la incomodaba con mis travesuras.

La señorita Paulina dice que vaya Ud. al cerro a esperarla. Ella irá ahora.

Tomé el sombrero para salir. En lo que me había dicho Priscila, nada me revelaba que tuviese noticia de mi viaje; pero al ir yo a poner el pie en el umbral, he aquí que le oigo:

—Bien está, señor Gilberto. Es Ud. un tonto más grande de lo que ya pensaba.

A mi viaje Priscila la quería yo muy bien; pero ni aún de ella podía oír aquel cumplimiento sin volver a reprenderla; y me volví a esto. Priscila me dió en la cara con la puerta.

Emprendí la marcha al cerro, sin pensar más en la frase de Priscila. Ella no podía entender la dificultad de mi situación. Yo hablaría largamente con ella antes de partir.

La explanada estaba en la falda de un cerro vecino. Andando una tarde por el bosque un poco a la ventura, entramos por una senda no muy frecuentada que paraba en un espacio abierto, limpio de árboles y broza, desde donde se veían en bello paisaje las colinas opuestas, y el río alegre traveseando por el valle. Aquel fué desde entonces mi paseo favorito: allí había pasado largas horas hablando con Paulina: allí, abandonado a mis sueños, había dado suelta a las palabras de cariño, por tanto tiempo sujetas en mis labios: allí iba a decirle mi último adiós.

Muy afligido llevaba el espíritu cuando llegué a la explanada. Me tendí en la tierra, con los ojos fijos en la senda por donde debía aparecer Paulina. Un tronco caído me daba almohada: cuchicheaban los árboles, acariciados por la brisa, alrededor mío: quietabas los sentidos y adormecías el ruido monótono del riachuelo un poco más abajo: cruzaban por el cielo lentamente algunas nubes blancas: convidaba al reposo, y a los sueños, en aquel fresco asilo, la hermosa mañana. Yo apenas había dormido en las dos o tres noches anteriores. Paulina tardaba: sin querer se cerraron mis ojos y por algunos instantes ahuyentó mi desengaño y mi pena el descanso que tanto necesitaba.

Pero ¿dormí realmente? Si, puesto que para soñar se necesita estar dormido. ¡Ah! si aquel sueño fuera realidad, sería grato vivir. Soné que mi esposa estaba junto a mí, que tomaba mi mano y la besaba con pasión que su mejilla rozaba la mía, que sentía en el rostro su suave aliento. Tan vivo me pareció lo que soñaba que me volví sobre el tronco para abrazar mi sueño, que el aire se llevó desvanecido!

Desperté. Paulina estaba frente a mí, no velados los ojos magníficos por las pudorosas pestañas, sino abiertos y filos en los míos. Los vi sólo un segundo, más lo que vi en ellos fué bastante para precipitar en curso loco la sangre por mis venas, lanzarme en pie, apretarla súbitamente entre mis brazos, cubrir todo su rostro de todos mis besos: y le decía las únicas palabras que podía entonces decir: "¡Te amo! ¡te amo! ¡te amo!" Porque nadie ha visto todavía en los ojos de una mujer lo que vi en los de Paulina, a menos que esa mujer no lo ame por sobre todas las cosas de este mundo!

No hay palabras que describan el arrebato de aquel momento, mi entrada súbita en la dicha. Era mía: para siempre mía. Yo lo sabía: yo lo podía sentir cada vez que mis labios oprimían los suyos: ¡lo sentí tantas veces! El rubor que la enciende me lo confiesa: la sumisión con que recibe mis caricias me lo confirma; pero yo quiero que me lo diga con sus labios!

—Paulina, Paulina, exclamé: ¡me quieres?

La sentí temblar de gozo.

—¿Qué si te quiero? sí, te quiero!, y hundió su rostro en mi hombro. Su voz me respondía; me respondía su cabeza reclinada: y la levantó de pronto y posó sus labios en los míos.

—Te quiero! sí, te quiero, mi marido!

—¿Cuando lo conociste? ¿cuando recordaste?

Estuve un momento sin responderme. Se desasió de mis brazos, y entrecambiando su traje, pude ver que llevaba al cuello una cinta azul, de la que colgaban los dos anillos, que parecía brillar de gozo al sol. Los desaté, y me los tendió.

—Gilberto, esposo mío, si quieres que yo sea tu esposa, si me crees digna de serlo, tómalo y ponlos donde los guardaré toda mi vida.

Y una vez más, con muchos besos, con muchos juramentos, puse en su mano los anillos de esposa, como quien sella un dolor que ya no ha de volver jamás.

—Pero cuándo lo conociste? ¿cuándo volvió a ti la memoria?

—Loco! —me dijo en voz muy baja, que a mis oídos sonaba como música—lo conocí cuando te vi en la otra orilla del río. Todo lo recordé en aquel instante: hasta entonces todo estaba en sombras. Te vi, y lo supe todo.

—¿Y cómo no me lo dijiste?

Bajó la cabeza.

—Yo quería saber si me querías. ¿Por qué me habías de querer? Si no me querías, podríamos separarnos, y yo te hubiera dejado libre, si se podía. Pero ahora no, Gilberto: ahora ya no te verás nunca libre de mí!

Había, pues pensado lo mismo que yo: no en vano me era imposible comprenderla: me parecía tan singular que desconociese ella el amor que le tenía!

Me habrías salvado de muchos días de angustia si hubieses sabido que me querías, Paulina: ¿por qué te quitaste los anillos?

—Pasaban tantos días sin que me dijeses nada! Entonces me los quité, y los he tenido sobre mi corazón, esperando a que tú me los volvieras a dar cuando quisieras.

Di un beso en la mano en que brillaban.

—Lo sabes, pues, todo. Paulina mía?

—No todo; pero sé suficiente. Tu lealtad, tu ternura, tu consagración, todo esto, mi Gilberto, lo recuerdo, y todo te lo pagaré, si mi cariño puede pagártelo.

Con estas palabras puede cesar la relación de lo que allí nos dijimos: dejad que lo demás nos sea sagrado: lo saben los altos árboles alrededor de nosotros, que hora sobre hora nos dieron discreta y generosa sombra, mientras cambiábamos aquellas inacabables confesiones de amor que embellecieron nuestro segundo y verdadero día de boda. Nos pusimos en pie al fin: pero todavía nos quedamos algunos instantes en la explanada, como si nos doliese dejar el lugar donde la felicidad había descendido sobre nosotros. Miramos en torno nuestro una vez más, y nos despedimos de las colinas, del río alegre, del valle: una vez más nos miramos en los ojos, y nuestros labios se unieron otra vez en un apasionado beso. Nos volvimos entonces al mundo, y a la vida nueva y grata que se abría para nosotros.

Anduvimos como en un sueño, del cual solo nos arrancó la vista de las casas y la gente.

—Quieres, Paulina, que salgamos de aquí esta noche? Iremos a Londres.

—¿Y después? —me dijo mimosamente.

—A donde, sino a Italia?

Me dijó gracias con una mirada y un apretón de mano. Ya estábamos en su casa. Entró sola, por delante de Priscila, que dejaba caer sobre mí sus nobles ojos. Priscila me había llamado grandísimo tonto: ¡yo me vengaré de ti, buena alma!

—Priscila, le dije gravemente: salgo en la diligencia de esta noche. Escibiré cuando llegue a Londres.

Venganza más completa no la gocé nunca: la santa mujer cayó a mis pies llorando:

—Oh, mi señor Gilberto, no se vaya, no se vaya! ¡Qué se va a hacer mi pobre señorita, mi señorita Paulina? Ella quiere la tierra misma que Ud. pisa, mi señor Gilberto!

—Oh, no! yo no quería afligirla! Puse la mano en su hombro, y la miré cara a cara:

—Pero, Priscila, la señorita Paulina, Mrs. Vaughan, mi mujer. Priscila, va conmigo.

Más abundante corrieron entonces las lágrimas de Priscila, pero eran de gozo.

Diez días después, Paulina estaba junto a la tumba de su hermano. Fué su deseo visitarla sola: yo la esperaba a la puerta del cementerio. Trajo de la triste visita muy pálido el rostro, y los ojos con huellas de muy copiosas lágrimas.

mas; pero sonrió al distinguir mi ansiosa mirada.

—Gilberto, me dijo he llorado; pero ahora sonrío. Lo pasado es pasado; que la alegría del presente y las promesas del porvenir disipen sus tinieblas. Yo pondré en el amor que soy a mi marido todo el amor que le tuve a mi hermano. Volvamos la espalda a aquellas sombras oscuras, y empecemos a vivir!

—Me queda aún algo de decir? Aún me queda algo.

Años más tarde, estaba yo en París. Hasta los dientes se había peleado en la gran guerra: se había borrado las primeras huellas del conflicto entre las dos razas; pero las de la guerra civil eran visibles aún en todas partes. Lo que el teutón respetó en la Galia, lo había destrozado el gallo mismo: hicieron los comunistas lo que no habían osado hacer los alemanes. Las Tullerías volvían tristemente los ojos vacíos hacia la plaza de la Concordia, donde se levantaban las estatuas de las hermosas provincias perdidas. La columna de Vendôme yacía por tierra. Todo París, acá comido del fuego, allá ennegrecido, mostraba la fatídica faena que, antorcha y hacha en mano, emprendieron contra ella sus propios hijos. Pero las llamas estaban ya sofocadas, y se había tomado amplia venganza de los incendiarios. Un joven y alegre militar, amigo mío, me llevó a visitar una de las prisiones. Conversábamos fumando al aire libre cuando apareció un pequeño destacamento de soldados. Iban escoltando a tres hombres, que llevaban las manos sujetas con esposas, y las cabezas bajas.

—¿Quiénes son? pregunté.

—Comunistas.

—¿A dónde los llevan?

El francés se encogió de hombros:

—¡A donde debían llevarlos a todos, malvados!: a fusilarlos! Malvados podían ser, o no; pero tres hombres a quienes apenas queda un minuto de vida deben ser objeto de interés, sino de simpatía. Cuando pasaron junto a nosotros, los miré atentamente. Uno de ellos levantó la cabeza, y me miró cara a cara. ¡Era Macari!

Me estremecí al reconocerlo; pero no me avergüenzó de decir que no me estremecí de compasión. A Ceneri, a despecho de mí mismo, lo compadecía, y hubiera aliviado su desdicha, serme posible: a aquel rufián, mentiroso y traidor, lo habría dejado ir a la muerte, aunque con levantar un solo dedo hubiera podido salvarlo. Mucho tiempo había yo corrido desde aquel en que Macari envenenó mi vida; pero aún bullía la sangre en mis venas cuando pensaba en él y en sus crímenes. No sabía yo como había vivido desde que dejé de verlo, ni quién ni a cuantos había denunciado; pero si la Justicia había tardado en alcanzarlo, por fin tenía ya en el aire su espada sobre él, y estaban cerca sus últimos momentos.

El me conoció: acaso pensó que había venido a gozarme en su castigo. Le inundó el rostro el odio, y se detuvo para maldecirme. La escolta lo echó adelante. Volvió la cabeza, y continuó maldiciéndome, hasta que uno de los soldados, de un revés de la mano, le selló los labios. El acto pudo ser brutal, pero se trataba en aquellos días con pocos mramientos a los comunistas. La escolta desapareció por una esquina del edificio.

—Vemos el fin? dijo mi amigo, sacudiendo la ceniza de su tabaco.

—¡Oh, no!

Pero lo oímos. A los diez minutos sonó la descarga: el último y el más culpable de los asesinos de Antonio March había recibido su castigo.

Me acordé entonces de mi promesa a Ceneri. Con gran trabajo conseguí poner en camino una carta que creí le llegaría. Seis meses después, recibí yo otra, cubierta de sellos y contraseñas de correo, en que me decían que el preso a quien escribí había muerto dos años después de su llegada a las minas. El menos indigno de los tres cómplices había expirado sin conocer el fin sombrío del que lo denunció.

Esta es mi historia. Mi vida y la de Paulina comenzaron cuando volvimos de aquel cementerio, decididos a olvidar lo pasado. Desde entonces nuestras penas y alegrías han sido las comunes a la criatura humana. Ahora que escribo esto en mi tranquila casa de campo, rodeado de mi mujer y de mis hijos, me pregunto con asombro si fui yo mismo el ciego infeliz que oyó aquellos sonidos terribles, y vió después el tremendo espectáculo. ¡Fui yo mismo aquél que atravesó de un cabo a otro de la Europa para desvanecer una duda que se avergüenza hoy de haber abrigado un solo momento? ¿Puede haber sido esta misma Paulina, cuyos ojos resplandecen junto a mí de amor e inteligencia, aquella misma que vivió en honda sombra meses y años, calladas en su espíritu las voces armoniosas que tan suavemente vibrán en mi oído?

Sí, debe ser así: porque ella ha leído por encima de mi hombro cada una de las líneas de nuestra historia, y al llegará a esta última página, rodea con su brazo mi cuello, y me dice, insistiendo amorosamente en que la escriba, esta frase que copio:

—Demasiado, demasiado de mi, esposo mío; muy poco de lo que tú hiciste y has hecho siempre por mí!

Con ésta, que es acaso la única diferencia de opinión que existe entre nosotros, bien puede acabar esta historia.

FIN

Los colores obscuros

La moda en las medias, cada vez se pronuncia más en favor de los diversos tonos de marrón oscuro: marrón atropellado con tendencia a beige; marrón bronce y un nuevo matiz de marrón amarillento. Los grandes modistas procuran imponer a su clientela el que las medias hagan juego con el traje, y seguramente veremos algunos en tonos grises del mismo color que las pieles. Para noche, la última palabra de la elegancia es buscar el matiz exacto de la piel de quien lleva las medias, ya sea rosa pálido si es blanca, o los tonos correspondientes a las morenas o tostadas por el sol.

En los establecimientos "La Pensée" y "Sciavarelli" he visto medias de seda con dibujos en el mismo tejido que imitan los tweed en las de sport: los dibujos geométricos muy menudos, están reservados para las medias que acompañan los vestidos de tarde. Las medias de sport en invierno, serán de grueso tejido de lana y por supuesto de colores oscuros.

En "La Grande Frederic", encontramos medias de color marrón matizadas. La parte más oscura es la de atrás y esta combinación produce el efecto óptico de adelgazar la pantorrilla. Con los trajes de vestir se siguen llevando pantalones muy lujosos con finísimos bordados y encajes. También los hay que llevan incrustaciones de encaje, pero son los menos.

En lo concerniente a calzado, Perugia nos ofrece encantadoras novedades. Para contrarrestar los primeros fríos en

casa hay unas preciosas botas chinas de raso azul o rosa, con la pala bordada y forradas de gruesa franela. También para casa hemos visto unos originales zapatos de madera, barnizados de tonos claros.

En el calzado de vestir, mezcla el lagarto con el antílope o el charol de dos colores, principalmente el rojo claro y oscuro. Un zapato de forma salón, granate muy oscuro, lleva en vez de hebilla un lacito de cabritilla de tono rojo vivo. Otro modelo de cabritilla azul marino, tiene la pala abierta y se abrocha con cordones de oro. Muchos zapatos de corte Oxford, se teñirán para que hagan juego con los vestidos, debiendo ser los bolsos de la misma piel.





No se preocupe...

Si el espejo le ha delatado la aparición de unas canas prematuras que la hacen aparecer más edad de la que tiene, no se preocupe.

Unas cuantas gotas de Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA", usadas por las mañanas en el momento de peinarse, devolverán a esos cabellos blancos su color natural y primitivo.

Ni aun las amigas más íntimas se explicarán el milagro, porque el cabello aparece natural, sedoso y brillante y no con los matices metálicos que se le notan a simple vista a las personas que se tiñen el cabello.

Pruebe con un frasco; nos agradecerá el consejo.

Precio del frasco \$ 18 m/l.

En venta en todas las farmacias y perfumerías.

Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA"

Agentes Exclusivos para Chile: DROGUERIA DEL PACIFICO (Dropa)

VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION - ANTOFAGASTA

M. R.

CINZANO

VERMOUTH

